

CeDInCI



pensamiento
crítico

pensamiento crítico

J 556, Vedado, Habana

Director

Fernando Marlínez

Consejo de Dirección

Aurelio Alonso

José Bell Lara

Jesús Díaz

Thalía Fung

Ricardo J. Machado

Diseño y emplane

Rostgaard

40 centavos
suscripción anual \$4.80

Pensamiento Crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no corresponden necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarla por medio de notas aclaratorias o artículos cuando lo estime necesario.

INDICE

Fundamentos y objetivos de la liberación nacional en relación con la estructura social 3 *Amílcar Cabral*

Breve análisis de la estructura social de la Guinea "Portuguesa" 24 *Amílcar Cabral*

El drama de Ruanda 37 *Djuma Mbogo*

El pensamiento político de Patricio Lumumba 50 *Jean-Paul Sartre*

Frantz Fanon; el itinerario de la generosidad 93 *Maurice Maschino*

Independencia nacional y revolución 106 *Gerard Chaliand*

'Notas sobre Africa 162

La metodología del
marxismo en el pensamiento
de Gramsci 170 *Cesare Luporini*

¿Dónde está la izquierda
americana? 195 *Wilfrid Martin*

La antropología
estructuralista y la historia 211 *Michel-Pierre Edmond*

Subdesarrollo y ganancias
monopolistas 222 *Jorge Child*

Los autores 239

No. 2-3. Marzo-Abril de 1967. Año del Viet Nam Heroico

Fundamentos y objetivos de la liberación nacional en relación con la estructura social

AMILCAR CABRAL

Nuestra agenda de trabajo incluye temas cuyo relieve e importancia son indiscutibles y en los cuales sobresale una preocupación dominante: **la lucha**. Observamos, no obstante, que un tipo de lucha que consideramos fundamental, no ha sido mencionado de una manera expresa en este programa, aunque tengamos la certeza de que ha estado presente en el espíritu de los que lo elaboraron. Nos referimos aquí a **la lucha contra nuestras debilidades**. Admitimos que otros casos difieran de los nuestros; pero nuestra experiencia nos enseña que en el cuadro general de la lucha cotidiana, sean cuales fueren las dificultades creadas por el enemigo, esta lucha contra nosotros mismos es la más difícil, tanto en el presente como en el futuro de nuestros pueblos. Esta lucha es la expresión de las contradicciones internas de la realidad económica, social y cultural (por tanto histórica) de cada uno de nuestros países. Estamos convencidos de que cualquier revolución nacional o social que no posea como base fundamental el conocimiento de esta realidad, corre graves riesgos de ser condenada al fracaso.

Cuando el pueblo africano afirma en su lenguaje sencillo, que «por caliente que esté el agua de la fuente no cocerá tu arroz», enuncia, con singular simplicidad, un principio fundamental no sólo de Física, sino también de Ciencia política. Sabemos en efecto que el desarrollo de un fenómeno en movimiento, cualquiera que fuese su condicionamiento exterior, depende principalmente de sus características internas. Sabemos también que, en el plano político, —aun en el caso de que la realidad ajena sea más bella y atrayente— nuestra propia realidad sólo puede ser verdaderamente transformada, basándonos en su conocimiento concreto, en nuestros esfuerzos y nuestros propios sacrificios. Vale la pena recordar en este medio tricontinental, donde las experiencias y los ejemplos abundan, que, por grande que sea la semejanza de los presentes casos y la identidad de nuestros enemigos, la liberación nacional y la revolución social no son mercancías de exportación, son, —y cada día más— el producto de la elaboración local, nacional; más o menos influido por factores exteriores (favorables), pero esencialmente determinado y condicionado por la realidad histórica de cada pueblo, y consolidado por la victoria o la solución correcta de las contradicciones internas entre las diversas categorías que caracterizan esta realidad. El éxito de la revolución cubana, que se desarrolla a algunas centenas de kilómetros de la mayor fuerza imperialista y antisocialista de todos los tiempos, nos parece ser en su contenido y en su forma de evolución, una ilustración práctica y concluyente de la validez del principio mencionado anteriormente.

No obstante, debemos reconocer que nosotros mismos y los otros movimientos de liberación en general (nos referimos sobre todo a la experiencia africana), no hemos sabido prestar toda la atención necesaria a este problema importante de nuestra lucha común.

La deficiencia ideológica, por no decir la falta total de ideología, en el seno de los movimientos de liberación nacional —debida a la ignorancia de la realidad histórica que estos movimientos pretenden transformar— constituye una de las mayores, sino la mayor debilidad de nuestra lucha contra el imperialismo. Creemos, sin embargo, que se han acumulado ya experiencias variadas en número suficiente para permitir definir una línea general de pensamiento y acción con el fin de eliminar esta deficiencia. Por eso, un amplio debate sobre esa materia podría ser útil, permitiendo a esta Conferencia hacer una contribución preciosa impulsando la acción actual

y futura de los movimientos de liberación nacional. Sería una forma concreta de ayudar a esos movimientos y, en nuestra opinión, de no menor importancia que el apoyo político o la ayuda financiera o en armas.

Con la intención de contribuir, aunque modestamente, a este debate, presentamos aquí nuestra opinión sobre los fundamentos y objetivos de la liberación nacional en relación con la estructura social. Esta opinión nos ha sido dictada por nuestra experiencia en la lucha y la apreciación crítica de otras experiencias. A quienes vean en ella un carácter teórico tenemos que recordarles que toda práctica engendra una teoría. Y que si es verdad que una revolución puede fracasar, aunque esté sostenida por teorías perfectamente concebidas, todavía nadie ha realizado una revolución victoriosa sin teoría revolucionaria.

Aquellos que afirman, —y en lo que nos concierne, con razón— que la fuerza motriz de la historia es la lucha de clases, estarían, ciertamente, de acuerdo en revisar esta afirmación para precisarla y darle un campo de aplicación aún más amplio si conocieran más profundamente las características esenciales de ciertos pueblos colonizados, es decir, dominados por el imperialismo. En efecto, en la evolución general de la humanidad y de cada uno de los pueblos que la componen, las clases no aparecen ni como fenómeno generalizado y simultáneo en la totalidad de esos grupos, ni como un todo acabado, perfecto, uniforme y espontáneo. La definición de clases en el seno de un grupo o de varios grupos humanos es una consecuencia fundamental del desarrollo progresivo de las fuerzas productivas y de las características de la distribución de las riquezas producidas por ese grupo o usurpadas a otros. Es decir, que el fenómeno socioeconómico «clase» surge y se desarrolla en función, por lo menos, de dos variantes esenciales e interdependientes: el nivel de las fuerzas productivas y el régimen de propiedad de los medios de producción. Este desarrollo se opera lenta, gradual y de una manera desigual, por variaciones cuantitativas y generalmente poco perceptibles de los componentes fundamentales, proceso que, a partir de un cierto grado de acumulación, se transforma en un salto cualitativo, desembocando en la aparición de clases y en el conflicto entre las mismas.

En un momento dado, factores externos a un conjunto socioeconómico, pueden influir, más o menos significativamente, el proceso de desarrollo de las clases, acelerándolo, frenándolo, inclusive provocando regresiones.

Cuando, por una razón cualquiera, cesa la influencia de esos factores, el proceso vuelve a tomar su independencia, y su ritmo se determina entonces, no sólo por las características internas específicas del conjunto, sino también por la resultante del efecto producido por la acción temporal de los factores externos. En el plano estrictamente interno, el ritmo del proceso puede variar pero permanece continuo y progresivo. Los progresos bruscos son posibles solamente en función de alteraciones violentas —mutaciones— del nivel de las fuerzas productivas o del régimen de propiedad. A estas transformaciones violentas operadas en el interior del proceso de desarrollo de las clases, como resultado de las mutaciones en el nivel de las fuerzas productivas o en el régimen de propiedad, se ha convenido en llamarlas, en lenguaje económico y político: revoluciones.

Se constata, por otra parte, que las posibilidades de ese proceso están influidas, notablemente, por factores externos, en particular por la interacción de conjuntos humanos, considerablemente aumentada por el progreso de los medios de transportes y comunicación que ha creado el mundo y la humanidad, eliminando el aislamiento entre los grupos humanos de una misma región, entre regiones de un mismo continente y entre los continentes. Este progreso característico de una larga fase histórica que comenzó con la invención del primer medio de transporte, era ya evidente en tiempos de los viajes púnicos y en la colonización griega y se acentuó con los descubrimientos marítimos, la invención de la máquina de vapor y el descubrimiento de la electricidad. En nuestros días con la domesticación progresiva de la energía atómica, es posible prometer, si no sembrar al hombre en las estrellas, por lo menos humanizar al universo.

Esto permite plantear la cuestión siguiente: ¿es que la historia comienza sólo a partir del momento en que se desarrolla el fenómeno «clase» y por consiguiente la lucha de clases? Responder afirmativamente sería situar fuera de la historia todo el período de vida de los grupos humanos que va desde el descubrimiento de la caza, y, posteriormente de la agricultura nómada y sedentaria, a la organización de la ganadería y la apropiación privada de la tierra. Sería también considerar —lo que nos negamos a aceptar— que varios grupos humanos de África, Asia y América Latina, vivían sin historia o fuera de la historia, en el momento en que fueron sometidos al yugo del imperialismo. Sería considerar que poblaciones de nuestros países como los balantas de Guinea, los coañamas de Angola y los

macondes de Mozambique viven aún hoy —si hacemos abstracción de las ligeras influencias del colonialismo a que fueron sometidos— fuera de la historia o que no tienen historia.

Esta negación basada de por sí, en el conocimiento concreto de la realidad socioeconómica de nuestros países y en el análisis del proceso de desarrollo del fenómeno «clases», tal como hemos visto anteriormente, nos lleva a admitir que si la lucha de clases es la fuerza motriz de la historia, lo es en un determinado período histórico. Esto significa que antes de la lucha de clases —y necesariamente después de la lucha de clases, pues en este mundo no hay antes sin después— un factor —o varios factores— fue y será el motor de la historia. Admitimos sin pena que ese factor de la historia de cada grupo humano es el modo de producción —el nivel de las fuerzas productivas y el régimen de propiedad— que caracteriza a ese agrupamiento. Como se ha visto, las propias clases y lucha de clases y su definición consiguiente, son el efecto del desarrollo de las fuerzas productivas conjugadas con el régimen de propiedad de los medios de producción. Por tanto, nos parece correcto concluir que el nivel de las fuerzas productivas, elemento determinante esencial del contenido y de la forma de la lucha de clases, es la verdadera y permanente fuerza motriz de la historia.

Si aceptamos esa conclusión, entonces se esfuman las dudas que perturbaban nuestro espíritu. Porque si, por un lado, constatamos que la existencia de la historia antes de la lucha de clases está garantizada, —y evitamos de este modo a algunos grupos humanos de nuestros continentes la triste condición de pueblos sin historia— resaltamos por otro lado, la continuidad de la historia, aun después de la desaparición de la lucha de clases o de las propias clases. Y como no fuimos nosotros los que postulamos —sobre bases científicas— el hecho de la desaparición de las clases como una fatalidad histórica, nos sentimos satisfechos con esta conclusión que, en cierta medida, restablece una coherencia y da al mismo tiempo a los pueblos, que, como el de Cuba, están construyendo el socialismo, la agradable certidumbre de que no dejarán de poseer su historia cuando finalice el proceso de liquidación del fenómeno «clase» y de la lucha de clases en el seno del conjunto socioeconómico. La eternidad no es cosa de este mundo, pero el hombre sobrevivirá a las clases y continuará a producir y a hacer la historia, pues no puede liberarse del fardo de sus necesidades,

de sus manos y de su cerebro, que son el fundamento del desarrollo de las fuerzas productivas.

Lo que precede y la realidad actual de nuestro tiempo, no permiten admitir que la historia de un grupo humano o de la humanidad se desarrolla, por lo menos, en tres fases: a la primera, corresponde un bajo nivel de las fuerzas productivas —de la dominación del hombre sobre la naturaleza—; el modo de producción tiene un carácter elemental, no existe aún la apropiación privada de los medios de producción, no hay clases, ni, por tanto, lucha de clases; en la segunda, el elemento del nivel de las fuerzas productivas conduce a la apropiación privada de los medios de producción, hace más complejo progresivamente el modo de producción, provoca conflictos de intereses en el seno del conjunto socioeconómico en movimiento, posibilita la aparición del fenómeno «clase», y por tanto de la lucha de clases, expresión social, de la contradicción en el dominio económico entre el modo de producción y la apropiación privada de los medios de producción; la tercera, en la que a partir de un nivel dado de las fuerzas productivas, se hace posible y se realiza la liquidación de la apropiación privada de los medios de producción, la eliminación del fenómeno «clase» y por consiguiente, de la lucha de clases, desencadenándose entonces fuerzas nuevas e ignoradas en el proceso histórico del conjunto socioeconómico.

La primera fase correspondería, en lenguaje políticoeconómico, a la sociedad comunitaria agropecuaria, en que la estructura social es horizontal, sin estado; la segunda, a las sociedades agrarias feudales o asimiladas y agroindustriales burguesas, en la que la estructura social se desarrolla verticalmente, con estado; la tercera fase, a las sociedades socialistas y comunistas, en las que la economía es sobre todo, si no exclusivamente, industrial (pues la propia agricultura pasa a ser una forma de industria), y en las cuales el Estado tiende progresivamente a su desaparición, o desaparece y donde la estructura social retorna a la horizontalidad, a un nivel superior de las fuerzas productivas, de las relaciones sociales y de apreciación de los valores humanos.

Al nivel de la humanidad o de una parte de la humanidad (grupos humanos de una misma región, de uno o varios continentes), estas tres fases (o dos de ellas) pueden ser simultáneas como lo prueban tanto la realidad actual como el pasado. Esto resulta del desarrollo desigual de las sociedades

humanas, sea por razones internas, sea por la influencia aceleradora o retardatoria sobre su evolución de uno o varios factores externos. Por otra parte, en el proceso histórico de un conjunto socioeconómico dado, cada una de las fases referidas contiene, a partir de un cierto nivel de transformación, los gérmenes de la fase siguiente.

Debemos hacer notar también que en la fase actual de la vida de la humanidad y para un conjunto socioeconómico dado, no es indispensable la sucesión en el tiempo de las tres fases características. Cualquiera que sea el nivel actual de sus fuerzas productivas y de la estructura social que la caracteriza, una sociedad puede franquear rápidamente las etapas definidas y adecuadas a las realidades concretas locales (históricas y humanas) para alcanzar una fase superior de existencia. Este progreso depende de las posibilidades concretas del desarrollo de sus fuerzas productivas y está condicionado principalmente por la naturaleza del poder político que dirige esa sociedad, es decir, por el tipo de Estado, o, si se quiere, por el carácter de la clase o clases dominantes en el seno de esa sociedad.

Un análisis más detallado nos mostraría que la posibilidad de un salto semejante en el proceso histórico resulta fundamentalmente, en el dominio económico, de la fuerza de los medios de que el hombre puede disponer en el momento para dominar la naturaleza, y en el plano político, de ese acontecimiento nuevo que transformó radicalmente la faz del mundo y la marcha de la historia: la creación de los Estados socialistas.

Vemos, por tanto, que nuestros pueblos, sean cuales fueren las etapas de su desarrollo económico, tienen su propia historia. Al ser sometidos a la dominación imperialista, el proceso histórico de cada uno de nuestros pueblos (o de los grupos humanos que los constituyen) estuvo sujeto a la acción violenta de un factor externo. Esa acción —el impacto del imperialismo sobre nuestras sociedades— no podía dejar de influir en el proceso de desarrollo de las fuerzas productivas de nuestros países y en las estructuras sociales de nuestros pueblos, así como en el contenido y la forma de nuestras luchas de liberación nacional.

Pero vemos también que, en el contexto histórico donde se desarrollan esas luchas, existe para nuestros pueblos la posibilidad concreta de pasar de la situación de explotación y de subdesarrollo en que se encuentran, a un nuevo estudio de su proceso histórico que puede conducirlos a una forma superior de existencia económica, social y cultural.

El informe político elaborado por el Comité internacional preparatorio de esta Conferencia, al cual reafirmamos nuestro entero apoyo, situó de manera clara y en un análisis sucinto, al imperialismo en su contexto económico y en sus coordenadas históricas. No repetiremos aquí lo que ha sido dicho en esta Asamblea. Diremos simplemente que el imperialismo puede ser definido como la expresión mundial de la búsqueda de ganancias y la obtención cada vez mayor de plusvalía por parte del capital monopolista y financiero, acumulado en dos regiones del mundo: primero en Europa, y después en la América del Norte. Y si queremos situar el hecho imperialista en la trayectoria general de la evolución de este factor trascendente que modificó la faz del mundo, el capital y el proceso de su acumulación, podríamos decir que imperialismo es la piratería trasplantada de los mares a la tierra firme, piratería reorganizada, consolidada y adaptada al objetivo de la explotación de los recursos materiales y humanos de nuestros pueblos. Pero si llegamos a analizar con serenidad el fenómeno imperialista, no escandalizaremos a nadie al reconocer que el imperialismo —todo prueba que es, en realidad, la última fase de evolución del capitalismo— ha sido una necesidad histórica, una consecuencia del salto dado por las fuerzas productivas y de las transformaciones de los medios de producción en el contexto general de la Humanidad, considerada como un todo en movimiento, es decir, una necesidad, como lo son, actualmente, la liberación nacional de los pueblos, la destrucción del capitalismo y el advenimiento del socialismo.

Lo que importa a nuestros pueblos es saber si el imperialismo, en su condición de capital en acción, cumplió o no en nuestros países la tarea histórica reservada a éste: la aceleración del proceso de desarrollo de las fuerzas productivas, y transformación en el sentido de la complejidad de las características del modo de producción, ahondamiento de la diferenciación de las clases con el desarrollo de la burguesía, e intensificación de la lucha de clases; aumento apreciable del nivel de vida —económico, social y cultural— de las poblaciones. Interesa además examinar cuáles son las influencias o los efectos de la acción imperialista sobre las estructuras sociales y el proceso histórico de nuestros pueblos.

No haremos aquí ni el juicio ni la apología del imperialismo, diremos solamente que tanto en el plano económico como en los planos social y cultural,

el capital imperialista no cumplió, ni remotamente, en nuestros países, la misión histórica desempeñada por el capital en los países de acumulación. Eso significa que si por un lado el capital imperialista ha tenido, en la gran mayoría de los países dominados, la simple función de multiplicador de plusvalías, se ve, por otra parte, que la capacidad histórica del capital (como acelerador indestructible del proceso de desarrollo de las fuerzas productivas) depende estrictamente de su libertad, es decir, del grado de independencia con que es utilizado. Sin embargo, debemos reconocer que, en ciertos casos, el capital imperialista o el capitalismo moribundo ha tenido suficientemente intereses, fuerza y tiempo para, además de construir ciudades, aumentar el nivel de las fuerzas productivas y permitir a una minoría de la población autóctona alcanzar un nivel de vida mejor o incluso, privilegiado, contribuyendo así a un proceso que algunos llamarían dialéctico, para el ahondamiento de las contradicciones en el seno de las sociedades en cuestión. En otros casos, más raros aún, ha existido la posibilidad de acumulación del capital, creando las condiciones de desarrollo de una burguesía local.

En lo que se refiere a los efectos de la dominación imperialista sobre la estructura social y el proceso histórico de nuestros pueblos, conviene examinar, en primer lugar, cuáles son las formas generales de dominación del imperialismo. Son por lo menos dos: 1—dominación directa —por medio de un poder político integrado por agentes extranjeros (fuerzas armadas, policía, agentes de administración y colonos)— a la que se ha convenido en llamar **colonialismo clásico o colonialismo**. 2—Dominación indirecta —por medio de un poder político integrado en su mayoría; o en la totalidad por agentes autóctonos— o lo que se ha convenido en llamar **neocolonialismo**.

En el primer caso, la estructura social del pueblo dominado, cualquiera que sea la etapa en que se encuentre, puede sufrir las siguientes consecuencias: a) destrucción completa, acompañada, en general, de la liquidación inmediata o progresiva de la población autóctona y, en consecuencia, la sustitución de ésta por una población alógena; b) destrucción parcial, generalmente acompañada de la fijación más o menos importante de una población no autóctona; c) conservación aparente, condicionada por el confinamiento de la sociedad autóctona a zonas o reservas generalmente

desprovistas de posibilidades de vida, acompañada de la implantación masiva de una población alógena.

Los dos últimos casos son los que interesa considerar en el cuadro de la problemática de la liberación nacional ya que están ampliamente representados en África. Se puede afirmar que en cualquiera de ellos, el impacto del imperialismo en el proceso histórico del pueblo dominado es la paralización, el estancamiento (incluso, en algunos casos, la regresión) de ese proceso. Esta paralización no es, sin embargo, completa. En uno u otro sector del conjunto socioeconómico en cuestión, pueden esperarse transformaciones sensibles motivadas por la acción permanente de algunos factores internos (locales) o que resultan de la acción de nuevos factores introducidos por la dominación colonial, tales como el ciclo de la moneda y el desarrollo de las concentraciones urbanas. Entre esas transformaciones, conviene hacer notar, en ciertos casos, la pérdida progresiva del prestigio de las clases o sectores dirigentes autóctonos, el éxodo forzado o voluntario de una parte de la población campesina hacia los centros urbanos, con el desarrollo consecutivo de nuevas capas sociales: trabajadores asalariados, funcionarios, empleados del comercio y profesiones liberales, y una capa inestable de gente sin empleo. En el campo surge con intensidad muy variada y siempre ligada al medio urbano, una capa constituida por pequeños propietarios agrícolas. En el caso de neocolonialismo, en que la mayoría de la población colonizada es autóctona o de origen exótico, la acción imperialista se orienta en el sentido de la creación de una burguesía o pseudoburguesía local, vasalla de la clase dirigente del país dominador.

Las transformaciones en la estructura social no son tan marcadas en las capas inferiores, sobre todo en el campo, que conserva ampliamente las características de la fase colonial; pero la creación de una pseudoburguesía autóctona que, en general, se desarrolla a partir de una pequeña burguesía burocrática y de intermediarios del ciclo comercial (compradores), acentúa la diferenciación de las capas sociales, abre, por el hecho de reforzar la actividad económica de elementos locales, nuevas perspectivas a la dinámica social, principalmente con el desenvolvimiento progresivo de una clase obrera urbana y la instalación de propiedades agrícolas privadas y la aparición progresiva de un proletariado agrícola. Esas transformaciones más o menos sensibles de la estructura social, determinadas por un aumento significativo del nivel de las fuerzas productivas, tienen influencia directa

en el proceso histórico del conjunto socioeconómico en cuestión. Mientras que en el colonialismo clásico este proceso es paralizado, la dominación neocolonialista, al permitir el despertar de la dinámica social (conflictos de intereses entre las capas sociales autóctonas o luchas de clases), crea la ilusión de que el proceso histórico retorna a su evolución normal. Esta ilusión se reforzará por la existencia de un poder político (Estado nacional) integrado por elementos autóctonos. En realidad, apenas es una ilusión, pues el vasallaje de la clase «dirigente» local a la clase dirigente del país dominador, limita o impide el desarrollo de las fuerzas productivas nacionales. Pero en las condiciones concretas de la economía mundial de nuestro tiempo, esa dependencia es fatal y, por tanto, la pseudoburguesía local, sea cual fuere el grado de su nacionalismo, no puede ejercer eficazmente su función histórica; no puede orientar libremente el desarrollo de las fuerzas productivas; en una palabra, no puede ser una burguesía nacional. Pues, como se ha visto, las fuerzas productivas son el motor de la historia, y la libertad total del proceso de su desarrollo es la condición indispensable para su funcionamiento pleno.

Se constata, por tanto, que, tanto en el colonialismo, como en el neocolonialismo, permanecerá la característica esencial de la dominación imperialista: negación del proceso histórico del pueblo dominado por medio de la usurpación violenta de la libertad del proceso de desarrollo de las fuerzas productivas nacionales. Esta constatación que identifica en su esencia las dos formas aparentes de dominación imperialista, nos parece ser de importancia primordial para el pensamiento y la acción de los movimientos de liberación, tanto en el curso de la lucha como después de la conquista de la independencia.

Basándonos sobre lo dicho es posible afirmar que la liberación nacional es el fenómeno que consiste en que un determinado conjunto socioeconómico niegue la negación de su proceso histórico. En otros términos, la liberación nacional de un pueblo es la reconquista de la personalidad histórica de ese pueblo, es su regreso a la historia por medio de la destrucción de la dominación imperialista a que estuvo sometido.

Hemos visto que la usurpación por la violencia de la libertad del proceso de desarrollo de las fuerzas productivas del conjunto socioeconómico dominado constituye la característica principal y permanente de la dominación imperialista, cualquiera que sea su forma. Hemos visto también

que esta libertad y sólo ella puede garantizar la normalización del proceso histórico de un pueblo. Por lo tanto, podemos concluir que hay liberación nacional exclusivamente cuando las fuerzas productivas nacionales son completamente liberadas de toda especie de dominación extranjera.

Se acostumbra a decir que la liberación nacional se fundamenta en el derecho de todos los pueblos a disponer libremente de su destino y que el objetivo de esa liberación es la independencia nacional. Aunque no estamos en desacuerdo con esa manera vaga y subjetiva de expresar una realidad compleja, preferimos ser objetivos, pues, para nosotros, el fundamento de la liberación nacional, cualesquiera que sean las fórmulas adoptadas en el plano del derecho internacional, reside en el derecho inalienable de cada pueblo a tener su propia historia, y el objetivo de la liberación nacional es la reconquista de ese derecho usurpado por el imperialismo, esto es, la liberación del proceso de desarrollo de las fuerzas productivas nacionales.

Por esta razón, en nuestra opinión, todo movimiento de liberación nacional que no toma en consideración ese fundamento y ese objetivo, puede ciertamente luchar contra el imperialismo, mas seguramente no luchará por la liberación nacional.

Eso implica que, teniendo en cuenta las características esenciales de la economía mundial de nuestro tiempo, así como las experiencias ya vividas en el dominio de la lucha antimperialista, el aspecto principal de la lucha de liberación nacional es la lucha contra el neocolonialismo. Por otra parte, si consideramos que la liberación nacional exige que sobrevenga una mutación profunda en el proceso de desarrollo de las fuerzas productivas, vemos que este fenómeno de la liberación nacional corresponde necesariamente a una revolución. Lo que importa es estar consciente de las condiciones objetivas y subjetivas en las que se hace esa revolución y conocer las formas o la forma de lucha más adecuada a su realización.

No vamos a repetir aquí que esas condiciones son francamente favorables en la etapa actual de la historia de la Humanidad; basta recordar que existen también factores desfavorables, tanto en el plano internacional como en el plano interno de cada nación en lucha por la liberación.

En el plano internacional, nos parece que, por lo menos, los siguientes factores son desfavorables al movimiento de liberación nacional: la situa-

ción neocolonial de un gran número de Estados que habiendo conquistado la independencia política tiendan a unirse a otros que ya tenían esta situación; los progresos realizados por el neocapitalismo, particularmente en Europa, donde el imperialismo recurre a inversiones preferenciales, incitando al desarrollo de un proletariado privilegiado con la consecuente disminución del nivel revolucionario de las clases trabajadoras; la situación neocolonial evidente o encubierta de algunos Estados europeos que, como Portugal, poseen aún colonias; la llamada política de «ayuda a los países subdesarrollados», practicada por el imperialismo con el objetivo de crear o reforzar seudoburguesías autóctonas, necesariamente dependientes de la burguesía internacional obstruyendo de ese modo el camino de la revolución; la claustrofobia y la timidez revolucionaria que llevan a algunos Estados recientemente independizados y que disponen de condiciones económicas y políticas internas favorables a la revolución, a aceptar compromisos con el enemigo o con sus agentes; las contradicciones crecientes entre Estados antimperialistas y, finalmente, las amenazas, por parte del imperialismo, a la paz mundial por la perspectiva de una guerra atómica.

Esos factores contribuyen a reforzar la acción del imperialismo contra el movimiento de liberación nacional.

Si la intervención repetida y la agresividad creciente del imperialismo contra los pueblos pueden ser interpretadas como una señal de desesperación frente a la amplitud del movimiento de liberación nacional, ellas se explican, en cierta medida, por las debilidades suscitadas por estos factores desfavorables en el seno del frente general de la lucha antimperialista.

En el plano interno, creemos que la debilidad o los factores desfavorables más importantes residen en la estructura socioeconómica y en las tendencias de su evolución bajo la presión imperialista o, para precisar mejor, en la poca atención o en la falta de ella concedida a las características de esta estructura y de esas tendencias, por los movimientos de liberación nacional en la elaboración de sus estrategias de lucha.

Este punto de vista no pretende disminuir la importancia de otros factores internos desfavorables a la liberación nacional tales como el subdesarrollo económico, el consiguiente atraso social y cultural de las masas populares, el tribalismo y otras contradicciones de menor importancia. Conviene, sin embargo, hacer notar que la existencia de las tribus sólo se manifiesta

como una contradicción importante en función de actitudes oportunistas, generalmente provenientes de individuos o grupos distribalizados, en el seno del movimiento de liberación nacional. Las contradicciones entre clases, incluso cuando son embrionarias, son mucho más importantes que las contradicciones entre tribus.

Aunque la situación colonial y la neocolonial sean idénticas en esencia, y que el aspecto principal de la lucha contra el imperialismo sea neocolonialista, creemos indispensable distinguir, en la práctica, esas dos situaciones. En efecto, la estructura horizontal, más o menos diferenciada de la sociedad autóctona, y la ausencia de un poder político integrado por elementos nacionales, posibilitan, en la situación colonial, la creación de un amplio frente de unidad y de lucha, indispensable incluso para el éxito de la liberación nacional. Pero esa posibilidad no dispensa del análisis riguroso de la estructura social indígena, de las tendencias de su evolución y de la adopción en la práctica, de medidas adecuadas para garantizar una verdadera liberación nacional. Entre esas medidas, admitiendo que cada uno sabe mejor lo que debe hacer en su propia casa, nos parece indispensable la creación de una vanguardia sólidamente unida, y consciente de la verdadera significación y del objetivo de la lucha de liberación nacional que ella debe dirigir. Esta necesidad es tanto más urgente cuando se sabe; que, salvo raras excepciones, la situación colonial no permite ni reclama la existencia significativa de clases de vanguardia (clase obrera consciente de sí y proletariado rural) que podrían asegurar la vigilancia de las masas populares sobre la evolución del movimiento de liberación.

Por el contrario, el carácter generalmente embrionario de las clases trabajadoras y la situación económica, social y cultural de la fuerza física más importante de la lucha de liberación nacional —los campesinos— no permiten a estas dos fuerzas principales distinguir la verdadera independencia nacional de la independencia política ficticia. Sólo una vanguardia revolucionaria, generalmente una minoría activa, puede tener conciencia, ab initio, de esta diferencia y llevarla a través de la lucha al conocimiento de las masas populares. Eso explica el carácter fundamentalmente político de la lucha de liberación nacional y destaca, en cierta medida, la importancia de la forma de lucha en el resultado final del fenómeno de liberación nacional.

Ya en la situación neocolonial, la estructuración más o menos acentuada de la sociedad nativa en lo vertical, y la existencia de un poder político integrado por elementos autóctonos —estado nacional— agravan las contradicciones en el seno de esta sociedad, y hacen difícil, si no imposible, la creación de un frente unido tan amplio como en el caso colonial. Por un lado, los efectos materiales (principalmente la nacionalización de los cuadros y el aumento de la iniciativa económica del alimento nativo, en particular en el plano comercial) y sicoafectivos (orgullo de creerse dirigido por los propios compatriotas, explotación de la solidaridad de orden religioso o tribal entre algunos dirigentes y una fracción de las masas populares), contribuyen a desmovilizar una parte considerable de las fuerzas nacionalistas. Pero, por otra parte, el carácter necesariamente represivo del Estado neocolonial contra las fuerzas de liberación nacional, la agudización de las contradicciones de clase, la permanencia objetiva de agentes y de signos de la dominación extranjera (colonos que conservan sus privilegios, fuerzas armadas, discriminación racial), la creciente depauperación del campesinado y la influencia más o menos notoria de factores externos, contribuyen a mantener la llama del nacionalismo, a elevar progresivamente la conciencia de amplios sectores populares, y a reunir, basándose precisamente en la conciencia de frustración neocolonialista, a la mayoría de la población en torno del ideal de la liberación nacional.

Además, mientras la clase dirigente autóctona se aburguesa cada vez más, el desarrollo de una clase trabajadora integrada por obreros de la ciudad y de proletarios agrícolas, todos explotados por la dominación indirecta del imperialismo, abre perspectivas nuevas a la evolución de la liberación nacional. Esa clase trabajadora, cualquiera que sea su grado de conciencia política (más allá de un límite mínimo, que es la conciencia de sus necesidades), parece constituir la verdadera vanguardia popular de la lucha de liberación nacional en el caso neocolonial. Sin embargo, no podrá realizar completamente su misión en el cuadro de esa lucha (que no termina con la conquista de la independencia) si no se une sólidamente con las otras capas explotadas, los campesinos en general (empleados, arrendatarios, granjeros, pequeños propietarios agrícolas) y la pequeña burguesía nacionalista. La realización de esta alianza exige la movilización y la organización de las fuerzas nacionalistas en el cuadro (o por la acción) de una organización política fuerte y bien estructurada.

Otra distinción importante entre la situación colonial y la neocolonial reside en las perspectivas de la lucha.

El caso colonial (en que la nación clase combate contra las fuerzas de represión de la burguesía del país colonizador) puede conducir, por lo menos aparentemente, a una solución nacionalista (revolución nacional); la nación conquista su independencia y adopta, hipotéticamente, la estructura económica que le conviene mejor. El caso neocolonial (en que las clases trabajadoras y sus aliados luchan simultáneamente contra la burguesía imperialista y la clase dirigente autóctona) no se resuelve con una solución nacionalista; existe la destrucción de la estructura capitalista implantada por el imperialismo en el territorio nacional, y postula, justamente, una solución socialista.

Esa distinción resulta principalmente de la diferencia de nivel de las fuerzas productivas en los dos casos y de la consecuente agudización de la lucha de clases.

No sería difícil demostrar que, en el tiempo, una distinción es apenas aparente. Basta recordar que en nuestras condiciones históricas actuales —liquidación del imperialismo que se vale de todos los medios para perpetuar su dominación sobre nuestros pueblos, y la consolidación del socialismo en una parte considerable del globo— sólo hay dos vías posibles para una nación independiente: volver a la dominación imperialista (neocolonialismo, capitalismo, capitalismo de Estado) o adoptar la vía socialista. Esta operación de la que depende la compensación de los esfuerzos y de los sacrificios de las masas populares en el transcurso de la lucha, es influida notablemente por la forma de lucha y por el grado de conciencia revolucionaria de los que la dirigen. Los hechos nos dispensan de probar que el instrumento esencial de la dominación imperialista es la violencia. Si aceptamos el principio de que la lucha de liberación es una revolución y que aquella no termina en el momento en que se iza la bandera y se toca el himno nacional, veremos que no hay ni puede haber liberación nacional sin el uso de la violencia liberadora por parte de las fuerzas nacionalistas, para responder a la violencia criminal de los agentes del imperialismo.

Nadie duda que sean cuales fueren sus características locales, la dominación imperialista implica un estado de violencia permanente contra las fuerzas nacionalistas. No hay pueblo sobre la tierra que, habiendo sido sometido al yugo imperialista (colonialista o neocolonialista) haya con-

quistado su independencia (nominal o efectiva) sin víctimas. Lo que importa es determinar cuáles son las formas de violencia que deben ser utilizadas por las fuerzas de liberación nacional, para responder, no sólo a la violencia del imperialismo, sino también para garantizar, a través de la lucha, la victoria final de su causa: la verdadera independencia nacional. Las experiencias del pasado y del presente vividas por algunos pueblos, la situación actual de la lucha de liberación nacional en el mundo (especialmente en Viet Nam, en el Congo y en Zimbabwe) así como la situación de violencia permanente, o cuando menos, de contradicciones y sobresaltos, en la que se encuentran algunos países que conquistaron la independencia por la vía llamada pacífica, nos demuestran que no sólo los compromisos con el imperialismo son inoperantes, sino también que la vía normal de liberación nacional, impuesta a los pueblos por la represión imperialista, es la lucha armada.

No creemos escandalizar a esta Asamblea afirmando que la vía única y eficaz para la realización definitiva de las aspiraciones de los pueblos, es decir, para la obtención de la liberación nacional, es la lucha armada. Esta es la gran lección que la historia contemporánea de la lucha de liberación enseña a todos aquéllos que están verdaderamente comprometidos en el esfuerzo de liberación de sus pueblos.

Evidentemente, tanto la eficacia de esa vía como la estabilidad de la situación a que ella conduce, después de la liberación, dependen no sólo de las características de la organización combativa, sino también de la conciencia política y moral de aquéllos que, por razones históricas, están en condiciones de ser los herederos inmediatos del Estado colonial o neocolonial. Pues los hechos han demostrado que el único sector social capaz de tener conciencia de la realidad de la dominación imperialista y de dirigir el aparato del Estado heredado de esa dominación, es la pequeña burguesía autóctona. Si tenemos en cuenta las características aleatorias, la complejidad de las tendencias naturales inherentes a la situación económica de esa capa social o clase, veremos que esta fatalidad específica de nuestra situación constituye una de las debilidades del movimiento de liberación nacional.

La situación colonial que no admite el desarrollo de una seudoburguesía autóctona y en la que las masas populares no alcanzan, en general, el

grado necesario de conciencia política antes del desencadenamiento del fenómeno de la liberación nacional, ofrece a la pequeña burguesía la oportunidad histórica de dirigir la lucha contra la dominación extranjera, para ser, por su situación objetiva y subjetiva (nivel de vida superior al de las masas, contactos más frecuentes con los agentes del colonialismo, y por tanto, mayores oportunidades de ser humillada, grado de instrucción y de cultura política más elevado, etc...) la capa que toma más rápidamente conciencia de la necesidad de liberarse de la dominación extranjera.

Esta responsabilidad histórica es asumida por el sector de la pequeña burguesía que se puede llamar, en el contexto colonial, **revolucionaria** mientras que los otros sectores se mantienen en la duda característica de esas clases o se alían al colonialismo para defender, aunque ilusoriamente, su situación social.

La situación neocolonial, que exige la liquidación de la seudoburguesía autóctona para que se realice la liberación nacional, da también a la pequeña burguesía la oportunidad de desempeñar un rol de primer plano —e incluso decisivo— en la lucha por la liquidación de la dominación extranjera. Mas, en este caso, en virtud de los progresos realizados, en la estructura social, la función de dirección de la lucha es compartida (en mayor o menor grado) con los sectores más instruidos de las clases trabajadoras y hasta con algunos elementos de la seudoburguesía nacional, imbuidos por sentimientos patrióticos. El papel del sector de la pequeña burguesía que participa en la dirección de la lucha es todavía mayor, pues es una gran verdad, que en la situación neocolonial misma, ella está más apta para asumir esas funciones, ya por las limitaciones económicas y culturales de las masas trabajadoras, ya por los complejos y limitaciones de naturaleza ideológica que caracterizan al sector de la seudoburguesía nacional que se une a la lucha. En este caso es importante hacer notar que la misión que le está confiada exige de ese sector de la pequeña burguesía una mayor conciencia revolucionaria, la capacidad de interpretar fielmente las aspiraciones de las masas en cada fase de la lucha y de identificarse con ellas cada vez más.

Pero, por grande que sea el grado de conciencia revolucionaria, del sector de la pequeña burguesía llamado a desempeñar esta función histórica, no puede liberarse de esta realidad objetiva: la pequeña burguesía como

clase de servicios (es decir, que no está directamente ligada al proceso de producción) no dispone de bases económicas que le garanticen la toma del poder. En efecto, la historia nos demuestra que, cualquiera que sea el papel —a veces importante— desempeñado por individuos provenientes de la pequeña burguesía en el proceso de una revolución, esa clase no ha estado jamás en posesión del poder político. Y no podía estarlo, pues el poder político (Estado) se basa en la capacidad económica de la clase dirigente y en las condiciones de la sociedad colonial y neocolonial, esa capacidad es retenida por estas dos entidades: el capital imperialista y las clases trabajadoras nativas.

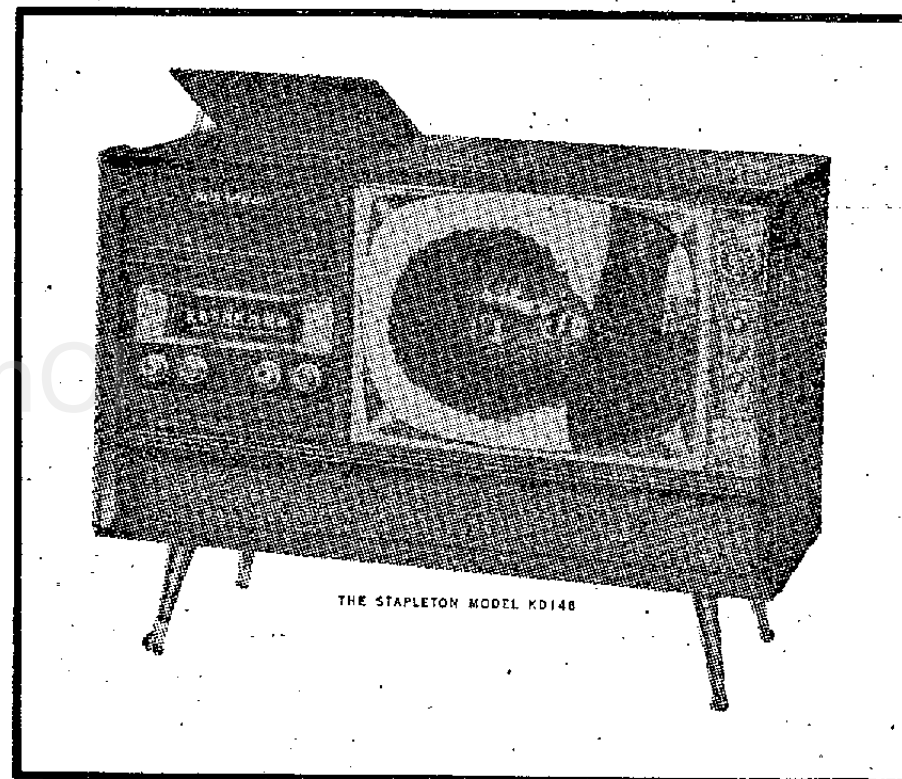
Para mantener el poder que la liberación nacional pone en sus manos, la pequeña burguesía sólo tiene un camino: dejar actuar libremente sus tendencias naturales de aburguesamiento, permitir el desarrollo de una burguesía burocrática —y de intermediarios— del ciclo de mercancías, para transformarse en una seudoburguesía nacional, es decir, para negar la revolución y aliarse necesariamente al capital imperialista. Ahora bien, todo eso corresponde a la situación neocolonial, esto es, a la traición de los objetivos de la liberación nacional. Para no traicionar esos objetivos, la pequeña burguesía sólo tiene un camino: reforzar su conciencia revolucionaria, repudiar las tentaciones de aburguesamiento y las solicitudes naturales de su mentalidad de clase, identificarse con las clases trabajadoras, no oponerse al desarrollo normal del proceso de la revolución. Eso significa que, para desempeñar cabalmente el papel que le corresponde en la lucha de liberación nacional, la pequeña burguesía revolucionaria debe ser capaz de suicidarse como clase para resucitar como trabajador revolucionario, enteramente identificado con las aspiraciones más profundas del pueblo a que pertenece.

Esa alternativa —traicionar a la revolución o suicidarse como clase— constituye el dilema de la pequeña burguesía en el cuadro general de la lucha de liberación nacional. Su solución positiva en favor de la revolución depende de lo que recientemente Fidel Castro llamó con propiedad el **desarrollo de la conciencia revolucionaria**. Esa dependencia llama necesariamente nuestra atención sobre la capacidad del dirigente de la lucha de liberación nacional de permanecer fiel a los principios y a la causa fundamental de esa lucha. Esto nos muestra, en cierta medida, que si la libera-

ción nacional es esencialmente un problema político, las condiciones de su desarrollo le imprimen ciertas características que pertenecen al ámbito moral.

* Traducción del texto francés publicado por el Departamento de Secretariado, Información, Cultura y Formación de Cuadros del PAIGC, Colección «Discursos e intervenciones».

Extracto del discurso pronunciado, a nombre de los pueblos de las colonias portuguesas, por el camarada Amílcar Cabral, Secretario General del PAIGC (Partido Africano de la Independencia de Guinea y Cabo Verde) en la 1a. Conferencia de los Pueblos de Asia, Africa y América Latina, celebrada en La Habana, del 3 al 14 de enero de 1966.



Breve análisis de la estructura social de la Guinea "Portuguesa"

AMILCAR CABRAL

Me gustaría daros algunos elementos concernientes al análisis de la situación en Guinea, análisis que, por otra parte, ha servido de base a nuestra lucha de liberación nacional. Debemos hacer distinciones entre las diversas situaciones sin oponerlas, no obstante. Pienso, por ejemplo, en la situación en el campo y en las ciudades o, mejor, en el medio urbano.

Así, en el campo encontramos, de un lado, el grupo que nosotros consideramos como semifeudal, representado por los fulas, y de otro el de los balantes, que llamaremos, si queréis, «sin estado». Existen varias situaciones intermedias entre esos dos grupos étnicos extremos. Y subrayaremos enseguida que entre los animistas (se encuentra una coincidencia entre el semifeudalismo y el islamismo y la ausencia de cualquier organización de Estado entre esos mismos animistas) hay un grupo étnico, los mandjaks, que a la llegada de los portugueses mantenían ya relaciones que se podrían calificar de feudales.

¿Cómo se presenta la estratificación social de los fulas? Consideraremos primero a los jefes, los nobles y las entidades religiosas; después, los arte-

sanos y los dyulas o comerciantes ambulantes; finalmente, los campesinos propiamente dichos. No me extenderé en el análisis económico de cada uno de esos grupos; me gustaría simplemente haceros notar que los jefes y su séquito tienen todavía, a despecho de la conservación de ciertas tradiciones concernientes a la colectividad de las tierras, privilegios muy importantes en el marco de la propiedad de la tierra y la explotación del trabajo de otro. Así, los campesinos que dependen de los jefes están obligados, durante cierto período del año, a trabajar para ellos. Los artesanos juegan un papel muy importante en el conjunto económico-social de los fulas y forman, por así decirlo, un embrión de industria de transformación de las materias primas, desde el herrero al más bajo de la escala, la transformación del cuero, etc.; el grupo de los dyulas, que algunos prefieren situar por encima del de los artesanos, no tiene de hecho esa importancia, pero representa, sin embargo, virtualmente y aun en cierta medida, prácticamente los que tienen la posibilidad de acumular dinero. El grupo campesino, generalmente desprovisto de derechos, es el verdadero explotado de la sociedad fula.

Además de la cuestión de la propiedad, la situación de la mujer es un elemento muy interesante de comparación. Entre los fulas la mujer no goza de ningún derecho social; participa en la producción, pero sin poseer sus frutos. Por otra parte, la poligamia es una institución muy respetada, siendo la mujer considerada un poco como propiedad de su marido.

En el polo opuesto, entre los balantes, hallamos una sociedad completamente desprovista de estratificaciones y donde sólo el consejo de los ancianos de una aldea o de un conjunto de aldeas está habilitado para adoptar decisiones concernientes a la vida misma de esa sociedad. Entre los balantes la tierra es propiedad de la aldea, pero cada familia recibe una porción necesaria a su subsistencia y los medios o, mejor, los instrumentos de producción pertenecen ora a la familia, ora al individuo. Los balantes, a despecho de fuertes tendencias a la poligamia, son en su gran mayoría monógamos. La mujer participa en la producción, pero es propietaria de lo que produce, lo que le confiere una situación privilegiada, pues su libertad es efectiva, salvo en lo que concierne al hijo, que el jefe de familia puede reclamar siempre; se debe ver en ello, evidentemente, una razón económica, a saber, que la fuerza de una familia está sobre todo representada por el número de brazos capaces de trabajar.

Operando una transición, la presencia de un grupo minoritario, formado por pequeños propietarios africanos, es de mencionar; de cierta importancia, se ha revelado muy activo en el marco de la lucha de liberación nacional.

En las ciudades, y noten que no hablo de la presencia (inexistente en Guinea) de europeos en el campo, encontramos primero dos grupos distintos: los europeos de un lado y los africanos de otro. Se puede fácilmente subdividir los primeros en la medida en que conservan, de acuerdo, desde luego, con las actividades que despliegan entre nosotros, la estratificación social a que pertenecían en Portugal. Así, a la cabeza, los altos funcionarios y los directores de empresas forman una capa muy aislada del resto de la población europea misma. Después vienen los funcionarios medios, los pequeños comerciantes, los empleados del comercio y las personas de profesión liberal. En fin, los obreros especializados.

En el marco africano, un primer grupo se compone de funcionarios superiores, medios y también personas de profesión liberal; después de los pequeños funcionarios, los empleados del comercio bajo contrato (no confundirlos con los empleados del comercio sin contrato, que pueden ser puestos en la calle en cualquier momento), los pequeños propietarios agrícolas, llamados por asimilación pequeña burguesía africana, se sitúan igualmente en el nivel de ese grupo. Un análisis más profundo podría mostrar que el primero de esos grupos citados habría que incluirlo igualmente en la pequeña burguesía. Después vienen los asalariados; definimos como asalariados a todos los empleados del comercio sin contrato que venden su trabajo al día; pienso, por ejemplo, en el grupo importante de los empleados de los puertos, barcos y transportes de mercancías o productos agrícolas. Tenemos también los domésticos, hombres la mayor parte, los obreros de los talleres de reparaciones o de las pequeñas fábricas, así como la mano de obra de los almacenes. Todos esos grupos forman parte de los asalariados. Notaréis que tenemos el cuidado de no llamarles proletariado o clase obrera. Después toca el turno a los sin clase, que de nuevo pueden ser subdivididos en dos subgrupos: uno que no merece verdaderamente el nombre de sin clase, pero para el cual no hemos logrado hallar un término exacto, y el otro fácil de identificar que constituiría nuestro lumpenproletariado (si existiera en Guinea un proletariado consciente de sí mismo), formado de hecho por mendigos,

desocupados, prostitutas, etc.; el primero de esos grupos en el cual hemos puesto toda nuestra atención se ha revelado, en efecto, muy importante en la lucha de liberación nacional y está formado por muy numerosos jóvenes recientemente venidos del campo que han conservado estrechas relaciones con éste al mismo tiempo que entran en contacto con la vida de los europeos; no tienen a menudo oficio alguno y viven a expensas de sus familias pequeñoburguesas u obreras. Hay que distinguirlos de los hijos de familia en Europa; en efecto, algunas tradiciones y costumbres africanas exigen, por ejemplo, que un tío que vive en la ciudad ofrezca hospitalidad a su sobrino llegado del campo. Se crea así una capa ocupada en gastar sus energías en la experiencia de la vida urbana, que habrá de jugar un papel importante.

LOS GRUPOS SOCIALES FRENTE A LA LUCHA DE LIBERACION NACIONAL

Los fulas eran ya conquistadores en Guinea, y los portugueses se han ligado, pues, a ellos en el momento de su propia conquista: así, entre los semif feudales que caracterizan a ese grupo notamos que los más altos jefes y su séquito están ligados al colonialismo. Su poder está estrechamente ligado al de las autoridades portuguesas. Los artesanos son también muy dependientes de sus jefes y viven generalmente del trabajo que suministran en provecho del grupo superior, que acapara el producto.

Entre ellos algunos están satisfechos de esta situación, mientras otros, en cambio, tendrían tendencia a adoptar una actitud de rechazo al colonialismo portugués. El dyula, en Guinea al menos, es un individuo inestable, un comerciante ambulante sin apego a nada, cuya preocupación constante y objetivo fundamental es la defensa de sus intereses personales. Sin embargo, su movilidad permanente ha podido ser explotada en el marco del trabajo de movilización y difusión de las ideas iniciales de lucha; bastaba para esto ofrecerle compensaciones, pues se negaban generalmente a actuar sin interés.

Dada la naturaleza de las diferentes sociedades en Guinea (feudales, semif feudales, etc.) y los diversos grados de explotación de que son objeto, es evidentemente el grupo de los campesinos el más interesado en la lucha. Pero el interés que ponen no es solamente de orden objetivo.

Nuestras tradiciones o, si preferís, nuestra superestructura económica hacen que los campesinos fulas o los campesinos semif feudales a menudo tengan tendencia a seguir a sus jefes. Su movilización ha necesitado, pues, un trabajo profundo e intenso. Quedan, entre los musulmanes, grupos «sin estado», y entre los balantes restos importantes de las estructuras que fueron origen del animismo. Hay que añadir que la población no es verdaderamente islámica, sino más bien islamizada, pues, aun adoptando ciertas prácticas de la religión musulmana, está sin embargo muy impregnada de concepciones animistas. Estos grupos «sin estado» han ofrecido una resistencia mucho mayor que los otros a los conquistadores colonialistas, y en sus filas es donde hemos visto más prontitud a aceptar la idea de liberación nacional, aunque para esos campesinos, pues todos son campesinos, ello no se hace siempre sin preocupaciones ni problemas.

El problema de saber si el campesinado representa o no la principal fuerza revolucionaria es de una importancia capital. Y debo, en lo que concierne a Guinea, responder negativamente. Puede parecer extraño desde ese momento que basemos en el campesinado la totalidad de nuestra lucha. Representando al país entero, controlando y produciendo sus riquezas, es físicamente muy fuerte; sabemos, sin embargo, por experiencia todo lo que nos ha costado incitarle a la lucha. Antes de volver a ello querría haceros notar, y me refiero a las palabras del orador precedente, que en China, por ejemplo, la situación del campesinado era fundamentalmente diferente; basta para convencerse de ello recordar todas las revueltas de que ese campesinado ha sido origen. En Guinea, aparte ciertas zonas y ciertos grupos que nos han dado desde el principio una acogida favorable, hemos tenido, al revés de los comunistas chinos, que conquistarles ferozmente.

En la ciudad, ¿cuál es la posición de los diferentes grupos con relación a la lucha? La mayoría de los europeos, instrumentos humanos del estado colonial, rechaza a priori toda idea de liberación nacional, y los obreros son los más obstinados de ellos. No quisiera, sin embargo, pasar en silencio la gran simpatía que nos ha sido dado a veces encontrar entre los pequeño burgueses europeos. En lo que concierne a la pequeña burguesía africana, podemos definir tres subgrupos: el comprometido o aún profundamente comprometido con el colonialismo, que engloba la mayor parte de los funcionarios superiores y medios y las personas de profesión

liberal; el que llamamos, sin duda muy legítimamente, la pequeña burguesía revolucionaria, y, en fin, el grupo intermedio vacilante, sin cesar, entre la liberación y los portugueses. En cuanto al grupo de los asalariados, comparable al proletariado europeo sin ser exactamente semejante, la mayoría se da a la lucha, mientras algunos, de mentalidad muy pequeño burguesa, buscan, al contrario, defender sus pequeñas conquistas en el seno de la sociedad. Inconscientemente o no, el grupo de los sin clase ha sido francamente contrario a nuestra lucha, y los vagabundos, los desocupados permanentes, las prostitutas hasta han servido de agentes de información a la policía portuguesa. En cambio, el grupo difícilmente calificable de todos esos jóvenes que, aún conservando estrechos contactos con el campo, han sido llevados, en presencia de los portugueses, en la ciudad, a establecer comparaciones entre la vida de éstos y los sacrificios soportados por los africanos, se ha revelado muy dinámico. Se han adherido a la lucha desde el comienzo y de sus filas han salido numerosos cuadros destinados a trabajar por la liberación.

Por otra parte, en esta etapa ya avanzada, una conciencia nacional comienza a aparecer progresivamente y ello a despecho de nuestras divisiones tribales. El hecho de que el racismo haya dado a los africanos la idea de lo que eran ellos mismos ha contribuido a esta aparición y representa un aspecto muy particular de la situación.

EL PAPEL DE LA PEQUEÑA BURGUESIA

Nuestro amigo se ha inquietado por saber cuál sería, al partir el colonialismo y finalizar su dominación, la clase portadora de historia, y aquí debemos establecer una distinción entre la historia colonial y la que nos pertenece como sociedades humanas: pueblos dominados, no formamos sino un conjunto frente al opresor, pero cuando, a despecho de las diferentes influencias sufridas por razón de los límites geográficos a veces absurdos impuestos por el colonialismo, una conciencia de clase se ha desarrollado de todos modos, se puede decir que todas las capas sociales serán entonces portadoras de historia. Es imposible, en nuestro contexto colonial, que una sola capa social pueda llevar a término la lucha contra el colonialismo, pues ésta necesita la realización efectiva de la unidad nacional. Pero la ausencia de una clase social portadora de historia podría ser sinónimo de vacío; ahora bien, no, ése no es el caso. En

efecto, debo repetir que es el estado colonial mismo, más que la lucha de clases, el que ordena la historia. Lo importante es saber quién será capaz, destruido el poder colonial, de tomar en sus manos el aparato del Estado.

Y abordamos aquí una cuestión técnica: el campesino nuestro no sabe leer ni escribir y no tiene casi relaciones con las fuerzas coloniales, salvo el pago de los impuestos, que aún lo hace indirectamente; la clase obrera no existe como clase bien definida y no es más que un embrión en vías de desarrollo; en fin, porque el imperialismo no la ha dejado crear, no hay entre nosotros una burguesía económicamente válida. Sin embargo, al servicio mismo del colonialismo se ha formado una capa social que es hoy la única capaz de dirigir y utilizar los instrumentos de que se servía contra nuestro pueblo el Estado colonial: la pequeña burguesía africana. Así, llegamos a la conclusión, que desearíamos errónea, de que la pequeña burguesía será la heredera del Estado colonial. En el momento preciso en que esa clase, después de la liberación nacional, se apropia del poder podemos considerar que regresamos a la historia; y en el acto se desatan de nuevo las contradicciones internas de nuestra situación económica y social, condicionadas esta vez, cierto, por los diversos factores internos, pero también por los del exterior. Debemos tener en cuenta todos esos condicionamientos en el momento en que nuestra pequeña burguesía tome el poder, ignoro en nombre de quién, pero el hecho es que lo toma. ¿Qué actitud puede adoptar entonces? La izquierda, el campo socialista en general, reclama evidentemente la revolución; la derecha, el imperialismo y la contrarrevolución, la marcha por una vía capitalista o algo de ese género. ¿Cuántas soluciones está en condiciones de escoger? Ora aliarse al imperialismo y a las capas reaccionarias de nuestro país, a fin de defender su propia existencia como pequeña burguesía, ora aliarse, sin tener en cuenta sus relaciones de fuerza o sus proporciones en el seno de la población, a los obreros y los campesinos, que tienen por su parte, en vista de la revolución, la obligación de tomar y controlar el poder. En resumen, ¿qué se pide a la pequeña burguesía? ¿Que se suicide? Pues la revolución, en efecto, la elimina del poder, la somete al control de los obreros y los campesinos y pone término a su progreso hacia la etapa de burguesía propiamente dicha.

Me gustaría también, para continuar, hablar un poco de la posición de nuestros amigos de izquierda que exigen una revolución de la pequeña burguesía detentadora del poder. En efecto, se puede preguntar si, durante la lucha, esa izquierda ha tenido la precaución de analizar la posición de la pequeña burguesía en cuestión, de comprender su naturaleza, su funcionamiento, y conocer sus instrumentos. ¿Se ha comprometido ella ante la izquierda a hacer la revolución? En los países capitalistas, por ejemplo, la pequeña burguesía forma una capa, una clase de la cual se sirven sin que ella pueda modificar por ello la orientación histórica del país; en Africa, en cambio, se ve conferir esa función histórica por la lucha que libran nuestros países subdesarrollados. Está en condiciones, teniendo la posibilidad de escoger, como decía antes, entre dos grupos, de optar por la solución más inesperada de las dos, pero la cuestión es saber en qué condiciones aceptaría comprometerse así por esta vía.

Otros problemas merecen también ser planteados: por ejemplo, el de la implantación por la fuerza del colonialismo, cuya conquista se extendía a veces por decenas de años; fuerza y opresión, pues, que han provocado inmediatamente la unión y el restablecimiento de fuerzas contrarias que constituyen el embrión revolucionario de nuestros países. Hay que hacer constar, pues, que la presencia del sistema colonial ha modificado mucho nuestras condiciones históricas y ha creado o al menos suscitado una respuesta de tendencia revolucionaria. ¿Pero tenemos toda la razón para calificarla así? ¿Estamos todos verdaderamente de acuerdo en considerar que la lucha de liberación nacional es una revolución? Haría falta a ese respecto que todos nos entendiéramos sobre los términos y su significación o sobre el fenómeno mismo. Me pregunto también si el movimiento de liberación nacional ha nacido únicamente en el interior de nuestras fronteras y es el resultado derivado de las contradicciones internas suscitadas por el colonialismo o bien si ha sido determinado también por factores exteriores. Pues habida cuenta del avance del socialismo en el mundo, ¿ese movimiento de liberación no sería una iniciativa imperialista? En otros términos: ¿la expresión jurídica a la cual se refieren hoy los defensores de los derechos a la lucha de liberación nacional es una creación o un producto del pueblo interesado, o tiene más bien su origen en nuestros aliados históricos, los países comunistas?

Los países imperialistas, y entre ellos Portugal, que en este momento utiliza bombas de napalm para romper nuestra resistencia, han firmado la Carta de las Naciones Unidas, que reconoce el derecho de los pueblos a la independencia. ¿No estamos entonces en trance de considerar como iniciativa de nuestro pueblo la de nuestro propio enemigo? No tendríamos razón para asombrarnos ante la actitud aparentemente inconsciente de este último, pues sería fácil hallar numerosas justificaciones a esa Carta: impedir, por ejemplo, el ensanchamiento del campo socialista, liberar a nuestras fuerzas reaccionarias ahogadas por el colonialismo, dar a esas fuerzas la posibilidad de aliarse a la burguesía internacional; pero el objetivo fundamental era probablemente crear, allí donde no existía todavía, una burguesía destinada a reforzar el campo capitalista. En contra de algunos, consideramos normal, en el marco general de las luchas contra el imperialismo, el hecho de que la burguesía en esos países nuevos tenga desde el comienzo el apoyo del mundo entero. ¿Y en esas condiciones debemos librar desde el principio una lucha feroz contra la burguesía nacional o, al contrario, buscar en ella toda la alianza posible, profundizando la contradicción absolutamente inevitable entre burguesía nacional e internacional, que ha llevado a la primera a la etapa de desarrollo de que hoy disfruta?

Para volver a la cuestión de la naturaleza de la pequeña burguesía y al papel que debe jugar después de la liberación, me gustaría ahora plantearos una cuestión sencilla: ¿qué pensaríais si Fidel Castro hubiera hallado un terreno de acuerdo con los americanos? ¿Se puede imaginar semejante acuerdo por parte de esa pequeña burguesía cubana hoy a la cabeza del poder y responsable de la marcha del pueblo hacia la revolución? Se me replicará, evidentemente, que la situación de Cuba no permitía contemplar tal hipótesis; de acuerdo, pero supongamos de todos modos que las cosas hubieran ocurrido así. ¿Cuál sería el resultado entonces? En toda situación se encuentran factores positivos y factores negativos, ¿pero no es posible, sin embargo, en el marco preciso de mi cuestión, determinar la pequeña burguesía verdaderamente revolucionaria? Como dato de análisis quizá pudiera responderse simplemente: la burguesía honesta, es decir, la que, a despecho de todas las corrientes contrarias, continúa identificándose con los intereses fundamentales de las masas populares de su país. Sin duda debe, con ese

fin, hacerse el harakiri, pero no por ello sale perdiendo: al sacrificarse por su pueblo, tiene la posibilidad de reencarnar en la condición de obreros o campesinos.

EL NEOCOLONIALISMO, UNA DERROTA PARA EL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL

Después de la Segunda Guerra Mundial el imperialismo entra en una nueva fase: por un lado adopta una nueva política de ayuda, es decir, otorga la independencia a los países ocupados además de «ayudarlos» y por otro concentra las inversiones preferenciales en los países europeos.

Esto fue ante todo una tentativa de racionalización del imperialismo, que provocará a plazo más o menos largo, si no lo ha hecho ya, reacciones de tipo nacionalista en esos mismos países europeos. Como nosotros lo vemos, el neocolonialismo (que podemos llamar imperialismo racionalizado) constituye más una derrota para la clase obrera internacional que para los pueblos colonizados.

El colonialismo actúa ahora en dos frentes a la vez, en Africa y entre vosotros. El fin esencial de la ayuda que nos aporta es la creación de una falsa burguesía destinada a frenar la revolución y el ensanchamiento de las posibilidades de la primera; a fin de que se comporte como tapón neutralizador. En cuanto a la inversión de capitales en Occidente (Francia, Italia, etc.), apunta según nosotros al desarrollo y fortalecimiento de la aristocracia obrera y al ensanchamiento del campo de acción de la pequeña burguesía, con un consiguiente «retardo» muy notable de la revolución. Estimamos que los problemas deberán ser analizados bajo ese aspecto. Me gustaría afirmar una vez más que el imperialismo o «capitalismo en putrefacción», con el designio de perpetuarse, utilizará el instrumento neocolonialista para hacer y deshacer Estados; después matará a sus fantoches cuando hayan llegado a ser inútiles y creará, si es necesario, un socialismo que, algunos se apresurarán a llamar neosocialismo.

El fenómeno neocolonialista nos ha mostrado que no había que dudar de la estrecha relación existente entre nuestra lucha y la lucha de la clase obrera internacional; sin embargo, antes de abordar un acercamiento entre nuestro campesinado y el movimiento obrero internacional habría

que tratar de multiplicar primero los contactos entre el primero y nuestros propios asalariados. La situación colonial ya vieja de la América Latina y la posición del proletariado norteamericano ilustran igualmente muy bien la inexistencia de tales relaciones.

Estimamos, además, que la izquierda europea y los movimientos obreros internacionales debieran reconocer sus responsabilidades intelectuales en el estudio y análisis de la situación concreta de nuestros países. Es éste justamente un aporte de que nosotros tenemos necesidad, pues carecemos de instrumentos para nuestro propio análisis; por otro lado, se debiera apoyar materialmente los movimientos de liberación auténticamente revolucionarios. En resumen: estudio y análisis de los movimientos en el lugar, combate por todos los medios posibles de los factores susceptibles de ser utilizados por la represión contra nuestros pueblos, y pienso en particular en el envío y venta de armas, etc.; me gustaría, por ejemplo, que los amigos italianos supieran que hemos cogido gran número de armas italianas a los portugueses, sin hablar, desde luego, de las armas francesas. Es necesario, además, desenmascarar valientemente a todos los movimientos de liberación nacional sometidos al imperialismo.

Se susurra que tal o cual es agente de los americanos, pero ninguna izquierda europea ha adoptado todavía una actitud abierta y violenta contra ellos. Nos toca a nosotros, mientras afrontamos a los portugueses, denunciar a hombres cuya presencia allí aún ha sido a veces solicitada por África, y esto nos crea evidentemente un gran número de problemas.

Creo igualmente que corresponde a la izquierda y los movimientos obreros internacionales colocar a los Estados que reivindican el socialismo ante sus propias responsabilidades y denunciar abiertamente a todos los Estados neocolonialistas.

Es bueno, pienso, recordar a la izquierda occidental y más particularmente a sus jóvenes elementos que deben prepararse para una actividad militante a la vez de estudio y acción concreta en los estados del Tercer Mundo, sean presuntamente socialistas o lo sean verdaderamente.

Me gustaría en conclusión añadir unas palabras sobre la solidaridad entre los movimientos obreros internacionales y nuestra lucha de liberación nacional. Entre dos cosas una: o admitimos que cada uno está interesado por la lucha contra el imperialismo o nos negamos a admitirlo.

Si es exacto, como todo hace creer, que existe un imperialismo cuyo objetivo es a la vez dominar a la clase obrera mundial y ahogar los movimientos de liberación nacional de los países subdesarrollados, debemos ver en él un enemigo común contra el cual tenemos que luchar juntos. Es vano discutir largamente sobre solidaridad, puesto que de hecho se trata de lucha. Nosotros luchamos con las armas en la mano en Guinea; luchad vosotros también, no digo con las armas en la mano, no digo de qué manera porque eso es asunto vuestro; pero hay que encontrar el medio y la forma de una lucha contra el enemigo común: será ésta la mejor prueba de solidaridad que podréis darnos.

Hay, desde luego, otras formas de solidaridad más secundarias: publicación de artículos, envío de medicamentos, etc.: puedo garantizaros que si uno de nuestros países lograra librar una lucha consecuente y mañana vosotros, en Europa, os halláis en conflicto armado contra el imperialismo, nosotros también os enviaremos medicamentos. Pero, una vez más, corresponde a vosotros decidir si la coexistencia pacífica representa o no una forma de lucha: lo que pedimos, en cambio, es que jamás sean confundidas estrategia general de lucha y táctica de lucha.

* Traducción de la versión en francés publicada por el Departamento de Secretariado, Información, Cultura y Formación de Cuadros del PAIGC, Colección «Discursos e Intervenciones».

El texto que publicamos es una versión condensada de una serie de intervenciones orales del compañero Amílcar Cabral, Secretario General del Partido, en un seminario organizado por el Centro Frantz Fanon de Milán en Treviglio, del 1 al 3 de mayo de 1964.



El drama de Ruanda

DJUMA MBOGO

Es bastante común oír en boca de un colono y un occidental en general que no es bueno dejar a los africanos solos, «abandonarlos» en la independencia, pues entonces correrían el riesgo de degollarse mutuamente. El tribalismo es el término utilizado en esas circunstancias para calificar ese género de luchas fratricidas. Y como en ninguna parte las potencias occidentales han abandonado sus posiciones reales en África, teniendo en cuenta que esas luchas ya han tenido lugar en muchas partes entre tanto, el buen sentido elemental arroja una parte (al menos) de las responsabilidades de esta situación sobre las potencias en cuestión por no haber impedido, como debían hacerlo, que los africanos lucharan entre sí. La mala fe de esas gentes, elevada al rango de sistema, ya no está por demostrar.

Así, pues, hablemos seriamente de nuestros problemas.

En 1960 los dos principales grupos étnicos de Ruanda, los hutu y los tutsi, entraron en conflicto abierto, y de manera aún más radical en 1964, durante las sangrientas represiones contra los tutsi. Este texto de un patriota ruandés exilado en París tiene como fin principal restablecer la verdad de los hechos que la prensa occidental en su conjunto, como de costumbre, se ha dedicado a desfigurar a través de interpretaciones en que el racismo latente, si no abierto, no era el criterio accesorio de juicio.

El sistema tribal no es un mal en sí. La tribu es una comunidad de lengua e historia, una sistematización a menudo compleja de las relaciones entre individuos, una forma de solidaridad y afirmación colectivas, que vale tanto como otras y que en el pasado precolonial no ha impedido la formación de grandes reinos africanos. Sin embargo, la empresa colonial debía presidir la degeneración de ese sistema: sobre una organización económica específica en que el trueque y el autoconsumo ocupaban un lugar preponderante, la colonización superpuso con artificio y violencia el sistema de los intercambios monetarios. Esta intervención brutal exterior en el seno del cacicazgo, organización social tradicional extendida en África; debía destruir poco a poco su substrato. Iba a quedar suspendido «en el aire», a merced del ocupante, que después se aprovechará de él para ponerle hábilmente a su servicio. Así, pues, el cacicazgo en su decadencia se transformó en un factor regresivo.

El sistema colonial se siente con razón amenazado por un nacionalismo auténtico cuya aspiración evidente es un Estado unitario. Ahora bien, el centralismo que implica tal visión de las cosas minaría al mismo tiempo los privilegios socioeconómicos de los cacicazgos. Y puesto que las independencias están de moda (habría que hablar más bien de «descolonizaciones»), un sistema federal colmaría los deseos de los cacicazgos y las potencias coloniales, con mayor razón si la extensión geográfica del país se presta a ello (Congo K., Nigeria). Dividir para reinar; tal permanece la regla: Tshombé organiza una secesión en Katanga; Kasavubu, a la cabeza del partido Abako, amenaza con hacer otro tanto con las poblaciones bakongo; las poblaciones de Nigeria se desgarran en los cuatro puntos cardinales; Roberto Holden practica la misma política divisionista partiendo de la tribu bakongo, en el norte de Angola, contra los militantes del MPLA; al día siguiente de la independencia de Guinea, süssu y fula se enfrentan; y recientemente todavía los dirigentes de las poblaciones del sur del Sudán amenazaban al gobierno central con la secesión.

A menudo se trata de viejas querellas y rivalidades que a veces se remontan a siglos, como en el caso de los süssu y fula o el de los tutsi y hutu, que las potencias colonialistas reviven hábilmente con la actualización del contenido de los conflictos. Así pues, las luchas tribales son ante todo un instrumento político en manos de elementos africanos destribalizados, según la palabra de Cabral. Sin embargo, el agente primero de ello es el imperialismo moderno, al cual esas formas anacrónicas de lucha sirven de pantalla. Las luchas tribales en África poseen, pues, un contenido político fundamentalmente; hablar de ello equivale a la vez a describir y analizar la actividad de las potencias colonialistas y los antagonismos de clase en la sociedad moderna africana. La historia de Ruanda no es más que un ejemplo entre muchos otros: al «racializar» la represión, un gobierno fantoche intenta «racializar» una oposición que teme en la medida en que es justamente política y nacional.

Ruanda está situado en el corazón de África, en la región de los Grandes Lagos, circundado al norte por Uganda, al este por Tangañica, al sur por Burundi y al oeste por la República del Congo; tiene 26,000 km² de superficie y su relieve accidentado y montañoso le ha valido el nombre de «país de las mil colinas». Su clima es agradable.

Sus habitantes —aproximadamente 3.000,000 de habitantes antes de los sucesos recientes— viven en su mayoría de la agricultura y de la cría de ganado bovino.

Se distinguen entre ellos tres grupos étnicos: un número pequeño de twa pigmeos que vivían otrora de la caza, la recolección y del trueque de objetos de barro y de productos agrícolas; los hutus, a quienes se suele relacionar al conjunto bantú; finalmente, los tutsis a quienes los historiadores consideran generalmente hamitas. Es conveniente resaltar, sin embargo, que todos hablan una misma lengua bantú. Por otra parte, resulta difícil determinar con precisión la repartición numérica de estos tres grupos. Según los estimados oficiales, se contaría un 84% de hutus, 15% de tutsis y 1% de twa.

Estas proporciones parecen más que dudosas: en efecto, el censo ha sido realizado según el pago de impuestos. Si el impuesto per cápita, el mismo para todos, permite el censo global de aduitos, el impuesto sobre el ganado no afectaría sino a los ganaderos, mayormente tutsis. Mas, para escapar de él, numerosos tutsis pobres prefirieron inscribirse en el censo como hutus. De modo inverso, muchos hutus enriquecidos (los *ibyhutur*, término que podría traducirse por «burgués gentilhomme») tenían en sus documentos de identidad el calificativo «tutsi», sinónimo de confort. Es decir que la tabla oficial, establecida según el criterio de la fortuna, apenas si tiene valor científico.

Generalmente se admite que los primeros tutsis eran pastores nómadas provenientes, ya del valle del Nilo, ya de Etiopía; unos se establecieron en el actual territorio de Ruanda, otros en las regiones que forman los territorios actuales de Uganda, Burundi y Tangañica. No parece que estos pastores, llevando sus rebaños hacia nuevos pastos, hayan estado animados por un deseo de conquista. Por lo demás, estaban materialmente poco preparados para dominar las poblaciones locales (no se desplazaban en gran número); por otra parte, fuertemente apegados a su modo de vida tradicional, no hubieran renunciado inmediatamente a su existencia de ganaderos nómadas e individualistas. Según toda verosimilitud; convivieron por mucho tiempo con las poblaciones autóctonas, cada grupo dedicado a sus ocupaciones primordiales, éstos a la agricultura, aquéllos a la ganadería. Los cambios se desarrollaron progresivamente: los inmigrantes entregaban la leche y otros productos de la ganadería y los indí-

genas las frutas de sus campos. Todo hace pensar, pues, que el establecimiento de los que llamamos hoy tutsis se realizó pacíficamente. Pero a medida que esos inmigrantes aumentaban en número y que sus caracteres comunes se afirmaban, el modo de intercambio entre los dos grupos evolucionó: en lugar de intercambiar los productos de la ganadería, los tutsis entregaban cabezas de ganado a los hutus y de ese modo aseguraban su dominio sobre estos últimos: en efecto, un hutu al recibir una vaca de un tutsi estaba obligado a servir y a someterse a éste, quien de esa manera se convertía en su señor. La evolución del trueque primitivo condujo a una organización compleja, que a veces se ha considerado feudal, y a la constitución de un Estado centralizado: Ruanda propiamente dicho.

Esa es la obra de los tutsis. Antes de su llegada, en efecto, el país no era más que un mosaico de aldeas autónomas. No se puede, pues, extraer de la llegada relativamente tardía de los tutsis un argumento para negarles sus derechos de ciudadanos.

Hasta 1954, fecha en que el rey de Ruanda puso fin al *buhake* (la forma de servidumbre indicada más arriba), las masas campesinas estaban sometidas a dos formas de explotación:

1º El *buhake* generalmente impuesto por ricos ganaderos tutsis, tanto a tutsis pobres como a campesinos hutus.

2º Una servidumbre impuesta exclusivamente por hacendados hutus a hutus que trabajaban en sus dominios; estos trabajadores disfrutaban del usufructo pero pagaban el alquiler de las tierras —podían además ser expulsados— en bienes y en servicios. Esta segunda forma de explotación, típicamente hutu, sigue existiendo en el Ruanda supuestamente republicano.

Los colonialistas belgas se vanaglorian de haber librado al pueblo ruandés del sistema feudal.

¡El peso del feudalismo era, por supuesto, inmensamente gravoso y aplastaba las masas campesinas, pero los belgas no se dieron cuenta de ello sino a partir del momento en que los representantes del poder monárquico asumieron la causa por la independencia del pueblo ruandés! Hasta ese momento, del mismo modo que sus predecesores alemanes, habían conservado y utilizado las instituciones tradicionales, cuyo carácter incontestablemente reaccionario apenas los molestaba. La centralización de los

poderes, la jerarquía social, les fueron, en efecto, muy útiles para establecer su dominación. ¿No es el refinamiento en la explotación de las masas, por lo demás, el criterio burgués para juzgar el grado de evolución de una sociedad? ¿Desde ese punto de vista Ruanda pareció ser, ante todo, altamente civilizado! No se descubrió su abominación sino cuando divergieron los intereses de los poderes tradicionales y los de la potencia colonial.

Luego de abordar el problema de la colonización en Ruanda, en Burundi y en el Congo, resulta imposible no hablar y no procesar el agente espiritual de la empresa colonial: las misiones religiosas, en su mayor parte católicas. En efecto, los misioneros detentaban poderes civiles considerables: tenían particularmente el monopolio total de la enseñanza. La enseñanza laica fue oficial pero tímidamente autorizada sólo en 1956, mas que yo sepa prácticamente no ha existido hasta la actualidad en Ruanda.

En su empresa apostólica, los Padres bautizaron a un gran número de ruandeses y se dedicaron a la destrucción de objetos culturales paganos con un celo de inquisidores. Forzaron las conciencias a abrazar la religión cristiana, directamente, destruyendo los santuarios paganos y exigiendo que los jefes les enviasen catecúmenos; indirectamente, exigiendo que sus jóvenes discípulos tomaran lecciones de catecismo después de las lecciones profanas. Los discípulos debían asistir cada noche a largas sesiones de catecismo —yo, mejor que nadie puede hablar de ello, puesto que tuve que seguir esos largos entrenamientos místicos. ¡El estudio de la Biblia estaba hasta tal punto ahondado, que los niños de diez años conocían perfectamente el árbol genealógico de David o la edad de los diversos patriarcas! Más tarde, los misioneros exigían que los padres se hicieran cristianos y éstos se convertían fácilmente, pues era la condición para que los hijos pudiesen continuar recibiendo los beneficios de la escuela única.

Los omnipotentes religiosos emprendieron igualmente la formación de sacerdotes, de frailes y de monjas. Finalmente, procuraban a la administración colonial personal subalterno.

No contenta al principio con mantener las estructuras feudales, la administración acentuó las iniquidades de éstas: fue así que la escuela administrativa se reservó a los hijos de jefes y otros grandes del régimen.

El feudalismo había tenido al menos el mérito de forjar un Estado nacional unitario. Era un peligro latente para el éxito de la colonización.

La administración se dedicó así a minar la unidad ruandesa exigiendo que se mencionase el grupo étnico a que se pertenecía en las cartillas de impuestos que reemplazaban a los documentos de identidad. La ironía del destino quiere que nuestros opresores pertenezcan a una nación en la que una dualidad lingüística se suma a los antagonismos de clases, en tanto que los ruandeses, ya sean tutsis, hutus o twa, hablan todos la misma lengua. Los belgas salen del apuro, afirmando que entre ellos «flamenco» y «valón» son nombres y que «belga» es el apellido. Entre nosotros, por el contrario, «ruandés» no sería más que un nombre, «tutsi» y «hutu» apellidos. A menudo nos hemos reído de esta dialéctica viciosa. Como ya lo he mencionado, muchos tutsis decían ser hutus para pagar un impuesto menor, en tanto que había hutus que, por orgullo de advenedizos, se declaraban tutsis.

Es preciso decir también que algunos sacerdotes, directores de escuela, tenían una clara preferencia por los tutsis: no se trate de maledicencia cuando recordamos que los misioneros enviaban a la secundaria los jóvenes tutsis de «físico agradable», «de rasgos casi europeos», la pederastia activa o latente parecía ser evidentemente la razón de estos privilegios.

El año 1959 vio el despertar político de África bajo la dominación belga.

El 13 de setiembre de 1959, el viejo patriota François Rukeba, pequeño comerciante, que desde hacía largo tiempo luchaba contra el poder colonial, incitó a los patriotas a exigir su libertad. De este modo nació el Partido de Unión Nacional Ruandesa, el UNAR. Su programa es vago, pero claramente reformista: reivindica la independencia inmediata del país, la enseñanza laica oficial, la separación de la Iglesia y el Estado, así como la reforma agraria y la abolición del régimen de jefaturas. Los unaristas son monarquistas, pero reclaman una monarquía constitucional, en la que el rey reinará pero no gobernará. Su grupo es muy heterogéneo: entre ellos hay ateos y socialistas, jóvenes jefes graduados como católicos pero anticlericales, católicos de convicción, pero todos están unidos en torno a la causa de la independencia; entre ellos no hay marxista alguno, excepto un estudiante que había leído el *Manifiesto*. Hay algunos republicanos en las filas del partido, mas, para no quebrantar la unidad de la lucha, aceptan apoyar a la monarquía, en la esperanza de que hombres como Michel Rwagasama, secretario del partido, asesinado en la capital ruandesa en diciembre último, podrán hacer progresar la causa socialista.

El brote de este movimiento, que se extiende por todo el territorio y encuentra apoyo en todas las capas sociales, inquieta a los colonialistas civiles y religiosos que reaccionan desatando una intensa campaña contra los patriotas, acompañada de amenazas y de medidas de intimidación.

Los curas predicán contra la independencia, «vehículo del comunismo». Administración y misiones católicas coordinan sus esfuerzos para romper el frente de la independencia y suscitan la formación de nuevos grupos políticos del tipo lacayo. El primero de éstos es la Agrupación Democrática Ruandesa (RADER) con un programa lamentable: autonomía interna en 1964, independencia en 1968. La RADER se dice inspirada en el cristianismo. Dice ser republicano. No se trata más que de un ardid inspirado por el poder colonial con el propósito de chasquear al rey, que es partidario de la UNAR y que se solidariza con el lema de la independencia nacional. De hecho, la RADER no es sino un grupillo de empleados de la administración y de viejos jefes feudales sin instrucción, afanosos por conservar una situación que deben a los colonialistas. Resulta significativo que las reuniones de la RADER tengan lugar en las oficinas de la administración en presencia de los jefes de servicio, en tanto que los mítines populares unaristas atraen todas las simpatías de ciudadanos y aldeanos.¹ Meses más tarde, una segunda formación neocolonialista, el Parmehutu (Partido por la emancipación de los hutus), surge en el arzobispado de Kabwayi, centro católico del país. Está formado por maestros y empleados de misiones católicas. Está presidido por Grégoire Kayibanda, presidente nacional de la «Legión de María», y jefe redactor del *Kinyamateka*, periódico clerical y único diario que se publica en Ruanda.

Este partido se distingue por su carácter abiertamente racista. El racismo es, en efecto, su principal razón de existencia. Presenta a los tutsis como «abominables árabes etíopes», pero afirma la fraternidad de los amigos coloniales que «nos han traído el dios vivo».

Para justificar esta actitud, los parmehutistas, obedeciendo a sus amos coloniales y clericales, afirman que la UNAR es una formación exclusi-

¹ La RADER no era una formación étnica. Ineficaz, pronto fue abandonado por los colonialistas. Su secretario general, Prosper Bwanakweri (hoy asesinado), a quien encontré en Bruselas a fines de 1959, reconoció ante mí la justeza de la línea política de la UNAR. Pero —agregaba— ¡cómo podría un padre de ocho hijos no ser oportunista!

vamente tutsi. Ahora bien, el presidente de este partido, Rukeba, es hutu y jamás lo ha ocultado; el secretario, Michel Rawagasama, era igualmente un hutu así como el vicepresidente Côme Rebero. El sectarismo del Parmehutu va hasta el punto de intimar a los tutsis a regresar a Etiopía y a los musulmanes, en número de 4%, a evacuar el país, así como a los protestantes. El Parmehutu invita a los colonialistas a permanecer en Ruanda el mayor tiempo posible, y no anticipa, por supuesto, fecha alguna para la independencia ni siquiera para la autonomía interna.

Por otra parte, es ignorado por las masas; los clericales discuten en las oficinas de la sede episcopal y no intentan formar agrupación popular alguna.

La simpatía por la UNAR es mínima en los medios blancos; a excepción de algunos elementos actualmente expulsados: citemos el caso del ingeniero de minas director de la Somki, Groosens, quien desde el principio se adhirió a la UNAR; habiendo desposado una ruandesa, vio rechazado el matrimonio católico por las autoridades religiosas. Los misioneros parecen no poder considerar la unión interracial sino como un concubinato.

Al no contar, en 1959, con auditorio alguno entre las masas, el Parmehutu duda de su futuro: el presidente actual de Ruanda, Kayibanda, va al extremo de proponer la división del país en zonas hutu y tutsi, primero en la gaceta clerical *Kinyiamateka*, después en un memorándum que envía a las Naciones Unidas y al gobierno belga. Si este hombre hubiera entrevisto la posibilidad de una victoria en todo el frente, ¿por qué habría sugerido esta división? Kayibanda y su pequeño comité reclaman la salida no sólo de tutsis y de no católicos, sino asimismo de congoleses y de burundis. Nadie se asombrará, pues, de que en 1961, cuando se planeaba un escrutinio, el Parmehutu se haya opuesto tanto al voto de los africanos no ruandeses como al voto de las mujeres.

En noviembre de 1959, un incidente en el centro de Ruanda desata las violencias. Habiendo invitado Patricio Lumumba a los partidos unitarios del Congo, de Ruanda y de Burundi, es decir, a aquéllos que se oponían a la balcanización de sus respectivos países, la UNAR envía como delegado a su secretario general Michel Rwagasama. Los colonialistas y los misioneros de Ruanda, que profesan un odio mortal al Movimiento Nacional Congolés, presidido por Lumumba, multiplican sus intrigas y provocacio-

nes. Un pequeño grupo de parmehutistas provoca a un jefe unarista; desgraciadamente, el UNAR responde del mismo modo. Esta carencia de madurez política favorece a los proyectos del Parmehutu, que esperaba una respuesta violenta a su provocación con el fin de que el ejército colonial tuviese un pretexto para intervenir. Numerosos miembros de la UNAR son entonces arrestados y el comité director del partido debe refugiarse en el extranjero.

Desde esa época, los ruandeses viven en el terror. Los exilados hutus y tutsis viven en condiciones material y psicológicamente lamentables.

En el curso del año 1960, la represión sangrienta alcanza su apogeo. Es entonces, en efecto, que algunos de los dirigentes del Parmehutu lanzan el lema «cortar las piernas a los 'gigantes' tutsis». Un régimen de excepción se instala en el país. En marzo de 1960, la comisión de la ONU presenta un informe favorable en su conjunto a la UNAR: amnistía general, prórroga de las elecciones, que la administración quería precipitar, para una fecha ulterior. Pero los belgas no toman en cuenta las recomendaciones de la ONU. Ordenan las elecciones en condiciones de arbitrariedad y violencia tales, que todos los sufragios van al Parmehutu. La ONU niega además la validez de este escrutinio. El 25 de setiembre de 1961, a la llegada de la comisión de la ONU, la amnistía es concedida a todos los prisioneros políticos. A pesar de la decisión de la ONU de permitir a los refugiados tomar parte en las elecciones, la repatriación de éstos se torna difícil por la falta de medios y locomoción y los de la oposición que arriban del Congo, de Burundi y de Uganda son hechos retroceder por el fuego nutrido de los comandos belgas.

Algunos meses después, un gobierno homogéneo parmehutu proclama la República y es inmediatamente apoyado por el residente militar belga. Numerosos miembros de la comisión de la ONU expresan reservas en torno al desenvolvimiento de las elecciones. Sin embargo, la ONU nada puede hacer por cambiar el nuevo estado de cosas.

La UNAR se divide entonces en dos tendencias: los dirigentes de la UNAR que han permanecido en el interior, se inclinan y se colocan en la oposición legal, los del exterior se niegan a reconocer el hecho consumado. La ONU intenta una mediación. Un acuerdo de reconciliación debe ser firmado en Nueva York entre los dirigentes del Parmehutu y los de la UNAR ante los delegados de Liberia, Méjico, Guinea y Senegal.

El acuerdo realizado, atribuye a la UNAR dos ministerios importantes, dos secretarías de Estado, un puesto en el comisariado de refugiados, dos prefecturas y dos subprefecturas. En realidad, el gobierno parnehutu ofrece a la UNAR los ministerios de salubridad y de la ganadería para recuperarlos, meses más tarde, cuando el 1º de julio de 1962 los belgas conceden la independencia a sus criaturas.

El presidente de la UNAR, François Rukeba, que rehusó firmar el acuerdo de Nueva York, se une a la oposición ilegal en el exterior y lucha en la clandestinidad. Forma algunos comandos cuya acción servirá de pretexto a la masacre en masa que atrajo la atención mundial sobre Ruanda.

Algunos unaristas, como hemos dicho, habían escogido la oposición pacífica y sus dirigentes vivían en Ruanda, donde editaban un diario. Cada vez que los refugiados intentaban un ataque armado contra Ruanda, esos elementos del interior protestaban enérgicamente y se buscaban así el odio de los patriotas obligados a vivir en el exilio. Estos apenas si tenían ayuda. Fue así que las autoridades de Burundi desarmaron a los grupos de refugiados que se hallaban en su territorio. El 23 de diciembre, sin embargo, llegaron refugiados armados a Bugesera, provincia fronteriza, y se aseguraron temporalmente su control. El gobierno ruandés, no contento con combatir a los atacantes, desató en la capital una terrible represión: Todos los antiguos miembros de la oposición fueron torturados, a menudo hasta la muerte; Michel Rwagasama, Jean Chrysostome Rutsindintwame, Étienne Afrika, Ncogoza Xavier, dirigentes de la UNAR fueron ejecutados junto a muchos de sus camaradas. Los antiguos jefes de la RADER, quienes desde largo tiempo habían renunciado a la oposición y habían disuelto su partido, fueron sin embargo asesinados. Todos los diarios dieron un número diferente de víctimas, pero todos estuvieron de acuerdo en reconocer que las mismas ascendían a varios millares.

La responsabilidad de este verdadero pogrom recae enteramente sobre el gobierno ruandés. El presidente Kayibanda y uno de sus ministros se hallaban en Cyanika dos días antes del inicio de la masacre en esa localidad; ¿Por qué no tomaron medida alguna de protección, puesto que estaban advertidos? ¿Por qué los prefectos y los alcaldes que dieron la señal de la matanza no han sido sancionados? ¿Por qué el Presidente nada ha dicho al respecto en su mensaje del Año Nuevo, en tanto que

en ese momento continuaba la matanza y que los primeros cadáveres eran arrastrados por el Nyabarongo, a tres kilómetros de la capital? ¿Cómo pudo ser perpetrada la matanza de más de treinta líderes de la oposición, que en su mayor parte vivían en la capital, sin que el gobierno estuviese al corriente? ¿No ordenó la muerte de todos los prisioneros el Ministro Oto Rusingizandekwe el 24 de diciembre de 1963?

Kayibanda, sus colaboradores y sus consejeros, al fundar un partido racista, comprometieron la unidad nacional y la fraternidad de las comunidades ruandesas. Confundiendo a los jefes feudales con el pequeño pueblo tutsi, han creado un problema racial en lugar de plantear y resolver de manera revolucionaria el problema de las clases sociales antagónicas. En lugar de condenar a una raza, era preciso abolir el feudalismo nacionalizando los bienes de los grandes del régimen anterior al gobierno «republicano». ¿Por qué en lugar de rechazar a los atacantes, los hombres en el poder han querido exterminar a los campesinos tutsis inocentes y con ellos a los jefes y militantes de la oposición pacífica y legal? El *Courrier d'Afrique* del 11 de febrero de 1964 nos da la respuesta: «Millares de gentes pobres han sido fusiladas, mutiladas sin juicio por el simple hecho de ser tutsis».

¿Se trataría, pues, de una guerra de tribus entre hutus y tutsis, como lo cree tan gustosamente la prensa internacional incluso cuando condena las masacres? En realidad, los colonialistas y sus criados han hallado un arma incomparable en el tribalismo que siembran y cultivan en las colonias.

¡Actualmente, todos los acontecimientos en relación con los antagonismos y luchas políticas en Africa se señalan en la crónica de sucesos como «historias de negros»! Sin embargo, es un hutu, Habyarimana Gitera Joseph, antiguo presidente de la «Asamblea nacional ruandesas», quien con un tutsi, Isidore Rwubusisi, abogado ante la corte de apelaciones de Usumbura, acaba de firmar en Astrida, el 12 de marzo de 1961, el manifiesto del Movimiento de Agrupación del Pueblo Ruandés (MRPR) en el cual se establece: «Este partido, convencido de que existe una mayoría de ruandeses opuesta a todo racismo y a toda injusticia, declara hablar en nombre de esa mayoría de ruandeses, esperando que la misma pueda expresar libremente su oposición a toda política de casta tan condenable por parte del sistema anterior como del régimen actual». ¡Señalemos, de paso que Gitera es el mismo que, dos meses antes, había sido el primero en firmar,

en calidad de presidente de la Asamblea Legislativa, la constitución del 28 de enero de 1961!

La verdad es que la ausencia de democracia origina el genocidio: el genocidio, en Ruanda como en cualquier parte, sigue lógicamente al fascismo. Kayibanda, encomendando todos los tutsis a la muerte, no deja de condenar a la misma suerte a los demócratas hutus: «Todos los tutsis son feudales abominables, comunistas, unaristas y afroasiáticos» (*Courrier d'Afrique*, febrero 11 de 1961). ¡Ni Hitler habría hablado mejor!

El vocero oficial del Gobierno intentó explicar los disturbios por una reacción hutu contra los traidores tutsis. Aachó la responsabilidad de los crímenes al «furor popular». Protesto contra esta manera de presentar a mis compatriotas como seres embrutecidos, furiosos y desencadenados.

En realidad, desde que están en el poder, los racistas han logrado formar algunas bandas de granujas y utilizarlas conforme a las necesidades de su política. Resulta, además, contradictorio presentar a los hutus como el más humano de los pueblos —tal como lo hacen los dirigentes del Parmehutu— y como indisciplinados, furiosos y ávidos de sangre. Desacreditar de esa manera a todo su pueblo revela la bajeza más degradante.

Los ruandeses necesitan el apoyo de los demás pueblos para hacer de su país una democracia, mas tienen que constituir sobre todo un frente unido contra la dictadura. El problema es puramente político. La lucha debe ser la de la conquista de la democracia verdadera y revolucionaria. A este efecto, los estudiantes ruandeses deben abolir inmediatamente las divisiones étnicas. Deben entablar, lo antes posible, un diálogo para un programa mínimo común, que comporte esencialmente los puntos siguientes:

- 1º lucha inmediata contra la dictadura establecida,
- 2º rechazo del sectarismo racial,
- 3º instauración de una república democrática que garantice la libertad de todos los ciudadanos,
- 4º separación de la Iglesia y del Estado.

Sólo un programa político progresista garantizará la armonía nacional. La reacción colonial ha minado profundamente la unidad nacional de Ruanda; sólo una revolución popular podrá restablecerla.

«Les Temps Modernes» No. 215, abril de 1964.



El pensamiento político de Patricio Lumumba

JEAN-PAUL SARTRE

I

LA EMPRESA

Lumumba, Fanon: estos dos grandes muertos representan a Africa. No sólo a sus respectivas naciones sino a todo su continente. Leyendo sus escritos, observando sus vidas, se les podría tomar por dos adversarios encarnizados. Fanon, martiniqués, biznieto de esclavo, abandona un país que en ese momento no ha tomado conciencia de la personalidad antillana y de sus exigencias. Se une a la rebelión argelina y combate, siendo negro, entre los musulmanes blancos: arrastrado con ellos a una guerra atroz y necesaria, adopta el radicalismo de sus nuevos hermanos, se convierte en el teórico de la violencia revolucionaria y señala en sus libros la vocación socialista de Africa: sin reforma agraria y sin nacionalización de las empresas coloniales, la independencia es una palabra inútil. Lumumba, víctima del paternalismo belga —sin élite, sin problemas— no posee, a pesar de su gran inteligencia, la cultura de Fanon; por el con-

trario, parece tener, a primera vista, sobre él, la ventaja de trabajar en su propia tierra por la emancipación de sus hermanos de color y de su país natal. El movimiento que organiza y del que se convierte en jefe indiscutible ha repetido cientos de veces que sería no violento y, a pesar de las provocaciones o de algunas iniciativas que siempre ha desaprobado, es por la no violencia por lo que se impone el M.N.C.¹ En cuanto a los problemas de estructura, Lumumba definió claramente su posición en sus conferencias en *Présence Africaine*: «No tenemos opción económica».

Entendiendo por esto que las cuestiones políticas —independencia, centralismo— estaban en primer lugar, que era necesario lograr la descolonización política para poder crear los instrumentos de descolonización económica y social.

Pero lejos de combatirse, esos dos hombres se conocían y querían. Fanon me habló con frecuencia de Lumumba; él, que con tanta rapidez reaccionaba cuando un partido africano se mostraba inseguro ó reticente sobre la cuestión de cambio de estructuras, nunca le reprochó a su amigo congoleño el convertirse, aun involuntariamente, en el testafarro del neocolonialismo. Al contrario, veía en él al adversario intransigente a todo tipo de restauración de un imperialismo disimulado. Sólo le reprochaba —y podemos adivinar con qué ternura— esa inalterable confianza en el hombre que motivaron su fin y su grandeza. «Se le mostraban pruebas, me contó Fanon, de que uno de sus ministros lo traicionaba. Iba a verlo, le mostraba los documentos, los informes y le decía: «¿Eres un traidor?» Mírame a los ojos y respóndeme». Si el otro negaba, sosteniéndole la mirada, Lumumba concluía: «Está bien te creo». —Pero esa inmensa bondad que algunos europeos llamaban candidez, Fanon la consideraba nefasta en esa oportunidad: tomándola por sí misma, se sentía orgulloso de ella, veía en ella un rasgo fundamental del africano.

Varias veces el hombre de la violencia me dijo: «Nosotros, los negros, somos buenos; nos horroriza la crueldad. Durante mucho tiempo creí que los hombres de Africa no luchaban entre ellos. Desgraciadamente, corre sangre negra, algunos negros la hacen correr, correrá todavía durante mucho tiempo: los blancos se van pero sus cómplices están entre nosotros, armados por ellos; la última batalla del colonizado contra el colono, será

¹ M.N.C. —Movimiento nacionalista congoleño. (N. de R.)

con frecuencia la de los colonizados, entre ellos». Lo sé: el doctrinario, como tal, veía en la violencia el ineluctable destino de un mundo que está liberándose; pero el hombre, dentro de sí, la odiaba. Las divergencias y la amistad de esos dos hombres señalan a la vez las contradicciones que devastan a África y la necesidad común de superarlas dentro de la unidad panafricana. Y cada uno hallaba dentro de sí esos problemas desgarradores y la voluntad de resolverlos.

Sobre Fanon, todo está por decir. Pero Lumumba, más conocido, encierra sin embargo muchos secretos. Nadie ha tratado verdaderamente de descubrir las causas de su fracaso² ni por qué el gran capital y la banca, se encarnizaron contra un gobierno cuyo jefe no dejó nunca de repetir que no iba a tocar los capitales invertidos ni a solicitar nuevas inversiones.

Para ese objeto servirán los discursos que vamos a leer: permitirán comprender por qué, a pesar de la moderación de su programa económico, el líder del M.N.C. era considerado como un hermano de armas por el revolucionario Fanon, como enemigo mortal por la Sociedad General.³

Se le ha reprochado jugar doble, triple juego. Ante un público exclusivamente congoleño se desbordaba; sabía calmarse si descubría blancos entre los asistentes, alabando o criticando en forma hábil la cuestión; en Bruselas, ante los oyentes belgas se hacía prudente, encantador, y su primera preocupación era tranquilizar. Esto no deja de ser cierto, pero lo mismo puede decirse de todos los grandes oradores: juzgan rápidamente a su público y saben hasta dónde pueden llegar. Por otra parte, el lector podrá observar que si de un discurso a otro varía la forma, el fondo no cambia. Indudablemente Lumumba evolucionó: el pensamiento político del joven autor de «Le Congo, terre d'avenir, est-il menacé?» («¿Está amenazado el Congo, tierra de porvenir?») —escrito en 1956— no es el de un hombre joven y maduro que funda el M.N.C. Hubo un momento —sabremos por qué— en que pudo soñar con una comunidad belgocongoleña, pero a partir del 10 de octubre de 1958, su opinión, que no volvería a cambiar, es firme y declarada, la independencia se convierte en su único objetivo.

² Ver la notabilísima obra de Michel Merlier, *Le Congo*, editada por Maspéro.

³ Trust organizado y controlado por los capitalistas belgas, cuyas posesiones se extienden prácticamente en toda Katanga, y con el 70% de los capitales invertidos en el Congo.— (N. de R.)

Lo que más varía —en función del público— es su apreciación de la colonización belga. Insiste con frecuencia en sus aspectos positivos —con tanta complacencia a veces que se hubiera podido creer que se escuchaba a un colono: valoración del suelo y del subsuelo, obra educadora de las misiones, asistencia médica, higiene, etc. ¿Acaso no llega hasta agradecerle a los soldados de Leopoldo II haber liberado a los congoleños de los «Salvajes árabes» que hacían la trata de negros? En esos casos pasa por encima de la superexplotación, del trabajo forzado, de las expropiaciones de tierras, de las culturas impuestas, del analfabetismo mantenido deliberadamente, de las represiones sangrientas, del racismo de los colonos: se contenta con deplorar los abusos de algunos administradores o de los «pequeños blancos». Pero otras veces el tono cambia, como en el discurso grabado el 28 de octubre de 1959 y, sobre todo, en el del 30 de junio de 1960, en la famosa respuesta al rey Balduino. «Nuestras heridas están demasiado frescas y son demasiado dolorosas todavía para que podamos borrar de nuestra memoria lo que ha sido nuestro destino en 80 años de régimen colonialista... etc». ¿Es el mismo hombre quien habla? Ciertamente. ¿Miente? En lo absoluto. Pero si nos muestra una u otra de esas dos concepciones opuestas de la obra «civilizadora» de Bélgica, es que éstas coexisten en él y reflejan la profunda contradicción de lo que bien podemos llamar su clase. A pesar de ella, la explotación colonial ha dotado al Congo de estructuras nuevas. Empleando una terminología corriente, en los años cincuenta puede contarse un 78% de *coutumiers*⁴ campesinos sometidos a las *chefferies*⁵ a las luchas tribales, y un 22% de *extracoutumiers*⁶ de los que la mayor parte vive en las ciudades. Por mucho que se empeñe la administración en mantener a la población en la ignorancia, no puede impedir el éxodo rural ni la proliferación urbana, ni la proletarianización ni, entre los *extracoutumiers*, cierta diferenciación surgida de las necesidades de la economía colonial: está en formación una pequeña burguesía congoleña de empleados, de funcionarios y de comerciantes. Esa pequeña «élite» —ciento cincuenta mil personas de catorce millones— se opone a los rurales empeñados en sus ri-

⁴ *Coutumiers*: individuos, tribus o grupos étnicos que se rigen por el derecho consuetudinario. (N. del T.)

⁵ *Chefferies*, jefe de tribus tradicionales. (N. del T.)

⁶ *Extracoutumiers*: individuos que han dejado de regirse por el derecho consuetudinario y se han adaptado a las leyes civiles. (N. de T.)

validades y tradiciones, dirigidos por «jefes» al servicio de la Administración ya que los obreros, violentos a veces, pero sin una verdadera organización revolucionaria, sólo tienen todavía una conciencia de clase embrionaria. La posición de la «pequeña burguesía» negra es muy ambigua en sus comienzos, puesto que cree aprovecharse de la colonización mientras que esa ventaja le permite medir la iniquidad del sistema. En realidad, sus miembros —la mayor parte de ellos muy jóvenes, puesto que ella misma es producto reciente de la evolución colonial— son reclutados por las grandes sociedades o la administración; todavía no pueden encontrarse, con treinta años, pequeñosburgueses de nacimiento. El padre de Lumumba es un campesino católico; desde los seis años lo lleva al campo, son los padres pasionistas los que deciden qué el niño vaya a la escuela; más tarde, a los trece años, los misioneros protestantes logran ganárselo. En todo esto, el papel del padre y del niño parece nulo. Émile Lumumba recrimina a su hijo por haberse pasado, a los trece años, a la misión sueca.

¿Pero, qué podía hacer? Todo ha sido decidido a pesar de ellos; los «Monpès»⁷ querían hacer de él un catequista, los suecos, más prácticos, quieren darle un oficio que le permita abandonar el campesinado por un salario y poder vivir en su propia tierra, dentro de una de las aglomeraciones que los blancos han creado, como auxiliar de los colonos. Patricio pasó su infancia en la selva: conocemos la abominable miseria de los campesinos negros; sin las organizaciones religiosas que lo han tomado a su cargo, esa miseria sería su destino, su único horizonte. ¿Pudo comprender inmediatamente que las Misiones son los agentes reclutadores del colonato? Seguramente no. ¿Acaso vio que la vida rural es, directa o indirectamente, producto de la explotación colonial? Tampoco. En la época de su nacimiento, la administración valora las desventajas de la sujeción demasiado visible y del trabajo forzado. Trata de interesar al campesino en la producción, alienta la propiedad individual. Patricio toma la miserable independencia de su padre, dentro de la soledad del paisaje congoleño, por un estado natural: lejos de ser responsables de ello, los blancos son los señores buenos que van a sacarlo de esto. Seguramente en aquellos momentos le inculcaron extrañas ideas sobre su situación: la fe cristiana es el tributo que los jóvenes congoleños pagan a

⁷ Monpès: secta religiosa de origen sueco. (N. de R.)

las iglesias que les enseñan a leer. Los Padres le provocaban una ambición tremenda por conocer su miseria por las causas y, simultáneamente, el deseo de resignarse. El señaló esa contradicción, más tarde, en un poema:

Pour te faire oublier que tu étais un homme
On t'apprit à chanter les louanges de Dieu
Et ces divers cantiques, en rythmant ton calvaire
Te donnaient l'espoir en un monde meilleur
Mais en ton cœur de créature humaine, tu ne demandais guère
Que ton droit à la vie et ta part de bonheur⁸

La religión humilla a la vez que emancipa. Y ofrece la salvación: el mundo mejor no es más que un pretexto, pero se ven forzados a enseñar que sólo se entrará en él por el mérito y no en función del color. Cualquiera que sea el esfuerzo de numerosos sacerdotes por disfrazarlo, el igualitarismo del Evangelio conserva su valor disolvente en las colonias. No sólo actúa sobre los catecúmenos sino también a veces sobre el mismo misionero: ya sea con la intención de prevenir un congreso del Partido Socialista de la Metrópoli, ya sea por convicción, o por las dos razones juntas, los Misioneros de Scheut aprobaron en 1956 el manifiesto de Iléo, «un evolucionado» de treinta y siete años que reclamaba la independencia —a largo plazo— del Congo. Cuando, a los dieciocho años, Patricio abandona la selva para ir a Kindu, donde la Compañía Symaf lo contrata como «auxiliar de oficina», refleja un hecho muy general del éxodo rural y de la etapa capital de una «toma de conciencia». Un joven campesino que ha leído a Rousseau y a Victor Hugo se encuentra de pronto con la ciudad; su nivel de vida se transforma radicalmente; iba a la escuela en taparrabo, va al trabajo con saco y corbata; vivía en una choza, vive en una casa y gana suficiente dinero para comprar y traer junto a sí a Pauline, su novia mututela, con quien se casa. Trabaja frenéticamente. Los blancos pretenden sentirse sorprendidos de su capacidad de trabajo: según ellos los congoleños son generalmente haraganes. Pero los obtusos colonos no comprenden que la famosa «pereza del indígena», mito alimentado en

⁸ Para hacerte olvidar que eras un hombre se te enseñó a cantar loas a Dios y esos diversos cánticos, ritmando tu calvario te ofrecían la esperanza de un mundo mejor pero en tu corazón de criatura humana no pedías más que tu derecho a la vida y tu parte de felicidad. (N. de R.)

todas las colonias, es una forma de sabotaje, la resistencia pasiva de un campesino, de un peón superexplotado. Por el contrario, el frenesí de Patricio lo sitúa durante cierto tiempo dentro de la categoría de aquéllos a quienes más tarde llamaría «colaboradores». Ahora ese hijo de campesino es un «evolucionado»; solicita una «carta de matrícula»⁹ y la obtiene con dificultad —hay 150 matriculados en todo el territorio— gracias a la intervención de los blancos: esto significa que él apuesta por ellos; ha tomado conciencia de su importancia, de la joven «élite» que se forma por todas partes. Los «evolucionados» forman una capa social que crece lentamente y que es el auxiliar indispensable de las grandes compañías y de la administración. Negro, Patricio Lumumba extrae su poderoso orgullo de sus funciones, de la instrucción recibida, de los libros leídos, de la desconfianza vagamente diferente de que lo rodean los blancos. Es precisamente en esa extraordinaria y común metamorfosis en lo que piensa cuando más tarde expone los beneficios de la colonización.

Pero su toma de conciencia es doble y contradictoria: al mismo tiempo que disfruta de su ascenso, de la estima amable de sus superiores, se da cuenta de que ya a los veinte años ha alcanzado su cenit. Aunque esté por encima de todos los negros, permanecerá siempre por debajo de todos los blancos. Claro que puede ganar más, hacerse, después de cierto aprendizaje, empleado de correos de tercera clase, en Stanleyville. ¿Y qué? Con una preparación igual y por el mismo trabajo, un empleado belga gana el doble de su salario; además, Lumumba sabe muy bien que después de ese fulminante arranque, la fiebre se ha convertido, de pronto, en tortuga: necesitará veinticuatro años para llegar a ser empleado de primera clase, después de lo cual permanecerá allí hasta el retiro. Pero, de entrada, ese puesto subalterno está ocupado por el europeo que de ahí puede pasar a empleos más altos. En la Fuerza Pública sucede lo mismo: un «negro» no puede ir más allá del grado de sargento. Lo mismo en el sector privado. Los blancos lo han elevado al nivel que deseaban y luego lo mantienen allí: su destino está en manos de los demás. El prueba su condición en el orgullo y en la alienación. Por encima de su situación personal adivina la lucha de clases desnuda; a los treinta y un años escribiría: «Existe un verdadero duelo entre empleadores y emplea-

⁹ Los negros con «carta de matrícula» son por entero ciudadanos y tienen los mismos derechos que los europeos. (N. del T.)

dos con motivo de los salarios». Pero los asalariados «evolucionados» no son el proletariado: las reivindicaciones de Lumumba se basan en la conciencia de su valor profesional —como las de los anarcosindicalistas, en Europa, a fines del siglo pasado— y no en la necesidad que crean, en todas partes, las exigencias de los proletarios y del subproletariado. Más o menos en el mismo momento se da cuenta —sobre todo en Leopoldville— que lo han mistificado: su «matrícula», que tanto trabajo le ha costado, lo separa de los negros, sin asimilarlo a los blancos. Como los «noevolucionados», el matriculado no tiene derecho a entrar en la ciudad europea a menos que trabaje allí; igual que ellos, no escapa al toque de queda; se los encuentra, cuando hace las compras, en la taquilla especial reservada a los negros; como ellos, es víctima, en toda oportunidad, en todo lugar, de prácticas segregacionistas. Pero debe señalarse que el racismo y la segregación son, para él, una experiencia nueva; en la selva donde la miseria y la subalimentación tienen carta de naturaleza y se puede adivinar la verdad de las colonias que es la superexplotación, pero el racismo no puede verse, puesto que no existe contacto entre negros y blancos: el paternalismo amable de los misioneros ha podido crearle ilusiones; las prácticas discriminatorias se descubren en las ciudades, ellas constituyen la vida cotidiana del colonizado. Pero es necesario hacer una aclaración: el proletariado, derregado, mal pagado, padece mucho más la superexplotación que la discriminación racista que es su consecuencia.

Cuando Lumumba denuncia, el 30 de junio de 1960: «El trabajo agotador exigido a cambio de salarios que no nos permitían saciar nuestra hambre ni vestirnos o alojarnos decentemente, ni educar a nuestros hijos...» habla en nombre de todos. Pero cuando añade: «Hemos conocido que había en las ciudades casas magníficas para los blancos y chozas miserables para los negros, que no se admitía nunca a un negro ni en los cines, ni en los restaurantes, ni en las tiendas llamadas europeas; que un negro tenía que viajar en el casco de los barcos a los pies del camarote de lujo de los blancos» es la clase de los «evolucionados» quien habla por su voz. Y cuando escribe, en 1956; que «la matrícula debía ser considerada como la última etapa de integración», defiende los intereses de un puñado de hombres contribuyendo con ello a separarlos de la masa. De hecho, los intereses de esta élite, creada por los belgas, exigen una asimilación cada vez mayor: igualdad de los blancos y los negros

en el mercado de trabajo, acceso de los africanos a todos los puestos en la medida en que reúnan las capacidades requeridas. Como vemos, lo que reivindica no es la africanización de los cuadros sino su semiafricanización. ¿No es de temer en ese caso que los negros admitidos en los puestos superiores se conviertan en cómplices de la opresión colonial o por lo menos en sus rehenes? Lumumba no está todavía consciente del problema. De hecho, en el mismo año en que Iléo exige en su manifiesto la independencia por etapas, Patricio está todavía trazando un esbozo de una «comunidad belgocongolesa». Dentro de esa comunidad pide la igualdad de los ciudadanos. Pero esa igualdad dentro de algún tiempo sólo jugará en favor de los «evolucionados»: «Creemos que en un futuro relativamente cercano, sería posible otorgar derechos políticos a las élites congoleñas y a los belgas del Congo, siguiendo determinados criterios establecidos por el Gobierno».

Sin embargo, desde aquella época, es enemigo de aquellos a quienes más tarde designaría como «colaboradores». Es que experimenta hasta el fin la contradicción de su clase: creada en todos sus aspectos por las necesidades de la colonización, sabe que las empresas del capitalismo belga la han separado de las masas y que no tiene otro porvenir que en el propio sistema colonial; pero, en el mismo momento, ha sacado en consecuencia de su experiencia urbana, que ese porvenir le es negado definitivamente por los colonos y la Administración.

Cuando propone la «comunidad belgocongolesa», ya no cree en ella: ha descubierto al fin la rigidez del sistema que lo ha creado para explotarlo mejor; no puede concebirse ninguna reforma por la sola razón de que el colonialismo se mantiene por la opresión y desaparece cuando hace concesiones. La única solución será revolucionaria: la ruptura, la independencia.

Iléo, como acabamos de ver, la había reclamado antes que él. Y también Kasavubu, jefe de la poderosa ABAKO.¹⁰ Lumumba no «inventó» la independencia; otros descubrieron su necesidad. Sí fue, sin embargo, su promotor y su mártir, es que la quería completa y plena, sin que los acontecimientos le dieran la oportunidad de lograrla. En realidad, la

¹⁰ Abako: Asociación de los Bakongo para la unificación, la conservación y la expansión de la lengua kikongo. (N. del T.)

mayor parte de las organizaciones nacionalistas se forman necesariamente en un marco regional: el P.S.A. se estableció en Kwango Kwilu, el C.E.R.E.A. en Kivu: ellas logran —aunque difícilmente— conciliar las etnias pero, por esa misma razón, a duras penas pueden extenderse más allá de las provincias. Su nacionalismo —cuando existe— es en realidad un federalismo: sueñan con un poder central muy limitado cuya función principal sea la de unir las provincias autónomas. En Leopoldville, las cosas llegan todavía más lejos: la superioridad numérica de los Bakongo le permite a la ABAKO ser a la vez un partido regional y étnico. Para no considerar más que este último caso, resulta de ello una doble consecuencia: la ABAKO es un movimiento poderoso, pero arcaico; sociedad secreta y partido de masas, ambas cosas, sus principales jefes son «evolucionados» pero que no están separados del pueblo porque han tomado como suya la reivindicación fundamental: independencia inmediata para el Bajo Congo. Kasavubu su principal miembro, es un personaje ambiguo, secreto, del que podría decirse que, aunque reclutado por la Administración, ha sabido permanecer en contacto directo con su base étnica y que no ha tenido nunca ni los medios, ni la ocasión, ni la voluntad para llegar a una conciencia clara de su propia clase. Seminarista sin fe, luego maestro está unido al Bakongo por un nexo oscuro, mesiánico; es su jefe religioso, su rey, la prueba viviente de que son el pueblo elegido. Electo presidente del Congo independiente, vive de pronto dentro de la contradicción más completa: su partido le ordena que preserve la unidad nacional —en particular contra la secesión katanguesa que pone en peligro de ruina al Congo— su pueblo reclama de él que sea, él mismo, secesionista y que a la vez restaure —tomándole al Congo francés algunos territorios— el antiguo reino Kongo. Incapaz de dominar la situación, oscila entre un federalismo anárquico y un centralismo dictatorial, apoyándose en la fuerza militar. Sobre todo le hace el juego al imperialismo, inconscientemente primero y luego de manera muy consciente: no se trata aquí de psicología sino de determinación objetiva: separatista en su esencia, la ABAKO, después de la independencia, debía arruinar la obra de los nacionalistas en provecho de las potencias extranjeras. En el momento en que Lumumba despierta a la conciencia nacional, ese movimiento confuso, a la vez oscurantista y revolucionario, ha hecho por la liberación del Congo, antes de la independencia, más que ningún

partido. Desde 1956 respondía al manifiesto de Iléo, a las observaciones de Lumumba sobre «la comunidad» reclamando la independencia inmediata y la nacionalización de las grandes empresas. Se hubiera podido creer que existía un programa revolucionario y socialista o, por lo menos, que las reivindicaciones de la masa llegaban hasta la cima: pero no, los acontecimientos lo probaron. Sólo se trataba de una cortina de humo: era necesario que la ABAKO fuera el partido más radical de todos. En realidad, lo era: en el sentido de que los Bakongo representan el 50% de la población negra en Leopoldville, y que proveen a la ciudad de su mano de obra no calificada. Disciplinados, se les puede movilizar en todo momento por medio de consignas clandestinas: son ellos los que hacen las huelgas, las campañas de desobediencia; si los jefes prohíben votar, ni uno de ellos se acerca a las urnas. Son ellos también los que —¿por órdenes precisas o a pesar de las estrictas prohibiciones? la pregunta queda sin respuesta— realizaron los motines de enero de 1959.

Los «evolucionados» no tenían ningún poder sobre las masas —salvo en el Bajo Congo— su número y su modo de vida los hacían incapaces de pasar a la acción directa. Es necesario reconocer que tuvieron poco peso en los acontecimientos de enero de 1959. En realidad es la crisis económica, esa recesión colonial que afecta duramente a la Metrópolis y la agitación de las masas proletarizadas, cuyo nivel de vida se deteriora visiblemente, es eso —unido a las torpezas de la administración— lo que decidió al gobierno metropolitano a darle bruscamente al Congo su independencia, es decir, a trocar —con la aprobación de las grandes compañías— el régimen colonial por el neocolonialismo.

Lumumba no hizo la revolución congoleña; su situación de «evolucionado», separado del proletariado urbano y todavía más del campo, le impedía recurrir a la violencia: su determinación —que mantuvo hasta la muerte— de ser un «no violento» tiene como origen, más que un principio o un rasgo de carácter, un reconocimiento lúcido de sus poderes. Desde 1956 es en Stanleyville el ídolo de las multitudes. Pero un ídolo no es un líder, a la manera de N'Krumah a quien admira y menos todavía un brujo como ese Kasavubu que le preocupa. Lo sabe: sabe que puede convencer a un auditorio, con ese don que tiene de hablar en cualquier lugar, a cualquier persona, y con esa cultura recibida de los belgas que se vuelve contra ellos; pero se necesitan otras dotes que la palabra para

poder lanzar a los hombres, con las manos desnudas, contra las ametralladoras. Sin embargo, es él quien va a captar la Revolución, marcarla con su sello, orientarla. ¿Por qué? Porque su condición de asimilado y la naturaleza de su trabajo le permiten elevarse hasta la universalidad.

Ha conocido la selva, las pequeñas aglomeraciones urbanas, las grandes ciudades de provincias y la capital: desde la edad de dieciocho años ha escapado al provincialismo. Sus lecturas y la enseñanza cristiana le han dado una imagen del hombre, todavía abstracta pero despojada de racismo: es sorprendente que en sus discursos explique la situación del Congo por referencias constantes a la Revolución francesa, a la lucha de los Países Bajos contra los españoles. Y, bien entendido, hay en esas alusiones algo como un argumento *ad hominem*: ¿cómo podrían ustedes, blancos, impedirles a los negros que hagan lo que ustedes hicieron? Pero más allá de esas intenciones polémicas, se refiere a un humanismo de principios que no puede ser la ideología de los «evolucionados»: precisamente en nombre del *homo faber* reclaman la igualdad de belgas y congoleños en el mercado de trabajo. Ese concepto universal sitúa de entrada a Lumumba por encima de las etnias y del tribalismo: permite a ese errante aprovechar sus viajes y descifrar los problemas locales en función de lo universal. Bajo ese punto de vista es como capta —más allá de las diversidades de costumbres, las rivalidades y las discordias— la unidad de necesidades, de intereses, de sufrimientos. La administración lo ha situado por encima del nivel común: es aislarlo sin duda, pero es también permitirle que pueda comprender la condición del congoleño en su generalidad. Desde ese momento, cualquiera que sea su auditorio, no deja de afirmar la unidad de su patria: lo que divide a los hombres son los vestigios de un pasado precolonial cuidadosamente conservados por la Administración; lo que los une, hoy negativamente, es una cierta desgracia común, más profunda que las tradiciones y las poderosas costumbres puesto que las ataca en las fuentes de la vida por medio del sobretrabajo y la subalimentación; en fin, es la colonización belga que crea la nación congoleña por medio de una agresión perpetua y omnipresente.

Esto es cierto y falso a la vez. La colonización unifica pero también divide: no sólo por cálculo y maquiavelismo —eso no sería nada— sino por la división del trabajo que introduce y las capas sociales que crea y estratifica. En las ciudades los lazos socioprofesionales tienden a imperar

sobre los tribales, pero, observándolo mejor, las divisiones según el empleo, el nivel de vida y la instrucción se añaden a las divisiones étnicas dentro de los barrios negros. A lo que podemos añadir los conflictos que oponen a los primeros urbanizados con los recién llegados. El proletariado del campo no es el de las ciudades y sobre todo, los «coutumiers» rurales dirigidos por una «chefferie» conservadora y, generalmente, vendida a los europeos, no forman parte de los proyectos de los ciudadanos «evolucionados». Pero la pequeña burguesía naciente tiene necesariamente que cometer el error de la burguesía francesa en los tiempos de la Revolución: frente a un proletariado sin organización, con reivindicaciones confusas, y a un campesinado de donde ha surgido y del que cree conocer las aspiraciones, se considera como la clase universal; la única diferenciación que desea tomar en cuenta no surge de la economía: los evolucionados se definen entre ellos mismos, según el deseo de la administración colonial, por su grado de instrucción; la cultura que han recibido es orgullo y su esencia más íntima: ella les impone, pensando en los mejores, el deber estricto de conducir a sus hermanos analfabetos de los campos y la selva hacia la autonomía o la independencia. Digo que esa ilusión es inevitable: ¿cómo Lumumba —que iba a la escuela de los «Monpès» en taparrabo, y que conservaría hasta su muerte sus nexos campesinos— podría ser considerado como el representante de una nueva clase?; si vive mejor, es sencillamente por sus propios méritos. La abyecta y acertada palabra de «evolucionado» enmascara la verdad: una pequeña capa de privilegiados se toma por el ala avanzada de los colonizados. Todo conspira para engañar a Lumumba: en agosto de 1956, las reivindicaciones de los «evolucionados» fueron apoyadas unánimemente, cuando la asamblea general de la A.P.I.C.,¹¹ por los delegados. Ve en este acuerdo de las masas y la élite un signo de la unidad profunda de los congoleños. Al observar hoy los acontecimientos comprendemos que se trataba de un entendimiento abstracto: las masas indígenas están orgullosas de sus «evolucionados» que demuestran por todos ellos que un negro, con tal de que se le dé la oportunidad, puede igualar o superar a un blanco; apoyan las exigencias de la élite privilegiada —sobre todo con palabras y aplausos— porque ven en ella una toma de posición radical del explotado

¹¹ Asociación del personal indígena de la Colonia. (N. del T.)

frente al empleador: es un ejemplo y un símbolo. A partir de ahí, los delegados pueden proyectar una radicalización de las reivindicaciones obreras. Pero cuando las circunstancias la produzcan, tendrá como consecuencia el rompimiento evidente entre las masas y la pequeña burguesía. Lumumba se equivocó, pero ese error inevitable tuvo consecuencias positivas; en términos generales, históricamente, tuvo razón en cometerla. Fue este error el que le permitió afirmar con tanta fuerza que sólo con la unidad el Congo podría obtener la independencia. Esa fórmula, repetida con tanta frecuencia, es en realidad perfectamente acertada a condición de añadir que el movimiento unitario debe proceder de la base y desafeerrar el país como un ras de mar. Para desgracia del Congo, las divisiones sociales, la timidez de las reivindicaciones, la ausencia de aparato revolucionario surgido de las masas y controlado por ellas hicieron y todavía hacen imposible ese desbordamiento: ésa será la historia de la próxima década. Lumumba, escuchado en todas partes con entusiasmo, podía creer que las masas seguirían a los «evolucionados» hasta el final. Esa unidad que consideraba a la vez como ya realizada y por hacer, en parte medio y en parte fin, era para él la Nación misma. La Nación: el Congo unificándose por medio de la lucha que él llevaría a cabo por su independencia. Pero el futuro Primer Ministro no lleva su candidez hasta creer que ese aglutinamiento se lograría espontáneamente. Sencillamente plantea ese principio negativo: la Administración divide para reinar, el único medio para hacerle perder su fuerza es suprimir en todas partes las divisiones que ha creado. Es necesario acabar con el tribalismo, con el provincialismo, con los conflictos artificiales y compartimentos estancos que ella mantiene. Democracia, sí. Pero que no se la confunda, como Iléo, con federalismo. Cualquiera que sea la intención, por mínima que sea la autonomía regional que reclame un partido, es como un gusano en la fruta, lo estropeará todo, el imperialismo lo explotará inmediatamente. Lumumba comprende que la ABAKO será durante algún tiempo un valioso instrumento para derrotar al colonialismo, y que más tarde puede llegar a ser el mejor instrumento para restaurarlo. Como empleado de correos, su trabajo lo integra a la Administración colonial y le permite descubrir su carácter principal: la centralización. Este descubrimiento le ha sido fácil puesto que el destino ha hecho de él uno de los engra-

najes del sistema centralizado de comunicaciones. El correo extiende su red a todas las provincias, incluso a la selva; por medio de ellas se transmiten las órdenes del Gobernador a los puestos locales, a la fuerza pública.

Si un día llegara a existir la nación congoleña, deberá su cohesión a un centralismo semejante: Patricio sueña con un poder sintético aglutinante, que actúe en todas partes, que imponga la concordia por todas partes, una comunidad de acción, que reciba informaciones de los poblados más lejanos, concentrándolas, basando en ellas la orientación de su política y enviando por el mismo camino, hasta las aldeas, las informaciones y órdenes a sus representantes. El gobierno atomiza a los colonizados y los unifica desde el exterior, como súbditos del rey. La independencia sólo será una palabra si esa cohesión realizada desde fuera no es sustituida por una totalización desde dentro. La Administración belga sólo puede ser sustituida por un partido de masas, omnipresente, como ella, democrático, esto significa: surgido del pueblo y controlado por él. Pero con tanta autoridad —por lo menos durante el tiempo que el Congo no haya creado sus instituciones— que sólo él será el encargado de defender a la Nación contra los efectos todavía virulentos de una atomización practicada durante ochenta años. Lumumba está tan consciente de los peligros, que desea sustituir la inútil multiplicidad de los movimientos nacionalistas por un partido único. Sobre este proyecto tenemos pocos informes. Sin embargo, se sabe que se trataba de un partido a lo africano: no como el P.C. de la URSS, un órgano restringido que elige a sus nuevos miembros, sino la población entera, hombres y mujeres, siendo cada uno a la vez ciudadano y militante. Temía que si la oposición permanecía fuera del Partido podía conducir a algún separatismo, y por lo tanto a la muerte del Congo. Dentro, no la hubiera impedido. Con frecuencia repitió que en su seno las discusiones serían francas y libres. Lo que no dijo, pero que se sobrentiende, como en todos los casos de extrema urgencia, es que las minorías, después de los votos, se verían obligadas a adoptar el punto de vista de las mayorías, y que la oposición, disuelta en cada oportunidad para renacer en otra parte, a propósito de otros problemas, sólo representaría el libre ejercicio del juicio de cada uno en la circunstancia presente, y se vería privada de los medios de constituirse una memoria, de estructurarse como un partido dentro del Partido.

Le daba menos importancia —en todo caso en los primeros tiempos de la independencia— a la elaboración de un programa económico y social que a esa unión primordial del partido, garra que ahoga al Congo en lugar del antiguo yugo colonial: impedir a todo precio el agotamiento del país. Pero incluso esa preocupación tenía motivos económicos: no ignoraba las maniobras de la CONAKAT,¹² y no tenía ninguna duda de lo que resultaría de la secesión katanguesa. De ese modo, ese jacobinismo político se inspiraba, en el fondo, en un conocimiento práctico de las realidades congoleñas. Sus discursos prueban que preveía todo lo que sucedió posteriormente: su único error consistió en creer que se podía conjurar el desastre con la creación de un gran partido moderno que reemplazara en un momento determinado la fuerza coercitiva del ocupante.

Como es sabido, la Metrópoli sirvió, a pesar suyo, como lugar de reunión de congoleños de étnias diferentes. Fue con motivo de la Exposición universal. La unidad de sus opresores blancos hizo que esos negros aislados en Bruselas descubrieran negativamente su unidad de oprimidos, más fuerte, consideraban ellos, que sus divisiones. En realidad, en Bélgica los congoleños sólo tienen conciencia de lo que los acerca. A su regreso conservan la abstracta esperanza de unir a los colonizados, de dondequiera que procedan, en un partido supraétnico. Lumumba, él sólo, está calificado para fundarlo. Sería el M.N.C.¹³ Pero muy pronto la composición del movimiento revela su naturaleza: es universalista, más allá de las étnias y de las fronteras, porque sus habitantes son universalidades, en una palabra, es el movimiento de los «evolucionados»; podrá ganar militantes por todas partes sin mucho trabajo —por lo menos en las ciudades— porque la Administración y las grandes compañías han distribuido por todos lados a los funcionarios y empleados que ellos mismos han formado. Pero el sueño de formar un partido de masas se esfuma: cuando más es un partido de cuadros y agitadores. La culpa no es de nadie: no podía suceder de otro modo; el M.N.C. es la pequeña burguesía congoleña que descubre su ideología de clase.

¹² CONAKAT:— Confederación de Asociaciones katanguesas. (N. de T.)

¹³ Movimiento Nacional Congoleño. (N. de T.)

Lumumba es el más radical: lúcido y ciego a la vez, si no ve el condicionamiento social y la imposibilidad presente de su unitarismo, comprende muy bien por el contrario que los problemas del Congo son los de Africa entera; todavía más: su país sólo encontrará la fuerza para sobrevivir a la independencia dentro del marco de un Africa libre.

Asiste, como representante del M.N.C., a la conferencia de Accra. Toma la palabra y comenta en estos términos esa necesidad unitaria que surge por todas partes en el continente y de la que Accra es consecuencia directa:

«Esta conferencia... nos revela algo: a pesar de las fronteras que nos separan, a pesar de nuestras diferencias étnicas, tenemos la misma conciencia, el mismo estado de ánimo que se baña día y noche en la angustia, las mismas preocupaciones por hacer de este continente africano un continente libre, feliz, desprovisto de la inquietud, del miedo y de toda dominación colonialista». Sustitúyase Africa por Congo, continente por nación, y encontrarán ustedes las frases que repite todos los días, en todas las provincias de su país: es que el Congo le parece un condensado de todas las diferencias que perpetúan los separatismos africanos: encontramos en ellos fronteras provinciales, conflictos étnicos y religiosos, diferenciaciones económicas tanto verticales (estratos sociales) como horizontales (repartición geográfica de los recursos). Por lo tanto, ante sus ojos sólo hay una tarea; luchar por la independencia es luchar por la unidad nacional. Pero, al mismo tiempo, por el Africa libre; inversamente —más tarde lo precisaría— todo lo que acelera la integración de los Estados múltiples en una sola federación adelanta el momento en que los últimos colonizados se deshagan de sus últimos colonos. Los acontecimientos subsiguientes muestran que sobre ese punto tenía una idea práctica y muy clara: los Estados que han logrado la independencia deben ayudar, por todos los medios, a los países todavía dominados a librarse de toda tutela. Es sabido que cuando siente, dos años y medio más tarde, que la frágil República congoleña estaba a punto de destruirse, pidió el apoyo de las tropas de Ghana. Si hubiera ganado la partida, no hay duda alguna de que el Congo hubiera ayudado a Angola, a todos los países vecinos: el panafricanismo declarado de Lumumba le valió algunos de sus más temibles adversarios, los blancos de Rhodesia, del Africa del Sur y, de manera más solapada, los

conservadores ingleses. El Congo panafricano hubiera sido primeramente un ejemplo, un fermento en todos los corazones todavía subyugados.

Pero sobre todo, ese gran país hubiera proporcionado, de distintas maneras, los apoyos más eficaces a las organizaciones revolucionarias de los países vecinos. No únicamente por fraternidad sino también porque era la única política africana que se hubiera impuesto: liberado, el Congo permanecía rodeado de enemigos mortales; era necesario que los negros rompieran sus cadenas, en Rhodesia, en Angola, que en Yulú destituyeran al gobierno neocolonialista —o bien que volvieran a la esclavitud en el Congo. Lo que Lumumba da a entender —pero sabemos que lo ha comprendido en la lucha— es que la independencia congoleña no es un fin sino el comienzo de una lucha a muerte por conquistar la soberanía nacional. Puede obtenerse la salida de los belgas por medio de una organización interior; cuando se hayan ido, el peligro sólo se conjurará con una política exterior; al haber perdido la joven nación sus amos sin haber encontrado los medios para ejercer su libertad, se verá obligada a apoyarse en los Estados, menos jóvenes y ya arribados a la soberanía, será necesario que apoye los movimientos nacionales en las colonias que lo rodean. Por esa razón, en su intervención en Accra, Lumumba destaca el condicionamiento recíproco de los dos objetivos que la conferencia señaló finalmente y que, en realidad, sólo forman uno en su espíritu: «La lucha contra los factores internos y externos que constituyen un obstáculo a la emancipación de nuestros países respectivos y a la unificación de Africa». Sin embargo, está demasiado comprometido en la lucha política de liberación para insistir en el aspecto fundamental del panafricanismo: que Africa no puede construirse sin producir para sí misma un mercado africano. La organización de un mercado común a nivel del Continente Negro implica otros problemas y otras luchas: para el M.N.C. no es el momento de encararlas. Tampoco es el momento de descubrir y desentrañar la mistificación que recubre, en muchos países —por ejemplo en el Congo francés—, la prestigiosa palabra de independencia: tanto más puesto que de Gaulle, al pronunciarla el mismo año en Brazzaville, suscitó en la colonia belga verdadero entusiasmo ganando a los más titubeantes a la reivindicación maximalista. De todos modos, lo que le falta a Lumumba es un conocimiento profundo de las nuevas naciones y de sus

infraestructuras por lo que se enterará demasiado tarde de que algunos Estados negros son por su constitución enemigos jurados de la independencia congoleña. Sobre todo, formado por la opresión más dura y la segregación más abyecta, no pudo concebir otro adversario que el viejo colonialismo, antigua máquina tan rígida que es necesario que aplaste o que desaparezca. Es contra este colonialismo que se prepara a combatir; en realidad está presente, representado por el pequeño colonato, por la Administración. Pero el líder negro no sospecha que ese ogro, tan vivo y tan malvado, en realidad ya está muerto; que los gobiernos imperialistas y las grandes compañías han decidido, frente a la crisis colonial, liquidar las formas clásicas de la opresión y las estructuras fosilizadas establecidas durante el siglo precedente. No sabe que las antiguas metrópolis quieren confiar el poder nominal a «indígenas» que, más o menos y conscientemente, gobernarán en función de los intereses coloniales; no sabe que los cómplices o los testaferros son designados por adelantado en Europa, que pertenecen todos a la clase reclutada y formada por la Administración, a la pequeña burguesía de empleados y funcionarios, a su propia clase. Esa ignorancia es la que va a perderlo.

Pertenece a la élite, es cierto, y por lo tanto está separado de las masas que se supone representa; sus militantes son todos pequeñoburgueses; si gana, es con ellos con quienes formará el primer gobierno. Pero su inteligencia y su profunda dedicación a la causa africana hacen de él un Robespierre negro. Su empresa es a la vez limitada —política, en primer lugar, él resto llegará en su momento— y universal. Los «Môn-pès» lo han arrancado del mundo de los no evolucionados; incluso al comienzo se siente cbrío de su joven sabiduría, se ha hecho el portavoz de la élite, ha reclamado para ella la integración completa. Pero el universalismo, en él, ha terminado con todo. Sin duda ése es un principio ideológico de su clase. Y, como hemos visto, una ilusión óptica.

Pero ese humanismo que en los demás enmascara la particularidad de los intereses de clase, él lo convierte en su pasión personal; se dedica a él por entero, quiere devolverle a los subhombres de la superexplotación colonial su humanidad natal. Claro que esto no se logra sin un cambio de todas las estructuras, en fin, sin reforma agraria y sin nacionalización: su formación de demócrata burgués le impide discernir la necesidad de esa reestructuración fundamental. Esto no es tan grave. ¿Cómo hubiera

podido descubrirla en ausencia de organizaciones proletarias que canalizaran y clarificaran las reivindicaciones políticas? Si hubiera conservado durante más tiempo el poder, los hombres y las circunstancias lo hubieran situado en la disyuntiva: neocolonialismo o socialismo africano.

No podemos dudar sobre la selección que hubiera hecho. Desgraciadamente, al fundar el M.N.C., al tomar contacto con los líderes de los otros partidos —es decir con otros evolucionados— situaba, sin sospecharlo, a los elementos más activos de su propia clase, es decir a hombres a quienes sus intereses comunes y particulares inclinaban desde mucho antes a traicionarlo, quienes desde los primeros días de julio de 1960, consideraron que él los había traicionado. De hecho, el conflicto que lo opuso a sus ministros, a la minoría del Parlamento, no tiene otro origen: esos pequeñoburgueses querían constituir la pequeña burguesía en clase dirigente —lo que objetivamente— equivalía a acercarse a las potencias imperialistas; se decía guía, no se creía de ninguna clase, se negaba; en su celo centralizador, a tomar en serio las diferencias de origen económico, ni más ni menos que con las divisiones tribales: el Partido único haría saltar todas esas barreras y conciliaría todos los intereses. Es posible que haya tenido, de manera más o menos clara, el proyecto de reorganizar la economía por etapas y que, por prudencia, haya mantenido sus intenciones secretas. En todo caso se sospechaba de él, y no es sólo el asunto de los aviones rusos lo que hizo que bruscamente se le tachara de comunismo. Los parlamentarios y ministros más avisados tenían ciertamente que su jacobinismo terminara en socialismo por la virtud misma de su humanismo unitario. En todo caso, lo importante es que llevó a su clase al poder y que se disponía a gobernar en contra de ella. ¿Podía suceder de otro modo? No: el proletariado, durante los últimos años de la colonización, no realizó un solo acto que pudiera imponerlo a esos pequeñoburgueses como un interlocutor valedero.

II

LAS RAZONES DEL FRACASO

A su regreso de Accra, el líder del futuro Partido Único se convirtió de hecho en el hombre de la conciliación: bajo su influencia el M.N.C. trató de aliarse a los principales movimientos nacionalistas. El Frente

Común que levantó ganaría las elecciones del 60. Pero la victoria legalista de ese cartel no debe ocultarnos su fragilidad: mientras se trató de una simple propaganda común, de un acuerdo limitado a esta única palabra de orden, la independencia, se dejaron de lado por el momento los particularismos; pero si los vencedores hubieran gobernado —¿y quién más podría gobernar?— habría estallado el Frente por las dos razones ya señaladas de que la base real de los partidos aliados era, para cada uno, provincial —aún el «M.N.C.-Lumumba» era apoyado ante todo por los *extracoutumiers* de Stanleyville y que el universalismo cultural oculta difícilmente el deseo de los líderes de formar con sus grupos la nueva clase dirigente. Desde ese momento, la pureza e integridad de Lumumba lo condenaron: la historia estaba hecha por él, pero contra él. Líder indiscutible del centralismo, sus enemigos se revelan en cuanto demuestra su poder de orador y su arte de negociador.

En primer lugar, Tshombé y los miembros de la CONAKAT; los katan-guénos pretenden que su provincia nutra por sí sola a todos los congoleños, si se suprimieran los nexos que la unen a regiones estériles y necesitadas, disfrutaría ella sola de su riqueza. También existirá la inevitable escisión del partido centralizador: Kalonji funda el «M.N.C.-Kalonji» que se implanta en el Kasai-Sur; aquí, al contrario de lo que sucede en los demás grupos, las rivalidades políticas determinan el separatismo étnico. Finalmente, la ABAKO permanece irreductible: Lumumba multiplica las insinuaciones a Kasavubu que no se da por aludido. Cuando se logra la independencia y hay que formar un gobierno, quedan frente a frente dos fuerzas; la ABAKO, siempre intransigente, el Bloque Nacionalista (M.N.C. y partidos aliados) flexible y decidido a buscar un compromiso duradero. La CONAKAT, que se dice federalista, es la primera en aceptar su inclusión con condiciones, en un gobierno central: no es más que una treta de la que se adivina la intención.

El ministro belga Ganshof duda entre los dos movimientos: Lumumba, en los motines recientes, ha contribuido a mantener el orden público. Sus declaraciones son moderadas, no tiene programa económico; ha repetido muchas veces que garantizaba las propiedades de los colonos. Además, aunque es un detalle, su grupo ha obtenido la mayoría de las voces en las elecciones. Pero su centralismo preocupa. Los colonos están contra

él. Posiblemente Kasavubu es más peligroso, es el maestro de la violencia; pero es también el maestro de la discordia; su federalismo enmascara el separatismo apasionado de su étnia. El ministro comienza por encargar a Lumumba una «misión de información con vistas a la formación de un gobierno congoleño». La extensión y densidad de esta frase muestra con bastante claridad la confusión de su autor. Lumumba da pruebas de un perfecto realismo simplificándola de este modo: «estoy comisionado para constituir el Gobierno». Pero desde el 17, Ganshof declara que le retira su misión de informador para dársela a Kasavubu.

Nuevas consultas: inútiles. El 21, la Cámara designa su buró en el que la mayoría pertenece al bloque nacionalista. Inmediatamente el pobre Ganshof le retira a Kasavubu su misión para devolvérsela a Lumumba.

Vuelven las negociaciones, pero la intransigencia de Kasavubu no ha disminuido: el 22 de junio, la ABAKO reclama una vez más «la constitución de una provincia autónoma Bakongo soberana dentro de una confederación de un Congo unido». Conocemos el compromiso final: la ABAKO aportará el Jefe de Estado y algunos ministros; el Bloque Nacionalista proporciona el Primer Ministro y el resto del equipo gubernamental exceptuando los escaños reservados a la CONAKAT. Ese doloroso parto revela dos hechos de gran importancia. El primero que las negociaciones han tenido lugar bajo la amenaza de un levantamiento bakongo.

La fuerza de Lumumba era parlamentaria; la de Kasavubu era real y masiva. Mientras Bélgica permaneciera presente en el Congo, Ganshof estaba obligado a tomar en consideración a la mayoría elegida: Bélgica no podía hacer menos que instalar en su antigua colonia una caricatura de democracia burguesa. Después de la partida de los belgas, los votos perdieron su importancia: Lumumba fue derrocado y detenido sin haber estado nunca en minoría. En otros términos, la democracia fue sencillamente rechazada: se conservó su apariencia pero el Poder se apoyó en la fuerza. Nada demuestra mejor que el trágico destino de Lumumba estaba trazado por adelantado. Como Primer Ministro debía establecerse en la capital del Nuevo Estado. Pero por desgracia, la Capital era separatista: en Leopoldville las masas sólo tienen un jefe: Kasavubu. Entre un Jefe de Estado que reina como amo y señor sobre la ABAKO y una población que no tiene otro objetivo que la secesión, un primer

ministro centralista sólo puede jugar un papel: el de rehén. Tiene partidarios en todas las provincias pero, para comunicarse con ellos, tiene que pasar por la administración belga todavía allí y que le opone la fuerza de su inercia, o por los funcionarios negros de Leopoldville que en su mayoría están contra él. Desde el primero de julio del 60, el centralismo se convierte en el sueño abstracto de un prisionero de honor que ha perdido toda influencia en el país. Esto podrá observarse cuando Lumumba, ya derrocado, recorre las calles de Leopoldville en un automóvil provisto de altoparlantes: sus harengas no convencen a nadie. Rostros adustos, público indiferente u hostil: la población de Leopoldville se burla del centralismo. Por el contrario, hasta con una palabra murmurada por Kasavubu para lanzar a miles de personas a la ciudad de los amotinados antilumumbistas: poco a poco los parlamentarios se preocupan y desertan de la Asamblea; el poder legislativo se inclina ante la ilegalidad. Para los diputados, así como para el jefe del ejecutivo, la capital secesionista es una cárcel. Es el momento en que Lumumba, sin fuerzas, reconociendo al fin que ha perdido la partida, huye y se hace a su vez separatista, esforzándose en ganar Stanleyville, su feudo.

Me explico: se trataba de una secesión provisional, negación de la negación; contaba con reunir fuerzas, emprender, partiendo de Stanleyville, la reconquista, pacífica o violenta del Congo y su reunificación. ¿Pero, aunque hubiera reunido la mayor parte de sus partidarios, puede por ello creerse que hubiera podido volver a tomar a mansalva la capital bakongo? ¿Con qué fuerzas? Lo más lógico es que Lumumba se hubiera mantenido en Stanleyville sin ganar ni perder y que Kasavubu se hubiera permitido el lujo de bautizar como secesión provincial ese retorno del centralismo a sus orígenes; objetivamente, en efecto, la empresa, a falta de medios suficientes para realizarla, hubiera aumentado la división de los congoleños y de su suelo. Sin embargo, es necesario reconocerlo, en ese momento Lumumba sólo tenía una alternativa: aceptar la federación y la autonomía del Bajo-Congo o huir a Stanleyville para preparar allí la reconquista; en los dos casos el federalismo ganaba la partida.

En realidad, es que estaba ganada por adelantado. En política lo necesario no es siempre lo posible. La unidad, idea directriz del M.N.C., partido moderno y concebido a imagen de los movimientos europeos, era necesaria para el Congo: sin ella, la independencia era letra muerta;

pero, en ese momento de su historia, la fórmula europea no correspondía a las necesidades de los congoleños; lazos más fuertes y más sólidos los unían a su suelo natal, a la etnia. La centralización sólo representaba la conciencia de clase de los centralizados, es decir, de los «evolucionados».

Estas observaciones nos llevan al segundo carácter de la independencia congoleña: ha sido otorgada. De hecho, sería inconcebible que si los congoleños la hubieran conquistado, el belga Ganshof hubiera podido escoger por su propia autoridad al congoleño más apto para formar un Ministerio. Lumumba lo sabía y sufría por ello: varias veces, antes del 30 de junio, pide la salida del Ministro metropolitano. Declara en una conferencia de prensa: «No se ha visto en ningún lugar del mundo que la antigua potencia organice y dirija las elecciones que consagran la independencia de un país. Esto no tiene precedentes en Africa. Cuando en 1830 Bélgica conquistó su independencia, fueron los mismos belgas los que primeramente organizaron un gobierno provisional... etc.»

«Conquistó»: soy yo quien lo subraya, porque todo se encuentra ahí. Es lo que explica el tono paternalista de la alocución del rey Baduino; pronunciada el 30 de junio: les regalamos un lindo juguete, no lo rompan.

Y también la apatía de Kasavubu quien, teniendo conocimiento del discurso, se limita a suprimir del suyo una peroración demasiado servil.

Por esa razón, Lumumba, indignado, toma posesión súbitamente del micrófono. Es bien conocida la admirable «exposición de amargura» que desarrolla en respuesta a la suficiencia del joven rey. Pero ahí no está lo esencial: considero que se encuentra en estas líneas que preceden inmediatamente:

«Aunque, hoy proclamamos esta independencia del Congo, de común acuerdo con Bélgica, país amigo con quien tratamos de igual a igual, ningún congoleño digno de ese nombre podrá olvidar nunca que la hemos conquistado con una lucha diaria, una lucha ardiente e idealista, una lucha en la cual no hemos escatimado ni nuestras fuerzas ni privaciones ni sufrimientos».

Aquí el informe señala «aplausos» lo que prueba suficientemente que el orador tocaba una fibra sensible. Los congoleños que participaban en la ceremonia, cualquiera que fuera su partido, no querían un regalo: la libertad no se da, se toma. Examinando los términos nos damos cuenta

de que una independencia concedida no es más que una reglamentación de la servidumbre. Los congoleños habían sufrido durante cerca de un siglo, con frecuencia habían luchado y a pesar de la crueldad de las represiones, las huelgas y los motines se habían multiplicado durante los últimos tiempos. Recientemente, las jornadas de enero del 59 habían sido, si no la causa por lo menos la ocasión para la nueva política colonial del gobierno belga. No podía discutirse ni el valor del proletariado o de los guerreros campesinos, ni la profunda, la invencible resistencia que cada colonizado oponía, a veces a pesar de sí mismo, a la colonización.

Pero las circunstancias no habían ni permitido ni requerido recurrir a la **lucha organizada**. En Viet Nam, en Angola, en Argelia, la organización está armada, es una guerra popular: en Ghana, N'Krumah pretendió luchar por medios políticos; en realidad, las huelgas que organizó eran violencias no-sangrientas. De todos modos, la lucha se organiza a fondo y clandestinamente; la unión de los combatientes se convierte en el medio inmediato de toda acción antes de convertirse en un objetivo lejano: se unen para lograr un golpe pero también para escapar al peligro de muerte: las represalias del colono sellan los pactos secretos: la violencia del opresor suscita una contraviolencia que se ejerce al mismo tiempo contra el enemigo y contra los particularismos que se encuentran en juego; si la organización está armada, salta los cerrojos, liquida a los caids, las «chefferies», los privilegios feudales, sustituyendo por todas partes en el curso de la lucha, los cuadros políticos implantados por la Administración por sus propios cuadros; al mismo tiempo, la guerra popular implica la unidad del ejército y el pueblo, por lo tanto la unificación del mismo pueblo: el tribalismo debe desaparecer o la insurrección quedará ahogada en sangre; la liquidación de estos vestigios se lleva hasta el fondo, por medio de la persuasión, de la educación política y, si es necesario, por el terror.

De ese modo, a medida que se extiende la lucha de un extremo a otro del país, se prosigue la unificación; y si sucede que al comienzo coexistan dos movimientos insurreccionales que no se fusionen, puede estarse seguro de que los dos serán destruidos por el ejército colonial o que uno de los dos aplastará al otro. Vencedores, los jefes son a la vez militares y políticos: han roto las antiguas estructuras, todo está por rehacer, pero no importa; crearán infraestructuras populares; sus instituciones no estarán copiadas de las de Europa: provisionales, tratarán de conjurar los peli-

gros que amenazan al joven Estado, reforzando su unidad a expensas de las libertades tradicionales. En cuanto a la fuerza del Ejecutivo, es irresistible: es el ejército que se ha forjado combatiendo a los opresores.

Dentro de esa perspectiva, puede decirse que, en cuanto al Viet Nam, a Argelia —cualesquiera que sean sus actuales dificultades—, la unidad y la centralización han precedido a la independencia y que son su garantía.

En el Congo, se produjo lo contrario. La recesión económica, la evolución del Congo exfrancés, la guerra de Argelia, cambiaron las mentalidades y provocaron problemas. Pero aquí nunca estuvieron orquestados: no tenían ni el mismo origen ni las mismas razones ni los mismos objetivos. Le sirvieron de signos al gobierno belga. Este es informado por algunos administradores lúcidos; hoy no se ha llegado a los actos de terrorismo; se llegará mañana si la Metrópoli no define claramente su política. Estos informes llegan en el momento en que el imperialismo ha extraído sus conclusiones de las guerras coloniales en que se ha desgastado Francia y de las experiencias británicas de falsa descolonización. Bélgica no quiere transformar al Congo en una Argelia negra, se niega a perder miles de pesos y vidas humanas. Ese país, con sus cien mil blancos, puede considerarse difícilmente como una colonia de población: si hay que llegar a ella, la repatriación no va a perturbar la economía metropolitana. En cuanto a las grandes compañías, están de acuerdo en correr el riesgo: que se les proteja con un gobernador blanco o con un «colaborador» negro y sus intereses no sufrirán; parece incluso, al observar el desarrollo de los nuevos Estados africanos, que la independencia es la solución más productiva. En fin, se la darán al Congo.

Hoy día se dice que el gobierno belga fue de un maquiavelismo criminal. Creo que más bien fue criminalmente imbécil. Los franceses no sueltan nada sin luchar, se agarran hasta que les corten las manos: esto significa forjar, involuntariamente, cuadros en el adversario; la guerra crea sus élites. Los ingleses planifican su descolonización enmascarada: forman los cuadros por adelantado; serán colaboradores pero capaces. Bélgica no hizo nada: ni guerra colonial ni transición progresiva. A decir verdad, en 1959 era demasiado tarde para preparar la emancipación congoleña: los colonizados reclamaban la independencia inmediata. Pero el error del gobierno se remonta mucho más lejos: reside en su empecinamiento

por mantener a ese país conquistado dentro de la ignorancia y el analfabetismo; en su deseo de conservar las feudalidades; las rivalidades, las «estructuras tradicionales», el derecho consuetudinario. Durante ochenta años, Bélgica se dedicó a congolizar al Congo. Y después de haberlo atomizado, decide de pronto abandonarlo, segura de que la ausencia de cuadros y el desmenzamiento de los poderes lo pondrán a su merced.

Por esa razón, Lumumba se encuentra al mismo tiempo designado por la masa y a la vez llevado al poder por Ganshof en nombre del rey y de los belgas. Situación poco confortable si se piensa que Ho Chi Minh o Ben Bella tomaron el poder a pesar de la Metrópoli, llevados por un movimiento irresistible y que su soberanía —entendamos por esto, pues es lo mismo, soberanía nacional— procede de ahí. En lugar de que la independencia sea —como en Viet Nam, en Argelia— un momento de una praxis comenzada mucho antes y que las acciones pasadas sirvan de trampolín a las futuras empresas, esto, en el Congo, es un punto muerto, el grado cero de la historia congoleña, el momento en que los blancos no mandan ya pero siguen administrando, en que los negros están en el poder pero no mandan todavía. En ese instante contradictorio, Lumumba, cualquiera que sea su popularidad, no la adquiere de su gesta pasada sino de una legalidad importada de Europa y que —salvo los evolucionados— los congoleños no reconocen. Es cierto que admiran su valentía, se sabe que ha sido detenido varias veces, golpeado, encarcelado: eso no basta. Para ser soberano en un nuevo Estado, es preciso haberlo sido durante la opresión como jefe indiscutible del ejército de liberación o poseer desde mucho tiempo atrás un poder carismático, religioso. Desgraciadamente, es Kasavubu quien tiene ese poder en Leopoldville. Hay que comprenderlo: el 10. de julio del 60, Lumumba, líder de un cartel mayoritario y jefe del gobierno, está solo, sin poder, traicionado por todos y ya perdido.

Ya lo he dicho: cuando los pueblos se liberan por la fuerza, desalojan o destruyen los antiguos cuadros que para ellos sólo representan a los más conocidos de sus opresores. Hay que sustituirlos inmediatamente; puesto que todo el mundo es incompetente, la selección se guía más por el celo revolucionario que por las capacidades. De ello resulta una espantosa confusión, errores criminales, sectores enteros de la economía están en peligro de muerte. Pero no ha sucedido todavía que una revolución vic-

toriosa se destruya por falta de élites. En la U.R.S.S., en China, en Viet Nam, en Cuba, al precio de dolorosas convulsiones, los recién llegados se han situado a la cabeza de los puestos de mando, dirigiendo, inspeccionando, decidiendo durante el día y estudiando y leyendo durante la noche. Así, en el desarrollo de una revolución, es un hecho normal y positivo, la sustitución de los competentes reaccionarios por revolucionarios incompetentes. Y si esa sustitución no se hace por la fuerza, se hace necesaria por la emigración masiva de los especialistas.

Pero también es necesario que ese salto hacia lo desconocido se haga hasta el fondo que se imponga como un momento inevitable de la praxis. Si no fuera por la tempestad revolucionaria, ¿quién se atrevería a sustituir sistemáticamente el saber por la ignorancia en todos los niveles de la jerarquía social? Lumumba era un revolucionario sin revolución. Su jacobinismo inflexible lo oponía radicalmente a la hipócrita organización del colonialismo que intentaba torpemente el gobierno belga, pero esa posición rigurosa no era más que un rechazo teórico puesto que, precisamente, la guerra popular no había tenido lugar. Al suprimirla, los belgas habían frustrado a los congoleños. El líder del M.N.C. se encontraba en cierto aspecto en la etapa siguiente a una insurrección que no había tenido lugar. No podía proyectar los cuadros como lo hubiera hecho en plena acción. Como evolucionado, formado por los blancos, acostumbrado a reconocer su superioridad técnica, se preocupaba, como hemos dicho, por el pequeño número de evolucionados y la ignorancia de las masas.

Sin duda alguna, era preciso africanizar los cuadros: siempre lo había deseado, y todavía lo deseaba más ahora puesto que muchas veces se sentía paralizado por la mala voluntad de la Administración. El Congo no disfrutaría de una independencia plena mientras los puestos claves permanecieran en manos de los blancos. Pero, a falta de una urgencia inmediata, proyectaba una transformación progresiva. Es sorprendente que en sus discursos haya hablado con frecuencia de la enseñanza superior, casi nunca de la instrucción primaria. No veamos en ello una preocupación de clase. Sencillamente tiene una conciencia aguda del problema: el Congo enviará estudiantes a Europa en cuanto esté capacitado para ello; éstos volverán al país y cada uno tomará el lugar de un belga; mientras más numerosos sean, con tanta mayor rapidez terminará la

dependencia técnica, administrativa y militar del país. Solución razonable, como podemos ver, pero reformista tal como puede concebirla fríamente el hombre de Estado que sopesa el pro y el contra y se arriesga en forma calculada.

En el mismo momento, las masas le daban conclusiones revolucionarias a la revolución que no había tenido lugar. Se encargaron de la africanización de los cuadros y expulsaron a los europeos en un dos por tres. Esto comenzó por la fuerza pública. Los oficiales y los ayudantes venían de Bélgica; los congoleños sólo ascendían hasta el grado de sargento. Varios meses antes de la independencia, los congoleños advirtieron que exigirían la supresión de ese privilegio de los blancos: un negro, después de la independencia, debía poder ser, según su mérito, teniente o general. Lumumba no lo tomó en serio: sin duda lo encaraba desde el punto de vista de utilidad nacional; se formarían oficiales poco a poco. Pero no tenía razón: no se trataba de una reivindicación general en cuanto a la condición de los soldados futuros: eran estos soldados los que querían llegar a sargentos, estos sargentos quienes aspiraban al grado de capitán. En una palabra, la exigencia era concreta e inmediata. Es posible que un político la hubiera satisfecho desde el primer día con lo que hubiera vuelto a tomar y captado el movimiento revolucionario realizando él mismo este paso: la cesantía de Janssens. Hubiera representado ganarse al ejército, único instrumento de que disponía ese ejecutivo sin poder.

Por todas partes los soldados de la fuerza pública tenían una mentalidad inquietante: en los tiempos de los belgas, es decir hasta el 30 de junio, habían hecho imperar el orden colonial; esos congoleños peleaban contra congoleños exclusivamente; reprimían los motines, ocupaban las aldeas, vivían persiguiendo a los ciudadanos. Objetivamente cómplices de la casta colonial, muy influenciados por sus oficiales, por su manera de proceder parecían contrarrevolucionarios. Y sin duda alguna es lo que eran en lo más profundo de ellos mismos, en cierto aspecto porque se sentían coléricos de verse situados en los grados inferiores al igual que los forajidos del ejército francés de antes del año 89. Esta reivindicación, sin saberlo, resumía las aspiraciones del Congo a la soberanía total puesto que sólo podía realizarse por una decisión soberana. Al mismo tiempo, tras el conflicto de raza se perfilaba el conflicto de clase: los pobres estaban hartos del lujo de los ricos y querían ocupar su lugar. Tomando

la iniciativa, hubiera convertido a las fuerzas del orden en cómplices de la revolución; las hubiera hecho solidarias de ella. Lumumba titubeó: la presión del ejército negro, pensaba él, podía llevarlo demasiado pronto al radicalismo; posiblemente tuvo, a pesar de sí mismo, un reflejo de clase. ¿Y quién, se preguntaba; sería capaz, hoy, de mandar el ejército congoleño? Cometió el error de pedirle a Janssen una medida a medias: pasarían a todos los negros al grado inmediato superior, la segunda clase pasaría a primera y el sargento a sargento mayor. Janssens supo interpretar hasta el final su papel de provocador; respondió a los soldados: «Ustedes no obtendrán nada. Ni hoy ni nunca». Sabemos lo que siguió, el amotinamiento de los soldados, los oficiales despedidos, Janssens huyendo muerto de miedo a Brazzaville. Esta insurrección podía haber sido positiva: en definitiva, sólo tuvo consecuencias negativas. Los soldados se rebelaron a la vez contra Janssens y contra Lumumba que había esperado la rebelión para destituirlo. Es decir: a la vez contra el paternalismo colonial y contra la joven democracia congoleña. Confusos, acostumbrados a imponer el orden por la fuerza, al rebelarse contra los privilegios militares de los belgas, cayeron en su mayor parte en una especie de bonapartismo para afirmar su nueva casta y destacar su desprecio por el régimen que los había tracionado.

La africanización de los cuadros administrativos comenzó con la derrota de los europeos. Los funcionarios huyeron, las empresas privadas cerraron sus puertas. Lumumba hizo lo que pudo por retenerlos. Pero al mismo tiempo llegaban al Congo por avión tropas belgas; tuvo que romper con Bélgica, lo que acabó de asustar a la población blanca. Sin embargo, las masas querían expulsar a los belgas y les reprochaban que se fueran. Lumumba quedó impotente: se le reprochó no haberse puesto a la cabeza del movimiento. Los obreros reclamaban un aumento de salario. Reivindicación justa que el jacobino Lumumba juzgó inoportuna. Estallaron huelgas. No ya contra los belgas sino contra él. Las reprimió: era necesario salvar la economía congoleña, mantener el nivel de la producción. Y sobre todo, en las agitaciones confusas y esporádicas que lograron la africanización de los cuadros, de manera radical pero catastrófica, no reconocía su praxis política, ni su revolución ni su gente: esa gente, pensaba él, hasta ahora no había hecho nada; ahora que hemos ganado reivindicamos todo lo que nunca le hubieran pedido a los belgas; ¿qué tienen

de común con nosotros? Ese no violento tomó posición contra la violencia, ese «evolucionado» se separó de los «noevolucionados» y de todos los «evolucionados» que no tuvieran como único objetivo el interés común. Reprimió esos movimientos espontáneos, perdiendo su última oportunidad de apoyar su poder titubeante sobre esa revolución salvaje. Por otra parte, es necesario reconocer que esa oportunidad era mínima: sin organización, sin programa revolucionario, la radicalización brutal de la independencia no desembocaba en nada. Las manifestaciones persistieron, y, desde ese momento, se pusieron en contra del Gobierno. Para identificarse con la unidad nacional, Lumumba había intentado separarse de su clase: lo hicieron volver a ella a la fuerza; a la vez que quería romper las huelgas reivindicativas, los diputados se atribuían una asignación parlamentaria de 500 000 francos: la masa *extracoutumière* descubrió conjuntamente los apetitos de los «evolucionados» y la represión gubernamental; antes de la colonización «la élite» ganaba mucho más que los peones pero seguía siendo explotada, oprimida. En un mismo trabajo un funcionario negro cobraba la mitad que un blanco: esa desigualdad contribuía a pesar de todo a acercar a los pequeñoburgueses al pueblo: los negros estaban orgullosos, contra los belgas, de sus «evolucionados». Apenas llegaron éstos al poder, se descubrieron como una clase, por los salarios y remuneraciones que reclamaron. La masa creyó reconocer a los nuevos amos. Vio en el ejecutivo —como anteriormente, con razón, en la administración colonial— un poder de represión.

Todo era falso: la pequeña burguesía negra sólo podía establecer su autoridad abandonando el Congo al imperialismo, que le daría a su vez toda la gerencia del país; por otra parte, Lumumba, lejos de representar los intereses de clase de los «evolucionados», veía disminuir su poder cada día porque se oponía a ellos. Es cierto que no era en nombre de los intereses de la masa, sino en nombre del universalismo jacobino.

Esto no impide que la contaminación se realizara rápidamente, se consideró al Primer Ministro como un aprendiz de dictador designado por los numerosos privilegiados, en el mismo momento en que perdían su confianza. Desde el mes de julio, Kasavubu, la ABAKO, los provocadores belgas, supieron aprovechar esta confusión; hicieron pasar a Lumumba por tirano.

Nada más lejos de su carácter: por lo demás, cuando se le acusó de abuso del poder ya no tenía siquiera la posibilidad de hacerse obedecer. Pero

lo que sus enemigos vieron desde el primer momento es que, en un país dividido, la unidad nacional es una **praxis** de unificación permanente; las oposiciones se convierten fácilmente en traiciones, como decía Merleau-Ponty, cuando acrecientan la discordia y la división: el gobierno central debe reducirlas, si fuera necesario por la fuerza. Desde ese punto de vista, por muy justificadas que sean las reivindicaciones, las huelgas y los motines urbanos son tan temibles como los conflictos étnicos: estos retardan la cultura, dividen el suelo congoleño, aquéllas destruyen la producción; por todas esas razones, es indispensable que el Congo libre, en los primeros años de su infancia, no caiga muy por debajo del Congo belga de quien ha surgido: por lo tanto, el centralismo lleva en sí una política de austeridad social. Sin embargo, el Incorruptible —llámese Robespierre o Lumumba— debe atacar al mismo tiempo a la clase dirigente —su propia clase— para mantenerla en el rango de clase universal, es decir con el fin de impedir que se haga opositora del resto del país por sus exigencias, sus costumbres o un enriquecimiento rápido. Esto significa exigir, en nombre de la unidad que cada grupo social sacrifique sus intereses al interés común. Nada mejor a condición de que exista el interés común. Castro, después de algunos meses tumultuosos que siguieron a la toma del poder, le impuso a los sindicatos obreros que pusieran fin a las huelgas, que recurrieran al arbitraje en los conflictos sociales. Pero es que acababa de vencer al ejército de los feudales, de echarlos, de devolver sus bienes a las clases desfavorecidas por la reforma agraria: reclamando sacrificios por parte de todos, invitaba a los trabajadores rurales y urbanos a realizar su unidad real, su interés común que era la libre explotación de la isla por todos, en provecho de cada uno. Dicho de otro modo, el centralismo sólo puede identificar la unidad nacional y el interés común, si la revolución es socialista. Entre los «evolucionados» que toman el poder en el Congo y los peones o los obreros agrícolas, no existe todavía lucha de clases hablando propiamente, pero ya la seudo-unidad congoleña enmascara la divergencia de intereses. Sin saberlo, el centralismo reclama ese mínimo abstracto que es la unidad nacional para que una sociedad nueva tenga oportunidad de crear sus estructuras y sus estratos. Pero ni los explotados ni los futuros explotadores piensan sacrificar sus exigencias concretas a ese porvenir todavía imprevisible: ya la existencia de unos impide que los otros puedan ceder. Los prole-

tarios conocen las asignaciones de los Ministros. En cuanto a éstos y a todos los «evolucionados», no le harán concesiones a nadie: tienen una moral basada en el mérito; no aprovecharla de inmediato, sería en el fondo, sacrificarse a la masa de los analfabetos, es decir a los nomilitantes.

Así, a falta de un movimiento de masas, de una lucha armada, de un programa socialista, el centralismo, como praxis unificadora, le parece a todos arbitraria; esa unidad que él quiere establecer, cada uno la considera como un concepto sin contenido, cada grupo le opone su idea concreta de la unidad que, en la presente situación, es un factor de división. Lumumba tiene a todo el mundo en su contra: los partidos provinciales y federalistas, la capital, el proletariado, la pequeña burguesía que representa y que debería apoyarlo. Todavía peor; los rurales se acomodan a la independencia a condición de conservar sus «estructuras tradicionales». Pocos son los que han comprendido que los *chefs coutumiers*¹⁴ eran los representantes «indígenas» de la administración belga. Pero los reyezuelos lo pierden todo cuando se van los colonos. Los belgas los compraban y los mantenían en su puesto: eso era centralizar dividiendo.

La política del gobierno congoleño consistirá en liquidar las divisiones: tiene que crear una administración negra, instruir a los funcionarios en Leopoldville, enviarlos a todas partes como únicos agentes calificados del poder. Estas medidas que se imponen a todo nacionalismo unitario anuncian la muerte de los dominios feudales: el poder cubrirá el país con una red de responsables que tomarán las decisiones en función de las órdenes recibidas de la capital y sustituirán en su autoridad a los Señores locales. Las grandes *chefferies* se preocupan: los emisarios europeos se encargaron de informarlos. Finalmente, muchos feudales —incluso entre aquellos que se habían aliado al M.N.C. para reclamar la independencia— amanecieron un buen día antilumumbistas encarnizados. Sus tropas los seguían. En Katanga, el enemigo mortal de Lumumba, el que quizá lo haya asesinado con sus propias manos, Munongo, es hijo de rey. La secesión katanguesa que precipita el desastre es el resultado de un acuerdo realizado entre las feudalidades locales, el colonato de poblamiento y la Unión Minera.

¹⁴ *Chefs coutumiers*: jefes de tribus, pero no tradicionales a quienes los belgas asignaron tareas marginales en la Administración. (N. de T.)

¿Qué hacer contra tantos enemigos? En realidad, nada. Si el centralismo posee una base sólida, si tiene el apoyo de las fuerzas armadas, llegará, tarde o temprano y según el grado de urgencia, a combatir el federalismo por el terror como lo hizo Robespierre en el 93. No durante mucho tiempo. El también cayó después de haber impedido los motines populares, cuando se dieron cuenta de que ya no representaba a nadie. ¡Pero Lumumba! Menos de una semana después de la proclamación de la independencia, el levantamiento de julio le había quitado el apoyo de la Fuerza pública. En Leopoldville se vio muy pronto que sólo la policía lo defendería —a él y a la Asamblea— contra las manifestaciones de la ABAKO. Y cuando envió al ejército para reestablecer el orden en las provincias separatistas, es verdad que éste salió pero no llegó, prefiriendo actuar por el camino, es decir, dedicarse al pillaje y a la masacre de los campesinos. Sin embargo, a ese hombre aislado de todos y que sólo posee las exterioridades del poder, se le reprocha ejercer una dictadura sangrienta.¹⁵ No sin cierta razón; en realidad, considerando las fuerzas presentes y las características singulares de la situación, si un líder unitario hubiera tenido los medios, se hubiera visto obligado a renegar de sus objetivos o a recurrir al terror.

La unidad del Congo reclamaba una dictadura. No siendo concebible la del proletariado, mal instruido por sus representantes, era necesario por lo tanto que un pequeño burgués se amparara del poder contra todos.

Después del levantamiento de julio, vino la secesión katanguesa que suscitó por todas partes una corriente separatista más o menos fuerte. El tirano Lumumba fue admirable; volaba con Kasavubu, silencioso como la muerte y que lo seguía por todas partes; en el momento en que le señalaban problemas, inquietudes u hostilidad, aterrizaba en el lugar y apenas se había bajado del avión, celebraba mítines en cualquier sitio. El calor de su voz, su sinceridad, su optimismo —cándido o místico, como se quiera— seducían a todos los auditorios y con frecuencia los persuadían.

Cuando había destruido los prejuicios, calmado las dudas, respondido a las objeciones, explicado, sobre todo explicado, sus planes y sus razones, detalladamente, ganaba la partida por una noche; por una noche, en una ciudad provincial, esa dictadura de la palabra —la única que jamás haya

¹⁵ Kasavubu sabía que mentía cuando lo hacía responsable de las exacciones de la Fuerza pública. (N. del T.)

ejercido— lograba la unidad jacobina de algunos centenares de hombres —los únicos que estuvieran politizados. Aclamado, Patricio volvía al avión, despegaba, pensaba: partida ganada; a su lado, Kasavubu pensaba: partida perdida, la palabra no tiene esa fuerza. En realidad, la tiene: a condición de ser repetida mil veces, primero por los jefes, luego por los activistas y más tarde, en el lugar, por los militantes. Lumumba estaba solo. Absolutamente solo. Después de cada despegue, se reestablecía el silencio en la pequeña ciudad que acababa de abandonar, cada uno volvía a sus intereses inmediatos, a sus prejuicios, a su grupo tribal o socioprofesional, no quedaba nada ni siquiera una semilla en un corazón. Mientras tanto, el tirano volaba por los aires; cuando aterrizaba, los pequeños blancos lo insultaban, era necesario aceptar la protección humillante —y poco eficaz, como es de suponer— de los militares belgas, de esas tropas colonialistas de las que había denunciado la acción en el Parlamento, reclamando a la O.N.U. que fueran expulsadas de Africa. Intenta incluso un aterrizaje en Katanga, los oficiales belgas que controlan el campo de aterrizaje le hacen saber que lo detendrán en cuanto aterrice. Lumumba quiere pasar de todos modos, los belgas apagan las luces, cierran los controles, es de noche: lo convencen de no realizar lo que no sería más que un suicidio. Finalmente renuncia, el avión vuelve a tomar altitud; da la vuelta. El Congo libre da vueltas prisionero del aire, pasando por aquí, pasando por allá, como en un juego de prendas: pues ahora el Congo, centralizado, unido en la independencia, se identifica sólo a Lumumba. Se ha jugado la partida: el recurso a las Naciones Unidas, el envío de los Cascos azules, el golpe de estado de Kasavubu, el pronunciamiento de Mobutu, ese guardia a las órdenes de los belgas, que se pone a la cabeza de la Fuerza pública —es decir de las bandas armadas, sin sueldo, que han venido a asaltar a todo el que pasa— la abyecta parcialidad de Hammarskjöld, las intrigas de Yolou manejado por el gobierno francés: todos esos episodios bien conocidos no son más que las etapas de un calvario inevitable. Los belgas, los franceses, los ingleses, las grandes compañías y M.H. mandaron a asesinar a Lumumba por sus hombres de confianza, Kasavubu, Mobutu, Tchombé, Munongo —y América del Norte, puritana, viró la cara para no ver la sangre. ¿Por qué tanto encarnizamiento? ¿Era verdaderamente necesario que el neocolonialismo se instaurara en el Congo por medio de ese asesinato resonante?

Ese negro grande, delgado y nervioso, trabajador incansable, orador magnífico había perdido sus poderes: la atomización del Congo, hecho real, indiscutible resultado de ochenta años de colonialismo «paternalista» y de seis meses de maquiavelismo, desmentía radicalmente el sueño jacobino del Primer Ministro: había perdido sus poderes salvo quizá en Stanleyville donde, más que partidarios, poseía una clientela. ¿Si hubiera acudido allí, que más hubiera podido hacer que Gizenga, tracionado un poco más tarde, después de algunas victorias relámpago, por su jefe del Estado Mayor, el tío de Lumumba que prefirió la unidad restaurada del único poder eficaz, del ejército negro, al unitarismo de los políticos? El imperialismo no se preocupa por las vidas humanas; pero puesto que tenía la victoria en sus manos, ¿acaso no podía ahorrarse un escándalo?

En realidad no podía; ahí está el secreto de esas sórdidas combinaciones: Lumumba era el hombre del tránsito de poderes; inmediatamente después, debía desaparecer.

La razón está en que, en vida representaba el rechazo firme a la solución neocolonialista. Esta consiste, en el fondo, en comprar a los nuevos dirigentes, a los burgueses de los países nuevos, como el colonialismo clásico compraba a los jefes de tribu, a los emires, a los brujos. El imperialismo necesita una clase dirigente que esté consciente de su situación precaria que la lleva a ligar sus intereses de clase a los de las grandes sociedades occidentales. Desde ese punto de vista, el ejército nacional, símbolo de la soberanía, se convierte en instrumento de una explotación doble: la de las clases trabajadoras por trabajadores por la «élite» y, a través de ella, la de los negros por el capitalismo de Occidente. Se invierte, se presta: el gobierno de la Nación independiente está en completa dependencia de los europeos y los norteamericanos. Así le sucedió a Cuba, en 1900, al terminar la guerra colonial que había ganado. El modelo es todavía válido: es utilizado diariamente. El objetivo está en reservarle al continente negro el destino de América Latina: debilidad del gobierno central, alianza de los burgueses (o señores feudales que han quedado en el lugar) con el ejército, supergobierno de los trusts. Para esa combinación se precisan hombres: en el Congo, será Kasavubu; sus ambiciones y su separatismo —incluso si acepta finalmente una federación muy dudosa— mantienen las antiguas discordias alentadas por la administración belga y, esta vez, sin que los blancos se hagan sospechosos de haberse inmiscuido

en ellas. Adoula, Iléo, pueden secundarlo: su conciencia de clase está a la altura de sus apetitos: se puede contar con ellos, con la ayuda de la Fuerza pública, para terminar la constitución y apurar el desarrollo de la nueva burguesía. Hasta ahora los «evolucionados» sólo han sido asalariados, reclutados y formados por el imperialismo y convencidos por sus amos de que sus intereses coincidían con los del capital: ahora es necesario arreglar la economía congoleña, transformar a algunos asalariados en pequeños capitalistas, mantener las feudalidades rurales y dejar hacer, incluso en el campo, a las fuerzas de concentración. Ese es el programa, ese es el Congo de 1963; habiendo sido protagonista de la historia del 60 al 61, hoy es sólo el más pasivo de los objetos. La suerte de Katanga se arregló entre belgas, ingleses, franceses, americanos, rhodesianos, blancos de África del Sur. Los combates, las ejecuciones arbitrarias, la guerra, las decisiones bruscas y contradictorias de la ONU, son los efectos y los signos de negociaciones que tuvieron lugar entre los trusts, entre los gobiernos. Si hoy todo parece arreglado, si Katanga vuelve al Congo, es que —contra Rhodesia y la Unión-Africana, contra las miras inglesas y francesas— los Estados Unidos se han puesto de acuerdo con los belgas para explotar en común las riquezas congoleñas por intermedio de sociedades mixtas.

Para preparar compromisos tan delicados era necesario comenzar por eliminar del Congo los debates y esto equivalía a suprimir a Lumumba. Este, solo y traicionado, quedaba como el símbolo abstracto de la unidad nacional; fue el Congo en el momento histórico del tránsito de poderes. Antes de él sólo existía una colonia, rompecabezas de imperios dislocados, después de él, sólo queda un país desgarrado que necesitará más de una década para conseguir su unidad nacional. Como Primer Ministro, Lumumba había perdido a sus sustentadores uno tras otro, se convertía, a pesar suyo, por la fuerza de las cosas, en el agente de un nuevo separatismo que se llamaba centralización. Cautivo pero vivo, podía convertirse de la noche a la mañana en un príncipe, un punto de unión: quedaba como el testigo de cierta política que le habían impedido desarrollar pero que podría aparecer con los primeros fracasos del nuevo gobierno, como la política de cambio, como la que no había dado la talla porque no le había dado tiempo que posiblemente, se revelaría con la práctica como la única posible. Los descontentos de la víspera se habían unido contra él, los

del mañana —los mismos, posiblemente— se reagruparían alrededor de él. Un prisionero antaño idolatrado por las masas queda como una posibilidad desnuda de praxis; su única existencia transforma los lamentos en esperanza; sus principios, puesto que permanece fiel a ellos, son para los nuevos opositores mucho más que una visión del espíritu; viven, son actuales, están humanizados por aquél de quien sabemos es su guardián en su celda; se convierten en objeto de meditación fascinada por todos.

De ello se darán cuenta en Thysville, cuando los soldados que lo cuidan se amotinan: si no les pagan el sueldo, libertarán a Lumumba. Asustados por esa amenaza los dirigentes de Leopoldville se acercan a los katangués. Acuerdo concluido: Tschombé pagará el sueldo; a cambio de ello le entregarán a Lumumba. En fin, hasta en la prisión, el Primer Ministro destituido demuestra la necesidad del centralismo. Tanto más puesto que su caída coincide con una brusca ola de disturbios y de guerras locales.

Todavía más: desde octubre puede notarse una recrudescencia de los disturbios revolucionarios. Esta vez es la base, campesinos y obreros, la que se ha movilizó contra el mantenimiento de la economía colonialista.

Esos movimientos dispersos no tienen un objetivo común: sin embargo, sería posible unirlos, por encima de las antiguas divisiones, si se reunirían sus reivindicaciones en un programa común. Este temor no es descabellado: más tarde Gizenga, nuevo líder del centralismo, toma medidas radicales en Stanleyville: los trusts son africanizados, los belgas asignados a residencias y sometidos a un impuesto excepcional; después de seis meses el Estado toma los bienes abandonados. Esos decretos señalan el acercamiento que se esboza entre las reivindicaciones concretas pero sin verdadera perspectiva de la masa y el jacobinismo abstracto del M.N.C. Y Gizenga no tiene la popularidad de Lumumba. Ni su inteligencia. ¿Qué no podría temerse si el antiguo Primer Ministro hubiera comprendido que era necesario volver a sumergirse en la masa, romper con los «evolucionados», darle un contenido social a su política unitaria —en una palabra, que era necesario levantar al pueblo contra la mistificación neocapitalista? En realidad, ese es todo el problema: el jacobinismo es pequeñoburgués, subordina la economía a la integración política y tropieza sin cesar con las reivindicaciones de las masas a quienes acusa de sabotear la unidad.

Este conflicto le permite generalmente a los enemigos derrotar sucesivamente al movimiento unitario y al movimiento social. Pero, si sucede

que los jacobinos sobreviven algún tiempo —cosa muy infrecuente— despiertan con sus reveses y vuelven al punto de partida: la unidad no es ya el comienzo sino un momento intermedio, el único medio de soldar los intereses de las masas y sus exigencias; es también el objetivo final de una revolución económica, social y política, que debe, so pena de estallar, radicalizarse sin cesar. Conocí a jóvenes de las ciudades, antiguos estudiantes surgidos de las capas medias, que formaban parte del gobierno de Castro: eran jacobinos contra Batista; integrados a los Rebeldes no les costó ningún trabajo abandonar provisionalmente su ideal político para recobrarlo seguidamente a través del movimiento de la construcción socialista. Robespierre, Lumumba, murieron demasiado pronto para lograr la síntesis que los hubiera hecho invencibles. Además, en la Francia del 89 así como en el Congo de 1961, las masas, en su mayoría, siguieron siendo rurales; entre nosotros, el proletariado no había nacido o no se había desarrollado verdaderamente; en el Congo, el paternalismo belga lo paralizó. En ninguno de los dos casos los explotados poseen representantes ni aparato que pueda solicitar a los políticos la búsqueda de la unidad en la lucha contra la explotación. De todos modos, en el Congo existen tres millones de negros proletarios; si Lumumba hubiera vivido nadie sabe si, decepcionado por su clase, se hubiera visto obligado a erigirse contra ella. La ficción que nunca denunció, la idea descabellada y burguesa de «clase universal» podía, en ciertas condiciones, facilitar los acercamientos: Lumumba podía abordar a los líderes locales de los movimientos revolucionarios sin complejos: ni vergüenza ni superioridad. A partir de esa igualdad abstracta, podía surgir la luz, podía comprender al fin lo que se ha llamado «la vocación socialista de África», y que puede reducirse a este dilema: neocolonialismo o socialización. El podía hacerlo: empleo esta palabra, no para evocar una posibilidad abstracta sino para definir el temor que inspiraba aun entre cadenas, a sus enemigos. El imperialismo es lúcido: si deja ver su mano a los excolonizados, si estos pueden adivinar su intención de esconder tras una comedia política el mantenimiento de una economía de superexplotación, sabe perfectamente que las masas se unirán contra los políticos, sus cómplices. La confusión congoleña llegaba al extremo pero los congoleños hubieran comprendido rápidamente si alguien les hubiera explicado que servían al enemigo: Lumumba se había enterado en poco tiempo de que Bélgica traicionaba la palabra dada,

que la Unión Minera fomentaba y apoyaba las secesiones contra el gobierno de la exmetrópolis, que los soldados de la ONU, enviados para mantener el orden, habían protegido a Kasavubu el separatista y dejado al Primer Ministro centralista a merced de sus enemigos: aún para un pequeño burgués que se decía ignorante de la economía, no se necesitaba mucho tiempo para extraer conclusiones molestas. En fin, lo que temían principalmente los evolucionados y las Grandes compañías, era la radicalización de Lumumba por las masas y la unificación de las masas por Lumumba. Puede decirse que su asesinato selló la alianza reciente del imperialismo y de la pequeña burguesía negra: desde entonces hay un cadáver entre ellos.

Pero el prestigio del Ministro congoleño se extendía mucho más allá de las fronteras de su país. Manifestaba la necesidad de un África unida. No a la manera de Estados conquistadores que debajo de «unidad» ponen «hegemonía». Por el contrario, por la debilidad del régimen, por ese valor inflexible y esa impotencia fatal pero inmerecida que daban a todos los países negros el deber de socorrerlo. Y esa obligación estricta y urgente no era generosidad. Ni tampoco solidaridad idealista. En realidad, las naciones africanas descubrían en el Congo su destino, el destino de África; los países neocolonialistas descifraban la mistificación que los había liberado de todas sus cadenas salvo de la superexplotación; los demás, aquellos que habían evitado por conveniencia la «congolización» descubrían el mecanismo, el papel jugado por la divisiones internas en este desmoronamiento; pensaban que todavía no se había salvado nada, que era necesario luchar contra los separatismos a escala continental, si no el África entera no escaparía a la balkanización. En ese aspecto, el fracaso de Lumumba fue el panafricanismo. N'Krumah experimentó la más amarga decepción: desde Julio había enviado tropas de Ghana al Congo bajo la autoridad de las Naciones Unidas que las emplearon, a pesar de las protestas de Ghana, en contra de Lumumba; la experiencia les enseñó entonces que la O.N.U. no era una organización imparcial que fallaba con toda objetividad sobre los conflictos del Tercer Mundo, sino un sistema estrictamente dirigido a defender por todas partes, en Occidente, el imperialismo, aun si las Repúblicas populares y las Naciones afroasiáticas pertenecían a la Organización. Pero toda África, humillada por no haber podido salvar al hombre de Accra, se enteró enseguida de la suerte que

se le reservaba a los «neutralistas». Lumumba, en un momento de exasperación, indignado por la actitud de Hammarskjöld, había apelado a la U.R.S.S. que le había enviado aviones. En esa oportunidad, había aplicado el principio más estricto del neutralismo: comenzar con todas las naciones, sin tomar su régimen en consideración, aceptar o pedir, en caso de apuro, una ayuda eficaz con la condición de que fuera desinteresada. Con eso bastó: las Misiones se apresuraron a bautizarlo de comunista. El imperialismo tampoco perdió la oportunidad: lo peor fue que se encontró cogido en sus propias redes y tomó a ese «evolucionado», hijo de católico, casado religiosamente y padre de católicos, por un agente secreto del Kremlin. Si queremos juzgar mejor la situación, compárese este llamado desesperado del jacobino «sin opción económica» con lo que pudo hacer Castro en una isla pegada a las costas de Norteamérica. Y no nos equivoquemos: la victoria de éste procede precisamente de que se ha puesto a la cabeza de una revolución socialista: el fracaso del congoleño, el nombre de «comunista» con que creen infamarlo, todo proviene sencillamente del hecho de que no ha querido enfrascarse en la modificación de la infraestructura del país. Africa comprendió: cuando un jefe de gobierno «independiente» le pide ayuda a los soviéticos, los occidentales lo destituyen. El neutralismo quedará como una vana declaración de principios, mientras los distintos Estados del continente negro no se unan para imponerlo.

Lumumba vivo y cautivo es la vergüenza y la rabia de un continente entero: está presente en todos como una exigencia que no pueden cumplir ni echar de lado; en él cada uno descubre el poder y la ferocidad de la combinación neocolonialista. Por lo tanto, es necesario terminar lo más pronto posible; el imperialismo conserva las manos limpias; sus dos principales representantes, Kasavubu y el despreciable Mobutu, tienen interés ante sus pueblos en no haber vertido esa sangre. Tschombé matará; de todos modos, la Unión Minera y los colonos lo han comprometido en tal modo, ha puesto tanto interés en venderse, que pronto será necesario liquidarlo a él también. Se borra a un negro, que se había hecho Primer Ministro y que ha tomado en serio su misión; se encarga de nuevo a Kasavubu para que forme un gabinete. Se encarga, supongo, que el muerto estorbe menos que el vivo: un difunto se olvida; ¿qué puede hacerse por él? ¿de él? Toda razón para llamar a sus hermanos a una cruzada liber-

tadora será arrebatada a los africanos demasiado agitados con el bayonetazo que Munongo se encargará, según dicen, de administrar. En todo caso, éste es el cálculo. Como es natural, es falso.

Muerto, Lumumba deja de ser una persona para convertirse en Africa entera, con su voluntad unitaria, la multiplicidad de sus regímenes sociales y políticos, sus divisiones, sus discordias, su fuerza y su impotencia: no fue ni podía ser el héroe del panafricanismo, fue su mártir. Su historia ha revelado, para todos, el nexo profundo de la independencia, de la unidad y de la lucha contra los trusts. Su muerte —recuerdo a Fanon, en Roma, estaba emocionado— es un grito de alarma; en él, todo el continente muere para resucitar; las naciones africanas comprendieron: lo que decía Accra, Addis-Abeba se dispone a hacerlo: crearán un dispositivo común que les permita ayudar a las luchas revolucionarias en los países que no han adquirido todavía la independencia. La unidad, es la guerra; bajo la influencia de Argelia, algunos comprenden cada vez mejor que es también, la revolución socialista.

El Congo sólo ha perdido una batalla. Al abrigo del Ejército Nacional Congoleño (A.N.C.) la burguesía congoleña, esa clase de traidores y de vendidos va a perfeccionar su obra y a constituirse en clase de explotación. La concentración capitalista vencerá progresivamente las feudalidades, unificará a los explotados, se darán todas las condiciones de un castismo. Pero los cubanos honran la memoria de Martí, que murió a fines del siglo pasado sin ver la victoria de Cuba sobre España ni la dominación de la Isla por el imperialismo de los Estados Unidos. Y el Castro congoleño, dentro de algunos años, si quiere enseñarle a los suyos que la unidad se conquista, recordará a su primer mártir, Lumumba.

Artículo tomado del libro de Jean-Paul Sartre, *Situations, V*, (Situaciones, V); editado en París por Gallimard nrf., en 1964.



Frantz Fanon: el itinerario de la generosidad

MAURICE MASCHINO

Antillano de origen, médico, especialista en psiquiatría, militante del F.L.N. y luego miembro del G.P.R.A. (fue embajador en Accra en 1960). Ha escrito *Peau Noire, Masques Blancs*, Piel negra, máscaras blancas (1956), *L'An V de la Révolution Algérienne*, Año V de la Revolución Argelina (1959) y *Les Damnés de la Terre*, Los condenados de la tierra (1961).

Es casi todo lo que se sabe de Fanon en Francia. Algún periodista francés completa estos datos con un toque de psicología. Cuenta, por ejemplo, que Fanon, roído por el cáncer, hace dos años que ha comenzado a «espiritualizarse» (antes, era todavía una bestia, un animal, un negro) y agrega que era romántico. Un romántico, un exaltado, un arrebatado: se ha lanzado el epíteto y con él, en Francia, se ha dicho todo sobre Fanon.

Pero se ha dicho una falsedad y en tanto no se haya barrido este mito, nada comprenderemos ni del hombre ni de su obra. Pobres periodistas. ¿Qué han captado de Fanon, ellos, a quienes Fanon trataba duramente, ante quienes se mostraba implacable porque sabía, con razón, que eran

adversarios? «Cuando un periodista occidental nos interroga, escribe en *Les Damnés*, raramente es para ayudarnos. En la guerra de Argelia, por ejemplo, los reporteros franceses más liberales no dejaron de emplear epítetos para caracterizar nuestra lucha. Cuando se les reprocha esto responden con toda buena fe que son objetivos. Para el colonizado la objetividad siempre está dirigida en su contra».

De allí la pretendida violencia de Fanon: es una leyenda íntegramente inventada por los periodistas de la izquierda mundana. Maltratados e insultados —al punto que, carentes de argumentos políticos, respondieron mediante el ataque personal: la violencia de los artículos de *El mudjahid*,¹ escribía en sustancia *France-Observateur*, proviene de que su autor es un «militante de fresca data». En peligro en medio de sus contradicciones, hocicando en sus bajezas, los periodistas franceses no encontraron otro medio, para salir del apuro, que inventarle a Fanon una violencia, una acritud casi patológica: es un negro «acomplejado», un *rallié*,² y todo se explica.

Todo se explica, sin duda, pero de otro modo: lo que ellos llaman violencia sólo es un rigor doctrinal, una exigencia absoluta de claridad y de honestidad, un rechazo radical de las transacciones. Fanon nada tuvo de exaltado: simplemente tenía horror de la falsedad, estaba comprometido en un combate y sacaba de él todas las consecuencias; pero su dureza con sus enemigos desaparecía en cuanto se encontraba ante un auténtico amigo.

Peau noire masques blancs, *L'An V de la Révolution Algérienne*, *Les Damnés de la Terre*: he aquí tres obras capitales para comprender la descolonización³ y capitales ante todo para los colonizados mismos. No sólo en *Les Damnés*, Europa es considerada desde afuera como un objeto y se habla de ella —cuando se habla— en tercera persona; ya en *Peau*

¹ El *mudjahid*: órgano oficial del FLN. (N. de R.)

² *rallié*: se dice de quien se ha adherido a una causa, a un partido. Especialmente en Francia se aplicaba a un diputado realista o imperialista pasado a las filas republicanas. Hoy se emplea con sentido peyorativo. (N. del T.)

³ descolonización: ese término refleja en la realidad, desde el punto de vista de los colonizadores, el proceso, arreglado por ellos, de tránsito del régimen colonial clásico al régimen neocolonial. Ocurre, como en este caso, que auténticos militantes europeos de nuestra causa, paradójicamente utilizan el lenguaje creado por el enemigo. Hablando de nuestra lucha y de nuestro mundo, el término correcto desde nuestro punto de vista —a la vez el único realmente universal en este sentido— es liberación nacional. (N. de R.)

Noire, Fanon se dirige ante todo a los africanos: «Lo que nosotros queremos es ayudar al negro a liberarse». No es que él se tome por un guía o un teórico: nada más grotesco ni más falso que esta reputación que se le ha creado, en ciertos medios parisienses, de ser el «pensador» de la Revolución argelina; la revolución se piensa mientras se va haciendo, y Fanon es ante todo un hombre que hace, un militante: sus libros son otros tantos instrumentos de combate, fabricados por un colonizado para los colonizados.

Contrariamente a otros escritores que bregan por interesar a los colonizadores en su causa, que se pavonean en la esperanza de seducirlos, Fanon, cuando se pone a hablar, ya ha roto con Francia y con Europa; Desde *Peau Noire* hasta *Les Damnés*, el Tercer Mundo escucha una voz nueva. En el momento en que los «evolucionados» de Africa, las Antillas, Madagascar y Argelia se apretujan a las puertas de la Cámara de Diputados o de los ministerios, Fanon es el hombre que niega (*Peau Noire*) y luego afirma un mundo nuevo. Tanto que su obra presenta una unidad notable: se ha liberado a sí mismo. («Hace tres años que este libro debería haber sido escrito, dice de *Peau Noire*, pero entonces las verdades nos quemaban; hoy pueden ser dichas sin fiebre»); en su primera obra, Fanon desbarata mitos, limpia el terreno, muestra qué camino debe tomar el colonizado si quiere llegar a ser un hombre. La historia, poco después, lanza a la comunidad argelina en esta dirección: confirmando en cierto sentido los análisis de Fanon muestra lo que los condenados pueden hacer cuando dejan de decir «sí», y luchan por su dignidad; Fanon consigna estas transformaciones en su segunda obra. Pero advertido de los errores o de los callejones sin salida en que se han extraviado otros pueblos, despeja el camino y, de nuevo, indica el norte. Su obra es, pues, literalmente, de vanguardia, propiamente revolucionaria: cada libro de Fanon es, a la vez, un espejo y un faro: «La única tarea realmente actual de la literatura es la de inducir a la colectividad a la reflexión y a la meditación». A ella le corresponde «inventariar» la realidad a fin de trazar en ella los caminos de la libertad.

DESCUBRIR AL HOMBRE

En primer lugar Fanon «hace el inventario» de la condición de negro. ¿Por qué él mismo es un negro, «antillano de origen». (¿cómo lo han

repetido!)? Por cierto: de allí, partiendo de su propia experiencia, desemboca en el hombre. Pero no es él lo que está en cuestión en *Peau Noire*: en 1952 Fanon ya no es más un negro —sin por esto haberse vuelto un blanco— ya no tiene color sino para los racistas; es, simplemente, un hombre. Sólo que, allí todavía, o ya allí, está tocando el límite; cuando se vuelve ve negros que juegan a ser blancos; otros que se toman, muy seriamente, por negros es, pues, para esclarecerlos —«nuestro propósito es la desalienación de los negros»— que escribe.

¿Qué denuncia? En primer lugar, por cierto, al negro que rehúye su cualidad de tal: esforzándose, por ejemplo, en asimilar a la perfección el idioma del blanco, tomando una amante blanca, despreciando a los menos blancos que él («Anda, senegalés», dicen los antillanos para injuriarse), refugiándose, si no logra crearse la ilusión de la blancura, en la neurósisis. Pero Fanon denuncia también —y esto es aún más importante y más actual: pienso, en particular, en el pasmoso discursopoema del presidente Senghor ante la Asamblea Nacional Tunecina, en el que celebra las virtudes de la raza negra—; Fanon denuncia también al negro que sobreestima su color, la civilización de sus antepasados, las lenguas peuhl o swahili; pues este negro sigue defendiéndose en relación al blanco, adopta sus criterios, inferioriza la imagen que el blanco le propone contentándose simplemente con mirarla al revés: el desprecio se transforma en exaltación, la repulsa en admiración; en ambos casos, el negroblando y el negronegro son hombres alienados. Hay pues que superar el color; desprenderse del mito de la raza negra (inferiorizada o sobreestimada), para construir al hombre: ésta es la tesis de *Peau Noire*: «El negro, escribe Fanon, está encerrado en su cuerpo... Es esclavo del pasado... Ahora bien, lograrán desalienarse los negros y blancos que se hayan negado a dejarse encerrar en el pasado. De ningún modo debo extraer mi vocación original del pasado de los pueblos de color; de ningún modo debo dedicarme a revivir una civilización negra injustamente olvidada. No soy hombre de ningún pasado. No quiero cantar al pasado a expensas de mi presente y de mi porvenir... Sólo quiero una cosa: que cese para siempre el avasallamiento del hombre por el hombre —es decir de mí mismo por otro—. Que se me permita descubrir y querer al hombre, allí donde esté».

Esta es la posición de Fanon en 1952. No implica quitarle nada señalar que no llegó solo: Césaire, Jaspers, Sartre lo ayudaron a comprender su situación (Sartre, por quien sentía no sólo una grande —y justa— admiración, sino también afecto: me habló de él a menudo con emoción). Marx también: Fanon sabe muy bien que «toda liberación unilateral es imperfecta», que «la verdadera desalienación del negro implica una toma de conciencia abrupta de las realidades económicas y sociales», la transformación radical de una situación que produce a la vez al negro y al blanco; dicho de otro modo, que no hay liberación individual sin revolución colectiva. Después de *Peau Noire* Fanon ya no es un negro, es un hombre —pero un hombre inconcluso: si bien ha estrangulado a su condición de negro, si bien ha mostrado a los otros qué medios emplear, le falta para liberarse plenamente, ajustar cuentas con el colonizador.

A través de su condición de negro se ha abierto, y ha abierto para los demás, un camino hacia la historia; es entonces —en ese preciso momento en que emerge a la libertad— que la historia va hacia él.

ENCUENTRO CON ARGELIA

1951, 52, 53: despertar del Africa y del Tercer Mundo. En Indochina, luego en Túnez y en Marruecos, el pueblo se bate o se prepara para la lucha. Y es a un Maghreb* en efervescencia y pronto en guerra, adonde llega Fanon en 1952; siendo psiquiatra en el hospital de Blida está en condiciones de comprobar, una vez más, la degradación que el colonialismo inflige, a la vez, a sus agentes y a sus víctimas.

Ve, por una parte, el tratamiento que numerosos médicos franceses reservan a sus pacientes: unos provocan crisis experimentales de epilepsia en los argelinos que fingen atender, a fin, escribe Fanon, «de apreciar el umbral específico de cada raza»; otros se vanaglorian de estafar a los fellahs: uno de ellos, por ejemplo, practica radioscopia con una aspiradora; otros se hacen pagar como inyecciones de penicilina inyecciones de agua destilada. Pero más que esta ignominia de los colonizadores, Fanon descubre cada día en sus enfermos las marcas del colonialismo, delirios, perturbaciones mentales, furia, paranoia —todas evasiones que

* Maghreb: ver nota de redacción, página 15 (N. de R.)

inventa el colonizado para escapar a la opresión: en la demencia encuentra una especie de refugio; es, a falta de algo mejor, su forma de liberarse.

Hasta el día en que, enfrentando a su enemigo con armas en la mano, se lanza a reconquistarse y, en medio de la violencia, se reinventa una humanidad y reingresa en la historia: «El arma de un combatiente», escribe Sartre en el prefacio de *Les Damnés*, «es su humanidad; pues en el primer tiempo de la rebelión hay que matar: abatir a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir al mismo tiempo a un opresor y a un oprimido; quedan como saldo un hombre muerto y un hombre libre». Colonizado él también, ese día Fanon se encuentra con la historia y hace del combate de los argelinos su propio combate. Con lo cual realiza esa promesa que consignó en *Peau Noire*: «Me he comprometido conmigo mismo y con mis semejantes a combatir toda mi vida y con todas mis fuerzas para que nunca más sobre la tierra haya pueblos sojuzgados».

A partir de ese momento el combate de Fanon se confunde con la lucha del pueblo argelino por su liberación. Militante de la Revolución, pone a su servicio sus aptitudes y su saber: es psiquiatra y siempre atiende enfermos, estudia, escribe; pronto pasa a ser miembro del comité de redacción de *El Mudjahid*, y sus artículos —no están firmados, pero ¿cómo no reconocer su marca?—; provocan escándalos en Francia: es uno de los primeros que descubre la impotencia de cierta izquierda francesa, denuncia las coartadas de los liberales, exige a los demócratas franceses que pongan en práctica su ideal. Esfuerzos perdidos, por cierto, y pronto abandonados: pues ¿no es acaso todavía un signo de dependencia esperar algo del colonizador, aun —no especialmente— si es de izquierda? Fanon muy pronto se da cuenta y empeñado en una empresa de desalienación colectiva, se libera a sí mismo a medida que la revolución progresa.

Si bien toda revolución es, en efecto, llevada a cabo por hombres, los hombres que la hacen son, a su vez, amasados por ella, transformados, liberados. Fanon y todo el pueblo argelino son un ejemplo de esto. Justamente a estas transformaciones consagra su segunda obra: *L'An V de la Révolution Algérienne*, donde muestra el poder creador de la Revolución y qué extraordinaria constructora de hombres es: «A nivel estricto de la persona y de su prodigiosa efervescencia, se ha producido una revolución fundamental, irreversible y en perpetuo ahondamiento».

RENACER DE UN PUEBLO

Fanon expone cómo se forja la nueva Argelia partiendo de hechos concretos: la supresión del velo en las mujeres, la introducción de la radio en las mechtas, la desaparición de los tabús familiares.

El velo: simple elemento entre otros de la vestimenta argelina, pasó a ser, mucho antes del levantamiento de noviembre de 1954, la bandera de un combate. Para imponerse mejor a la sociedad argelina, penetrarla y domesticarla, los colonizadores iniciaron la operación supresión del velo; inmediatamente el velo se volvió, para los musulmanes, un valor: se tornó **sagrado**. La guerra revolucionaria modificará de pies a cabeza esta actitud. Las mujeres que antes fueron mantenidas apartadas comienzan hacia 1955 a desempeñar un papel político, entran en la lucha. La multiplicación de los engranajes, la complejidad de las tareas, la intensificación de la represión obliga a los responsables a solicitar el concurso de la mujer, que sirve de agente de enlace, lleva mensajes, granadas, bombas.

Primera liberación: la mujer sale de su casa y participa en el combate; en la calle, en medio de los demás, con consignas a seguir, iniciativas a tomar, hace el aprendizaje de su libertad. En esta época la mujer aún lleva velo. Pero la ciudad árabe, en 1956-57, está cercada por todas partes, los hombres son registrados, no pueden salir: se toma **naturalmente** la decisión de enviar a la ciudad europea a la mujer musulmana —lo que obliga, para no diferenciarse de las otras, a vestir a la occidental. Caída del velo, empleo de una nueva forma de andar, exigencia de un nuevo ajuste a un espacio diferentemente aprehendido: «La ausencia del velo altera el esquema corporal de la argelina, señala Fanon, le es necesario inventar rápidamente nuevas dimensiones a su cuerpo, nuevos medios de control muscular. Le es necesario crearse una nueva forma de andar, de mujer —sin velo— afuera».

Pero esta forma apenas ha sido adquirida cuando las necesidades de la lucha clandestina imponen de nuevo el uso del velo. ¿Es una vuelta a las viejas prácticas? En absoluto. Velo quitado, nuevamente adoptado, otra vez arrancado: el velo se vuelve un instrumento, **pierde su carácter sagrado**, como dice Fanon, y su uso hoy no tiene la misma significación que antes de la revolución: sólo tiene un valor utilitario, y se puede decir ya que, en Argelia independiente, esta cuestión, que es en otros lados

objeto de estériles polémicas, no se planteará. Pues la mujer argelina, plenamente de acuerdo con su marido, su padre, sus hermanos, se libera a sí misma en la lucha libertadora.

No es la única en esta situación y se podrían multiplicar los ejemplos. Todos revelan, con evidencias, las mutaciones que se operan desde noviembre de 1954 en la sociedad argelina. El mérito de Fanon reside en haber sacado a la luz el mecanismo de esta mutación, en mostrar cómo un proceso objetivo —la lógica situación— crea, al imponer a los colonizados conductas nuevas, nuevos modos de pensar y de reaccionar.

LA CARTA MAGNA DEL TERCER MUNDO

Desde entonces han pasado tres años; y mientras los franceses descifran en L'An V el rostro de la nueva Argelia, Fanon continuaba militando y meditando sobre la experiencia que sus hermanos y él mismo vivían.

Hoy nos confía esta reflexión —extendida al conjunto de pueblos anteriormente conquistados— en *Les Damnés de la Terre* cuyo prefacio ha escrito Sartre. Obra fundamental: en primer lugar para los europeos a quienes sacude de su pedestal y sobre todo para los colonizados: no cabe duda de que los obliga a revisiones desgarradoras y que al desenmascarar sus debilidades, sus divisiones, sus nuevas alienaciones los ayuda a recapacitar y ver claro. «A través de su voz escribe Sartre, el Tercer Mundo se descubre y se habla.» Lo que descubre es primero la historia de su liberación de la colonización, tal como la ha vivido —en la violencia; y luego los problemas que este proceso le plantea, las respuestas que les ha dado, los frecuentes errores que ha cometido.

Justificación de la violencia: primer tema de *Les Damnés*: «Fanon», escribe Sartre, «es el primero, después de Engels, que vuelve a poner en evidencia a la partera de la historia. Y no vayáis a creer que un temperamento demasiado vivo o algunas desgracias de la infancia le hayan despertado un cierto gusto particular por la violencia: es el intérprete de la situación, nada más». Para comprender la violencia del colonizado —esos atentados, esos estallidos de furor que ofenden a los nobles espíritus de Europa—, hay que partir justamente de la situación que la provoca: la situación colonial que se caracteriza ante todo por la negación brutal, para el colonizado, de su cualidad de hombre: «El colonizador lleva la

violencia a las casas y a las mentes del colonizado». Lo cual acumula en éste una carga terrible de agresividad y lo pone en un estado de tensión permanente, pues «está dominado pero no domesticado; inferiorizado, pero no convencido de su inferioridad». Esta agresividad necesita por cierto descargarse: danzas, luchas intertribales, crímenes individuales —hasta el momento en que se reorienta hacia su verdadero objeto: el colonizador.

Los partidos nacionalistas desempeñan, en esta reorientación, un papel importante: reclaman la libertad del país, hablan en sus discursos y en sus escritos del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos: «Invocan a la nación; los reclamos del colonizado toman de este modo forma»; pero los nacionalistas —intelectuales, funcionarios, comerciantes— no confían en la violencia, son menos revolucionarios que reformistas, y partidarios, si no de transacciones, al menos de muy amplios compromisos con la potencia ocupante. Sin embargo, mientras ellos se sumergen en la redacción de manifiestos, los militantes más conscientes, generalmente provenientes de las bases, deciden pasar a la acción y montan una organización armada; así del estallido del M.T.L.D.,⁵ nació en Argelia el Comité Revolucionario de Unidad y de Acción (C.R.U.A.)⁶ que pronto se transformó en el F.N.L.⁷ Trabajando en la policía, los miembros del O.S.⁸ se refugian entonces en el campo donde encuentran un potencial revolucionario que sólo espera la ocasión de pasar a los hechos: Fanon estima que en los países subdesarrollados no es el proletariado de las ciudades, de hecho embrionario y privilegiado, el revolucionario (los trabajadores portuarios, los ferroviarios, los taxistas tienen ventajas que

⁵ M.T.L.D.: Movimiento por el Triunfo de las Libertades Democráticas, surgido en 1946 a base del desarrollo del nacionalismo urbano, cuyos cuadros eran en gran parte pequeño-burgueses, reformistas, dirigidos por Messali Hadj. (N. de R.)

⁶ C.R.U.A.: Los elementos revolucionarios de la O.S., una vez separados del M.T.L.D., crearon junto con otros nacionalistas argelinos el Comité Revolucionario por la Unidad y la Acción en 1954. (N. de R.)

⁷ F.N.L.: Frente de Liberación Nacional. Según el historiador argelino Mustafá Lacherai «el F.N.L. creado por el C.R.U.A., y los acontecimientos de noviembre de 1954, salvó en algún sentido de la podredumbre y del embrollo, lo esencial de la doctrina nacionalista de vanguardia y dio otra vez vida al militarismo de bases». (N. de R.)

⁸ O.S.: Organización Especial, núcleo clandestino y de acción directa ligado al M.T.L.D. y luego rechazado por éste. (N. de R.)

perder) sino el campesinado: aún hoy, en Túnez, si el aprendiz en una fábrica gana un mínimo de 18.000 a.f. por mes, la mayoría de los campesinos tienen una renta media anual por persona de 10.000 a.f. La conjunción pues, de grupos urbanos determinados a la violencia y de campesinos prontos a lanzarse a ella, desencadena la lucha de liberación (Argelia, Angola, Cuba, Marruecos, Kenia...)

Al principio en una explosión de odio —el mismo que el colonizador ha almacenado en el colonizado—; pero el odio por sí solo no puede ser el motor de una revolución; hay pues que sustituirlo por otras motivaciones y dar, en el combate, objetivos políticos precisos: de allí el papel tan importante de los comisarios que organizan a los campesinos y operan lo que Fanon llama «la exhumación radical de la conciencia»; no se trata sólo ni necesariamente de matar al colono, sino de edificar una sociedad nueva donde haya sido desterrada la explotación del hombre por el hombre. El pueblo, mediante la violencia, se ha procurado los medios para ello; pero sucede a menudo que no logra sus fines —y que la burguesía nacional confisca en su provecho la revolución. La crítica contra esta burguesía —crítica tan lúcida como implacable— constituye la tesis central de *Les Damnés de la Terre*.

La aborda aclarando la noción de burguesía; propiamente hablando, esta clase no existe en los países subdesarrollados: «Lo que crea a la burguesía», ha escrito Fanon, «no es el espíritu, el gusto o los modales..., sino realidades precisas». Ahora bien, en los países pobres la realidad económica es una realidad burguesa extranjera, y cuando los extranjeros abandonan la plaza los autóctonos se percatan de «que les falta lo que hace a una burguesía, es decir, el dinero». Por esto la burguesía de un país subdesarrollado es incapaz de promover el desarrollo económico; no se orienta hacia la producción, la invención, el trabajo sino hacia actividades de tipo intermedio (tráfico, profesionales liberales); en el campo se contenta con apoderarse de las tierras antes poseídas por los colonos, pero no trata de renovar la agricultura, de modernizarla ni de intensificarla.

Burgueses de las ciudades o del campo, los privilegiados de los países pobres no ponen, pues, sus recursos al servicio de la nación sino que los derrochan; no producen, gozan; si construyen algo son casinos: «Los casinos de La Habana, de México, las playas de Río, las jóvenes brasileñas,

las mexicanas, las mestizas de 13 años, Acapulco, Copacabana, son los estigmas de esta depravación de la burguesía nacional... Prácticamente, ella organiza su país como lupanar de Europa». A su impotencia, a su carácter económico nocivo, agrega pues la corrupción: «Los escándalos se multiplican, los ministros se enriquecen, sus mujeres se transforman en mantenidas y los diputados medran con su situación». El pueblo hace otro tanto y nada es más inexacto que imaginar, frente a una burguesía ahita, un proletariado consciente, pronto a rebelarse; el pueblo, a su vez, hecho en el clima burgués y al igual que sus maestros sólo tiene una ambición: tomar el lugar de los extranjeros, aprovechar. Cada uno para sí y al diablo los otros: así se desarrolla, en el interior de la nación donde hace estragos la burguesía, un verdadero racismo: el obrero árabe⁹ acusa al obrero italiano o español o maltés de «comerle el pan», el dahomeyano mira con rencor al senegalés, el africano blanco considera al negro un salvaje... Infundir el racismo en las masas, engañarlas, mantener al país en el marasmo económico —estima Fanon que es la clase de misión que puede cumplir la burguesía en un país subdesarrollado; vale decir que es aún más nociva que la colonización pues adormece al pueblo: «Cuando esta casta sea aniquilada y devorada por sus propias contradicciones comprenderemos que nada sucedió desde la independencia, que hay que retomar todo, que hay que volver a arrancar de cero».

Lo que hay que hacer para evitar esta pérdida de tiempo, lo sugiere Fanon en la última parte de su estudio. Se trata, en primer lugar, de eliminar la burguesía nacionalizando el sector en que ella prolifera: el terciario; luego, de dar el poder al pueblo; lo cual supone que se lo politice —es decir que los responsables le expliquen—, que lo lancen a la

⁹ árabe: he aquí otro rezago del lenguaje colonialista en boca de un militante honesto. El autor se refiere a países del norte de África. En realidad este término es erróneo por dos razones: por una parte (esquemáticamente hablando) los árabes no constituyen la población de estos países, sino que desde la época de la colonización árabe, a mediados del siglo VII, se han mezclado íntimamente a la población autóctona, bereber —que a este efecto no llegó a perder sus características y su personalidad propia— introduciendo su idioma (el árabe) y su religión (el Islam). De allí viene el concepto de «Maghreb» introducido por los países árabes del Medio Oriente, que significa Ponente, para situar a partir de ellos mismos, estos países de «occidentes». Por otra parte el autor con toda comodidad opondrá el término «árabe» de carácter étnico, a los términos «italiano», «español», «maltés» referentes a nacionalidades. Lo correcto, rompiendo de esta forma los esquemas ficticios de los racistas y de los colonialistas, es, en este caso, oponer la calidad de «tunecino», «argelino» o «marroquí» a la de «italiano», «español» o «maltés». (N. de R.)

acción, que le encarguen tareas precisas, sin esperar a que «madure» («no están maduros para»: ya sabemos de dónde viene el argumento y lo que vale). Es tomando en sus manos —en los comités, por ejemplo— los asuntos de la aldea, de la ciudad, de la fábrica o de la cooperativa, como aprenderá el pueblo —por la práctica pues— a administrar sus asuntos. En ningún caso debe recurrir a un líder ni descansar en un «héroe nacional» para la conducción del país. Pero haga lo que hiciere (el estudio de Fanon abunda en sugerencias: sobre el empleo del ejército, de la juventud...) es de sus propias necesidades, como dice Fidel Castro, que el pueblo debe extraer los instrumentos de su liberación, y es por sí mismo que se debe liberar. Dicho de otro modo, los países subdesarrollados deben inventar métodos propios y valores nuevos; pero para lanzarse a esta empresa necesitan romper las cadenas que aún los paralizan, y para mirarse de frente, a fin de conocerse y transformarse, deben dejar de mirar a otra parte —hacia Europa: «Vamos, camaradas, más vale decidirse desde ahora a cambiar de bando—. Necesitamos sacudir la gran noche en la que estábamos hundidos y salir de ella. No perdamos el tiempo en mimetismos nauseabundos. Dejemos a esta Europa que no acaba de hablar del hombre mientras lo masacra en todo lugar en que lo encuentra, en todas las esquinas de sus propias calles, en todos los rincones del mundo... Hoy podemos hacerlo todo en condición de no imitar a Europa. Las realizaciones europeas, la técnica europea, el estilo europeo deben dejar de tentarnos y desequilibrarnos. Por nosotros mismos y por la humanidad, camaradas, debemos cambiar la piel, desarrollar un pensamiento nuevo, tratar de poner en pie un hombre nuevo».

Es allí donde aprieta el zapato, justamente: ¿cómo?, ¿Europa vencida? y nosotros entonces, ¿para qué servimos? Inmediatamente, J. Daniel se rebela, e insensible a la contradicción, escribe en L'Express: «Sostengo que un país del Tercer Mundo debe, en efecto, alejarse de los métodos europeos, pero que para hacerlo, necesita profesores y técnicos occidentales». ¿Alejarse de Europa en compañía de Europa?... Y bien, no: la gran lección que un europeo —dejemos a los africanos que saquen la suya— recibe de Les Damnés, es que Europa, para el Tercer Mundo está hoy fuera del juego, que no puede aportarle su civilización, su «humanismo». Uno no puede, decía A. Comte, asomarse a la ventana para verse conversar en la calle: por esto, sin duda, los occidentales, petrifica-

dos, aterrados, rechazan las verdades que Fanon descubre y se apresuran a descubrirle seriamente «la enfermedad infantil más grave: el lumumbismo».

No a la alienación del negro, no a la alienación de Argelia, no a la alienación del Tercer Mundo: Fanon, tanto en su obra como en su vida, no dejó de luchar por «afirmar al hombre». Quedará como el vocero y el artesano ejemplar de un nuevo mundo.

«Partisans» No. 3, febrero de 1962.



INDEPENDENCIA NACIONAL Y REVOLUCION

GERARD CHALIAND

La caída de Ben Bella, el hundimiento de Sukarno, la eliminación de Nkrumah, puestos de relieve por una serie de golpes de estado —que no tienen todos, por lo demás, el mismo contenido— no marcan el fin de las luchas por la independencia nacional, sino el de los mitos y confusiones que ésta había engendrado.¹

En 1960, en Moscú, en una aparente unidad, los 81 partidos comunistas firmaban una Declaración en que se preconizaba a los elementos revolucionarios de los países de Asia, Africa y América Latina la lucha por la formación de Estados de democracia nacional.² Sobre la base de esta defini-

¹ El caso de Argelia es evidentemente distinto del de Indonesia y Ghana.

² Declaración de los 81 Partidos Comunistas.

«En la coyuntura histórica actual se crean condiciones favorables, tanto internacionales como internas, para la formación, en numerosos Estados, de un Estado independiente de democracia nacional, es decir, de un Estado que defiende consecuentemente su independencia política y económica, que lucha contra el imperialismo y los bloques militares, contra las bases militares dentro de su territorio; de un estado que lucha contra las nuevas formas

ción, que discutiremos más adelante, se otorgaron numerosos diplomas revolucionarios, siendo a menudo, la política exterior con la URSS o con China la piedra de toque.

La independencia formal y el deseo de emancipación de los pueblos afroasiáticos se había expresado en Bandung (1955); la guerra de liberación nacional, llevada a cabo por el pueblo argelino, tendrá más repercusiones internacionales cada año. Primer³ Estado africano en dejar de ser colonia, Costa de Oro alcanza su independencia y adopta el nombre de Ghana —primero de los imperios del occidente africano— en 1957. Guinea responde «no» al referéndum degaullista de 1958. Dos años más tarde, el Africa Occidental y Central alcanza su independencia. Entretanto, la Revolución cubana se ha radicalizado, ha decretado medidas antinorteamericanas, ha procedido a una reforma agraria radical (1960) y se ha declarado «socialista», a raíz del fracaso de la invasión de Playa Girón (1961). Egipto nacionaliza lo esencial de los bienes extranjeros y una parte importante de las riquezas de la burguesía. El FALN venezolano parece querer

³ Primer: Esta afirmación no está de acuerdo con la historia del continente africano, sino con los conceptos colonialistas que reducen, con propósito de dividir a los africanos, el continente a una «Africa Negra» y una «Africa Blanca». A menudo se ha identificado el Africa en su conjunto a la llamada «Africa Negra», de allí el apelativo de «continente negro». Pese a su calidad de hombre de izquierda europeo, anti-colonialista, Gérard Chaliand cae aquí, en otras partes del texto también, en la trampa racista y colonialista de la sociedad donde vive; estos términos han llegado a formar parte del lenguaje común, de la cultura y de la civilización de la misma, en su conjunto. La historia del Africa nos enseña que Liberia, república fundada en 1822 por esclavos «repatriados» provenientes de Estados Unidos, ha dejado de ser directamente dependiente de este país en 1847. En el siglo XX, Egipto, primero, logra su independencia en 1922, luego Libia en 1951. En 1956: Sudán, Túnez y Marruecos. Ghana entonces alcanza la suya, dos años más tarde, en 1958. (N. de la R.)

de colonialismo y la penetración del capital imperialista, de un Estado que repudie los métodos dictatoriales y despóticos de gobierno; de un Estado en que el pueblo goce amplios derechos y libertades democráticas (libertad de palabra, de prensa, de reunión, de manifestación, libertad de crear partidos políticos y organizaciones sociales), así como la posibilidad de llevar a cabo otras reivindicaciones en el dominio de las transformaciones democráticas y sociales y de participar en la elaboración de la política del país. Los Estados que se comprometen en el camino de la democracia nacional tienen la posibilidad de progresar rápidamente en el dominio social, de desempeñar un papel activo en la lucha de los pueblos por la paz, contra la política de agresión del campo imperialista, por la liquidación total del yugo colonialista...»

Notemos que Argelia, Indonesia y Ghana eran considerados países de «democracia nacional». Cfr. J. Chesneau: ¿Qué es la democracia nacional?, «La Pensée», No. 118, diciembre de 1964. Trataremos nuevamente este problema al final del artículo.

seguir el ejemplo cubano (1962). La crisis que siguió a la independencia de Argelia aparentemente se ha esfumado con la adopción de los Decretos de marzo (1963). Los combatientes de Guinea «portuguesa» liberan el 30% de su territorio. La conferencia de Addis-Abeba, resultado de una componenda, pasa por ser una organización de combate con vistas a liberar las últimas colonias de Africa. El régimen de Fulbert Youlou zozobra. Yemen se sacude el yugo feudal (1963). En enero de 1964, Zanzibar hace otro tanto. Se han formado guerrillas en un número importante de países de América Latina. Una revolución popular derroca en Sudán al régimen del mariscal Abboud.

Con frecuencia se han echado de menos los análisis para extraer, bajo la aparente impetuosidad del movimiento de las masas y las declaraciones de los dirigentes, el contenido de las luchas y la naturaleza de las independencias. La opción socialista ha sido proclamada con mucha frecuencia por dirigentes de países árabes y del Africa Tropical. Muchas situaciones fundamentalmente transitorias han sido declaradas irreversibles.

En fin, desde hace unos dieciocho meses, el imperialismo norteamericano, cauteloso desde los tiempos de Kennedy, ha intensificado fuertemente su acción represiva; en Vietnam y en Santo Domingo mediante intervenciones militares, mediante el trujamán de la CIA en Brasil, en Indonesia y en Ghana.

LA NUEVA OFENSIVA NORTEAMERICANA

El golpe de estado de Ghana, efectuado bajo la instigación de los servicios norteamericanos, no es más que una de las manifestaciones de la nueva ofensiva norteamericana.

Esta ofensiva rompe con la antigua estrategia de la contención. No se trata ya de aislar a los países «comunistas», sino de cuadricular el Asia y el Africa, interviniendo dondequiera que parezca manifestarse un gobierno decidido a practicar una política de independencia o que tienda a obstaculizar la estrategia norteamericana. En esta medida, el de Nasser parece que es el régimen más vigilado de Africa y del Medio Oriente.

Desde el golpe de estado de Brasil, a fines de 1964, que fue realizado con la conformidad y ayuda del embajador, Sr. Gordon,⁴ los Estados Unidos no

⁴ A título de «La Alianza para el Progreso», el Sr. Gordon ha entregado a Brasil una «ayuda» de 150 millones de dólares.

han cesado de intensificar su ofensiva en todas partes y en todos los niveles. El plan Simpático,⁵ concebido para Colombia, es aplicado actualmente. Este plan —como anteriormente el plan Camelot— es dirigido por un anexo de la American University de Washington, el Special Operation Research Office. Se trata, declaraba el Ministro de Relaciones Exteriores colombiano,⁶

«de definir la actitud del pueblo colombiano ante los programas concretos de acción comunal, de acción cívicomilitar y de los cuerpos de paz, que están en curso de realización con la ayuda de los Estados Unidos».

La CIA ha intervenido en Indonesia,⁷ en Ghana, con toda probabilidad el año pasado en la RAU, pero sin éxito,⁸ en otras partes, como en Santo Domingo, los marines intervinieron abiertamente.⁹ Evidentemente, la expresión más violenta, desde febrero de 1965, de la actividad represiva ejercida por el imperialismo norteamericano, es la guerra en Viet Nam. La rebelión de Da-Nang y de Hue acaba de disipar ante los ojos de la opinión mundial, la mistificación de la «defensa» de Viet Nam del Sur contra una supuesta «agresión del Norte». Este conflicto es en la actualidad el terreno de pruebas para el imperialismo de sus capacidades represivas frente a la resistencia popular.¹⁰

Contra la RAU, el agrupamiento panislámico en torno a la Arabia Saudita, sostenida por los norteamericanos, no tiene otro objeto. No se trata para los Estados Unidos de tener un control económico más estrecho del mundo afroasiático (materias primas, etc...), sino de reforzar su control político sobre una situación en desarrollo cuyo equilibrio resulta precario.

⁵ Este plan había estado precedido, en Chile, por un plan denominado Camelot, que se proponía prevenir los trastornos políticos y sociales determinando, mediante una encuesta en el terreno, las aspiraciones y los problemas de las diversas clases y grupos sociales del país. Comenzando sin el consentimiento, del gobierno chileno, este plan tuvo que abandonarse después de la protesta de éste.

⁶ Ver «Le Monde», 11-2-66.

⁷ En abril de 1966, Los Estados Unidos firmaron un acuerdo con Indonesia para la entrega de 50 000 toneladas de arroz. Según el Departamento de Agricultura, al cabo de este acuerdo ascendente a un total de 3 164 000 dólares, se concederán a Indonesia créditos a largo plazo.

⁸ Caso Mustafá Amin.

⁹ Ver Los boinas verdes, Robin Moore, Stock, 1966 (los comandos de las fuerzas especiales norteamericanas en el mundo).

¹⁰ Como banco de prueba de la solidaridad de los países «socialistas», la demostración apenas si resulta concluyente.

En 1960, antes de la independencia de la mayoría de los estados africanos, los Estados Unidos, que ya habían puesto sus pies en Asia y en el Cercano Oriente desde hacía una decena de años, no tenían relaciones sino con una decena de países africanos.¹¹ Hoy, presentes en todas partes, los Estados Unidos ejercen una presión concertada desde hará pronto seis años en dirección al Africa austral,¹² rica región minera. En el Oeste —además de la tradicional Liberia— los Estados Unidos han dirigido sus principales esfuerzos en dirección a Nigeria,¹³ a Ghana, donde ha sido muy importante la ayuda entre 1959 y 1963 y donde se había invertido 200 millones de dólares, y finalmente a Guinea.¹⁴

En Africa Oriental, Etiopía, que era el punto de apoyo esencial de los Estados Unidos, hace dos años que ha sido relevada por Kenia.¹⁵ Finalmente, en el Norte de Africa, los Estados Unidos han sabido procurarse un lugar de primera importancia en Libia, Túnez y Marruecos. Argelia les interesaba vivamente. De manera general, la penetración norteamericana tiene lugar mediante el trujamán de la ayuda, las inversiones están dirigidas hacia los recursos mineros y los hidrocarburos.¹⁶ La acción psicológica dirigida hacia las «élites» no es descuidada, por medio de las becas de estudios, de los centros culturales, que son verdaderas oficinas de reclutamiento.

En Africa, los norteamericanos no tropiezan con la hostilidad, o al menos con la desconfianza de que son objeto en América Latina.¹⁷ Envían a sus negros «integrados» y a sus blancos «liberales». Los Estados Unidos se presentan bajo la apariencia del anticolonialismo. Después del golpe de

¹¹ Africa del Sur, Liberia, Etiopía, Túnez, Marruecos, Libia, Ghana, etc.

¹² Congo Kinshasa, Angola, Rhodesia, Africa del Sur, Zambia. [Para los africanos no hay Rhodesia, sino Zimbawe. N. de la R.]

¹³ Alrededor de 150 millones de dólares en inversiones.

¹⁴ La ayuda pasó de \$6,1 a \$21,7 millones, y las inversiones son del orden de \$75 millones. [Más adelante el autor aclarará el carácter de esta «ayuda» norteamericana. N. de la R.]

¹⁵ Donde el embajador norteamericano es el famoso Sr. Attwood, hasta hace poco tiempo representante en Conakry y que supo, por su habilidad y su comprensión de las realidades africanas, ser el artesano de la penetración norteamericana.

¹⁶ A veces los bancos y la navegación aérea, cfr. Nigeria Airways y Ghana Airways están controladas por la PANAM.

¹⁷ Donde su presencia provoca reacciones nacionalistas, incluso entre militares conservadores (cf. Brasil actualmente: gral. Da Costa e Silva). [En realidad el «nacionalismo» de Costa e Silva es un nacionalismo a lo Mobutu. Elegido presidente sobre una base militar, busca demagógicamente una base de masas, detrás de todo esto se mueven los distintos grupos monopolistas. N. de la R.]

estado de Ghana, su papel se presenta claramente ante los ojos de los africanos que habrían podido alimentar ilusiones en cuanto a la cooperación con los Estados Unidos. Los norteamericanos, ni más ni menos que los demás imperialistas, no aceptarán que pueda intentar desarrollarse un estado que exterioriza veleidades de independencia económica. Las rivalidades interimperialistas de que es teatro el Africa actualmente se hacen concretas con la tentativa norteamericana de asegurarse, como en otras partes, sólidas posiciones.

La fase actual cierra un período de confusión. En sí, los ocho golpes de estado que han sacudido el mundo afroasiático no han aclarado nada: eran de naturaleza distinta. Pero obligan a tomar conciencia del estado real del desarrollo revolucionario en los países antiguamente coloniales o semicoloniales, así como a recordar cierto número de datos elementales encubiertos por los términos «Tercer mundo» o «zona de tempestades».

No hay «Tercer mundo» en el sentido de otro mundo, de mundo diferente, específico. La explotación neocolonial —como ayer la colonial— forma parte integrante del sistema capitalista en la era del imperialismo. Los países subdesarrollados son países dependientes que pertenecen al sistema de explotación capitalista.¹⁸

Mas los éxitos temporales del imperialismo no resuelven las causas objetivas de la lucha por la independencia real: la explotación de los pueblos de Africa, Asia y América Latina por el imperialismo, que tiene como consecuencia el que se mantengan y agraven las desigualdades entre los países subdesarrollados y los países imperialistas. Por doquier, desde hace quince años, el imperialismo se ha mostrado incapaz de modificar esta situación.

¹⁸ Existen dos niveles de definición de la realidad de nuestras sociedades subdesarrolladas uno que nos llega desde afuera, otro que se realiza por y para nosotros mismos antes de proyectarse en fin hacia el mundo. Nuestra realidad «objetiva» es la de «países dependientes que pertenecen al sistema de explotación capitalista». Es una gran verdad. Mas, desde nuestro punto de vista de sociedades conscientes de sí mismas por sus vanguardias, los movimientos de liberación, tenemos lazos e intereses comunes tanto históricos y estratégicos como de desarrollo posterior, que nos definen como un conjunto específico, distinto. La categoría «Tercer mundo», pues, es nuestra, forma parte de nuestro lenguaje y reagrupa tanto a los países subdesarrollados cuyos movimientos de liberación están en el poder como a los que siguen actualmente bajo la explotación imperialista. En la coyuntura actual del movimiento obrero internacional en crisis por una parte, y de la ofensiva imperialista en nuestros continentes, por otra, esta unidad específica del Tercer mundo, reconocida y dotada por medios de acción y de organización por la Tricontinental, es la única vía que puede ayudar a los colonizados a liberarse por sí mismos, como es obvio, conjuntamente. (N. de la R.)

LA AYUDA NORTEAMERICANA EN AFRICA

(en millones de dólares)

	Ayuda total	
	1962	1965
Argelia	3	17,5
Burundi		7,1
Camérún	12,8	5,5
República Centroatricana	2	0,7
Tchad	3	2,1
Congo-Brazzaville	1,2	
Congo-Kinshasa	66,9	25,5
Dahomey	8	1,1
Etiopía	18,0	18,8
Gabón	4	1,1
Gambia		0,1
Ghana	63,8	2,3 ²⁰
Guinea	6,1	21,7 ²¹
Costa de Marfil	2,2	4,3
Kenia	3,2	9,2
Liberia	12,6	41,3
Libia	11,9	1,0
Madagascar	7	5,3
Malawi ¹⁹		3,2
Mali	2,84	1,8
Mauritania		menos de 50,000 \$
Marruecos	30,7	37,4 ²²
Mozambique		
Niger	1,3	1,4
Nigeria	21,0	33,3 ²³
Rhodesia y Nyassalandia	2,8	
Rhodesia del Sur		0
Ruanda		0,2
Senegal	5,5	1,5
Sierra Leona	1,5	5,6
República de Somalia	11,5	7,8
África del Sur		24
Sudán	9,8	7,6
Tanzania	3,4	6,9
Togo	1,2	1,4
Túnez	28,2	54,1 ²⁵
Uganda	3,6	2,5
Alto Volta	1,0	1,0
Zambia		1,0
TOTAL	349,64	331,3 ²⁶

¹⁹ Nombre adoptado a raíz de su independencia (1964) por Nyassalandia. (N. del T.)

²⁰ La ayuda a Ghana había disminuido de 63,8 a 2,3 millones de dólares.

La India, que aquél debía imponer frente a China como modelo de desarrollo acelerado, armónico y democrático, conoce este año una de las más fuertes hambrunas de su historia contemporánea.

Los países de Africa, Asia y América Latina, aunque agrupados bajo una misma denominación, se hallan lejos de ser homogéneos o similares, aun en el seno de un mismo continente. Es el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas el que marca la diferencia fundamental y no la miseria o el ingreso anual per cápita de habitante. La India es, sin duda, más miserable que Malí o que Níger, pero, por otra parte, el nivel de sus fuerzas productivas es más elevado. Los países como la India que se caracterizan por la existencia de una burguesía ya antigua y poderosa y de un proletariado numeroso, tienen problemas de estrategia revolucionaria diferentes de los que confrontan países como Camboya, donde por añadidura, no se plantea el problema de la reforma agraria.

Desde el ángulo de la estrategia revolucionaria, las disparidades de niveles de las fuerzas productivas (sin hablar de las tradiciones nacionales) en el seno del Oriente árabe son capitales (RAU y Yemen, por ejemplo).

La América andina difiere profundamente de la del Plata, y aun conviene no confundir Chile y Paraguay. No hay un Africa, sino varias AFRICAS, con tres zonas, por lo menos, fuertemente diferenciadas: el Africa del Norte, el Africa austral y el Africa Occidental y Oriental, que presentan, en el seno de una misma zona geográfica, niveles de fuerzas productivas y de estadios históricos diferentes. Hay un mundo entre el Africa del Sur y el sudoeste africano. ¿Se tiene suficiente conocimiento, por ejemplo, de que

²¹ La de Guinea ascendió de 6,1 a 21,7 millones de dólares.

²² Marruecos, desde hace cinco años, se ha acercado bastante a los Estados Unidos. El gobierno cherifiano acaba de obtener, en abril de 1966, 4 700 000 dólares por haber cedido la base militar de Nouaceur.

²³ Nigeria (además de Liberia, tradicionalmente ligada a los intereses americanos) es, en el oeste africano, el país donde la ayuda económica es más fuerte.

²⁴ Ya no existe ayuda directa al Africa del Sur. Pero los empréstitos entre 1945 y 1960 han sido muy importantes. Los intercambios continúan siendo considerables.

²⁵ La ayuda brindada a Túnez es considerable. Agreguemos que Bizerta acaba de ser cedida como base militar a los norteamericanos. En abril de 1966, el gobierno del Sr. Bourguiba recibía 25 millones de dólares.

²⁶ En 1958, la ayuda total se calculaba en 79,9 millones de dólares. Por otra parte, en 1962, mientras que Africa recibía 386,8; América Latina 550,1; el Medio Oriente y el sudeste asiático 1,225; y el Extremo Oriente 1,247,2.

el Africa del Sur sola, posee un potencial industrial más importante que toda el Africa Negra²⁷ reunida?

El término «zona de tempestades» abarca asimismo una realidad multi-forme. Pues la situación no es explosiva, dondequiera, en los países de Asia, Africa y América Latina. Evidentemente, en todos los países dependientes y subdesarrollados se plantean con agudeza dos problemas: la independencia real y el desarrollo. La situación general es revolucionaria. Pero ésta puede, según las condiciones históricas, sociales y económicas locales, permanecer mucho tiempo estancada. Por el contrario, llega a suceder que las contradicciones alcanzan un grado de agudeza que hace la situación explosiva.

Una situación explosiva existe cuando a la explotación imperialista se suma el peso aplastante de una clase burguesa —o feudal— que oprime a toda la sociedad, explotando al campesinado pobre y sin tierra, no asegurando el empleo en las ciudades y reprimiendo a la pequeña burguesía modernista impidiéndole el acceso a los puestos a que aspira. Es el caso de Irán, de Marruecos,²⁸ de la India en gran medida, y de un número importante de países de América del Sur, donde los latifundistas ligados a los militares y a la burguesía comercial, impiden la inserción de la pequeña burguesía en las funciones a que ésta aspira.

A la inversa, en cierto número de países, la situación, gracias a reformas se halla momentáneamente estabilizada. Notablemente es éste el caso de México, donde no existen, a corto plazo, posibilidades revolucionarias. Dentro del marco de una reforma agraria parcial, utilizando con fines mistificadores un vocabulario revolucionarista, apoyándose en la Iglesia, la burguesía mexicana ha «desactivado» el influjo de las contradicciones más violentas, que agitan aún a la mayoría de los estados sudamericanos.

Actualmente, en Chile tiene lugar una experiencia reformista importante: la del gobierno del demócratacristiano Frei.²⁹ Su equipo, que se aprovecha de la ausencia de verdadera movilización de los partidos revolucionarios, ha aplicado ya una hábil reforma agraria parcial tendiente a crear una capa de campesinos medios que serán, si no lo son ya, uno de los sostenes sociales del régimen. Ha concedido al proletariado dos garantías impor-

tales: una relativa estabilidad de empleo y la garantía de que los salarios seguirán la curva de los precios. No cabe duda de que el gobierno de Frei encontrará dificultades numerosas, y además muy a menudo en la derecha. Mas quienes, tras de un examen rápido, concluyen en el fracaso de su experiencia, debido a que los policías chilenos han disparado sobre los mineros, corren el riesgo de equivocarse torpemente.³⁰ El reformismo no resuelve las contradicciones fundamentales de una sociedad, pero las atenúa, tiende a encubrirlas y gana tiempo. En el contexto mundial actual, diez o veinte años de tregua son muchos.³¹

³⁰ El 14 de abril de 1966, el gobierno chileno decidió elevar el precio de venta de su cobre, principal riqueza minera del país, de 42 a 62 centavos la libra. Esta alza le reportará 162 millones de dólares por año (alrededor de 80 millones de francos), suma que servirá, en principio, para reducir la deuda exterior a corto plazo; para desarrollar la explotación de los yacimientos de cobre y para diversificar los recursos del país. Es interesante, a este respecto, hacer resaltar las reacciones del mercado capitalista con el anuncio de esas medidas:

«Un ligero descenso se produjo con el cobre, el cual volvió a caer por debajo de los niveles record alcanzados el 5 de abril (£ 790 por tonelada en Londres y a 82,70 centavos la libra en Nueva York). La decisión adoptada por el gobierno chileno de aumentar en un 50% el precio de venta de su metal en los mercados extranjeros —elevándolo a 62 centavos la libra— provocó cierto efecto de sorpresa en el sector comercial. Se espera que los otros productores mundiales procedan igualmente a un alza en sus precios. Sin embargo, el nuevo baremo chileno permanece aún inferior en £ 258 al precio del Metal Exchange de Londres y en 20 centavos al establecido en Nueva York. Desde principios de año, el alza del metal rojo ha rebasado el 30% en Londres y el 40% en Nueva York. Así pues, el empleo de productos de sustitución —aluminio principalmente— tiende a aclararse en diferentes sectores (construcción, industria eléctrica, etc.) Los utilizadores se vuelven al aluminio, que posee precios estables (24,50 centavos la libra en Nueva York) y cuya oferta es bastante «elástica» para satisfacer rápidamente nuevas necesidades.» *Le Monde Économique et Financier*, 17-18 de abril.

³¹ La ola de huelgas, y la represión mediante todo tipo de medidas, que incluyen la matanza de obreros, (mina de El Salvador); el paralelismo sindical, el encarcelamiento de dirigentes sindicales durante las huelgas, etc. no se corresponde con la afirmación de que la Democracia Cristiana le haya «concedido al proletariado dos garantías importantes: una relativa estabilidad de empleo y la garantía de que los salarios seguirán la curva de los precios». Ni en la época de González Videla, un gobierno ha combatido tan despiadadamente (y eficazmente) el movimiento sindical y sus luchas por reivindicaciones económicas. Durante el gobierno demócratacristiano los trabajadores y empleados chilenos no han podido ganar ni una sola huelga importante. Precisamente, la política gubernamental de llevar los salarios hasta el límite del aumento anual de un índice de costo de la vida manejado y alterado por el gobierno, ha sido una de las razones básicas de la lucha económica de los trabajadores. Sobre la Reforma agraria parcial: ésta sólo ha podido realizarse en los latifundios de propiedad estatal, no así en los particulares, porque no se ha modificado el Artículo 10 de la Constitución, que se refiere al derecho de propiedad. Aun esta tímida medida ha provocado agitación indignada en los círculos más reaccionarios. (N. de la R.)

²⁷ Africa Negra: ver a este respecto la N. de la R. de la página 2. (N. de la R.)

²⁸ El UNFP es esencialmente el partido de la pequeña burguesía que aspira a reformas con el fin de encontrar su lugar en la sociedad marroquí. Como toda pequeña burguesía oprimida, su ala izquierda es radical.

²⁹ Señalemos que la democracia cristiana en Chile no carece de militantes.

¿Regresión de la revolución?

Se pretende hoy que hay regresión en Africa desde el punto de vista revolucionario. ¿Está bien planteada la cuestión?

¿Ha habido realmente adelanto, para que hoy haya retroceso? Y si ha habido adelanto, ¿de qué naturaleza era éste?

No hay duda de que Africa, hace diez años, se hallaba aún casi enteramente sometida al yugo colonial. Se dio un paso, el de la independencia formal. Ciertos estados incluso han intentado zafarse de la sujeción económica directa al imperialismo procediendo a una serie de nacionalizaciones. Pero en ningún sitio ha podido, o querido, una dirigencia evitar el fortalecimiento de una pequeña burguesía administrativa parasitaria, o liquidar el poder económico y político de la burguesía local, cuando ésta había dejado de existir, de modo embrionario (Ghana).

Ciertos periodistas y escritores políticos —y su influencia en la propagación, si no en la elaboración de los mitos, está lejos de ser desdeñable— se han contentado con declaraciones de los jefes de Estado o de los cuadros dirigentes, con el grado de nacionalización de la economía o con posiciones adoptadas, en materia de política internacional, para concluir que tal Estado había emprendido el camino de la «construcción del socialismo».

Por otra parte, hay que recordar que la mayoría abrumadora de los países africanos han tenido una independencia concedida, y en ciertos casos impuesta.³² Se trataba de que el capitalismo monopolista de Estado, atascado en la guerra de Argelia, reajustase sus posiciones en el Africa negra,³³ dentro del marco del neocolonialismo. Es por eso que no seguimos a René Dumont³⁴ cuando éste recrimina a la mayoría de las capas dirigentes de la ex-AOF³⁵ su corrupción y su derroche. ¿Se trataría de un fenómeno moral? Apéndices del imperialismo francés, ubicados en el marco de una independencia neocolonial, habría resultado paradójico que la mayoría de las capas dirigentes salidas de la Agrupación Democrática Africana (RDA) manifestasen la austeridad revolucionaria de los cuadros vietnamitas. Cómo podía haber, en esas condiciones, una «partida». De hecho, el Africa Negra³⁶ está bien sujeta.

³² Es el caso de la Costa de Marfil de Houphouët Boigny.

³³ Ver N. de la R. de la p. 2. (N. de la R.)

³⁴ El Africa Negra ha tenido mal inicio. Ediciones de Seuil, 1962.

³⁵ Ex-AOF: Africa occidental francesa. (N. de la R.)

³⁶ Ver N. de la R. de la pág. 2. (N. de la R.)

No obstante, sin que haya verdadero cambio cualitativo,³⁷ cerca de la mitad de los equipos instaurados en el poder en 1960 y que combinaban la incapacidad y la corrupción han sido derrocados. Es el caso de Fulbert Youlou,³⁸ León M'Ba,³⁹ Hubert Maga,⁴⁰ David Dacko,⁴¹ Maurice Yaméogo.⁴² Por espectacular que sea, la caída de estos hombres no es más que la expresión embrionaria del descontento de las masas urbanas.

La creación de la OUA⁴³ no ha contribuido poco a aumentar la confusión. Nacida de la aspiración a la unidad, esta organización se basaba sobre una imposible componenda entre dirigentes nacionalistas y dirigentes que representaban los intereses del imperialismo.

Se trataba, según la declaración de Addis-Abeba, de luchar «contra el colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo».

¿Cuáles son los estados que han brindado ayuda concreta a las fuerzas revolucionarias congoleñas?⁴⁴

¿Cuáles son los estados que han sostenido a los movimientos de liberación de las colonias portuguesas? Media docena.⁴⁵ Y sólo dos o tres de ellos aceptaban en su territorio a opositores de los regímenes neocolonialistas.⁴⁶

³⁷ Salvo en el Congo Brazzaville. Guinea y Malí son casos diferentes que analizaremos en otra parte.

³⁸ Derrocado en 1963 por una insurrección popular dirigida por los sindicalistas de Brazzaville.

³⁹ Rápidamente repuesto en el poder en 1964 por una intervención de los paracaidistas franceses, lo que da la medida de la independencia gabonesa.

⁴⁰ Derrocado en 1963 por una insurrección popular en Cotonú (Dahomey). El 22-12-1965, Dahomey sufría un golpe de estado militar.

⁴¹ Derrocado por un golpe de estado militar el 1º de enero de 1966, en Bangui (República Centroafricana).

⁴² Derrocado por un golpe de estado consecutivo a una huelga sindical en Uagadugú, el 4-1-1966 (Alto Volta).

⁴³ En Addis-Abeba en 1963.

⁴⁴ La RAU brindó una ayuda sustancial, suministrada a través del Sudán. Cesó de hacerlo ante la presión del gobierno norteamericano que ejerció un chantaje en lo que concernía a sus entregas de trigo.

⁴⁵ Mientras que Senegal intentaba frenar y entorpecer la lucha del PAIGC de Guinea «portuguesa».

⁴⁶ Ghana, Argelia, Guinea. Por el contrario, Malí demandaba al PAI de Senegal y al Sawaba de Níger que abandonaran el territorio después del mejoramiento de sus relaciones con Senegal y Níger.

A comienzos de 1964, «L'Étincelle», de Accra,⁴⁷ publicaba un estudio sobre el papel del Comité de los Nueve. Este Comité, creado en Addis-Abeba, tenía por tarea la de coordinar la ayuda a los movimientos de liberación nacional.

Resultaba del informe que, según los hechos, el Comité no había consagrado la menor parte de su presupuesto a la ayuda militar, estando destinado el 63% de la suma a la propaganda y el 37% a los gastos de funcionamiento.⁴⁸

Las divergencias comenzaron a manifestarse con el regreso de Tshombé al Congo. Pero según los hechos, ¿cuál ha sido la actitud de la OUA ante el envío de paracaidistas belgas a Stanleyville?

A pesar de la decisión de boicotear al Africa del Sur, numerosos estados han seguido manteniendo relaciones comerciales con el gobierno de Verwoerd. El fondo del problema no reside, sin embargo, ahí: el boicot no podía ser sino una parodia, a lo sumo un gesto simbólico. Sólo los países imperialistas como Estados Unidos y Gran Bretaña, en particular, podrían emprender un boicot eficaz. Mal puede verse por qué lo harían, lesionando sus propios intereses.

Por medio de este ejemplo se manifiestan dos hechos:

1) El peso real de las fuerzas auténticamente apegadas a la idea de la independencia africana es tan débil que los gobiernos imperialistas ni siquiera se ven obligados a luchar contra el gobierno de Verwoerd apoyando a un equipo liberal capaz de presentar una política de recambio que salvaguarde los intereses generales del imperialismo y de la mayoría de los blancos en Africa del Sur.

2) El hecho de contar con la buena voluntad de los estados imperialistas para hacer progresar la independencia de Africa es una ilusión.

Es como si el FLN del 10. de noviembre de 1954, en lugar de desatar la lucha armada, hubiera enviado una delegación a las Naciones Unidas para

⁴⁷ Artículo de J. Soglo, reproducido por «Revolution Africaine». El Comité de los Nueve y la Revolución Colonial, 1º de febrero de 1964. N.º. 53.

⁴⁸ Los fondos del Comité habían sido depositados en un banco inglés, el Barclay's Bank. El informe del propio Comité declaraba:

El presidente (del Barclay's Bank) ha ofrecido todas las seguridades en cuanto al secreto de las cuentas y ha hecho resaltar la integridad, jamás puesta en duda, del Banco y de su pasado.

pedir que se le concediera la independencia. Asimismo, el llamamiento a Wilson para luchar contra el gobierno de Ian Smith es un fraude.⁴⁹

En un reciente editorial, el semanario argelino *Algérie Actualité*⁵⁰ que marca su hostilidad afirmando que:

la OUA se ha convertido en portavoz de los elementos moderados afanosos por proteger intereses muy poco ligados a los de Africa, no lleva su análisis hasta el fin. Pues, a pesar de ciertas veleidades en el sentido de transformarla, la organización nunca ha sido un instrumento de combate.

Desde su origen, ha tendido a ser un freno para la evolución de las fuerzas revolucionarias potenciales del continente. Y agrega el semanario, aumentando así la confusión:

La unidad africana ha perdido toda significación ideológica porque ha querido la yuxtaposición de intereses a menudo divergentes; porque, en lugar de ser expresión de las aspiraciones, la OUA se ha transformado en un círculo donde se ejerce la voluntad de algunos hombres; porque, en fin, lejos de ser el reflejo de la situación africana, la OUA ha sufrido el contragolpe de las contradicciones que se manifiestan fuera de nuestro continente.

¿Ha tenido alguna vez la OUA una significación ideológica? Si la respuesta es afirmativa, esta «ideología» era conservadora desde su origen.

¿Podían ser formuladas las aspiraciones de los pueblos por dirigentes identificados con el neocolonialismo?

¿Podía la OUA dejar de manifestar los contragolpes de las contradicciones que se manifestaban fuera del Africa cuando los dirigentes que la componen son, en su abrumadora mayoría, el apéndice local del imperialismo?

⁴⁹ En lo tocante al embargo británico que concernía al abastecimiento de petróleo a Rhodesia, «Le Monde» del 12-4-66 publicó una carta de F. Orcival. Este señalaba que a pesar de haber sido puesta en vigor, a fines de diciembre de 1965, varios petroleros habían entrado en el puerto de Beira (Mozambique). Africa del Sur continúa abasteciendo a Rhodesia.

«Como le resulta tan difícil, al Primer Ministro del gobierno inglés, obligar al Africa del Sur a romper brutalmente con Gran Bretaña, ya que representa el 25% de la garantía de la Libra esterlina, el Sr. Wilson prefiere librarse de la cuestión rhodesiana dejándola en manos del Consejo de Seguridad de la ONU. Este último no podría, en definitiva, obrar con más eficacia que como lo ha hecho hasta el presente contra Africa del Sur —donde resulta un fracaso general— y el Congo —donde ha sido desastroso e inútil.»

⁵⁰ 10-4-66.

Por el contrario, la OUA es el reflejo de la situación real de Africa a través de sus clases dirigentes.

Del 31 de marzo al 4 de abril tuvo lugar una conferencia en Nairobi (Kenia) en que se reunían once jefes de Estado o de gobiernos africanos. Las decisiones que se tomaron fueron las siguientes:

—Los países que acogen a refugiados deben impedirles, so pena de expulsión, entregarse a actividades subversivas contra su país de origen. No deben brindarles ayuda material ni asegurarles una formación militar.⁵¹

—los países que acogen a refugiados deben impedirles, so pena de expulsión, el futuro toda campaña de propaganda contra un país vecino. Se consultarán para resolver las diferencias fronterizas y laborarán por el establecimiento de relaciones de buen vecino.⁵²

Por lo demás, la Conferencia pide a todos los países que presiones al gobierno británico a fin de que éste tome medidas concretas, comprendido el recurrir a la fuerza, contra el régimen de Ian Smith. Sigue desplegando todos sus esfuerzos a fin de asegurar la liberación de los países africanos aún dependientes, en particular los del sudoeste africano (que se halla bajo la autoridad de Africa del Sur), de los territorios españoles y portugueses y la Costa Francesa de los Somalíes.

Se habían elevado voces, en Africa, aun antes de lo de Addis-Abeba, que se

⁵¹ Y pasando de la teoría a la práctica, los dirigentes de Kenia, que construyen el «socialismo africano», han considerado indeseables en su territorio a Ch. Gbenye y a T. N. Kanza, miembros del Gobierno Revolucionario del Congo (Leo), habiendo este último, en el curso de una declaración, atacado al Gral. Mobutu.

En el contexto, cada vez más conservador y neocolonial, que caracteriza a Kenia, resulta muy positivo que Oginga Odinga, quien se hallaba en el ala izquierda del KANU, donde, a pesar de su puesto de vice-presidente, no podía actuar, haya creado un nuevo partido, el KAPE (Partido Africano de los Electores Africanos). El Partido único de Kenia no es sino una mistificación en la que están implicados, en Africa, los militantes revolucionarios principalmente.

⁵² La OUA no es la única organización caracterizada por la ambigüedad. La Liga Árabe tiende a devenir un instrumento del imperialismo para aislar los gobiernos que no controla, como la RAU. La organización de la Liberación de Palestina está paralizada por el rey Hussein de Jordania (500 arrestos diversos en el curso de la segunda semana de abril). La presión de los elementos feudales se refuerza en Yemen para que la RAU no pueda disponer de su cuerpo expedicionario. La Liga Islámica alimentada por capitales anglosajones, agrupa a los Estados reaccionarios del Medio Oriente. La solidaridad árabe, reafirmada en el curso de tres conferencias en 1964 y 1965, es utilizada por el imperialismo a través de las fuerzas reaccionarias locales para reprimir los esfuerzos de independencia nacional.

esforzaban por destacar los verdaderos problemas.⁵³ Pero sin duda era demasiado pronto para disipar los mitos que acababan apenas de ser creados. Los recientes sucesos que han sacudido al mundo, y más particularmente al Africa, son positivos en el sentido de que obligan a la clarificación.

Un esfuerzo de reflexión y de análisis debería desembocar en lo sucesivo, no ante los ojos de un pequeño número, sino ante los de la mayoría de los militantes revolucionarios, en una apreciación más correcta de las condiciones objetivas de la independencia nacional.

El imperialismo explota a los países africanos, esto ha sido probado más de una vez.⁵⁴ Como ha sido probada la imposibilidad de alcanzar con su ayuda

⁵³ «Révolution Africaine», N° 8, Editorial del 23 de abril de 1963:

El precio de la soberanía: «En casi un cuarto de nuestro continente impera aún el colonialismo. Más de cincuenta millones de africanos viven todavía bajo el yugo colonial. Para nosotros, la unidad del Africa depende primeramente de nuestra aptitud para acelerar su liberación. Pero sabemos que el colonialismo está moribundo, que es al neocolonialismo, forma socarrona como que indirecta de la sujeción, que habremos de combatir durante los años venideros. Pues la naturaleza del imperialismo no podría cambiar. La mejor arma ideológica del neocolonialismo es la de hacer creer que no existe. Es por lo que, ante los nuevos métodos del imperialismo, debemos armarnos en el plano de las ideas.

«Militantes africanos, debemos conocer los datos de nuestro combate. Resulta en efecto irrisorio mostrarnos a nosotros mismos una imagen romántica del Tercer Mundo, pleno de una bella violencia en que las revoluciones corrian como un reguero de polvo.

«Los hechos están ahí: China, Viet Nam, Corea (del Norte) y Cuba exceptuados, nuestro ritmo de desarrollo es proporcionalmente inferior al de los países capitalistas. Son ellos los que avanzan, nosotros los que andamos a tumbos.

«Tengamos el coraje y el valor de reconocer que somos débiles. Africa constituye el 7% de la población del globo y apenas más del 2% de la renta mundial. Tenemos que, para vencer este subdesarrollo, comprometernos resueltamente en el socialismo —en el trabajo y la austeridad para nosotros. Es a este precio que seremos soberanos.»

⁵⁴ Declaración de Jean Charbonnel, Secretario de Estado de Relaciones Exteriores encargado de la Cooperación («Le Monde», 5 de abril de 1966):

«... en la suposición de una suspensión de la ayuda francesa, la pérdida en capital sufrida por la economía francesa sería superior a las inversiones así economizadas.»

Basándose en estudios relativos a un período de quince años (1947-1963), en un grupo de países de Africa Occidental, indica «Le Monde», el ministro ha notado

un crecimiento acelerado durante un período suficientemente largo como para «despegar». Decenios de «ayuda» norteamericana a la América Latina lo demuestran.

Los ejemplos de China, Corea, Viet Nam del Norte, ilustran también lo que una economía planificada, liberada de la sujeción imperialista, permite.

Por el contrario, es rigurosamente cierto que ningún «socialismo» verbal, cuya característica es la de escamotear el problema de las clases, tampoco podría desarrollar, sino que combina, la mayor parte de las veces, los inconvenientes de ambos sistemas: fraude aún mayor debido a las nacionalizaciones y fuga de capitales, que se invierten en otros lugares.

El desarrollo beneficia sobre todo a la clase dirigente de los países implicados, apéndice del imperialismo y enemiga de su pueblo, al cual desprecia.

La confusión proviene a menudo del hecho de que se ha enfrentado, por una parte, a todos los países industrializados, y por la otra, a todos los países subdesarrollados. Así nace, o puede nacer, el concepto erróneo de «naciones proletarias». Las clases sociales existen en todas partes, y todo país, cualquiera que éste sea, tiene una clase dirigente, lo que implica la existencia de una lucha de clases.

La importancia del problema de las clases sociales en Africa es tanto mayor cuanto que su existencia es negada a menudo, lo cual permite rechazar al mismo tiempo la idea de que pueda haber lucha de clases.

L. S. Senghor afirma que la sociedad senegalesa no conoce clases, sino «tres grupos técnicos-profesionales»: las profesiones liberales, los asalariados y los campesinos (con los pastores, pescadores y artesanos). Afirma que si

la correlación existente entre el monto de la ayuda financiera francesa y el regreso de capitales hacia Francia:

Durante este período, el valor del equipo financiado en Francia por los recursos franceses provenientes de ultramar ha rebasado en mucho las inversiones financiadas por Francia en esos países.

El Sr. Charbonnel ha citado igualmente el incremento de las ventas de la industria francesa gracias a las solicitudes de los países de ultramar. El Secretario de Estado concluyó:

«La cooperación francesa comporta, pues, un beneficio económico, si no contable, en nuestro provecho.»

El pillaje del Tercer Mundo, de P. Jalce (F. Maspère), ilustra, con mucha claridad en la exposición, esta realidad.

existe una burguesía en Senegal la componen los funcionarios, los empleados y los obreros, cuyos ingresos son muy superiores a los del campesinado.

El análisis del problema de las clases es tanto más importante cuanto que es a través de él, si se le realiza con la agudeza necesaria, que los movimientos revolucionarios pueden formular una estrategia correcta.⁶⁵ Este análisis es fundamental.

Ingresos y gastos de la burguesía

Los estados actualmente agrupados en la Organización Común Africana y Malgache (OCAM) se caracterizan por la existencia —en modo alguno embrionaria— de burguesías burocráticas. Su formación ha sido acelerada por la ayuda extranjera y, en general, han salido del antiguo aparato colonial o de los intelectuales y semiintelectuales que han entrado en el aparato estatal después de la independencia. Las mismas explotan su posición en el aparato estatal para enriquecerse. Es a través del Estado que afianzan su poder económico, y no al contrario. El Estado es su instrumento de acumulación. Se trata de una pequeña burguesía, consumidora de una parte importante de la renta nacional; a través de las vías legales y no legales. Se halla ligada al imperialismo, que en estos últimos años ha contribuido ampliamente a reforzarla como clase privilegiada.

Para saber lo que esta clase consume, en qué sentido es parasitaria, por qué no contribuye al desarrollo de la economía nacional,⁶⁶ hemos escogido el comparar lo que importan estos estados⁶⁷ en abonos químicos, en material agrícola de toda especie y en máquinas-herramientas. Es decir, en productos que tienen que ver con el desarrollo económico de la mayor parte de la población.

Y hemos querido mostrar lo que se importa en productos de lujo para el consumo de una minoría inferior al 3% de la población. Esos productos son: los automóviles de turismo, las bebidas alcohólicas, los perfumes, cosméticos y otros gastos improductivos.

⁶⁵ Un esfuerzo serio ha sido llevado a cabo en este sentido por M. Diop en *Clases e ideología de clases en Senegal*. La Habana, 1964.

⁶⁶ Las cifras a continuación provienen todas del muy oficial y excelente «*Marchés Tropicaux et Méditerranéens*», No. 1054.

⁶⁷ Notemos que todos los Estados a los cuales hacemos alusión —salvo tres— poseen balances comerciales deficitarios.

Déficits de los balances comerciales

En lo esencial, en economía de exportación, el balance comercial es la medida que permite, no juzgar la calidad armónica del desarrollo, sino al menos la salud de la economía en cuestión.

Balances comerciales deficitarios

Millones de Francos CFA ⁵⁸ (1964)	
Senegal	12 151
Mali	1 255 ⁵⁹
Mauritania	—
Alto Volta	6 852
Niger	1 710
Dahomey	4 119
Congo	5 031
República Centroafricana	1 085
Tchad	1 581
Togo	2 658 (1963)
Madagascar	10 895

⁵⁸ Francos CFA: Después de la segunda guerra mundial, cuando los territorios de ultramar habían estado, debido a los acontecimientos, arrancados de la órbita económica metropolitana y se habían quedado entonces fuera de la evolución de los precios franceses, ha sido necesario no imponer las devaluaciones sufridas por el franco metropolitano, y salvaguardar al mismo tiempo la noción de zona franco. Así, aunque permanecen estrechamente ligados a ello, los francos de ultramar han dejado su valor de igualdad con el franco metropolitano. Se le ha llamado en el África occidental francesa (AOF) y en el África ecuatorial francesa (AEF) —hasta hoy día—, francos CFA (Colonias Francesas de África), el franco CFA equivale a 2 francos metropolitanos. (N. de la R.)

⁵⁹ En francos de Mali, equivalente del CFA, «EDIAFRIC», No. 354, p. 237.

BALANCES COMERCIALES NO DEFICITARIOS

Costa de Marfil	+ 13 091
Gabón	+ 8 798
Camerún	+ 1 444

	1964	1964	1964	1964
	Importaciones de abonos en millones de francos CFA	Importaciones de pequeño utillaje agrícola en millones de francos CFA	Otro material agrícola en millones de francos CFA	Máquinas - herramientas en millones de francos CFA
Senegal	377,7	14,9	126,7	347
Mali	0,2		51,6 ⁶⁴	70 (?) ⁶⁵
Mauritania	57,1	1	1,4	22
Costa de Marfil ..	379,5	151	213,1	735,3
Alto Volta			19,1 ⁶⁴	35 (?) ⁶⁵
Niger	11,9	3,5	17,5	54,6
Dahomey	19,6	11,1	9,6	36,8
Congo	51,1	19,6	38,7	214,4
República Centroafricana	41,9	26	20,1	86,4
Tchad	5,2	7,8	52,1	136,5
Camerún	490,2	50,5	78,4	164
Togo	10	12,7	15,7	40
Madagascar	77,5	76	128,1	376
Gabón	0,9	46	5,9	159,5
TOTAL	1 517,8 ⁶⁰	420 ⁶²	780	2 478,1 ⁶⁶

⁶⁰ Notemos que, de 1961 a 1963, las importaciones han sido dos veces menos importantes. Citamos, pues, ahí una estadística favorable.

⁶¹ Agrícola, hortícola o forestal. Notemos que las fabricaciones locales son aún poco importantes.

⁶² En 1960 el total era de 380,2; en 1961: 394,7; en 1962: 368,5; en 1963: 439,1.

⁶³ Material pesado, aparatos agrícolas de disco, trilladoras, máquinas henificadoras, aventadoras, pulverizadoras y otras máquinas agrícolas.

⁶⁴ Cifra en 1963 única disponible.

⁶⁵ Las cifras de Mali y del Alto Volta son las correspondientes a 1963.

⁶⁶ Las cifras de 1963 eran en total de 1 774,7.

Autos Particulares⁶⁷

Evolución del mercado en la importación del auto particular entre 1961 y 1964

	1961		1962		1963		1964		1964 Importación de gasolina para turismo
	Unidades	Millones CFA	Unidades	Millones CFA	Unidades	Millones CFA	Unidades	Millones CFA	
Senegal	2 590		3 019	781,1	2 462	823,5	3 259	869,4	336,7
Mali	2 678		448	146,9	447	155,2		38,7	15
Mauritania				45,1		37,1		1 394,5	922,3
Costa de Marfil	4 095		3 353	1 120	3 478	1 153	3 672		
Alto Volta	574		1 796	228	385	139			
Niger				140		99,5			345,1
Dahomey	559			184,2	718	260,9	572	188,7	126,7
Congo	1 057		1 254	405,2	1 046	250	974	181,8	178,7
Gabón	594		552	190,5	737	260	679	338,7	120,8
República Centro- africana	395		452	151,6	645	232	444	257,7	143,5
Tchad	272		351	128	439	232	375	145,5	292
Camcrún	1 663		1 940	665,5	2 550	900,7	2 413	835,4	502
Togo	488			247,7		168,8		231,9	90,5
Madagascar	2 361		2 693	916,2	2 914	970,7	2 222	965,6	488,3
TOTAL MILLONES CFA				5 350,2		5 688		5 592,6	3 561,6

⁶⁷ «El mercado de autos particulares es el que parece haber sufrido las fluctuaciones menos graves entre 1960 y 1965». Marchés Tropicaux et Méditerranéens, No. 1054.

En 1964 el tonelaje de autos particulares comprados rebasó al de 1961 (14 374) considerado particularmente excepcional (fue el año siguiente a la independencia).

Se notará que en unidades las cifras no son muy elevadas. Pero las fuertes sumas denotan a la vez la calidad lujosa de los autos y la parte importante de la renta consagrada a estas compras improductivas por una capa reducida y muy privilegiada de estos Estados. Señalemos que los tractores oruga y los tractores de rueda (más especialmente utilizados en África) totalizan (1964) 3 100, 4 F. CFA.

Total general: 3 741,5 (tractores agrícolas y otros).

Bebidas

—Las entradas de vinos ordinarios se mantienen a pesar de los impuestos elevados que afectan a estos productos en la mayor parte de los países de ultramar.

—El consumo de cervezas importadas aumenta a pesar del desarrollo de la producción local, ya que la burguesía prefiere los artículos metropolitanos.

—En el sector de los alcoholes, ligera disminución de las compras, siendo el whisky el más perjudicado.

	Importaciones de bebidas millones de francos CFA		Porcentaje en relación con las importaciones de pro- ductos alimenticios		Vinos importados millones de francos CFA		Cervezas importadas mi- llones de francos CFA		Otros alcoholes millones de francos CFA	
	(1964)	68	(1964)		(1964)		(1964)		(1964)	
Senegal	698,6		4,4		292		93,6			
Mali	64,5		3,9							
Mauritania	46,1		14,5		9,4		18,9			
Costa de Marfil ..	1 597,5		15,5		1 067,3		78,6			
Alto Volta										
Niger	214,4		19,9		62,3		96,8			
Dahomey	289,7		19		84,9		15,8			
Congo	868,7		29		414,5		256,8			
Gabón	901,8		37,3		299,6		403,5			
República Cen- troafricana	309,6		29,3		159,9		34,7			
Tchad	401,6		29,8		129,8		152,1			
Camcrún	920,9		25,1		343,7		320,9			
Togo	282,7		17,1		95		113,9			
Madagascar	1 233,8		29,7 ⁶⁹		709,1		255,1			
TOTAL	7 830,9				3 667,5		1 840,7		1 786⁷⁰	

⁶⁸ El porcentaje en valor de las diferentes categorías de bebidas en 1964 era de:

Champaña	270
Espumoso	43
Aperitivos	150
Whisky	67
Otros alcoholes consumibles	656
TOTAL	1 786

Perfumería,

artículos de lujo

«A despecho de producciones locales incrementadas en cantidad, mejoradas en calidad y en variedades, los países de ultramar mantienen y a veces incrementan sus compras de productos de perfumería.»⁷¹

Importaciones de productos de perfumería, tocador y cosméticos

1964 — millones CFA

Senegal	216,2
Malí	14,2
Mauritania	1,8
Costa de Marfil	307,6
Alto Volta	
Niger	29,8
Dahomey	80
Congo	84

⁷¹ Revista citada, No. 1054, p. 344.

vinos 46,3%, cervezas 25%, otras bebidas (alcoholes diversos y aguas) 28,7%. Las aguas minerales representan en total 451,5 y los refrescos 170,1.

⁶⁹ Se notará el porcentaje extremadamente elevado en la mayor parte de los Estados. En bebidas alcohólicas de importación, el total es de 7 294,2 (Malí y Alto Volta estimados).

⁷⁰ La nota correspondiente a esta llamada, no aparece al pie de la página, aunque está indicada dentro del texto por el autor. (N. de la R.)

Gabón	61,5
República Centroafricana	43,6
Tchad	65,2
Cámerún	134,3
Togo	65,3
Madagascar	185,
TOTAL	1 269,1⁷²

Sería posible, sin duda, establecer una tabla por países.⁷³ Pero, ¿es ello necesario? Ningún estado practica la austeridad.

A fin de resumir las tablas precedentes:

1964: en millones de CFA

Abonos	Utillaje y material agrícola	Tractores	Máquinas-herramientas
1 517,8	1 200	3 741,5	2 478,1
Bebidas alcohólicas	autos particulares	Gasolina para autos particulares	Perfumes y cosméticos
7 294,2	5 592,6	3 561,6	1 269,1

⁷² El total del mercado del jabón de tocador y de perfumería, se calcula en 272,6 millones de CFA. Citemos otra vez a «Marchés Tropicaux», p. 348:

«Es preciso decir que el mercado de jaboncillos todavía está muy abierto a los productos importados.

Incluso en países como Costa de Marfil, Senegal y Congo, donde se fabrican con grandes cuidados jabones de tocador y jaboncillos perfumados de excelente calidad, no se ha llegado a competir seriamente con algunos productos importados muy conocidos y muy apreciados.»

⁷³ Malí, por ejemplo, hace menos gastos improductivos. Senegal, Costa de Marfil, Gabón, Camerún y Madagascar se caracterizan por sus gastos improductivos considerables.

En Senegal, para no tomar sino un ejemplo, el total de gastos improductivos asciende a 2 120,9 millones CFA. El ingreso anual en el campo es de unos 10 000 francos CFA (o sea, 200 francos franceses).

En el presupuesto de 1964-1965, en Senegal, los gastos ordinarios se elevan a 33 975 millones de francos CFA. «Por grandes masas de gastos, la deuda pública representa un 4,1% del presupuesto, los poderes públicos (Asamblea Nacional, Presidencia de la República, Consejo Económico y Social) un 2,8%, los ministerios de administración un 37,8%, los ministerios de acción económica un 16%, los ministerios de acción social y cultural un 24% y los gastos comunes un 14,9%.

Por naturaleza los gastos de personal representan 16 050 millones de francos CFA, o sea, un 47,2% del total.

Los gastos en material 6 600 millones de francos CFA, o sea, 19,5% los gastos de mantenimiento 1 754 millones de francos CFA, o sea, 5,1%; y los gastos diversos 27,9% del total.»⁷⁴

El propio informe de la Comisión de Finanzas y del Plan de Senegal agrega:

«Resulta, pues, que gastamos dos veces más en personal que en funcionamiento efectivo y mantenimiento. Esta repartición nos impone la obligación de reconsiderar las estructuras de nuestro presupuesto.»⁷⁵

El informe señala, por otra parte:

«Los gastos de funcionamiento son actualmente superiores a las recaudaciones, lo cual quiere decir que no hemos podido dedicar un franco a la inversión y que hemos recurrido sin cesar al empréstito para financiar el plan.»⁷⁶

El caso de Senegal no es único. En todos los otros estados el presupuesto de equipo es, enteramente irrisorio en proporción al presupuesto de funcionamiento. En todas partes son muy elevados los gastos de personal.

En el Camerún los gastos del presupuesto de funcionamiento alcanzan los 18 550 millones de francos CFA, los del presupuesto de equipo 1 409 millones de francos CFA solamente. Pero sobre este presupuesto de equipo ya

⁷⁴ «Ediafric», p. 315.

⁷⁵ En lo que respecta al personal, el informe de la Comisión de Finanzas señala «una plétora de personal no empleados» en las prefecturas, y «del personal sobrante» en los Ministerios de Obras Públicas, de Urbanismo, de la Vivienda y de Transportes.

⁷⁶ «La evolución de nuestros gastos de funcionamiento está fuera de proporción con las previsiones del plan. Han aumentado un 25% en cuatro años, un 7% entre los dos últimos ejercicios.»

muy bajo, los trabajos de infraestructura, de construcción y compras de inmuebles se elevan a 1 004 millones de francos CFA, repartidos como sigue:

Principales operaciones previstas:⁷⁷

Construcciones para las	
Fuerzas Armadas	200 millones CFA
Inmuebles de la Asamblea	179 millones CFA
Inmuebles de la Presidencia	97 millones CFA

El informe camerunés, en lo referente a los gastos del presupuesto de funcionamiento, afirma que éstos corresponden

«estrictamente a lo que es necesario para asegurar el funcionamiento normal de los servicios».

Los créditos de funcionamiento para los poderes públicos son, entre otros:

	en millones CFA	1964-65
Relaciones Exteriores		567
Economía Nacional		230
Finanzas, Planeamiento, Equipos Nacionales		1 120
Fuerzas Armadas ⁷⁸		3 600

El informe de presentación de la ley de finanzas de la República Centroafricana precisa que la política de austeridad

«es por lo demás general en el Africa francófona,⁷⁹ pero en tanto que son numerosos los que no han llegado a esta determinación más que por el camino lamentable de revoluciones o de intentos de golpes de estado, es agradable constatar que en la RCA la solidaridad nacional y la madurez política de la población permiten al gobierno reorientar así su acción.»⁸⁰

En 1964, los gastos de funcionamiento representaron el 81% de las cargas públicas contra un 74% en 1963 y llegaron en 1964 a 5 374,8 millones de

⁷⁷ «Ediafric», p. 53.

⁷⁸ Debidas, entre otras, a la existencia de la UPC (Unión de las Poblaciones de Camerún).

⁷⁹ Africa francófona: He aquí el caso de un colonizado africano (se trata de un documento ministerial) que utiliza para definirse aquellos términos a la vez coloniales y, por supuesto, erróneos desde el punto de vista del conocimiento. Pues, en Africa, existe solamente una élite muy reducida que se expresa a través del idioma del colonizador. El pueblo habla su idioma y sus dialectos propios. (N. de la R.)

⁸⁰ Un golpe de Estado debía intervenir poco después en RCA, el 1-1-66.

⁸¹ O sea, después de la caída de F. Youlou.

francos CFA contra 4 741,9 millones en 1963, o sea, un aumento del 13% (10% entre 1963 y 1962). Y sin embargo, decía el informe centroafricano:

«...los créditos retenidos son inferiores en 1 200 millones a las demandas de las diferentes partes».

Los gastos de personal representaron el 58% del presupuesto en 1964.

En el Congo-Brazzaville, los gastos de personal han progresado en un 88,8% en cuatro años, pasando de 2 504 millones de francos CFA en 1960 a 4 496 millones de francos CFA en 1963 y 4 729 millones de francos CFA,⁸¹ o sea, más del 62% del total del presupuesto.⁸²

Hay 826 000 habitantes en el Congo-Brazzaville. El 1o. de enero de 1964, el efectivo de personal de servicio se elevaba a 10,931 funcionarios o agentes estatales.

En Costa de Marfil, los gastos de personal⁸³ alcanzaron el 58% del total del presupuesto, o sea, un 10% más que en Senegal; donde éstos son considerados «excesivos».

Los efectivos de la función pública comprenden⁸⁴ 28 871 agentes, comprendidos los militares, que se reparten como sigue:

Fuerzas Armadas	7 100
Educación Nacional	7 405
Salud Pública	3 510
Interior	3 082
Agricultura y Ganadería	2 500
Finanzas, Asuntos Económicos, Planeamiento	1 808
Obras Públicas	1 559
Justicia	784
Ministerio de Fuerzas Armadas y Servicio Cívico	291
Relaciones Exteriores	147
Presidencia	66
Corte Suprema	62
Ministerio de Estado	30
TOTAL	28 871

⁸² El informe congolés precisa:
«No escapará a nadie que este porcentaje es muy elevado y que debe ser considerado como tope.»

⁸³ Bautizado «Créditos para los poderes públicos y los medios de servicios».

⁸⁴ En 1964.

Si se retiran 6 000 hombres de tropas y 6 000 maestros, cuyos sueldos son modestos, así como cierto número de funcionarios subalternos,⁸⁵ se constata que menos de 15 000 funcionarios, que representan —Costa de Marfil cuenta con 3 750 000 habitantes— menos del 0,5% de la población total, absorben lo esencial del 58% del presupuesto total.

En Dahomey, los gastos del personal representan el 64,9% del presupuesto, los del material el 13,6% y las intervenciones del estado el 12,3%.

Las variaciones de esas mismas diversas categorías, en algunos años son significativas:

	1961	1964
Gastos en personal	3 804	4 589
Gastos en materiales	925	977
Gastos de mantenimiento	287	290
Gastos de intervención del Estado	1 299	885 ⁸⁶

Durante ese tiempo, las importaciones no han cesado de desequilibrar más el déficit del balance comercial.

Así, la Exposición de motivos de la Ley de Finanzas promulgada en 1964 por Dahomey, señala:

«...un abismo entre dos economías, la una de forma urbana artificialmente estimulada por importaciones de bienes de consumo, la otra de forma rural, economía de subsistencia que se va degradando».

La situación financiera es «preocupante»:

«El pasivo legado por los ejercicios anteriores, mantenido siempre en secreto desde 1960, se ha hecho cada año más pesado hasta el punto de absorber todas las disponibilidades de tesorería. Ninguna

⁸⁵ Por categorías, los 21 771 agentes civiles se reparten de la manera siguiente:
6 616 agentes temporales,
484 contractuales,
1 149 asistentes técnicos de los que 889 son maestros y profesores,
15 embajadores,
58 consejeros, secretarios y cancilleres de embajada,
11 809 cuadros.

⁸⁶ Están clasificados bajo esta rúbrica las becas, los socorros a las poblaciones, etc. El único aumento sustancial es el de los gastos de personal. Estancamiento o regresión caracterizan a los otros sectores.

cuenta definitiva, ninguna ley de reglamento ha sancionado la ejecución de los presupuestos desde hace tres años.»⁸⁷

En Madagascar, el presupuesto del personal es aproximadamente de un 60% en tanto que el efectivo de los funcionarios malgaches se reparte en ciertos sectores como sigue:⁸⁸

Interior	4 639	agentes
Finanzas	2 323	„
Justicia	1 794	„
Educación Nacional	1 277	„ solamente

En Tchad, por naturaleza, los gastos del presupuesto de 1964 se refieren a:

—el personal para	55,56%
—el material para	24,59%
—las obras para	3,83%

Los gastos de personal, que pasan de 2,9 millares de francos CFA, en 1963, a 3,5 millares de francos CFA, progresan en un 22,5% mientras que la masa presupuestal total no aumenta sino en un 14% conforme al aumento de efectivos y de aumentos de salarios y de remuneración.⁸⁹

En tres años el crecimiento de los efectivos ha sido de un 39%.

Efectivos remunerados sobre el presupuesto	1962	1963	1964
Gabinetes ministeriales	196	184	187
Embajadas	68	64	108
Direcciones y servicios	6 662	8 744	9 341
TOTAL	6 926	8 992	9 636

⁸⁷ El pasivo de los presupuestos de funcionamiento se establece en 669,3 millones de francos CFA para 1963. Señalemos que para el mismo año la importación de autos particulares se eleva a 260,9 millones de francos CFA, el consumo de gasolina para la misma fecha, en alrededor de 125 millones de francos CFA, la importación de bebidas alcohólicas, en 388 millones de francos CFA, la importación de productos de perfumería, de tocador y de cosméticos (años 1964, no estando disponible la cifra de 1963), 60,3 millones. El total de las importaciones de lujo se eleva a: 834,5 millones de francos CFA.

⁸⁸ Total en 1963: 23 186 de los cuales 3 496 corresponden a la policía, 1 043 al ejército (poco importante a causa de la presencia de tropas francesas), 2 207 a Salud Pública, 2 420 para la Agricultura.

⁸⁹ «Ediafric», p. 347.

En Togo, el déficit presupuestal de 1963 se eleva a 651 millones de francos CFA, y, mientras que el presupuesto de equipo no prevé sino 120 millones de francos CFA (sobre 3 842 millones de francos CFA), Togo ha importado autos particulares por 247 millones de francos CFA en 1962.

Por categorías de gastos, la disminución principal tiene que ver con la deuda pública y el aumento principal con los gastos de personal (en % del presupuesto):

	1962	1963
Deudas y pensiones	3,38%	9,93%
Personal	51,00%	53,00%
Materiales	15,17%	14,86%
Mantenimiento y fondos para carreteras	5,15%	5,26%

CLASES SOCIALES EN EL OCCIDENTE AFRICANO

Se podrían multiplicar los ejemplos de la existencia concreta de una burguesía administrativa que consume una parte importante de la renta nacional, multiplica los gastos improductivos y se entrega a la corrupción en gran escala. Una economía nacionalizada en manos de semejante burguesía administrativa no cambiaría nada en el carácter de clase del estado. Nada similar en Viet Nam, por ejemplo, donde la capa dirigente se caracteriza por la austeridad, la ausencia casi completa de gastos improductivos. Es ésa la diferencia fundamental en países subdesarrollados entre dirigentes revolucionarios y dirigentes neocoloniales. Y esta diferencia no puede crearse sino a través de la lucha de clases a favor de las masas populares y en primer lugar del proletariado y del campesinado pobre. El desarrollo de la propia economía nacional se halla trabado por la existencia de semejante clase dirigente. Esta clase, ligada al imperialismo, no asegura en definitiva sino su propio desarrollo.

Esta clase, actualmente en el poder en el occidente africano (ex AOF), es la pequeña burguesía. En efecto, en la economía de exportación que caracteriza al Africa Occidental y donde, por consiguiente, el comercio es la parte esencial de la economía, se constata que en el sistema de administración directa, las burguesías locales no han podido desarrollarse realmente.

El comercio de import-export estaba dominado por el capital extranjero y el comercio al por mayor e intermedio se hallaba en manos de libaneses; que desempeñaban el papel de compradores. El comercio africano se limitaba al detalle o al transporte.⁹⁰ Algunos países costeros tenían una burguesía de plantadores (Costa de Marfil), pero en lo esencial el movimiento de liberación nacional ha sido realizado por la pequeña burguesía de los funcionarios subalternos de la administración colonial.⁹¹ Ninguna otra clase podía, además, reemplazarla: ni el proletariado, embrionario, ni el campesinado sometido a jefaturas.

En los países en que existía una burguesía de plantadores y un embrión de burguesía comerciante,⁹² la pequeña burguesía administrativa, que había tomado la iniciativa del movimiento nacional, se unió a estas capas (Costa de Marfil); allí donde las jefaturas tradicionales conservaban importancia, la alianza se realizó igualmente con éstas.

Los fenómenos de diferenciación que habían conmovido menos a los países del interior durante la colonización, se aceleraron fuertemente desde la independencia, como lo indican las estadísticas que hemos citado.

En países como Guinea o Malí, menos ricos, menos evolucionados, desde el punto de vista económico, el movimiento nacional creado por la pequeña burguesía urbana no ha tenido que aliarse a las capas burguesas mercantiles o rurales que eran muy débiles, si no inexistentes.⁹³ Estas pequeñas burguesías han tenido también una actitud más nacionalista uniéndose, a través de los partidos de masa, al campesinado. Este proceso pasaba por la liquidación política de las jefaturas. Tras haber logrado establecer su poder a través del aparato estatal, fracciones muy grandes de esta pequeña burguesía administrativa se han enriquecido por medio de la corrupción que el control estatal favorecía. Más tarde la misma comenzó a realizar inversiones en inmuebles, mientras que los diulas reforzaban su poder económico y tendían a unirse a los elementos más «capitalistas» del aparato.

⁹⁰ El papel de los transportadores «diulas», etc., ... es importante.

⁹¹ Aun cuando el sindicato desempeña un papel a veces importante, la dirección del movimiento sigue siendo pequeño-burguesa. En el seno del RDA esta característica es nítida.

⁹² Estos, comerciantes y transportadores, tienen en sus manos las redes de cobro y distribución. La explotación mercantil que ejercen sobre los campesinos se ha desarrollado desde la independencia.

⁹³ La burguesía rural no existía, salvo entre los Foulas de Futa Jalón y en la curva del Níger.

Así se efectúa la unión de elementos que tendían, argumentando la eficacia y el realismo, a introducir más capitales extranjeros.

El proletariado del occidente africano permanece en embrión. El propio número de asalariados permanece bajo.⁹⁴ No es el caso de África austral donde el proletariado es numeroso y concentrado, de África del Norte, Rhodesia, Zambia, Malawi, Katanga. Es sabido que, en el occidente africano, el proletariado conserva estrechos vínculos con el campo, al cual retorna en caso de paro, por ejemplo. Esta característica tiende a hacer de él, en ciertos sectores, un semiproletariado. Pero las capacidades de movilización para luchas sociales del proletariado en África occidental no sólo no ofrecen duda alguna, sino que ya han sido probadas por los ejemplos de Brazzaville (1963) y de Cotonú (1963).

El campesinado —lo mismo que en otras partes— representa el problema más importante y más complejo.⁹⁵

El mito más comúnmente transmitido sobre el campesinado del occidente africano —ya sea por los dirigentes senegaleses o malíes— es el de «comunocratismo» del campesinado, cuyas estructuras permitirían pasar sin grandes dificultades a formas de organización colectivistas. Esta apreciación parte del hecho de que la comunidad aldeana sería, en lo esencial, preservada. Es confundir la comunidad aldeana con la comunidad primitiva. La comunidad aldeana tradicional representa, en efecto, un sistema económico ya evolucionado. La misma ya había hecho surgir —antes de la aparición del Islam— un plusproducto en el cual se había fundamentado una capa

⁹⁴ Los asalariados comprenden los obreros especializados, los peones, los asalariados agrícolas, etc. ...

En Costa de Marfil, para una población total de 3 750 000 habitantes, hay una población activa de alrededor de 1 800 000 (52%). Los asalariados del sector público son unos 30 000. Los del sector privado unos 170 000. En el campo hay unos 150 000 asalariados —de los que unos 70 000 son extranjeros, más del Alto Volta que van a emplearse temporalmente. El proletariado propiamente dicho, en 1962, se calculaba en 16 150 obreros, de los que 8 750 eran peones y aprendices (56%) y 7 400 obreros calificados o especializados. En cifra absoluta, la pequeña burguesía administrativa es más numerosa que el proletariado urbano. En Camerún los asalariados representan el 4% de la población; esta proporción es a menudo inferior en los otros países (excepto en Gabón). En todas partes el proletariado urbano es menos numeroso que la burguesía administrativa.

⁹⁵ Notemos, sin embargo, la densidad muy débil de la mayor parte de los países: República Centroafricana: 2,14; Congo-Brazzaville: 2,42; Gabón: 1,70; Malí: 3,66; Níger: 2,52; Tchad: 2,18. Otros estados del Oeste están algo menos desfavorecidos: Camerún: 10,7; Guinea: 13,0; Alto Volta: 17,2; Senegal: 17,3; Dahomey: 20. Dos estados tienen una densidad relativamente importante: Ghana: 30,7 y Nigeria: 61.

estatal. En el occidente africano, el estado —cuya existencia implica necesariamente la de una estratificación social— aparece desde los siglos V-VI (Imperio de Ghana). Ciertamente, aun con imperios más tardíos como los de Malí, Ouagadú, Songhay, etc. . . este proceso de diferenciación de clases sigue siendo embrionario. Pero no es por ello menos cierto que la división del trabajo haya provocado la aparición del estado y de diferenciaciones sociales.

Con la aparición del estado, la organización de la comunidad aldeana no se modifica, pero la capa dirigente estatal les saca un tributo.⁹⁶ La propiedad privada de la tierra es ignorada, pero mediante el trujamán de la «esclavitud patriarcal» aparece la explotación del hombre por el hombre en el seno de la comunidad aldeana y, en lo externo, la explotación es atestiguada por aristocracias militares, religiosas o tribales que viven del tributo percibido sobre el plusproducto.⁹⁷

En ningún lado ha quedado intacta esta comunidad. Tras de la aparición del estado, su degradación ha sido acelerada por la intromisión del Islam, por la trata y sobre todo por la colonización.⁹⁸

Sin duda, en el occidente africano actualmente la propiedad del suelo es, en lo esencial, colectiva. La pequeña producción familiar dentro del marco de la comunidad aldeana sigue existiendo (siendo familiar el uso de las parcelas). Pero si la base del sistema rural sigue siendo la propiedad colectiva del suelo, las diferenciaciones se han acusado en su seno, en tanto se

⁹⁶ Es el concepto de modo de producción asiático el que mejor da cuenta de esta realidad.

⁹⁷ Ver *Luchas de clase en África*, por XXX. «Révolution», No. 3, 1964. Claude Meillassoux: *Intento de interpretación del fenómeno económico en las sociedades tradicionales de autosubsistencia*. «Cahiers d'Etudes Africaines», No. 4, 1960. Nunca recomendaríamos demasiado, por otra parte, *Antropología económica de los guros de Costa de Marfil*, por Cl. Meillassoux, Mouton, 1965.

⁹⁸ Es por lo que no compartimos los asertos de R. Barbé (*Las clases sociales en África Negra*. «Economie et Politique»):

«Sin duda algunos elementos de la comunidad aldeana africana —particularmente la conservación de la propiedad colectiva de la tierra— pueden ayudar al establecimiento de relaciones de producción socialistas. El movimiento cooperativo de los mismos puede ser facilitado otro tanto, lo que no significa que todas las dificultades sean descartadas.»

La diferencia cualitativa entre el funcionamiento de la comunidad aldeana y la organización colectiva de la producción por alcanzar no es citada. Esta última supone la supresión de las relaciones tradicionales de parentesco y una ampliación de la producción que rompa irremediablemente las relaciones de producción tradicionales, que son justamente la fuente de una producción limitada.

ha introducido el salariado en numerosos países de la costa (Dahomey, Costa de Marfil y, sobre todo, Ghana y Nigeria).⁹⁹

En apariencia, pues, las estructuras tradicionales subsisten y conservan su prestigio. Pero se han visto a menudo muy ampliamente vaciadas de su contenido económico y social de antaño. Si esta mutación se ha operado desde el punto de vista histórico a través de la aparición del Estado, del Islam, de la trata y de la colonización, en términos económicos es el desarrollo de los intercambios monetarios y de los intercambios comerciales lo que ha apresurado su degradación —acentuando las diferenciaciones sociales tradicionales y sobre todo creando clases nuevas, salidas, en particular, de la colonización.

«Así, atacadas a la vez desde el exterior, en la esfera de la circulación, y desde el interior, por la introducción de nuevas culturas, las antiguas estructuras se han degradado y su contenido se ha modificado. Esto se pone de manifiesto claramente en la transformación sufrida por los modos efectivos de apropiación tanto del suelo mismo como de los productos de éste. Sobre esta base, nuevas relaciones sociales se han establecido, las cuales no son siempre perceptibles de inmediato, puesto que están encubiertas por la forma de las antiguas estructuras, pero no por ello es menos real su existencia.»¹⁰⁰

Así pues, resulta vano tratar de resucitar un modo de producción que en realidad esta vaciado de su contenido.¹⁰¹

⁹⁹ Existen niveles de fuerzas productivas muy diferenciados en el occidente africano. Si los fulbe islamizados han constituido una especie de «feudalismo» en el Norte de Nigeria, en el Futa Jalón, etc., algunos pueblos de la selva tienen un importante retraso histórico.

¹⁰⁰ Ch. Bettelheim, *Planificación en África Negra*. «Cahiers Internationaux», No. 116, 1960.

¹⁰¹ Compartimos, en este punto de vista, el análisis de Samir Amin:

«Los campos de África Occidental no tienen, en el estadio actual, necesidad de una revolución agraria en el sentido de una repartición de las tierras. El problema de este campesinado no es obtener la tierra, que ya disfruta de hecho. Es pasar de la agricultura extensiva de la azada, a la agricultura intensiva del arado. Este progreso decisivo exige la destrucción de las estructuras familiares. No se puede realizar sino mediante el refuerzo, en perjuicio de las formas colectivas, de la pequeña propiedad mercantil, pues el arado, instrumento individual, no podría constituir la base material de una colectivización prematura. En esas condiciones, parece ilusorio querer mantener relaciones de producción precapitalistas —a riesgo de revestirlas con una forma cooperativista moderna. Ello no puede conducir sino al estancamiento. Vale más favorecer abiertamente el desarrollo de una pequeña producción

No por ello es menos cierto que las estructuras actuales del campesinado en la mayor parte del occidente africano plantean, desde el punto de vista de la estrategia revolucionaria, problemas particulares y complejos.

En efecto, este campesinado no tiene problema alguno de reforma agraria, lo cual constituye, ya se sabe, una aspiración movilizadora. Vive, mal que bien, en una economía todavía próxima a la subsistencia —no hay el problema del hambre, sino problemas de malnutrición—; finalmente, los campos están subpoblados en la mayoría de las regiones. Estas características no parecen haber sido conocidas por F. Fanon, quien brinda, en *Los condenados de la tierra*, una descripción muy notable de lo que él llama la «burguesía nacional», y que pudo observar en Ghana. Mas su juicio sobre el campesinado en Africa, por desconocimiento de las condiciones concretas, se relaciona, de hecho, más con los problemas del campesinado en América del Sur que con los del occidente africano. Sus condiciones exigen de las direcciones revolucionarias africanas un enfoque particularmente adaptado a las condiciones locales, de las cuales no existe un ejemplo, en esta escala en otras partes.

LOS GOLPES DE ESTADO

Los siete golpes de estado ocurridos en Africa no tienen como punto común sino el hecho de ser militares.

No evocaremos aquí a Argelia.¹⁰² Ni al Congo-Leopoldville, cuyo golpe de estado en noviembre de 1965 es una peripecia neocolonial, expresión de intereses imperialistas divergentes.¹⁰³ El caso de Ghana es, evidentemente, el más importante y le concederemos el mayor espacio.

¹⁰² Ver «Partisans», No. 23, noviembre 1965: De Ben Bella a Boumedienne.

¹⁰³ El Gral. Mobutu es muy conocido, en efecto, por estar ligado a los intereses belgas.

dinámica.» Tres experiencias africanas de desarrollo: Malí, Guinea, Ghana, PUF.

No podemos menos que recomendar la lectura de este libro, que ya habíamos señalado cuando su aparición («Partisans», No. 21). Señalemos que el problema de la reforma agraria se plantea en Africa Oriental o en Africa Austral. En Kenia, por ejemplo, 60 000 europeos poseen lo esencial de las ricas tierras de los altiplanos.

Entre los demás golpes de estado militares:¹⁰⁴ Dahomey (22-12-1965), República Centroafricana (1-1-66), Alto Volta (3-1-1966), Nigeria (15-1-1966), el único que ha sido realmente positivo es el de Nigeria.

Hay que recordar que la Federación de Nigeria,¹⁰⁵ el estado más poblado de Africa, comprende tres grupos étnicos principales: los hausas y los fulbes en el Norte, los ibos en la región oriental y los yorubas en la región occidental. Al Norte están constituidos los grandes emiratos musulmanes, que tradicionalmente se oponen al Sur, y la unión con las regiones del Este y del Oeste, animistas o cristianas, no se ha realizado más que por la presencia británica —la cual, al mismo tiempo, sacaba provecho a las rivalidades regionalistas y las avivaba. Si bien el Partido federal del Norte había prevalecido sobre el Parlamento federal gracias a su numerosa población, los partidos del Sur no habían cesado de llevar a cabo una lucha sorda contra aquél. El conflicto enfrentaba, entre otros, a los feudales del norte, Sir Abubekr Tawafa Balewa y Ahmadú Bello, con el partido mayoritario del Oeste, el Action Group de M. Amalowo, quien fue encarcelado por sus adversarios. En las elecciones del año pasado, los feudales del Norte, apoyados por una fracción minoritaria¹⁰⁶ salida del Action Group, arrebató el poder al Parlamento después que la oposición, agrupando el Action Group del Oeste y el NCNC del Dr. Azikiwe, del Este, así como diversos pequeños partidos modernistas y los sindicatos, decidían boicotear unas elecciones en que el cambalache de las boletas era manifiesto. La agitación no había cesado de desarrollarse desde entonces.

El golpe de estado, cuyos desarrollos aún no se han definido, pero que bien parece no encauzar lo esencial de la política nigeriana desde que el general Ironsi, comandante en jefe del ejército, tomó su dirección, tiene un mérito notorio: el de eliminar de manera definitiva a los dos dirigentes de los feudales del Norte, A. T. Balewa y A. Bello, mientras que el hombre que se había aliado a ellos para hacer fracasar la oposición del Action Group,

¹⁰⁴ Cifras de las fuerzas armadas: Dahomey: 1 000; República Centroafricana: 450; Alto Volta: 1 200; Nigeria: 8 000; Ghana: 10 000 aproximadamente.

¹⁰⁵ Al igual que Ghana, Nigeria poseía, desde antes de la independencia, una rica burguesía mercantil en el Sur y una burguesía rural.

¹⁰⁶ Bajo la dirección de Akintola, que debía convertirse en Primer Ministro del Oeste.

Akintola, desaparecía también.¹⁰⁷ Si la operación puede ser considerada un desquite del Sur contra el Norte feudal, tiene también y sobre todo un carácter político: la liquidación de los elementos más reaccionarios de la Federación.¹⁰⁸

El golpe de estado de Dahomey es diferente. En octubre de 1963, Hubert Maga, entonces Jefe de Estado,¹⁰⁹ era derrocado por un motín popular dirigido por los sindicatos de Cotonú.¹¹⁰ El ejército, dirigido por el coronel Soglo, se había interpuesto entre los sindicatos y los políticos en nombre del orden público y había instaurado en el poder a Apithy,¹¹¹ y Ahomadegbe.¹¹² La vida política dahomeyana, desde la *loi-cadre*,¹¹³ estaba marcada por las rivalidades entre Maga,¹¹⁴ Apithy y Ahomadegbe. Un mes antes del golpe de estado, Ahomadegbe debía hacer destituir a Apithy, el cual se afanaba por sobrepasar a su rival en la izquierda en materia de política exterior (reconocimiento de la China Popular, visita al presidente Nkrumah, lo que debía disgustar al Consejo de la Entente¹¹⁵ de que forma parte Dahomey).

¹⁰⁷ El Ministro Federal de Finanzas, O. Eboit, símbolo de la corrupción, debía igualmente encontrar la muerte.

¹⁰⁸ Chaliand considera como un avance real de la sociedad nigeriana el hecho de que los golpistas propicien la creación de un estado centralizado debilitando a los feudales, representantes de los intereses ingleses.

En realidad, este cambio relativo de la sociedad nigeriana beneficia mucho más al capital norteamericano, ya que las condiciones de las sociedades africanas sometidas al imperialismo no permiten el desarrollo de una burguesía nacional. Analizar al África subdesarrollada a través del esquema clásico de desarrollo capitalista no sólo implica un error metodológico, abre también la posibilidad de considerar a ciertos grupos imperialistas (los yanquis) como una fuerza progresista. (N. de la R.)

¹⁰⁹ Contaba con el apoyo regionalista del Norte y del Centro del país (jefes tradicionales).

¹¹⁰ Los sindicatos habían, al principio, declarado la huelga para obtener la suspensión de una rebaja del 10% sobre los sueldos. La corrupción del régimen de Maga fue igualmente denunciada.

¹¹¹ Apoyado por los pueblos del Sudeste del país (burguesía mercantil).

¹¹² Poseyendo una base de apoyo regionalista en el Sudoeste (y vínculos con los sindicalistas).

¹¹³ *Loi-cadre*: ley promulgada en 1956 por Francia, por medio de la cual otorga a sus territorios del ex-AOF y ex-AEF una etapa previa de cierta autonomía interna en el seno del régimen colonial. (N. de la R.)

¹¹⁴ En 1959, en tanto que Ahomadegbe estaba prisionero, Apithy se había aliado con Maga quien debía suplantarlo pronto.

¹¹⁵ Entente: o Consejo de la Entente, constituido en 1959 agrupa a: Costa de Marfil, Dahomey, Alto Volta y Níger. El carácter neocolonialista y reaccionario de la Entente es evidente. Hoy la «Organización común africana y malgache» (OCAM) constituye una versión más elaborada de la Entente, dentro del sistema neocolonial francés en África. (N. de la R.)

Quedaba abierta la crisis y el ejército, estimando que «el orden público y la unidad nacional» estaban gravemente amenazados, debía intervenir en diciembre. Los que, dos años antes, habían manifestado su entusiasmo ante el cambio de gobierno, no se manifestaban contra su caída. En efecto, los sindicatos, que habían dirigido los motines de octubre de 1963, habían visto como les imponían, desde comienzos de 1964, una reducción de salarios en un 25%, en tanto que la huelga que intentaban desatar debía provocar una severa represión. El régimen no había intentado nada en serio durante la campaña, mientras que la política exterior, estrictamente oportunista, de Apithy —que se proponía con ello acrecentar su prestigio— provocaba el descontento de Houphouët Boigny y de los demás dirigentes del Consejo de la Entente. A fin de reforzar su poder, Apithy y Ahomadegbe introducían en el seno del aparato a su clientela respectiva sobre una base tribal, lo cual acentuaba las rivalidades regionalistas. En fin, teniendo en cuenta el marasmo particularmente importante de la economía dahomeyana —aun comparada con la de países vecinos que poseen condiciones casi idénticas—, el gobierno se había decidido a reducir los sueldos de los funcionarios (los gastos del personal llegaron en 1964 a establecer un record en el occidente africano, con un 64,2% del presupuesto nacional), lo que no había dejado de disgustar.

Sin apoyo de masas, minado por sus contradicciones económicas, sociales y étnicas, que no hacía sino acrecentar, el gobierno dahomeyano debía caer después de la ruptura entre sus dos dirigentes. El golpe de estado era, por lo demás, esperado y la operación se desarrolló en medio de la mayor calma, habiéndose asegurado el ejército una posición de árbitro en Dahomey.

Los nuevos dirigentes de Cotonú han expulsado a los representantes diplomáticos de la República Popular China. La situación comienza a estar madura en Dahomey, para emprender la creación de una oposición seria a las diversas agrupaciones reaccionarias.

En la República Centroafricana, el golpe de estado del coronel Bokassa (1-6-1966) fue una sorpresa. El golpe de estado no estaba previsto como en Kinshasa o en Cotonú. La economía estaba estancada. Los sueldos de los funcionarios habían sido reducidos en un 10% por Dacko; una segunda reducción de sus sueldos, en forma de empréstito mensual obligatorio acababa de ser acordada. Mas no parece que estos hechos hayan originado el golpe de estado. El hecho de que se hubiesen establecido relaciones diplo-

máticas con la República Popular China¹¹⁶ y de que el actual gobierno haya roto todo lazo con Pekín, es de notar. Según informaciones oficiosas, las reservas que hubiera tenido París antes de normalizar sus relaciones con el nuevo gobierno no eran fortuitas. En efecto, parece que los servicios francés y americano fueron llevados a una competencia a fin de instalar a su hombre en el poder.

En Alto Volta, el golpe de estado militar del coronel Laminaza vino a reemplazar una prueba de fuerza entre los sindicatos.¹¹⁷ Fue organizada una huelga, impulsada por jóvenes sindicalistas descontentos con las usurpaciones gubernamentales de las libertades sindicales y con el pretexto de una rebaja del 20% del sueldo de los funcionarios. El gobierno de Yameogo declaró ilegal la huelga. El Comité de huelga resistió, aprovechando las festividades en honor al cardenal Zougrana (que pasa por liberal) a fin de ocupar la calle. Cuando el Jefe de Estado se decidió a negociar, los huelguistas exigieron su dimisión. Después de tres días de manifestaciones, el ejército tomaba el poder sobre la base de un compromiso. El teniente-coronel Lamizana, ligado al presidente Yameogo, garantizaba su seguridad, mientras que la jerarquía católica veía, no sin satisfacción, restablecido el orden.

La intervención del ejército fue tanto más inevitable cuanto que no existía organización capaz de desempeñar un papel decisivo. Por el momento, el nuevo gobierno es acogido bastante favorablemente por la población urbana, cansada por la corrupción del régimen anterior.

EL EJERCITO

¿Cuáles es la naturaleza y el papel del ejército en el occidente africano?
¿Es justo pretender que los ejércitos africanos tiendan a devenir en ejércitos de tipo latinoamericano? No lo creemos.

En Nigeria, el ejército ha desempeñado un papel positivo liquidando el poder político de los feudales más notorios. En Alto Volta, en la medida en que la agitación no hubiera podido ser explotada por los sindicalistas

¹¹⁶ Burundi, que había reconocido a la República Popular China, sufrió igualmente un golpe de Estado en el curso del año 1965.

¹¹⁷ Se trata de sindicatos cristianos muy poderosos en Alto Volta. El Alto Volta tiene además un cardenal africano, Mons. Zougrana, cuyo papel político es importante.

más avanzados, el simple hecho de que un régimen instalado por el imperialismo caiga, revelando su fragilidad y el carácter artificial de su base, es, en el estado actual, un hecho positivo. La instauración de regímenes militares muy a menudo, no es sino consecuencia de la evolución de los regímenes civiles precedentes caracterizados por la corrupción. En Dahomey, con relación a octubre de 1963, el régimen político marca un retroceso. Mas con relación al gobierno civil, que lo ha precedido, no indica diferencia cualitativa. No hace sino demostrar la agudeza de las contradicciones que agitan a la sociedad de Dahomey.

Mal se entiende por qué la caída de un gobierno civil totalmente desconectado de las masas, por añadidura instalado hace poco en el poder por el imperialismo, habría de pasar por ser una regresión so pretexto de que son militares los que están en el poder. El ejemplo de Alto Volta es a este efecto demostrativo. Es a través de la exacerbación de las contradicciones económicas y sociales que los elementos revolucionarios podrán, si se instauran en las organizaciones sindicales y hasta en ciertos sectores campesinos, movilizar a las masas populares (incluso los elementos pequeñoburgueses radicales) contra la burguesía administrativa corrompida. Mientras que no haya organización capaz de atraer a las fuerzas populares, el ejército seguirá siendo, en definitiva, a pesar de sus efectivos irrisorios, el árbitro de la situación.

En América del Sur, el ejército es instrumento de las clases más reaccionarias. Está ligado casi siempre a los latifundistas. Si interviene en algo, es para salvaguardar el orden establecido, no para comenzar reformas. En el Cercano Oriente, el ejército está compuesto generalmente de oficiales provenientes de la pequeña burguesía, que no están ligados a los feudales, ni aun a la burguesía mercantil (Siria o Egipto), y desempeña un papel progresista, nacional.

En Africa es un cuerpo reciente, ciertamente privilegiado, pero sin que tenga, como en América Latina, compromiso establecido con el régimen y las clases más conservadoras. Pero debido a su reciente formación, a su carencia de cultura política, no puede desempeñar el papel de los ejércitos «pequeñoburgueses» del Cercano Oriente.¹¹⁸

¹¹⁸ Su reclutamiento no está alimentado por la intelectualidad pequeñoburguesa, como es el caso en Siria, en Egipto e igualmente en Argelia.

Puede también, por las mismas razones que acabamos de dar, como en Ghana, ser instrumento del extranjero. Ello no excluye en ningún modo, que pueda, en el futuro, desempeñar un papel transitorio que no será, en muchos casos, más incoherente y negativo que los regímenes civiles que los hayan precedido. Al contrario.¹¹⁹

EN GHANA

Las colonizaciones francesa y británica, la una de administración directa, la otra de administración indirecta, han visto diferencias importantes entre los pueblos del occidente africano, la menor de las cuales no es una diferenciación social mucho más acusada en las ex-colonias de Nigeria y Ghana. Antes de la independencia, había en Ghana y en Nigeria una verdadera burguesía.

Cuando la Costa de Oro logró la independencia, en 1957, existía en Accra una sólida burguesía comercial y financiera cuya fortuna provenía del gran comercio de import-export y de la especulación en bienes raíces. La burguesía administrativa de Ghana proviene de ese medio que había permanecido unido a la burguesía de los plantadores.

La conservación y el refuerzo de esas clases sociales —entre otras cosas mediante la corrupción a través del sector estatal— es la causa interna principal de la caída de Nkrumah.¹²⁰

Esta causa es determinante. En efecto, si el golpe de estado militar realizado por instigación de la CIA triunfó, fue porque existían condiciones objetivas para su éxito.¹²¹

¹¹⁹ No vemos la posibilidad de un papel positivo para los ejércitos en África. A pesar de su «creciente formación» en la mayoría de los países africanos estos ejércitos están formados por militares que sirvieron a los colonialistas, inclusive en sus guerras coloniales; aquellos mantienen su influencia a través de la oficialidad y por la asistencia militar en asesores y equipos. (N. de la R.)

Estos desplazamientos de poder son reflejo de la lucha entre los distintos grupos monopolistas. (Ver N. de la R. N.º 108).

¹²⁰ El 2-2-1966.

¹²¹ La CIA no ha pensado jamás en la posibilidad de derrocar a Ho Chi Minh mediante un golpe de Estado.

Los servicios británicos, por su parte, según informes de buena fuente, preparaban un golpe de estado, lo que explica por lo demás el arresto de Amihya a su llegada a Accra, donde pretendía ser instigador del complot.¹²² El 5 de abril, un despacho de una agencia noticiosa anunciaba que los Estados Unidos harían entrega al nuevo gobierno de Ghana de más de 37 millones de francos en productos alimenticios, y que las $\frac{3}{4}$ partes de esta suma estarían destinadas a financiar proyectos de desarrollo.

Es preciso hacer recordar que la fluctuación de los precios del cacao —que representa el 62% de las exportaciones de Ghana— los cuales habían disminuido desde 1960,¹²³ sufrieron en enero una caída brusca en la Bolsa de Nueva York, lo que había provocado otra en la de Londres? En efecto, en enero, la fluctuación de los precios del cacao descendía de 22 centavos 15 la libra, a 20 centavos 11 la libra en Nueva York y de 174/6 a 163 en Londres. Por el contrario, en marzo, la fluctuación de los precios del cacao registró un alza importante: en el mercado de Nueva York, el cacao subía a 23.65 (centavos la libra) y en el de Londres a 204/6 (en chelines por CWT).

Desde un punto de vista estrictamente económico, lo que ha sido realizado por el régimen de Nkrumah está lejos de ser desdeñable. La tasa de crecimiento de las exportaciones de cacao y de café de Ghana era más rápida que la de Costa de Marfil.¹²⁴ Por otra parte, además de la construcción de la gran represa en el Volta, el régimen había creado numerosas fábricas¹²⁵ y realizó un gran esfuerzo por la escolarización. A pesar de la disminución de los términos del intercambio, en lo concerniente al cacao:

«...En el curso de los últimos diez años, Ghana ha llegado a financiar, prácticamente sin ayuda exterior, inversiones en masa, en

¹²² Amihya presidía en Londres, desde 1961, un «Consejo Revolucionario ghanés». «Después de su arresto, debía declarar que también él preparaba un complot y que cuando se había enterado de la toma del poder por el ejército, había creído que era su proyecto que había triunfado. Se trataba en realidad de una 'coincidencia'» explicó «Le Monde», 2 de marzo de 1966.

¹²³ Ghana, primer productor del mundo, produce el 30% de cacao mundial (cifras de 1963-1964).

¹²⁴ La renta anual per cápita de Ghana es la más elevada de África Occidental con 220 dólares.

¹²⁵ Más de una treintena, es decir, más que cualquier otro país de África Tropical.

particular de infraestructura, que ascendía de 55 millones de libras ghanesas en 1955 a 104 en 1961 (16% a 21% del rendimiento interno en bruto) lo que es único en África occidental. El desarrollo de la producción de cacao, que elevó el rendimiento por habitante en este país a 220 dólares (tres veces el promedio del Oeste) y permitió dotarlo de la mejor infraestructura en África Occidental (incluso quizás en toda el África Tropical) fue financiado casi completamente por el país, en particular por sus productores de cacao.»¹²⁶

En este esfuerzo de edificación, el régimen de Nkrumah estaba en desventaja respecto al plan exterior por el hecho de que su balance comercial dependía esencialmente del cacao, cuya fluctuación de precio disminuía:

En millones de libras ghanesas	1958	1959	1960	1961	1962	1963
IMPORTACIONES	84,6	113	129,6	142,7	119	130,4
EXPORTACIONES	104,5	113	115,9	115,9	115	108,8
BALANCE	+ 19,9	0	- 3,7	- 27,5	- 4	- 21,6

127

Las exportaciones se fundamentaban en:

Cacao	68.1 millones de libras inglesas, o sea, 62% (en 1963)
Maderas	13.1 " " " " " " " 12%
Oro	11.2 " " " " " " " 10%
Diamantes	3.3 " " " " " " " 3% aprox.
Mineral de manganeso	4 " " " " " " " 3.7% aprox.

Notemos, a este respecto, hasta qué punto la economía ghanesa continuaba dependiendo del mercado capitalista, tanto en las exportaciones como en las importaciones.

¹²⁶ Samir Amin, obra citada.

¹²⁷ «Ediafric», p. 399.

EXPORTACIONES

Clientes principales

	(millones de libras ghanesas)	%	(millones de libras ghanesas)	%
Reino Unido	36,1	31,4	30,7	28,2
EE. UU.	20,8	18,1	16,9	15,5
Alemania Federal	13	11,3	10,9	10
Países Bajos	11,4	10	10,7	9,8
Italia	5,5	4,8	7,5	6,9
URSS	4,8	4,2	7,3	6,7
Japón	2,4	2,1	3,7	3,4

	Valor (millones de libras ghanesas)	1962	Valor (millones de libras ghanesas)	1963
Reino Unido	40,33	33,9	42,83	33,6
Alemania Federal	7,01	6,4	13,37	10,2
EE. UU.	9,38	7,9	8,35	6,4
Países Bajos	9,29	7,8	8,07	6,4
Italia	8,62	7,3	8,06	6,2
Japón	7,74	6,5	8,05	6,2
URSS	1,82	1,5	3,26	2,5

La baja del precio del cacao, acentuada en 1965, debía hacer hipotética la realización del plan septenal (1963-1970). Gracias a un aumento considerable de la producción, el rendimiento ghanés obtenido del cacao permanece casi igual al de 1964, pero la balanza de pagos acusa un déficit de 70 millones de libras ghanesas.

A fin de intentar realizar los objetivos del plan, Nkrumah optó por dejar subsistir el déficit y reducir los precios pagados a los productores de cacao.

Ahora bien, los productores de cacao seguían siendo, en el mercado, la burguesía rural ligada a la burguesía mercantil, capa, ésta misma, descontenta con la extensión del sector estatal.

Estas medidas, teniendo en cuenta el mantenimiento de las relaciones de clase en Ghana, condujeron a una inflación de importancia y a un incremento del mercado negro y de la especulación. Tanto más así, cuanto que el sector estatal estaba él mismo corrompido. La Oficina Nacional de Comercio,¹²⁸ que tenía a su cargo el control de la importación de un importante número de productos, no aplicaba en modo alguno las limitaciones que el Gobierno intentaba imponer. Los precios no cesaban de elevarse.

Medir el grado de «socialización» de Ghana por la proporción de las nacionalizaciones efectuadas es poner el arado delante de los bueyes. Lo que resulta determinante en Ghana es que la burguesía ghanesa no estaba liquidada. Dentro del marco del Partido Único, donde de plano tendrán un peso importante, los burgueses ghaneses iban a seguir reforzando su poder económico a la vez que conservaban, gracias a su presencia, un poder político que Nkrumah tendía a restringirles sin decidirse, empero, a golpearlos. Varios intentos de asesinato dirigidos por estos elementos fracasaron, pero llevaron a Nkrumah a moverse cada vez menos fuera de Accra, a aislarse de las masas ghanesas.¹²⁹

A pesar de las protestas de Nkrumah a favor del «socialismo científico», la clase obrera no desempeñaba más que un papel de productor en la sociedad ghanesa. Dentro del marco de un partido de masas, los sindicatos no eran una correa de transmisión entre los trabajadores y el Partido. Los dirigentes de la central eran designados desde arriba, mientras que la burocracia de los sindicatos no era retribuida por las cotizaciones de los

¹²⁸ A pesar de la extensión del sector estatal, numerosas inversiones extranjeras eran realizadas en Ghana. Importantes sectores de la economía del país permanecían en manos de intereses privados nacionales. La conjunción político-económica entre el capital extranjero y los intereses privados locales no tardó en establecerse (o a veces continuaban manteniéndose desde la independencia). Por otra parte, el sector estatal mismo estaba muy ligado a la burguesía mercantil.

¹²⁹ En Ghana, para una población de 7.100.000 habitantes, del 15 al 20% están urbanizados. Los asalariados son unos 356.200 (1962). Sector público: 225.000; sector privado: 131.200.

La clase obrera propiamente dicha es numerosa: 168.500 (1963) de los que cerca de 100.000 corresponden a la industria. En el campo, hay cerca de 40.000 asalariados agrícolas.

obreros, sino por la Presidencia. Los responsables de la base, hasta 1964, ni siquiera eran electos por los sindicalizados. Después lo fueron, pero chocaron con los responsables designados, sobre los cuales no tenían poder alguno.

El campesinado no había sido movilizado tampoco y conservaba estructuras heredadas del pasado.¹³⁰ En fin, la burguesía administrativa, hasta en los alrededores inmediatos de Nkrumah, ofrecía el espectáculo del lujo y la corrupción. El divorcio entre el poder y las masas era total, pues, en la práctica, la lucha de clases había sido escamoteada por Nkrumah. Este cultivaba la idea de que el «socialismo» podía nacer sin mutación violenta, sin partido de vanguardia (lo que jamás intentó llegar a ser el CCP), sin papel particular asignado a la clase obrera y al campesinado pobre, sin liquidación radical del poder económico y político de la burguesía.

El aparato estatal, en lo esencial, seguía siendo el legado por el colonialismo, atestado de elementos proimperialistas. El ejército, largamente constituido por oficiales británicos —hasta 1962—, así como la policía —a pesar de ciertas depuraciones—, seguían estando en manos de elementos reaccionarios. Si se constituyeron milicias populares a fines de 1965 fue a fin de que sirvieran de unidades de voluntarios para combatir a Rhodesia, y no para servir de contrapeso a las fuerzas reaccionarias que se habían organizado a la sombra del poder de Nkrumah. El CCP, partido único y partido de masas, agrupaba a los elementos más heterogéneos, si no a los más hostiles. El ala izquierda del Partido, agrupaba en torno al semanario «Spark»,¹³¹ era minoritaria y sobre todo no disponía de vínculos organizativos con las masas. Se trataba de un órgano de lucha al nivel de los aparatos. En este combate, el ala izquierda ghanesa no podía sino ser vencida. Por otra parte, este órgano, aun en el plano del pensamiento teórico, manifestaba con frecuencia un afán oportunista de complacer a Nkrumah halagando sus confusas inclinaciones de «teórico».¹³²

Sin duda, Nkrumah era un dirigente de un nivel muy superior al de la mayoría de los otros dirigentes africanos. Había intentado cristalizar

¹³⁰ El éxodo rural había llevado a Accra numerosos campesinos que constituían en la misma un lumpen-proletariado numeroso que el régimen no trata de movilizar y emplear. Es este lumpen-proletariado y los «mummies» quienes han originado las manifestaciones de apoyo al nuevo régimen.

¹³¹ Que publicaba una edición francesa: «L'étincelle».

¹³² Cf. El concienzismo. Payot.

dos ideas-fuerza: la de la necesidad del desarrollo acelerado mediante un proceso revolucionario y la del panafricanismo concebido como agrupación coherente que podría permitir al África reforzar su independencia. Su ayuda a los movimientos de liberación nacional —incluida la ayuda a partidos que luchaban contra estados africanos neocoloniales— era real.

Si resulta aparente que el carácter paranoide de su temperamento lo había llevado a rodearse más bien de ejecutantes que de colaboradores, no opinaremos en cambio igual que la Prensa que pretende que Nkrumah fue eliminado porque había privado al país de libertad.

De hecho, fue por haber dejado demasiada libertad a la burguesía¹³³ que Nkrumah preparó él mismo su caída. Hubiera sido preciso depurar el aparato estatal, formar un partido de vanguardia, dar una autonomía a los sindicatos a fin de que se convirtiesen en la expresión auténtica de las aspiraciones de la clase obrera, movilizar al campesinado, formar cuadros políticos. En una palabra, democratizar el régimen permitiendo a los trabajadores expresarse por medio de sus propias organizaciones, y liquidando al mismo tiempo por etapas el poder económico y, sobre todo, político de la burguesía ghanesa.

Sin la creación de organizaciones democráticas, a través del Partido, de los sindicatos, y sin la reconstrucción de un aparato estatal que reflejara las opciones revolucionarias, era de hecho la burguesía ghanesa la clase en el poder y la clase ascendente en el proceso general de la relación de clases desde la independencia. Resultaba inevitable que la burguesía ghanesa intentara desembarazarse de Nkrumah en la medida en que éste no favoreciese el liberalismo económico. No habiendo sabido —o querido— movilizar a las masas, Nkrumah no encontró para sostenerse sino su guardia pretoriana, la única categoría organizada de la población que tenía todas las de perder con un cambio de régimen.

La eliminación de Nkrumah comporta una importante lección y contribuye al esclarecimiento —por provechosa para el imperialismo que sea su caída: no se podrían modificar las estructuras económicas de un estado y reforzar la independencia nacional sin luchar concretamente por liquidar las clases

¹³³. No sólo le chupaba el capital extranjero productos considerables, sino que importantes beneficios industriales y comerciales eran realizados por capitalistas locales.

objetivamente ligadas al imperialismo y dadas a mantener las relaciones sociales que constituyen la base de sus privilegios.

En los países antiguamente coloniales, el de Nkrumah no es un caso aislado. Son numerosos los dirigentes que, basándose en un antimperialismo más o menos afianzado en el dominio de la política exterior, siguen siendo de hecho, a pesar de sus declaraciones a favor de las masas populares, los representantes de estados cuya naturaleza de clase continúa siendo la expresión de clases conservadoras. Ese era el caso de Sukarno, por ejemplo.

En un país subdesarrollado, este fenómeno no tiene siempre el mismo contenido aparente, ni se desarrolla conforme a un proceso único.

Ocurre a veces que la clase social que, a raíz de la lucha de liberación nacional, podía asegurarse el predominio, no puede de manera efectiva, en un primer momento, dominar el país, teniendo en cuenta las reivindicaciones de los trabajadores movilizados por la lucha. Busca entonces al «hombre providencial» que se sabe que no irá lejos, pero que puede mistificar a las masas durante el tiempo necesario para el afianzamiento de la futura clase dirigente.¹³⁴ Algunas veces, las contradicciones en el seno de la pequeña burguesía son tales que el poder ejecutivo queda al arbitrio de esas diversas fracciones de la pequeña burguesía, en tanto que busca la manera de afianzar su propio poder creando para sí nuevos sostenes entre otras clases, con ayuda de reformas parciales.¹³⁵ En sociedades económicamente más evolucionadas, el dirigente nacionalista puede liquidar a una parte considerable de la burguesía en provecho de la pequeña burguesía administrativa, a la vez que se esfuerza por ganar con ello a la clase obrera en favor del régimen (manteniéndola, no obstante, dentro de una ideología reformista) y se apoya en una fracción del campesinado.¹³⁶ Otras veces, el dirigente se contenta con neutralizar a fuerzas antagónicas lo bastante conscientes como para organizarse ellas mismas, pero cuya contradictorias coexistencias no reposan más que sobre la presencia del dirigente, el cual extrae de ellas su justificación.¹³⁷

Existen, ciertamente, diferencias. Desde un punto de vista objetivo, las relaciones de clases preexistentes pueden verse más o menos modificadas durante

¹³⁴ Tal fue el caso de Nehru, por ejemplo, después de la independencia de la Unión hindú.

¹³⁵ Tal era el caso de Ben Bella.

¹³⁶ Tal es el caso de Nasser.

¹³⁷ Tal era el caso de Sukarno.

el régimen. Pero nunca lo son de manera radical. Desde un punto de vista subjetivo, ciertos dirigentes pueden ser nacionalistas honestos, deseosos de reforzar la independencia nacional (Nasser), o maniobristas que, ante todo, no quieren zanjar una situación a riesgo de poner en peligro su poder (Ben Bella). En fin, canallas conscientes de que su existencia depende del *statu quo* (Sukarno). Estos diversos elementos pueden, evidentemente, coexistir en el mismo individuo.

Pero lo que resulta ser decisivo, cuando la situación ha cristalizado un poco, es determinar, detrás de la aparente colaboración de clases que personifica el dirigente, de qué clase social es éste, en definitiva, expresión o instrumento de modo objetivo.

Una de las características comunes a estos dirigentes es que niegan, al menos con referencia a su propia realidad nacional, la existencia de la lucha de clases o se contentan con denunciar a la burguesía desde el ángulo moral de la corrupción. Ahora bien, tras la mampara que resulta ser el dirigente —cualquiera que sea, en el mejor de los casos, su buena voluntad o su sinceridad—, se ha afianzado y reforzado rápidamente una clase dirigente a la que más bien no sirven ya los equívocos sociales creados por el dirigente.¹³⁸ En lo sucesivo, sólo puede administrar una sociedad desmovilizada por promesas nunca cumplidas y por un partido de masas en manos de los elementos conservadores. La caída de Nkrumah y de Sukarno no tiene otra explicación. La participación de los servicios secretos extranjeros no es más que el empujón que se da a un edificio ya minado en todos sentidos desde su interior.

DEMOCRACIA NACIONAL

La eliminación de Nkrumah, la supresión de Sukarno —el fracaso de sus experiencias—, llevan a examinar lo que se denomina «democracia nacional».¹³⁹ Ha podido leerse, al comienzo del artículo, la definición general

¹³⁸ Tal no es el caso de Argelia, o al menos todavía.

¹³⁹ Esta definición fue formulada en 1960 en Moscú, en la Conferencia de los 81 partidos. Que sepamos, tres artículos han sido consagrados a esta definición: B. Ponomarev: *A propósito del Estado de democracia nacional*. («Cahiers du Communisme», noviembre de 1961).

A. Sobolev: *La democracia nacional, instrumento del progreso social* («Nouvelle Revue Internationale», febrero de 1962).

J. Chesneaux: ¿Qué es la democracia nacional? («La Pensée», N° 118, diciembre de 1964).

de la «Democracia nacional» formulada por la Declaración de los 81 partidos comunistas en 1960 en Moscú.

¿Cuáles son, según nuestros tres autores —cuyas concepciones, por lo demás, son sensiblemente diferentes—, los rasgos característicos de la democracia nacional?

Según J. Chesneaux:

- 1) «La democracia nacional se define, pues, ante todo, por la unidad de la lucha antimperialista y de la lucha antifeudal, de la lucha por la independencia nacional y de la lucha por la democracia.»¹⁴⁰
- 2) «La 'democracia nacional' es una vía, un proceso, y no una categoría fija y estática.»
- 3) «La democracia nacional es inseparable de la lucha en el mundo por la coexistencia pacífica.»
- 4) «La formación de un estado de democracia nacional culmina el proceso de consolidación de las naciones en Asia y en África.»¹⁴¹

Los Estados en marcha hacia la «democracia social» se caracterizan por la importancia del sector público (industria, comercio, banca).

ESTE SECTOR:

«tiene un contenido de lucha, a la vez, contra los monopolios extranjeros, cuya libertad de acción contribuye a reducir, y respecto de los intereses privados locales (compradores sobre todo), que no sueñan sino con beneficios capitalistas inmediatos y son incapaces de asegurar el verdadero desarrollo económico de estas jóvenes naciones. Este sector público tiene, pues, un papel enteramente central, en relación con los objetivos esenciales de la 'democracia nacional': frena la actividad de los monopolios y el desarrollo del capitalismo local simultáneamente, es decir, que consolida a la vez la democracia y la independencia nacional.»

¹⁴⁰ Subrayado por J. Chesneaux.

¹⁴¹ A este respecto J. Chesneaux señala:

«En estos países, la democracia de masa se limita a problemas específicos que no son los mismos que en la democracia burguesa: por ejemplo, los riesgos de burocratización, el peligro de que el poder sea acaparado por la nueva burocracia cuyos miembros no buscan otra cosa que enriquecerse sin preocuparse por el interés general. El propio desarrollo del sector público da a esta cuestión una importancia completamente particular.» Desgraciadamente, el análisis no ha sido llevado más adelante.

Los Estados que parecen entrar en esta categoría de "democracia nacional", o que parecen dirigirse a ella, serían: Indonesia, Ghana, Malí, Guinea, Egipto, Argelia, Birmania, Ceilán.

Luego J. Chesneaux plantea la cuestión esencial:

«¿Cuál es la base clasista de la democracia nacional y cuál es su expresión política?»

Y cita el artículo de Sobolev en que éste trata de caracterizar la naturaleza de clases de la democracia nacional:¹⁴²

«El carácter específico y transitorio del estado de democracia nacional se deberá al hecho de que no sea éste el estado de una clase, ni aun el de dos clases: los obreros y los campesinos; tampoco será la dictadura de una o de dos clases. Será un estado que encarne los intereses de toda la parte patriótica de la nación, la cual habrá de reprimir a las clases reaccionarias derrocadas. La dirección política de la vida de la sociedad será ejercida por el conjunto de las clases patrióticas, por el bloque de los partidos democráticos, y no por una clase o por un partido; pero, además, las relaciones que se establecerán entre las clases democráticas en el poder, victoriosas sobre la reacción y agrupadas en el seno de un frente nacional, significarán a la vez una alianza duradera¹⁴³

¹⁴² «Esta cuestión es fundamental desde el punto de vista de la teoría marxista. Eludiría es evidentemente alimentar las campañas dogmáticas y sectarias contra el concepto mismo de democracia nacional, es dejarse ir una tendencia oportunista. Una forma de Estado debe poder definirse por su base de clase, ya sea la democracia burguesa, la democracia socialista o la democracia nacional. Los comentarios presentados por Boris Ponomarev en torno al concepto de democracia nacional evitaban, empero, abordar esta cuestión de manera explícita; decía solamente: 'lo esencial es buscar, teniendo en cuenta rasgos específicos de la vida económica, política y cultural de cada pueblo, las formas más apropiadas de unión de todas las fuerzas sanas de la nación en la lucha por extirpar las raíces del imperialismo y las supervivencias del feudalismo, para progresar por la vía del socialismo'. Está claro que para definir la democracia nacional hay que hacerlo en relación con las realidades de clase, y que la expresión 'las fuerzas sanas de la nación' es por mucho demasiado vaga. Pero ello no equivale a decir que haya que intentar dar esas realidades de clase en una formulación tan rigurosa como la que se da de las bases de clase de la democracia burguesa y de la democracia socialista. En la medida en que la democracia nacional es una vía, un proceso, su base de clase es mucho más móvil y diversa que las de esas otras dos formaciones sociopolíticas.» Artículo citado, p. 9.

¹⁴³ Soy yo, G. C., quien subraya.

de esas clases y una lucha entre ellas con vistas a asegurar mejor la prosperidad del país.

«Esta lucha, llevada a cabo dentro del marco de una alianza, tendrá como fin el hacer fracasar las tentativas de toda clase que trate de hacer triunfar sus intereses particulares¹⁴⁴ en detrimento de los intereses de la nación, de reforzar la unidad de la nación, de asegurar el progreso social en todos los dominios. En el curso de esta lucha, la situación de las diversas clases, su papel social, se modificará.»¹⁴⁵

El estado de «democracia nacional», pues no es el estado de una clase,¹⁴⁶ sino un estado que encarna

«los intereses de toda la parte patriótica de la nación».

«Las relaciones que se establecerán entre las clases democráticas en el poder,¹⁴⁷ victoriosas sobre la reacción y agrupadas en el seno de un frente nacional, significarán, a la vez, una alianza duradera de estas clases y una lucha entre ellas con vistas a asegurar mejor la prosperidad del país.»

¿Por qué iba a haber alianza entre estas clases? ¿Tendría, pues, la burguesía llamada nacional, una vez obtenida la independencia, los mismos intereses que la clase obrera o el campesinado pobre? ¿Por qué iba esta burguesía a ser realmente antimperialista? ¿Puede ésta sólo desarrollarse sin el imperialismo mediante el comercio, si es una burguesía mercantil, o mediante la corrupción que propicia el imperialismo con «la ayuda financiera y económica», si es una burguesía burocrática? Se trataría de una república de boy-scouts, en que las clases entablarían «una lucha entre ellas con vistas a asegurar mejor la prosperidad del país». Bonita emulación, en que las clases no chocarían sino para servir mejor a la prosperidad nacional.

De hecho, el concepto ilusorio de «democracia nacional» se nutre de la creencia en que el frente unido antimperialista de la lucha de liberación nacional pueda mantenerse prácticamente intacto después de la independencia. No sólo no pueden ser antimperialistas todas las clases que componen la nación (exceptuados los compradores y los señores feudales), sino que este antimperialismo es evocado como una abstracción. En la prác-

¹⁴⁴ En otros términos, la lucha de clases consistiría en frenar la lucha de clases.

¹⁴⁵ Sobolev, artículo citado, p. 42.

¹⁴⁶ Se trata de una interesante y fructífera revisión de la teoría marxista. Sin duda es el Estado del pueblo entero (incluso la burguesía «nacional»).

¹⁴⁷ Sería como para impacientarse por tener una definición de este nuevo concepto.

tica, el imperialismo sigue estando presente y conserva lazos estrechos con la burguesía mercantil que de él depende. La lucha de clases, que se quiere ver proyectada hacia el exterior como una lucha nacional —de todas las clases— contra el imperialismo, se sigue desarrollando en el interior. No es escamoteando la lucha de clases ante los ojos de las masas como se puede impedir a la burguesía que la practique diariamente. Esa es la lección de Ghana y de Indonesia. La experiencia demuestra que la revolución en un país subdesarrollado no puede ser hecha sino por elementos de vanguardia (salidos la mayoría de las veces de la pequeña burguesía) ligados a las masas populares —y en primer término al campesinado pobre y a la clase obrera— contra el imperialismo y sus apéndices, de los que forma parte la burguesía nacional. Si esta eliminación no se efectúa, la realidad del poder acaba siendo detentada económica y políticamente por la burguesía, que el imperialismo ayuda a afianzarse. No hay frente unido que no acabe por tener una dirección de clase —si es que ésta no ha aparecido desde el principio. Si los elementos revolucionarios creen poder coexistir con la burguesía sin tener que prepararse para soportar sus golpes, so pretexto de que el dirigente los pone a cubierto, no dependen ya más que del mantenimiento de un hombre en el poder.

En realidad, las relaciones de fuerza entre las clases después de la independencia no se quedan estáticas.¹⁴⁸ Y no pueden hacerlo. El imperialismo y las clases locales que están ligadas o que se ligan a él tienden a modificarlas sin cesar en provecho propio. El *statu quo* para elementos revolucionarios, la mistificación de la colaboración de clase con elementos que son o que devienen reaccionarios, es una tregua de corta duración. El proceso de la «democracia nacional» es el afianzamiento de los elementos burgueses en detrimento de los trabajadores.

De hecho, y esto se confirma en lo adelante por la práctica, el concepto «democracia nacional» es una mistificación que, utilizada en un plano puramente abstracto, introduce la confusión y la desmovilización entre los militantes revolucionarios, pero que acaba de mostrarse, por su aplicación

¹⁴⁸ A pesar de las particularidades debidas a las condiciones específicas, lo que caracteriza los fracasos actuales de las revoluciones o de los elementos revolucionarios es la incompreensión de los límites del frente único antimperialista, por la incapacidad de explotar las contradicciones sociales entre burguesía «nacional» o administrativa por una parte, y proletariado y campesinado pobre por la otra.

oportunista, como un concepto suicida que varios cientos de miles de comunistas acaban de pagar con su vida en Indonesia.¹⁴⁹

Si los regímenes de «democracia nacional»¹⁵⁰ de Indonesia y de Ghana eran asimismo, expresión de los trabajadores, ¿cómo se explica que esos trabajadores no hayan defendido su estado? ¿El hecho de que el imperialismo pueda recurrir a la técnica del golpe de estado, no prueba acaso que fuerzas sociales hostiles a las decisiones revolucionarias seguían conservando un poder económico y político considerable en sus manos?

Si esos regímenes eran regímenes de «democracia nacional», ¿no ha probado sus insuficiencias esta fórmula? El hecho de quedarse a mitad de camino entre el colonialismo y la independencia real, de seguir dejando, durante un período prolongado, que se desarrollen hasta en el aparato estatal y en el Partido elementos reaccionarios, ¿es acaso deseable?

Hoy más que nunca, en Africa, se trata de escoger sin confusión entre partido único, democracia nacional o partido de vanguardia. Sólo esta última solución puede conducir, a su debido plazo, a un cambio cualitativo de la situación.

Corresponde a los militantes africanos obrar en aras de la constitución de esas vanguardias. Esta tarea requiere la formación de cuadros que tengan una concepción teórica clara del proceso de lucha que ha de emprenderse.

No podría ser cuestión de «seguidismo» desde un punto de vista teórico —y práctico. Los militantes africanos no tienen que ser los brujos de nadie. No basta con decir que hay que apoyarse en el proletariado y en el campesinado; hay además que determinar cuál es la estructura exacta de ese campesinado, cuáles capas, en las condiciones concretas de una situación concreta, pueden ser movilizadas. Con demasiada frecuencia sucede que los intelect-

¹⁴⁹ «La formación de un Estado de democracia nacional consolida el proceso de consolidación de las naciones en Asia y en Africa.» Chesneaux.

En Africa, en Ghana, en Malí, en Guinea, hay Estados, no naciones. Esas naciones se constituirán en el porvenir en una escala regional más vasta. La «democracia nacional» se aplica aquí tanto menos cuanto que no hay nación.

El concepto «democracia nacional» es una teoría oportunista surgida del de «coexistencia pacífica», y tendiente a hacer coexistir en un mismo país a clases antagónicas.

¹⁵⁰ Sería deseable que este concepto, después de un análisis serio de los recientes acontecimientos, fuera rechazado. Sin embargo, permanece todavía de moda. Cf. *Estructura de clase en Africa Tropical*. Thierno Amath, p. 57. «Nouvelle Revue Internationale», febrero de 1966.

tuales revolucionarios, separados de su realidad nacional, tienen un atraso considerable respecto a los elementos conservadores, los cuales tienen la ventaja de conocer —porque las viven y las explotan— las condiciones reales de su sociedad. Una estrategia correcta no puede tener otro punto de partida que no sea el estudio concreto y profundo de cada caso específico.

Es sobre el terreno —y mediante el empleo de las lenguas locales como pueden permitir las investigaciones determinar cuáles son los sectores sensibilizados y más particularmente movilizables de la población. El estudio más profundo tiene que ver, evidentemente, con los diferentes sectores del campesinado. En fin, se trata de que los elementos revolucionarios se inserten en su propia realidad nacional o, si ya lo están, de que se agrupen. Esta inserción pasa, sin duda alguna, en la mayoría de los países, por los sindicatos. Las contradicciones comienzan a agudizarse en los países del occidente africano después de seis años de independencia formal. La corrupción, la incapacidad, son percibidas cada vez más ampliamente, no sólo por las masas urbanas, sino también, poco a poco, por sectores importantes del campesinado.

Los elementos más radicales de la pequeña burguesía pueden emerger de las dirigencias revolucionarias que hayan sabido aliarse, a través de los cuadros sindicales, a la clase obrera, la cual arrastrará tras de sí, a su vez, al lumpenproletariado de los centros urbanos a fin de derrocar un régimen desacreditado. La existencia de semejante movimiento seguirá siendo precaria, en tanto que las capas burguesas de la administración y del comercio no hayan sido liquidadas políticamente y que el campesinado no sea movilizado.

Se hace también evidente que las posibilidades de éxito duradero de semejante movimiento están ligadas a una estrategia en escala que sobrepasa a los estados actualmente balcanizados del occidente africano.

Es por medio de esta lucha en extremo difícil, que los militantes africanos sabrán reconquistar su dignidad, hoy escarnecida —aunque no sea más que solapadamente. A más de sus tareas políticas, sociales y económicas, también se aplicarán a esto las vanguardias revolucionarias con cuyos embriones ya cuenta el Africa.

«Partisans», No. 30, junio de 1966.



MOVIMIENTOS DE LIBERACION NACIONAL

País	Estatuto Político	Partidos	Dirigentes
Angola	Provincia portuguesa	MPLA-Movimiento Popular de Liberación de Angola	Agostino Neto
		FNLA-Frente Nacional de Liberación de Angola	Holden Roberto
Lesotho Bechuanalandia	Protectorado británico	Partido del Congreso de Basutolandia ¹	Ntsu Mokhele
Bechuanalandia	Protectorado británico		
Comores	Territorio de Ultramar		
Fernando Pó	Colonia española		
Guinea llamada portuguesa y Cabo Verde	Provincias portuguesas	PAIGG-Partido Africano de la Independencia de Guinea y Cabo Verde ²	Amílcar Cabral
Ifni	Enclave española en Marruecos		
Mozambique	Provincia portuguesa	FRELIMO-Frente de Liberación de Mozambique	Eduardo Mondlane
		COREMO-Comité Revolucionario de Mozambique	J. C. Gwambe
Zimbabwe (Rhodesia)	Estado racista	ZAPU-Zimbabwe African People's Union	Joshua Nkomo Paul Verges

Notas sobre Africa

MOVIMIENTOS DE LIBERACION NACIONAL

Senegal	Partido Africano de Independencia (PAI) Majhemout Diop
Niger	Partido Sawaba Djibo Bakary
Camerún	Unión de las Poblaciones de Camerún (UPC) Crisis de dirección
Congo-(Kinshasa)	Consejo Supremo de la Revolución (Salido del CNL: Consejo Nacional de Liberación).

¹ Existe también un Partido Comunista Lesotho (Basutolandia). Secretario General: John Motlohegoa.

² También un partido fantoche con sede en Dakar: el FLING.

País	Estatuto Político	Partidos	Dírigentes
Reunión	Departamento de Ultramar		
Sahara español	Colonia española		
Sao Tomé y Príncipe	Provincia portuguesa	CLSTP-Comité de Liberación de Sao Tomé y Príncipe	Thomas Medeiros
Seychelles (Islas)	Colonia británica		
Somalia francesa	Territorio de Ultramar		
Sur Oeste Africano	Bajo mandato de Africa del Sur	SWAPO-South West African People Organisation	Hassan Gouled John Nauku
Swazilandia	Bajo comisión británica		
Unión Sud-africana	Estado racista	ANC-African National Congress PAC-Pan African Congress ³	Albert Luthuli Robert Sobukwe

Los Sindicatos Africanos

Hay dos centrales interafricanas

1) La Unión Sindical Panafricana (USPA), que mantiene relaciones cordiales con la FSM. Fundada en mayo de 1961 en Casablanca, cuenta con unos cuatro millones de miembros.

Presidente: Mahjoub Ben Seddik (Marruecos).

Secretario General: John K. Tettegah (Ghana).

2) La Confederación Sindical Africana (CSA), fuertemente sometida a la influencia de la GIOSL (Confederación Internacional de los Sindicatos Libres). Fundada en enero de 1962 en Dakar, cuenta con unos 700,000 miembros.

³ También un Partido Comunista de Africa del Sur. Publica la revista teórica «The African Communist».

RELACION DE LOS SINDICATOS QUE CUENTAN CON UN NUMERO DE MIEMBROS SUPERIOR A 100,000

País	Organizaciones sindicales afiliadas a la USPA	Número de Miembros	Secretario General o Responsable Confederal	Organizaciones sindicales afiliadas a la C.S.A.	Número de Miembros
Argelia	Unión General de los Trabajadores Argelinos (UGTA)	300,000	Oumeziane	Unión General de los Trabajadores de Costa de Marfil	150,000
Ghana	Trade Union Congress (TUC)	500,000	Kwaw Ampah	Trade Unions Council of South Africa	180,000
Guinea	Confederación Nacional de los Trabajadores de Guinea (CNTG)	200,000	Mamadi Kaba	Unión General Tunecina del Trabajo	200,000
Marruecos	Unión Marroquí del Trabajo (UMT)	700,000	Mahjoub Ben Seddik		
República Sudafricana	Federation of Sudanese Trade Unions	300,000			
Túnez	National of Tanganyika workers	300,000	Michel Kamaliza		
Sudán					
Tanzania (Tanganica)					

EL MERCADO AFRICANO (ZONA DEL FRANCO EXCEPTO A MARRUECOS, ARGELIA, TUNEZ, MAURITANIA Y GUINEA).

	Importaciones	Procedentes de Francia	%	Exportaciones	Compradas por Francia
Senegal	38,526	24,320	63,1	27,279	23,344
Mali	8,454	2,836	33,5	3,345	648
Costa de Marfil	41,908	27,122	64,6	56,958	26,615
Alto Volta	9,152	4,448.8	48,6	2,300	610
Togo	7,167	2,397	33,4	4,508.7	2,332.1
Dahomey	7,685	5,038	65,6	3,047	2,255
Niger	5,975	3,055	51	4,864	3,437
Camerún (oro)	26,726	15,228	57	29,117	16,235
Gabón	11,875.8	7,093.5	60	18,023	9,247
Congo-Brazzaville	15,269.1	9,271.9	60.7	10,356	1,763.2
Rep. de Africa Central	6,514.6	3,929.3	60.3	5,430.3	2,553
Tchad	7,167.1	3,804.3	53.1	25,605	3,092
Madagascar	31,485	23,335	74.1	20,261.5	10,596.8

Se advierte, por un lado, el déficit de la balanza comercial de la mayoría de los estados (con excepción de Costa de Marfil, Camerún y Gabón), y, por otra parte, la fuerte dependencia respecto al mercado francés.

EL FONDO DE AYUDA Y COOPERACION (FAC)

Los créditos de Ayuda y Cooperación votados por el Parlamento están inscritos en el presupuesto del Ministerio de Cooperación, girados a una cuenta llamada Fondo de Ayuda y Cooperación (FAC) que reagrupa en esa forma la casi totalidad de los fondos de subvenciones destinados al funcionamiento de la ayuda a los países africanos.

AYUDA DEL F. A. C.

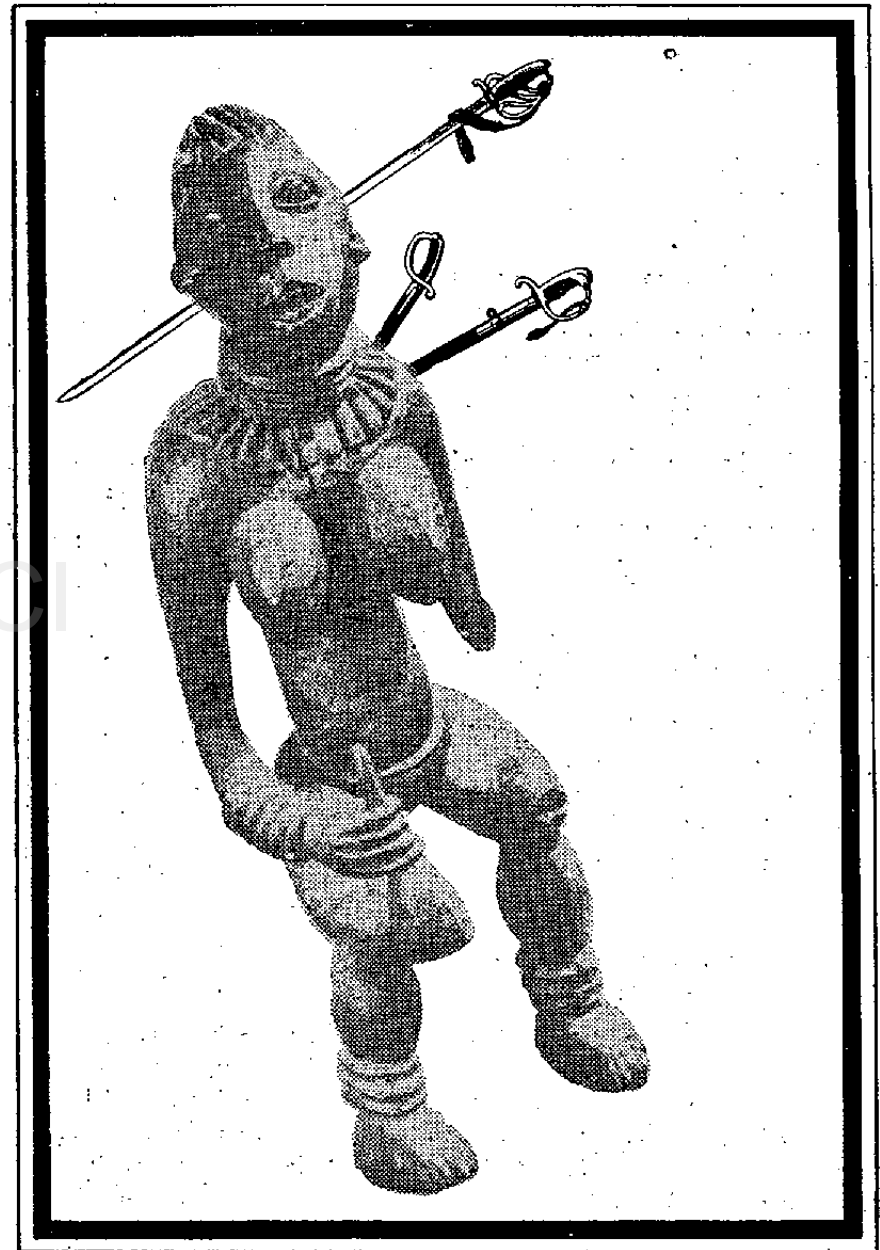
Desde su origen (1959 hasta enero 1/65)	Millones de francos corrientes
Camerún	228.2
República de Africa Central	125.2
Congo-Brazzaville	160.3
Costa de Marfil	261.9
Dahomey	203.5
Gabón	122.6
Alto - Volta	135.4
Madagascar	374
Mali	123.2
Niger	155.3
Senegal	238
Tchad	144.1
T o g o	58.4

Gastos llamados de «soberanía francesa»

«Los gastos militares para los estados africanos y malgache eran de 760 millones de francos en 1962, a los cuales se añadían más de 110 millones girados por Francia por concepto de contribución a los ejércitos nacionales de dichos estados. Esta suma es superior a la totalidad de la ayuda económica y social concedida el mismo año por intermedio del FAC para esos mismos estados».¹

¹ Informe Seannaney.
Las bases francesas de Dakar, Fort-Lamy (Tchad) y Diego Suárez (Madagascar) están encargadas de servir de trampolín a la «Fuerza de Intervención» aerotransportada estacionada en Pau (Francia).

	En millones de francos	
	1962	1963
Gastos militares franceses en los Estados africanos y malgache	760	673
Contribución francesa en los gastos de los ejércitos nacionales de estos estados	110	79
Gastos civiles franceses en estos países	245	272



La metodología del Marxismo en el pensamiento de Gramsci

CESARE LUPORINI

Este título —«La metodología del marxismo en el pensamiento de Gramsci»— podría dar lugar a un equívoco que es necesario eliminar de inmediato. Podría llevar a atribuirnos el propósito de reconstruir lo que es esencial, filosóficamente, en el pensamiento de Gramsci, como un esfuerzo por comprender e interpretar el marxismo como si fuera una pura o mera metodología (quedando por determinar cuál sería el objeto de esta metodología).

Intentos parecidos, respecto al marxismo, se hicieron, como es notorio, hace tiempo, y tienen toda una historia que no es la ocasión propicia



para juzgar y mucho menos para liquidar en bloque y en abstracto, es decir, independientemente del contexto de los problemas y de las reglas teóricas y de las concretas situaciones culturales en las que se origina-

ron. Se trata, aparentemente, de una vieja cuestión, y habrá quien no dejará de recordar cómo Croce, en sus escritos de fin de siglo acerca del marxismo, negará sin más, que el marxismo, o más exactamente, el «materialismo histórico» (con cuya indicación se apuntaba entonces a comprender toda la doctrina) pueda considerarse un «método», mientras que le negaba también el carácter de «teoría», reduciéndolo finalmente a un empírico «canon de interpretación histórica». ¹ Aquí, al historiador de las ideas le interesa sobre todo la convergencia de las negaciones, que aparecen como síntoma de una peculiar actitud de un pensamiento en formación. Más tarde, en efecto, Croce identificará la «teoría», mejor dicho, la filosofía (toda la filosofía, es decir, su filosofía) con la «metodología de la historia». Esa degradación del marxismo, de «método» a «canon», implicaba, a **fortiori**, también la negación (contra Labriola, con quien Croce sostenía una discusión) de que el marxismo fuera una «filosofía», o sea, una autónoma concepción de la realidad. ²

En el clima filosófico actual la palabra «metodología» se presenta cargada de nuevas sugerencias y determinadas referencias a doctrinas y tendencias filosóficas que no estaban muy desarrolladas en los años de

Gramsci, y por lo tanto, entonces, inoperantes en Italia. Se trata de intereses surgidos en un terreno diverso al de la investigación histórica y las ciencias humanas (política, economía, sociología, psicología, etc.) aunque estos intereses, hoy, tratan de alguna manera de asumirlas; precisamente en el ámbito de las investigaciones de carácter lógico y «lingüístico» en torno a las estructuras íntimas y a los procedimientos de las ciencias matemáticas y físicas. Tales investigaciones parecieran comportar una actitud mental diametralmente opuesta a lo recién señalado, en el Croce de la madurez, en quien toda la filosofía se resuelve en una **única** metodología (la metodología, al menos que nos interesa, del conocimiento de lo concreto, o sea, de la «historia»). Si estas tendencias filosóficas quedaron, en lo que entonces eran sus comienzos (y con más exactitud deberíamos decir: en lo que fue su primera fase de desarrollo), desconocidas para Gramsci, sería equívocado, creo, considerarlas como extrañas, de manera radical, a su mentalidad. En efecto, los **Quaderni del carcere** se nos presentan muy ricos en observaciones, principios, creencias, sugerencias críticas particu-

¹ Benedetto Croce, *Materialismo storico ed economia marxistica*, Bari, 1927 [cf. particularmente, pp. XI, 9, 13, 15, 79, 86, 111].

² Croce, ob. cit., p. 90.

lares de carácter «metodológico», referentes a sectores o campos determinados de la investigación científica (aunque no directamente concernientes a las ciencias matemáticas y físicas, de las que Gramsci no tenía experiencia), y pertenece a él la afirmación de que «cada investigación tiene su método determinado y construye una determinada ciencia».³ Someter estos postulados gramscianos a un estudio y a un desarrollo sería, sin duda, algo realmente alentador —y quiero agregar, además, que deberían estar de acuerdo con ese clima filosófico actual en el cual respiran también en nuestro país, buena parte de las jóvenes generaciones especialistas en filosofía—. Indudablemente, esos principios señalan algunos de los intereses más originales de Gramsci.⁴ Ellos, sin embargo, no son separables —si queremos entenderlos en su total dimensión, si no queremos cometer un atropello intelectual— de la metodología del marxismo tal como vive y actúa en Gramsci: es decir, del procedimiento efectivo mediante el cual él elabora los problemas concretos que lo preocupan. Destacar esta efectiva metodología, implícita o explícita, es la tarea primera; y esto es lo que queremos esclarecer.

Ahora bien, justamente en este punto podría surgir el equívoco al que

me refería anteriormente. Es conveniente, por lo tanto, declarar de inmediato que el marxismo no es para Gramsci solamente un «método», sino que es una filosofía, en cuanto es una integral y «general» concepción de la realidad o, como él acostumbra a decir, siguiendo las huellas de Labriola, es una «concepción del mundo».⁵ En el pensamiento de Gramsci el momento metódico (que se refiere al conocer y al actuar práctico) y el momento de la «concepción del mundo» se condicionan y prueban recíprocamente, y no son separables sin que se produzca una grave deformación. No se trata solamente de la prueba —ya que ésta podríamos obtenerla con sólo citar numerosos párrafos—, sino del nexo profundo, orgánico, de su pensamiento.

Quisiera aquí llamar la atención, por un momento, sobre un punto que, al menos para los filósofos «especialistas», pero quizás no sólo para ellos,

³ Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1958, p. 140. El párrafo es citado de manera particular por Ludovico Geymonat en el ensayo «Caratteri e problemi della nuova metodologia», en *Saggi di filosofia neorazionalista*, Turín, 1953, pp. 73-74.

⁴ Me refiero particularmente a las reflexiones y observaciones de Gramsci en torno a los problemas del lenguaje y de los lenguajes (técnicos, específicos, etc.).

⁵ Cf. A. Labriola, *Discorrendo di socialismo e di filosofia*, Bari, 1944, p. 10 e *passim*.

considero no indiferente. Esta posición de Gramsci permite concebir que la filosofía es siempre de alguna manera «concepción del mundo». Esto para Gramsci no era objeto de discusión. Plantear que se puede proponer la idea de una filosofía como «strenge Wissenschaft», ciencia rigurosa, justamente como contraposición a la *Weltanschauung*, y en cierta manera separada de ésta, era una tesis que aún no había tenido, prácticamente, divulgación en Italia, en los años en que Gramsci escribía (y, por otra parte, si no me equivoco, tampoco en Francia). Ella había sido presentada por Husserl en 1911, en un escrito que considero de gran interés para la historia de la cultura filosófica europea de este siglo⁶ (de ese ideal que Husserl venía elaborando desde hace tiempo y aplicando su método). Menciono esto porque esta tesis se nos presenta, históricamente, como la anunciadora de muchas direcciones posteriores y de muchos procedimientos conceptuales (no me refiero sólo a la fenomenología husserliana, sino a las corrientes —de origen muy distinto— que precisamente gustan llamarse «metodológicas»⁷ que se difundieron ampliamente, y que hoy señorean en el mundo filosófico, y con los cuales el marxismo no puede dejar de estar en discusión.

Ahora es interesante señalar que en Gramsci se encuentra, y no accidentalmente, una concepción del filósofo que hace a esa actitud. Se trata justamente del «filósofo», y no en un sentido genérico, sino en el sentido profesional. Gramsci —que ha sido un crítico tan severo y agudo de la historia de la filosofía elaborada, tradicionalmente, sobre la línea de los «filósofos individuales» y de la sucesión de sus sistemas— no evidencia hacia el filósofo profesional el desprecio prejuicioso con el que se complacía Croce. Al filósofo profesional, o «técnico», él le asigna un papel preciso; éste «tiene en los diversos campos del pensamiento —dice Gramsci— la misma función que en los diversos campos científicos tienen los especialistas».⁸ Cono-

⁶ Husserl, *Philosophie als strenge Wissenschaft*, en *Logos*, I (1910-11). Es interesante observar que Husserl desarrolla su posición mediante una discusión con el Historismus. De la *Weltanschauung* él subraya el elemento «sabiduría» (*Weisheit, Weltweisheit*).

⁷ Cf. I. M. Bochensky, *Europäische Philosophie der Gegenwart*, Berna, 1951, p. 32. «Sowohl die mathematische Logik als auch Phänomenologie sind vor allen Methoden nicht inhaltliche Lehren. Beide sind aus einer Besinnung auf die Grundlagen der Wissenschaft hervorgegangen und versuchen, diese durch eine rationale Methode neu zu begründen».

⁸ Gramsci, *El materialismo histórico...*, ed. cit., p. 32. Para las próximas citas de *El materialismo...* la paginación irá en el texto entre paréntesis (). Cuando se trate de otra obra, la referencia irá al pie de página.

cimiento del estado de los problemas, de su desarrollo hasta él mismo, del punto en que tienen que ser retomados, como le sucede o debería sucederle a todo especialista. Pero su tarea más específica aparece como la reducción de los procedimientos del pensamiento a «homogeneidad», «coherencia», «lógica». En tal sentido, observa Gramsci, «no será exacto llamar «filosofía» a toda tendencia del pensamiento, toda orientación general, etc., y tampoco a toda «concepción del mundo y de la vida». Estamos en el terreno, podríamos decir, al menos como actitud de fondo, de las actuales filosofías metodológicas.

«Sin embargo —agrega Gramsci— hay una diferencia entre el filósofo especialista y los demás especialistas: aquél se acerca más a los otros hombres que los demás especialistas.

El haber convertido al filósofo especialista, en la ciencia, en una figura similar a los demás especialistas es lo que determinó la caricatura del filósofo. Porque, realmente, es posible imaginar a un entomólogo especialista sin que los demás hombres sean «entomólogos» empíricos; a un especialista de la trigonometría, sin que la mayor parte de los demás hombres se ocupen en trigonometría, etc. (se pueden encontrar ciencias refinadísimas, especializadísimas, ne-

cesarias, pero no por ello «comunes»), pero no es posible imaginar a ningún hombre que no sea también filósofo, que no piense, puesto que pensar es propio del hombre como tal.»

Esta advertencia de Gramsci no tiene nada que ver con la conocida tesis idealista. O, si queremos, es la traducción de esta tesis, que baja del cielo especulativo a sus términos reales, que serán siempre, para Gramsci, términos «historicistas». En otra parte decía: «No es el «pensamiento», sino lo que realmente se piensa, lo que une o diferencia a los hombres» (p. 39).

Ahora bien, «lo que realmente se piensa» no es para Gramsci simplemente lo que se cree pensar, sino lo que se manifiesta en la práctica, en el actuar práctico: sin embargo, el uno y el otro aspecto, lo que se cree pensar y lo que efectivamente se piensa actuando, constituyen, ambos, esa «concepción del mundo», por la que todos los hombres son «filósofos». La cual, por muy disgregada y contradictoria que sea (en cuanto no está aún encarada críticamente), constituye el contenido de lo que se llama el «sentido común». Pero por esta inmanente y siempre presente «concepción del mundo» —que aparece de tal manera ligada, por un lado, a las ideas recibidas y, por el

otro, al obrar práctico— no estamos jamás aislados, sino que pertenecemos siempre a un agrupamiento (e inclusive bajo el aspecto ideológico, pertenecemos a una multiplicidad de agrupamientos), somos siempre «hombres-masa», «hombres colectivos» (p. 12). Permítaseme aquí interrumpir el hilo de esta inicial reconstrucción del pensamiento gramsciano para introducir una consideración. Estos conceptos de Gramsci, recién expuestos, los encontramos en los **Quaderni del carcere** con el título de «Introducción al estudio de la filosofía y del materialismo histórico» como «puntos de referencia preliminares». Lo cierto es que Gramsci en ese momento no pensaba escribir una «Introducción a la filosofía» para las escuelas del Reino (como las que justamente en esos años entraron en circulación...); sin embargo, hay en el carácter de estas reflexiones no solamente un nexo lógico válido por sí solo, sino un evidente y muy explícito propósito pedagógico. «Es preciso destruir el muy difundido prejuicio —así comienza esa serie de apuntes— de que la filosofía es algo sumamente difícil por ser la actividad intelectual propia de una determinada categoría de científicos especialistas o de filósofos profesionales y sistemáticos...» Parécese oír, en estos párrafos, el eco de las con-

versaciones personales que Gramsci sostuvo con los obreros de Turín, los compañeros de persecución, de destierro y de cárcel (mientras le fue posible), a quienes él instruíó teórica y políticamente, y en quienes iba formando la personalidad de los cuadros revolucionarios del partido de la clase obrera. No es ésta una notación marginal, sino, me parece, nos ayuda a comprender la manera en que Gramsci, concretamente, concebía el poder del marxismo, que tiene significado universal. «Adquirir una personalidad» significa —nos dice Gramsci— tomar «conciencia... de las relaciones (relaciones histórico-sociales de que cada individuo forma parte», en su aspecto «necesario», es decir, condicionante, y también en su aspecto «voluntario»: puesto que se trata de transformarlas. «El hombre activo, de masa, (y va subrayado el término «activo») obra prácticamente, pero no tiene clara conciencia teórica de su obrar que, sin embargo, es un conocimiento del mundo, puesto que lo transforma». Y agrega: «Su conciencia teórica puede estar, incluso históricamente, en contradicción con su obrar» (p. 19).

El obrar práctico, que ya encierra en sí mismo un conocimiento, es el punto de apoyo y de referencia (los fundadores del marxismo habían es-

establecido en el **Manifiesto** la necesidad de expresar «una lucha de clases que ya existe»), tendiente a la modificación de la «concepción del mundo» (de la «conciencia teórica»), a fin de llevarla a un plano de coherencia de acuerdo con las exigencias y los supuestos de ese obrar, elevándola a un nivel superior, precisamente al de la coherencia y conciencia crítica, engendradas por el análisis de las relaciones históricas y sociales en que se obra. Es muy interesante la manera como Gramsci une estos conceptos con el propósito educativo que tenía presente. A esas relaciones «importa conocerlas genéticamente, en su movimiento de formación, puesto que cada individuo no es sólo la síntesis de las relaciones existentes, sino de la historia de estas relaciones, esto es, el resumen de todo el pasado. Se dirá que lo que cada individuo puede cambiar es bien poco, en relación con sus fuerzas. Esto, hasta cierto punto, es verdad. El individuo puede asociarse con todos aquellos que quieren el mismo cambio, y, si este cambio es racional, el individuo puede multiplicarse por un número importante de veces y lograr una modificación bastante más radical que lo que a primera vista parece posible» (p. 37). Me detuve en estas palabras, tan simples, porque en ellas está el ABC

de la educación revolucionaria de la clase obrera, en su aspecto teórico, y coinciden rigurosamente con una introducción a la filosofía. En ese sentido Gramsci habría podido iniciar su «ensayo popular»: Y obsérvese que el punto de partida es precisamente el hombre individual, concreto y viviente al cual Gramsci se dirige; miembro, en este caso, de un grupo social subalterno; y antes que nada está planteada la cuestión de su personalidad, de la conquista y la formación de la misma. Precisamente, en ese mismo contexto leemos: «Se puede decir que cada cual se cambia a sí mismo, se modifica, en la medida en que cambia y modifica todo el conjunto de las relaciones de las cuales es el centro de anudamiento. En este sentido, el filósofo real no es y no puede ser otra cosa que el político, es decir, el hombre activo que modifica el ambiente, entendido por ambiente el conjunto de las relaciones de que el hombre forma parte». En estas palabras encontramos representada en su forma, si queremos más brusca y elemental (pero que nos hace comprender, justamente por esto, e inmediatamente, todo su alcance realista) esa identificación entre filosofía y política, que en otros párrafos es elaborada por Gramsci de manera dis-

tinta y enriquecida mediante eslabones y procesos de mediación; y de la cual se desprende la consiguiente conclusión de la tesis XI sobre Feuerbach: «Los filósofos, hasta ahora, han interpretado el mundo de maneras distintas; pero ahora se trata de transformarlo».

Gramsci relacionaba esta tesis con el famoso dicho de que «el proletariado alemán es heredero de la filosofía clásica alemana», dicho que, naturalmente, ha tomado un significado extensivo, general, para el proletariado revolucionario. Gramsci se cuida mucho de no tomar esta sentencia como un símbolo, un blason; como a menudo retórica y superficialmente ha sido tomada, sino que trata de comprender y elaborar su significado. Y uno de los significados fundamentales es éste: que el marxismo, justamente en cuanto es filosofía, o sea, «concepción del mundo», concepción del mundo que tiende a unificar coherentemente, antes que nada, la conciencia de la clase revolucionaria en su acción colectiva es, por naturaleza, filosofía de masa («concepción de masa», «concepción unitaria de masa»). Y, naturalmente, no en un sentido desgastado y anticientífico o subcientífico, sino en un sentido nuevo y revolucionario del concepto tradicional de «filosofía». (Es

cierto que estas expresiones pueden desagradar a aquellos que no saben separarse de este último concepto tradicional). Es decir, es una filosofía que, en la historia concreta de su desarrollo, recoge del movimiento de las masas, de las experiencias de ese movimiento y de su dirección; su propia razón de ser y los elementos de su propio desarrollo crítico. Pero este hecho, es decir, esta unión entre la conciencia en transformación de las grandes masas humanas y la filosofía con carácter crítico (que naturalmente tiene múltiples grados y elementos de mediación) es un hecho absolutamente nuevo y revolucionario en la historia, el cual modifica las dimensiones mismas del filosofar (introduciendo en lo que podríamos llamar un nuevo parámetro, un nuevo coeficiente que transforma las relaciones anteriores) y con esto transforma también la figura tradicional del filósofo individual, para dar lugar a lo que Gramsci llama «el filósofo democrático», es decir, el «filósofo convencido —como él dice— de que su personalidad no se limita a su individualidad física, sino que se halla en relación social activa de modificación del ambiente cultural» (p. 35). Las investigaciones de Gramsci en torno a los intelectuales, a su función en la so-

ciudad y a su historia hay que plantearlas, pues, en relación con este concepto, y en particular con la pregunta que él se hace sobre la función que le corresponde todavía al «gran intelectual» en el mundo moderno. La respuesta de Gramsci me parece importante. Esa función —dice— «permanece intacta, pero encuentra un ambiente mucho más difícil para poder afirmarse y desarrollarse: el gran intelectual debe, también él, zambullirse en la vida práctica, transformarse en un organizador de los aspectos prácticos de la cultura si quiere continuar dirigiendo; debe democratizarse, ser más actual: el hombre del Renacimiento ya no es posible».⁹

Muchas crisis repetidamente denunciadas, o anunciadas o autoanunciadas, del filosofar (o de la cultura) en este siglo posterior a Hegel, aparte de los contenidos doctrinales, tienen su raíz real y encuentran su explicación en lo señalado por Gramsci en estas palabras.

Este nuevo hecho revolucionario —el aparecer, en la historia humana, de una filosofía crítica y científica como una filosofía de masa, como una «concepción unitaria de masa»— constituye el carácter que Gramsci le asigna al marxismo, en cuanto movimiento real entendido en su potencialidad de desarrollo,

tal como «reforma popular de los tiempos modernos», en el sentido de «reforma intelectual y moral».

En el término «reforma», evidentemente, no hay nada que se contraponga a «revolución»; no hay ni siquiera el más lejano matiz de **reformismo**. Es una reforma que tiene como origen y contenido propio, precisamente, a ese nuevo hecho revolucionario, el cual antes de tomar la dirección del movimiento real de las masas lo refleja y lo expresa: expresa una «lucha de clases que ya existe». Esta «reforma» se extiende progresivamente, en la lucha de clases, con distintos ritmos y vicisitudes históricas, pero tiene como punto de referencia esencial, y discriminante de sus caracteres, la cuestión del Estado y del poder, la cual está siempre presente en Gramsci. En efecto, él distingue continuamente, mediante útiles análisis y diferentes direcciones de búsquedas, los diversos aspectos que la reforma asume antes y después de la conquista estable del poder por parte de la clase revolucionaria. El significado específico y global de dicha «reforma» constituye para Gramsci, indudablemente, una radical revolución cultural. Y todavía, a mi manera de ver, él ha empleado últi-

⁹ Gramsci, *Pensato e presente*, ed. cit., p. 30.

mamente el término «reforma» no sólo porque se trata de un momento distinto del de la revolución política y de la transformación de las relaciones de producción (los clásicos del marxismo se han preocupado siempre, en general, de esclarecer la diferencia de ritmo entre el movimiento estructural y los movimientos de las superestructuras y, en estas últimas, entre lo que ocurre en el plano de los acontecimientos políticos y las más lentas transformaciones de las conciencias y de las costumbres), sino porque en el concepto de reforma se señala mejor el aspecto educativo, es decir, la eficiencia de una acción constante, expansiva, racionalmente dirigida hacia las conciencias, en conexión, naturalmente, con la lucha política y con la revolución y transformación de las relaciones sociales. La «reforma» en las ideas y en las conciencias no se concibe como algo pasivo que acompaña a la revolución política y social, sino que debe ser conducida y realizada activa y conscientemente por quien dirige (e incluye tanto la fase prerrevolucionaria y preestatal, como la revolucionaria y estatal, con grandes diferencias entre una y otra). Gramsci ha previsto de manera muy aguda la complejidad de los problemas que se le presentan a una clase subalter-

na cuando se transforma en clase autónoma y dirigente: «desde el momento en que un grupo subalterno se torna realmente autónomo y hegemónico... nace concretamente la exigencia de construir un nuevo orden intelectual y moral» (p. 85). En el cuadro de estas cuestiones, estrechamente soldado con el interés político emerge el constante interés educativo de Gramsci, ya no dirigido a los individuos, sino que ahora asume todo el contenido democrático del comunismo como movimiento real: los nexos entre dirigentes y dirigidos, gobernantes y gobernados y educadores y educados son los temas sobre los cuales él retorna continuamente.

La noción gramsciana del marxismo como «reforma intelectual y moral» de la masa tiene también otro campo de validez. Esta noción une teóricamente al comunismo, entendido justamente como movimiento real, con otros fenómenos históricos determinados, permitiendo la aprehensión de los elementos analógicos y el señalamiento al mismo tiempo, de las diferencias radicales (la noción sirve, por consiguiente, tanto a la metodología historiográfica como a la perspectiva o previsión del futuro, en cuya elaboración participamos como parte activa y voluntaria). Existieron, en efecto, en la historia otras

reformas intelectuales y morales de carácter popular, que tenían profundas raíces sociales y que fueron acompañadas, proseguidas y también precedidas por varias y particulares elaboraciones conceptuales, filosóficas y metafísicas. Gramsci tiene siempre presente al cristianismo y, sobre todo, en un contexto histórico más cercano a nosotros, a la Reforma protestante y al iluminismo (en los caracteres y repercusiones populares de este último; y Gramsci subraya en él, como ya lo había hecho Engels, la novedad del carácter laico (p. 91).

Pero ninguno de estos fenómenos ha abarcado, de hecho, la totalidad del género humano, tal como ocurre con el comunismo. No se trata solamente de una diferencia cuantitativa.

El problema de la toma de conciencia de las grandes masas, en el seno de la lucha económica y política, el problema de su unificación cultural, engloba, en un horizonte más amplio, el de la unificación cultural de todos los hombres. Es el horizonte, virtualmente universal, del desarrollo y de la expansión de la sociedad socialista y comunista, de la que Lenin había escrito (1913) que «el punto esencial de la doctrina de Carlos Marx es la interpretación de la función histórica mundial del pro-

letariado como creador de la sociedad socialista».

Esto concierne, de manera no extrínseca sino íntima, al carácter de la filosofía marxista que es, antes que nada, la teoría revolucionaria de la clase obrera y que se dirige esencialmente a ella (Marx, Engels, Lenin se preocupan siempre de la educación «teórica» de los «obreros conscientes» y se ocuparon atentamente de sus progresos y también de los pequeños grupos), pero que concede al mismo tiempo, a la revolución proletaria, un significado universal de rescate de la humanidad integral del hombre, desgarrada por la división de la sociedad en clases antagónicas, las cuales basan su propia existencia en los «sistemas de explotación» del trabajo, que se sucedieron históricamente. La Humanidad integral del hombre no es, entendida en el marxismo (a diferencia de los anteriores humanismos religiosos o no religiosos) como un dato metafísico u originario por restaurar, sino como una exigencia considerada en forma determinada por el desarrollo histórico, como una meta y un punto de llegada (y, naturalmente, tampoco esto hay que entenderlo en sentido absoluto o metafísico). «¿Lo «humano» es un punto de partida o un punto de llegada, como concepto y hecho uni-

tario?», se pregunta Gramsci. «Considerándolo como punto de partida, la investigación misma de esto no es más que un «residuo teológico» y «metafísico», contesta (pp. 39-40).

Justamente por esto, la concepción marxista es la respuesta más satisfactoria acerca de «que la «naturaleza humana» sea el «conjunto de las relaciones sociales» —dice Gramsci—, porque incluye la idea de devenir (el hombre deviene, cambia continuamente con la modificación de las relaciones sociales) y porque niega al «hombre en general»; en verdad, las relaciones sociales son expresadas por diversos grupos que se presuponen entre sí, y cuya unidad es dialéctica, no formal». Y sigue: «Se puede decir también que la naturaleza del hombre es la «historia»... si se da a la historia el significado de «devenir», de una «concordia discors» que no parte de la unidad, sino que tiene en sí las razones de una unidad posible, «pierde sentido, entonces, desde el punto de vista marxista —mediante esta negación del hombre en general— la pregunta: «¿qué es el hombre?»

Al contrario, podemos decir: mediante el marxismo ella adquiere un significado concreto, que es un significado de movimiento, o desarrollo consciente, y como tal podríamos agregar que es directora, prác-

tica y reguladora. «Si pensamos en ello —escribe Gramsci— veremos que con la pregunta acerca de «qué es el hombre» queremos significar:

¿Qué puede llegar a ser el hombre? ¿Puede dominar su destino? ¿«Hacerse, crearse una vida?» Esta pregunta «nace del hecho de que hemos reflexionado sobre nosotros mismos y sobre los demás, y de que queremos saber, en relación con lo que hemos reflexionado y visto, qué somos y podemos llegar a ser, y dentro de qué límites somos los «artífices de nosotros mismos», de nuestra vida y de nuestro destino.¹⁰ Y ello queremos saberlo «hoy» en las condiciones dadas hoy día, de la vida «de hoy» y no de cualquier vida y de cualquier hombre.¹¹ (p. 35).

Se podría pensar que en esa resolución gramsciana del hombre en la historia («el hombre es un proceso y precisamente el proceso de sus actos»), aunque la historia es enten-

¹⁰ Pero Gramsci al mismo tiempo investiga también las raíces históricas (y el significado histórico de masa). «La pregunta ha recibido su contestación de especiales y determinados modos de considerar la vida del hombre; el más importante de estos modos es la «religión», y una religión determinada, el catolicismo».

¹¹ Estas últimas palabras de Gramsci podrían remitirnos al «wir fragen jetzt, hier, für uns» de Heidegger. E inclusive algunas exigencias expuestas en forma especulativa y unilateral en el existencialismo pueden encontrar su puesto concreto en el humanismo marxista.

dida, como se ha visto, en un sentido «no formal», se pierde la componente naturalista del marxismo. Pero sería una interpretación unilateral e incompleta (y se tornaría tendenciosa) del pensamiento de Gramsci. Al emplear Gramsci una vez la expresión «género humano» (historia del «género humano»), se detiene a comentarla, al observar: «el hecho que se adopte la palabra «género», de carácter naturalista, tiene su significado» (p. 40). ¿Qué quiere decir con esto Gramsci? El ha rechazado decididamente, en el mismo contexto, la idea de que «la unidad del género humano» puede ser dada por la naturaleza «biológica» del hombre». Gramsci observa que «las diferencias importantes de los hombres en la historia, no son las biológicas» y que «tampoco la «unidad biológica» ha significado gran cosa en la historia». ¹² Y, sin embargo, repetimos, el «carácter naturalista» de la expresión **género humano** tiene para Gramsci «su significado». El hecho es que Gramsci no piensa negar la existencia de esa **unidad** (o comunidad **biológica** del hombre, que se ha engendrado como sea, sino negar su notable incidencia en la historia humana. La naturaleza del hombre, en un sentido puramente biológico, es para Gramsci, como

para todo el marxismo, solamente un **presupuesto** de la historia humana. Allí no puede ser buscada esa unidad de lo humano que se halla ante nosotros como un objetivo engendrado por el desarrollo histórico. Pero, por otra parte, ese «presupuesto» de la historia (humana) no es, bajo otro aspecto, inoperante en ella. Podríamos decir: no ya en cuanto objeto de la biología (que al considerar al hombre lo abstrae del desarrollo de su socialidad histórica), sino en cuanto objeto de la economía política, es decir, de una ciencia histórico-humana, que el marxismo, al hacerle su «crítica», ha integralmente historizado. Bajo este aspecto el hombre sigue siendo, de manera insuperable, **naturaleza**, pero de una naturaleza ya englobada en la socialidad-histórica humana y en función de ésta y aún más (contra todo idealismo), un momento irreductible de la misma. Esta es la posición integralmente marxista; y aquí nos parece se encuentra el más riguroso fundamento **materialista** del marxismo. Escribe Marx en *El capital*: «La tecnología revela el comportamiento activo del hombre hacia la naturaleza, el proceso inme-

¹² «Tampoco «la facultad de la razón» o el «espíritu» —agrega Gramsci— ha creado unidad y puede ser reconocido como un hecho «unitario», porque es sólo el concepto formal, categórico».

diato de producción de su vida y, por lo tanto, también de su vida social y de las representaciones espirituales que de ella derivan». ¹³

Esta posición nos remite, por su contenido, a la revolución filosófico-metodológica realizada por Marx y Engels en los años que van de 1843 a 1846, y que los llevó a la conquista del «materialismo histórico».

Dicha posición, en ese mismo párrafo de *El capital*, Marx la contrapone al «materialismo abstracto» de tipo «científico-naturalista» (Marx se refiere a los científicos de su época, «voceros» de tal materialismo, y además, a las correlativas «representaciones abstractas e ideológicas» que ellos esgrimen «ni bien se arriesgan en algo que no es de su especialidad»). Esta es también la posición de Gramsci: «La humanidad que se refleja en cada individualidad está compuesta de diversos elementos: 1) el individuo; 2) los otros hombres; 3) la naturaleza. Pero el segundo y el tercer elemento no son tan simples como puede parecer. El hombre no entra en relación con los demás hombres por yuxtaposición, sino orgánicamente, es decir, en cuanto forma parte de organismos, desde los más simples hasta los más complejos. Así, el hombre no entra en relación con la naturaleza simplemente por el hecho de ser él mismo

naturaleza, sino activamente, por medio de la técnica y del trabajo» (p. 36).

Para quien observe con detención, esta posición (que hemos comprobado en Marx y Gramsci) comporta la **centralidad** del materialismo histórico en la filosofía marxista. Es decir, la centralidad que considera al hombre en su nexo permanente y activo con la naturaleza (de cuyo complejo desenvolvimiento **histórico** se desarrolla toda la historia social humana), como el único punto de partida concreto que poseemos para cualquier otra consideración de la realidad. Es el punto de partida teorizado, de manera resumida y mordaz, por Marx en las once **Tesis sobre Feuerbach** (texto fundamental para Gramsci) y cuyo principio gnoseológico fue expresado por Lenin como «criterio de la praxis». Pero aquí conviene ser muy claro, porque lo que estamos diciendo contiene un exacto elemento polémico. No parecen conciliables con la posición a la que Gramsci es fiel (y la consideramos la única rigurosamente crítica, además de correspondiente a la misma génesis histórica de la doctrina) aquellas formas de exposición del marxismo, aun cuando realizadas con fines didascálicos, en las

¹³ Marx, *El capital*, Roma, 1952, libro I, sec. IV, No. 89, p. 72 (trad. ital.).

cuales el «materialismo histórico» se presenta, según una implícita lógica clasificadora y no dialéctica, como caso particular de aplicación (a la sociedad) de un más vasto «materialismo dialéctico», y cuya descripción de contenido parece no necesitar de la presencia del hombre en el mundo. (Esta observación de por sí no implicaría la exigencia de que es la presencia del ser humano, y tanto menos de su pensamiento, la que introduce la dialéctica en la realidad). No obstante, esas formas de exposición son hoy las más difundidas y generalmente las más reconocidas.

Creo que se trata de una cuestión no escolástica y formal sino de contenido. Sólo esa actitud mental, nos parece, que guarda como constante punto de referencia la praxis humana sensible, puede salvar al marxismo de las extrañas intrusiones de materialismo metafísico (que no es suficiente rechazar con palabras). Esta actitud mental, que fue propia de los fundadores de la doctrina, nos parece la única que permite la posibilidad de reconstrucción y desarrollo permanente del contenido de lo que se ha dado en llamar «materialismo dialéctico» de manera tal que éste quede siempre abierto a los nuevos resultados y a los métodos en transformación de las cien-

cias de la naturaleza, verificándolos y discutiéndolos mediante una adecuada concepción filosófica. Exigencia ésta, si no nos equivocamos, que fue justamente planteada por los clásicos y en particular por Engels, quien se ocupó más de cerca de tales cuestiones. Y esto en contra de toda contracción escolásticadogmática del marxismo mismo.

La metodología marxista de Gramsci, que se ajustó, en este sentido, a través de la discusión crítica del manual de Bujarín (pp. 121-173), y que tiene como hilo conductor el profundo convencimiento de la integral autonomía filosófica del marxismo (sin que por esto se corten los hilos que históricamente lo conectan con la anterior tradición del pensamiento) nos mantiene lejos del riesgo aludido. Aquí es necesario agregar que, si es verdad que el marxismo como revolución filosófica es la coincidencia del naturalismo con el humanismo (los cuales en su realización se transforman recíprocamente) puede ser que haya en Gramsci, de hecho, sobre todo por razones de polémica interna (contra las penetraciones de materialismo metafísico en el marxismo), cierto debilitamiento de la instancia o componente **naturalista** respecto a la **humanista**, un desequilibrio en este sentido. Es la opinión de quien es-

cribe. A Gramsci le interesó, sobre todo, el aspecto humano (y por lo tanto también el ideológico, subestructural e histórico) de la cuestión de la objetividad, en torno a la cual sus reflexiones son de gran importancia y originalidad. Pero en lo que concierne al grave problema del nexo entre esta objetividad y la naturaleza estamos ya como al margen extremo de su interés y de su meditación. Y aquí precisamente es donde se verifican ciertas vacilaciones y titubeos. Gramsci no se contenta con repetir formulaciones preestablecidas, por mucho que ellas puedan parecer sugestivas y llenas de contenidos. Él se esfuerza para pensarlas y considerarlas siempre en todas sus conexiones y precisamente por esto es un maestro del método.

La cuestión que tenemos ante nosotros es la de la difícil cohesión objetiva (es decir, no ya solamente en el sujeto humano, como praxis sensible-racional) entre **naturaleza** e **historicidad**, que indudablemente es, creo, el punto teórico más delicado de toda la filosofía marxista. Desde ese **margen extremo**, antes mentado, Gramsci señalaba, sin embargo, el desarrollo sucesivo de la búsqueda que consiste en el ahondamiento de la tesis de Engels: «la unidad real del mundo está demostrada por el largo y laborioso desarrollo de la

filosofía y de las ciencias naturales». Donde Gramsci al comentarla, expresaba que esta formulación «contiene realmente el germen de la concepción justa, porque se recurre a la historia y al hombre para demostrar la realidad objetiva» (p. 146). Anotación historicista esencialmente gramsciana. Con todo eso, sólo quien tuviere los ojos vendados por el dogmatismo y el escolasticismo podría encontrar en ella cierto alejamiento de la posición de los clásicos (que no fue jamás ni empirista, ni positivista, ni materialista-vulgar). Engels, justamente, al concluir en 1885, su prefacio de la segunda edición del Anti-Dühring subrayaba dicha complejidad histórica de la filosofía y de las ciencias (unas en relación con otras) como único punto de referencia posible para librarse de toda visión «metafísica» de la naturaleza y de la «filosofía de la naturaleza».¹⁴

14. «... Esos contrastes polares que se creían irreconciliables e indisolubles, esas líneas divisorias y diferencias de clase establecidas violentamente eran, precisamente, las que daban a las modernas ciencias naturales teóricas su mezquino carácter metafísico. La conciencia de que esas antítesis y diferencias, aun presentándose en la naturaleza, sólo tienen una validez relativa, de que, por el contrario, su aparente rigidez y virtud absoluta son introducidas en la naturaleza por nuestra reflexión, esta conciencia forma la médula de la concepción dialéctica de la naturaleza». A esa conciencia puede llegarse obligado por los hechos que las ciencias naturales van acu-

El giro del discurso parece habernos alejado del punto principal en torno al cual versaba, esto es, en torno a la interpretación gramsciana del marxismo como «concepción unitaria de masa» y «reforma intelectual y moral», «reforma popular de los tiempos modernos». Y sin embargo, es un alejamiento sólo aparente, porque el contenido crítico del marxismo no está concebido por Gramsci como algo indiferente y superior y separado del carácter concreto del movimiento real del cual es la teoría.

La exigencia de reconciliar históricamente el aspecto de «filosofía de masa» del marxismo con la solución de las tareas teóricas y científicas más elevadas y complejas, es decir, la exigencia de una «cultura integral» que sobre la base de la clase revolucionaria realice una expansión ilimitada entre los hombres, se presenta por ello, en Gramsci, como esencial a la dinámica misma del marxismo y caracteriza su originali-

dad. Tampoco la identificación dialéctica realizada por Gramsci entre filosofía y política (mediante los momentos: historia, cultura, ideología, etc.) —que tiene aspectos cualitativamente diversos: si se remite al pasado (como criterio de interpretación historiográfica)¹⁵ o si se proyecta hacia el futuro— sería comprensible si esa nueva dimensión del filosofar (no tiene nada que ver),

¹⁵ Al respecto es importante, por ejemplo, la noción gramsciana que considera lo que es la filosofía de una época: «Desde el punto de vista que nos interesa, el estudio de la historia y de la lógica de las diversas filosofías de los filósofos no es suficiente. Por lo menos como orientación metódica, es preciso atraer la atención hacia otras partes de la historia de la filosofía, esto es, hacia las concepciones del mundo de las grandes masas, hacia las de los más estrechos grupos dirigentes (o intelectuales) y, finalmente, hacia las relaciones existentes entre estos distintos complejos culturales y a la filosofía de los filósofos. La filosofía de una época no es la filosofía de tal o cual filósofo, de tal o cual grupo de intelectuales, de tal o cual sector de las masas populares: es la combinación de todos estos elementos que culmina en una determinada dirección y en la cual esa culminación se torne norma de acción colec-

mulando; pero es más fácil remontarse a ella aplicando al carácter dialéctico de estos hechos la conciencia de las leyes del pensamiento dialéctico. El caso es que hoy las ciencias naturales han hecho tales progresos que ya no pueden sustraerse a la síntesis dialéctica. Pero este proceso se les hará más fácil no olvidando que los resultados en que se resumen sus experiencias son otros tantos conceptos, y que el arte de operar con conceptos no lo da la naturaleza ni se adquiere con la vulgar conciencia de la realidad cotidiana, sino que reclama un

discurrir real, discurrir que tiene detrás de sí una larga historia empírica, ni más ni menos que la investigación empírica de la naturaleza. Precisamente por eso, porque van aprendiendo a asimilarse los resultados de dos milenios y medio de evolución filosófica, es por lo que están desprendiéndose, por una parte, de toda esa presunta filosofía específica de la naturaleza, extraña y superior a ellas, y por otra, también del mezquino método especulativo del empirismo inglés» (F. Engels, *Anti-Dühring*, Ed. Hemisferio, Buenos Aires, 1956, p. 17).

por ejemplo, con una identificación verbal de tipo actualista).

También la polémica contra el idealismo, que se desarrolla en Gramsci mediante una serie de motivos muy diferentes (ligados en la mayor parte a circunstancias de la cultura italiana, y especialmente a la discusión con el crocianismo), y que conduce además a una serie de «traducciones» y rescates del «lenguaje especulativo» de la filosofía idealista al lenguaje concretamente historicista del marxismo, antes que nada, se basa fundamentalmente en la «incapacidad de la filosofía idealista de transformarse en una integral concepción del mundo» (p. 231), válida para todos los hombres, en nuestra realidad actual, es decir, **fe y sentido común** no de grupos limitados, ligados al privilegio social, sino de toda la humanidad asociada. Por el contrario, la polémica de Gramsci contra las incrustaciones de materialismo vulgar y metafísico en el seno del marxismo, aunque se desarrolle en un plano es-

trictamente teórico, comporta, también, la correspondiente justificación histórica de esas incrustaciones, como características de una fase aún atrasada del movimiento real (revolucionario) del cual el marxismo es la expresión.¹⁶

Tanto en una polémica como en la otra está constantemente presente el convencimiento de la autonomía crítica y de la originalidad filosófica del marxismo, que, como ya hemos dicho, es el hilo conductor de todo el pensamiento de Gramsci. Frente al idealismo contemporáneo también esas traducciones y rescates, a las que ya hicimos referencia,¹⁷ están enlazadas en gran parte con este punto central, ya presente, en germen, en la obra de Antonio La-

trictamente teórico, comporta, también, la correspondiente justificación histórica de esas incrustaciones, como características de una fase aún atrasada del movimiento real (revolucionario) del cual el marxismo es la expresión.¹⁶

Tanto en una polémica como en la otra está constantemente presente el convencimiento de la autonomía crítica y de la originalidad filosófica del marxismo, que, como ya hemos dicho, es el hilo conductor de todo el pensamiento de Gramsci. Frente al idealismo contemporáneo también esas traducciones y rescates, a las que ya hicimos referencia,¹⁷ están enlazadas en gran parte con este punto central, ya presente, en germen, en la obra de Antonio La-

¹⁶ Gramsci vuelve con frecuencia sobre este concepto, estudiando los distintos aspectos de la cuestión. Cf. en particular, *El materialismo histórico...*, ed. cit., pp. 86, 89, 92, 155, 167-168, 227.

¹⁷ Ello interesa sobre todo con respecto al idealismo o «neohegelianismo» italiano de Croce y Gentile, que comenzó a fin de siglo, a partir de la discusión con el marxismo, y a éste se ha quedado siempre ligado de alguna manera.

briola. «Los intelectuales «puros» —escribe Gramsci— como elaboradores de las más extendidas ideologías de las clases dominantes, como **leaders** de los grupos intelectuales de sus países, no podían dejar de servirse de algunos elementos de la filosofía de la praxis, para robustecer sus concepciones y moderar el envejecimiento filosófico especulativo con el realismo historicista de la nueva teoría, para entregar nuevas armas al arsenal del grupo social al cual se hallaban ligados. Por otra parte, la tendencia ortodoxa luchaba con la ideología más difundida entre las masas populares, el trascendentalismo religioso, y creía superar lo con el más crudo y trivial materialismo, que era también una estratificación no indiferente del sentido común, mantenido vivo, más de lo que se creía y se cree, por la religión misma, que en el pueblo tiene una expresión trivial y baja, supersticiosa, y brujeril; y en la cual la materia tiene una función no pequeña. Labriola se distingue de los unos y de los otros por su afirmación (no siempre segura, es verdad) de que la filosofía de la praxis es una filosofía independiente y original, que tiene en sí misma los elementos de un desarrollo ulterior que le permite transformarse, de interpretación de la historia en filosofía general».

En estas palabras, para quien observe, hallamos ya delineado, en sus términos polémicos y en los constructivos, el ámbito total en que se mueve, en el aspecto teórico y metodológico, el pensamiento de Gramsci. Además, hay que considerar otra advertencia que estimo de gran interés: esa «independencia y originalidad del marxismo» es observada por Gramsci no como un simple dato, como una cosa acabada, sino como un elemento de desarrollo y de conquista permanente en sus más profundas implicaciones. Y todo esto en el cuadro de una lucha teórica en la que están presentes no pura y simplemente los abstractos términos ideológicos (esquematisados en sus extremos en **idealismo** y en un tipo de **materialismo**) sino los concretos portadores de ellos: por un lado los «intelectuales «puros», elaboradores de las ideologías de las clases dominantes», por el otro, las masas populares depositarias, en cierta medida, del «sentido común». Esa lucha teórica, en la que el marxismo asume y desarrolla, de hecho, su autonomía filosófica se presenta inmediatamente, como un momento necesario de una compleja lucha real. En Gramsci, este nexo no se pierde ni se olvida jamás.

Ese mismo nexo determina, nos parece, su manera de concebir el de-

sarrollo y la exposición del marxismo como filosofía. Sobre todo en la época en que el desarrollo histórico ha planteado a la clase revolucionaria el problema de la **hegemonía** (dirección política y cultural sobre el conjunto de la sociedad); Gramsci considera particularmente abstracta e insuficiente toda exposición del marxismo que se desarrolle solamente en relación polémica con los sistemas filosóficos tradicionales, sin englobar también y de manera sustancial la discusión con el «sentido común». Por lo tanto la noción de «sentido común» se torna fundamental.

En el contexto gramsciano, ella es mucho más compleja que la convencional referencia que bajo tal denominación sirve generalmente a los filósofos para señalar una presunta actitud contrapuesta estáticamente al carácter «crítico» de la filosofía o de la metodología científica (salvo, eventualmente, al considerar a esta presunta actitud, en último análisis, conciliable con la noción del «sentido común»). El «sentido común» no es para Gramsci unívocamente representable y reducible en sus contenidos, como si fuera la expresión de una actitud **natural**. Para él es siempre «producto histórico que contiene, estratifica y cristaliza contradictoriamente las dis-

tintas herencias pasivas del pasado, además, naturalmente de elaborar y liberar¹⁸ los elementos activos. Esto es, el terreno en el cual ejercen su acción, y su conquista las ideologías de los grupos y de las clases dominantes (en el cual, por ejemplo, su «verdad» se impone a las clases subalternas como **superstición**).¹⁹

Es el terreno en que se producen y mantienen, mediante la división de la sociedad en clases antagónicas, las oposiciones a todo empuje que tienda a unificar la conciencia humana. El compromiso implícito —presente en muchas exposiciones dogmáticas del marxismo— de una conciliación en cierta medida apriorística con el «sentido común» (compromiso que comporta la falta de profundización de esta noción en su efectiva realidad histórico-social) es incompatible con el pensamiento de Gramsci, puesto que reprime el desarrollo de la «filosofía de la praxis» en su capacidad renovadora de la conciencia de las grandes masas humanas. (Y conviene, aquí, recor-

¹⁸ Cf. referente a la discusión del sentido común. El materialismo histórico... ed. cit. pp. 13-15, 17, 19, 33-35, 55-56, 122-125, 127 y passim.

¹⁹ «... para las grandes masas de la población gobernadas y dirigidas, la filosofía o la religión del grupo dirigente y de sus intelectuales se presenta siempre como fanatismo y superstición, como motivo ideológico propio de una masa servil».

dar que tal compromiso no fue nunca propio de los clásicos del marxismo).

Esta exposición de la posición de Gramsci podría ser entendida también de manera unilateral. A Gramsci —que se había formado y había luchado en continuo contacto con las masas trabajadoras— no le pasa inadvertido el aspecto sobre el cual Lenin había puesto el acento al escribir: «Sería el más grande y el peor de los errores que puede cometer un marxista si creyera que las masas populares, constituidas por millones de seres humanos (y sobre todo por la masa de los campesinos y artesanos) condenados a las tinieblas, a la ignorancia y a los prejuicios, por toda la sociedad moderna, pudieran salir de estas tinieblas siguiendo tan sólo la recta vía de una instrucción puramente marxista».²⁰ Es, más bien, un problema de tal naturaleza el que guía su búsqueda. La discusión sobre el «sentido común» que él presenta como elemento esencial del desarrollo constructivo y de la difusión del marxismo, al lado de la lucha política y social (y como esclarecimiento de ésta), no está concebida jamás como fractura con ese mismo «sentido común». Y esto se debe no sólo a razones de oportunidad o solidez política y educativa, sino a lo que

ese «sentido común» encierra de positiva experiencia histórica de las masas subalternas (la «cultura democrática» en ellas históricamente inmanente y por liberar, tal como había declarado Lenin), y en último análisis, a la estructura misma, genéricamente humana, del sentido común, a los elementos de experimentación que él contiene como resultado y condición del obrar práctico.

La crítica, pues, de los contenidos heredados del «sentido común» se apoya, dialécticamente, en él mismo y apunta no a su destrucción, que sería una actitud insensata, sino a su reforma y su reemplazo por una concepción más coherente, que se transforme en fe, es decir, en norma intrínseca del obrar. Esto no se produce ni en un día, ni en abstracto, es decir, como educación abstracta, verbal y libresca, sino en conexión con la lucha política y de clase. Es necesario, por lo tanto, dice Gramsci, que la «nueva concepción... se presente íntimamente fundida con un programa político y una concepción de la historia reconocidos por el pueblo como la expresión de sus necesidades vitales» (p. 225). Y agrega: «No es posible pensar en la vida y en la difusión de una filosofía

²⁰ Lenin, «El significado del materialismo militante» en *Marx-Engels-Marxismo*, Roma, 1952, p. 445 (trad. ital.).

que no sea simultáneamente política actual, estrechamente vinculada a la actividad preponderante en la vida de las clases populares: el trabajo; y que no se presente, por lo tanto, dentro de ciertos límites, como vinculada necesariamente a la ciencia. Esta nueva concepción asumirá, sin embargo, inicialmente formas supersticiosas y primitivas como las de la religión mitológica, pero hallará en sí misma y en las fuerzas intelectuales que el pueblo extraerá de su seno los elementos para superar esta fase primitiva.»

Estas últimas palabras de Gramsci, tan estrechamente vinculadas a la idea del marxismo como «concepción unitaria de masa» y «reforma popular» nos conducen al problema de su fase moderna de desarrollo, quiero decir, respecto de la totalidad de la época histórica en la que vivimos. La cuestión es considerada por Gramsci siempre en relación con el problema del poder y del Estado y de su conquista por parte de la clase obrera. No es posible aquí entrar en particularidades (además el tema es objeto de otro relato), pero sí es esencial recordar que mediante esta unión actúa en Gramsci, de manera decisiva, la noción leninista que él señala constantemente con el término de «hegemonía»: y no solamente la noción, sino su realización, es decir la experiencia histó-

rica de la Revolución de Octubre. Se trata de los problemas concretos que se le han planteado a la clase obrera en la «época del imperialismo y de las revoluciones proletarias», los problemas de las alianzas de clases, de la dirección política sobre otros grupos sociales además de la implícita lucha teórica, y, después de la conquista revolucionaria del poder, los problemas de la organización de la sociedad política y civil y de la dirección cultural. Mediante tales problemas se ha agrandado extraordinariamente, en contacto con el desarrollo social de nuestro siglo, la problemática marxista del Estado de la que Lenin fue el maestro. Ahora es importante señalar que aquí se agrupan y se articulan todos los elementos teóricos del pensamiento de Gramsci: «La hegemonía realizada —escribe (refiriéndose a la Revolución de Octubre)— significa la crítica real de una filosofía, su real dialéctica»²¹ (p. 80). Esta aseveración, a esta altura, no tendría necesidad de ulteriores esclarecimientos.

²¹ Y allí, además, leemos: «La fundación de una clase dirigente (esto es, de un Estado) equivale a la creación de una *Weltanschauung*. La expresión de que el proletariado es el heredero de la filosofía clásica alemana, ¿cómo debe ser entendida? ¿No querría indicar Marx que la función histórica de su filosofía es convertirse en teoría de una clase que devendrá Estado? Para Illich esto ha acontecido realmente en un territorio determinado». Cf. p. 40 y *passim*.

Pero si la proyectamos en un contexto conceptual más amplio, ella adquirirá la total plenitud de su significado. En otro lugar, así, escribe Gramsci: «La proposición contenida en la Introducción a la Crítica de la economía política respecto de que los hombres toman conciencia de los conflictos de la estructura en el terreno de las ideologías, debe ser considerada como afirmación de valor gnoseológico y no puramente psicológico y moral. De ello resulta que el principio teórico-práctico de la hegemonía tiene también un significado gnoseológico; por lo tanto, en este campo es menester buscar el aporte teórico de Illici (Lenin) a la filosofía de la praxis» (p. 48).

Un imponente grupo de problemas teóricos, metodológicos, historiográficos, que nos vemos obligados a omitir, se vincula con esta afirmación. Son los problemas referentes a la realidad e historicidad de las superestructuras (la discusión de Gramsci con el historicismo idealista está en gran parte ligada a este tema), a la herencia histórico-cultural, al nexo entre ideología, ciencia, filosofía, y una vez más, entre filosofía y política; son, sobre todo, los problemas referentes a la cuestión de la objetividad (y correlativamente de la subjetividad, pero no solamente individual sino de grupo) en torno

a los cuales Gramsci, como ya lo hemos señalado, expone sugerencias y planteos para posibles y ulteriores desarrollos. «El hombre conoce objetivamente, en cuanto el conocimiento es real para todo el género humano históricamente unificado en un sistema cultural unitario; pero este proceso de unificación unitaria adviene con la separación de las contradicciones internas que laceran a la sociedad humana, contradicciones que son la condición de la formación de los grupos y del nacimiento de las ideologías no universal-concretas y tornadas inmediatamente caducas debido al origen práctico de su sustancia. Existe, por consiguiente, una lucha por la objetividad (por librarse de las ideologías parciales y falaces), y esta lucha es la misma lucha por la unificación del género humano. Por consiguiente, lo que los idealistas llaman «espíritu» no es un punto de partida, sino de llegada, el conjunto de las superestructuras en devenir hacia la unificación concreta y objetivamente universal, y no ya un presupuesto unitario, etc. La ciencia experimental ha ofrecido hasta ahora el terreno en el cual tal unidad cultural alcanzó el máximo de extensión...» (p. 146).

Es una manera de considerar las cosas que plantea inmediatamente el problema del marxismo como su-

perestructura. Sin embargo, dice Gramsci, hay «una diferencia fundamental entre la filosofía de la praxis y las otras filosofías: las otras ideologías son creaciones inorgánicas en tanto que contradictorias, porque están dirigidas a conciliar intereses opuestos y contradictorios; su «historicidad» será breve porque la contradicción aflora después de cada acontecimiento del que ha sido instrumento. La filosofía de la praxis, en cambio, no trata de resolver pacíficamente las contradicciones existentes en la historia y la sociedad; antes bien, es la teoría de tales contradicciones...» (p. 235). La filosofía de la praxis no apunta, pues, a «ponerles las bragas al mundo», como las filosofías idealistas (aunque fueron distintos los propósitos),²² a presentarse como síntesis ideal ilusoriamente resolutive de los contrastes reales. Al contrario, ella es «la conciencia plena de las contradicciones, a través de las cuales el filósofo, entendido individualmente o como grupo social entero, no sólo comprende las contradicciones, sino que se coloca a sí mismo como elemento de la contradicción, eleva este elemento a principio de conocimiento y, por lo tanto, de acción» (p. 99).

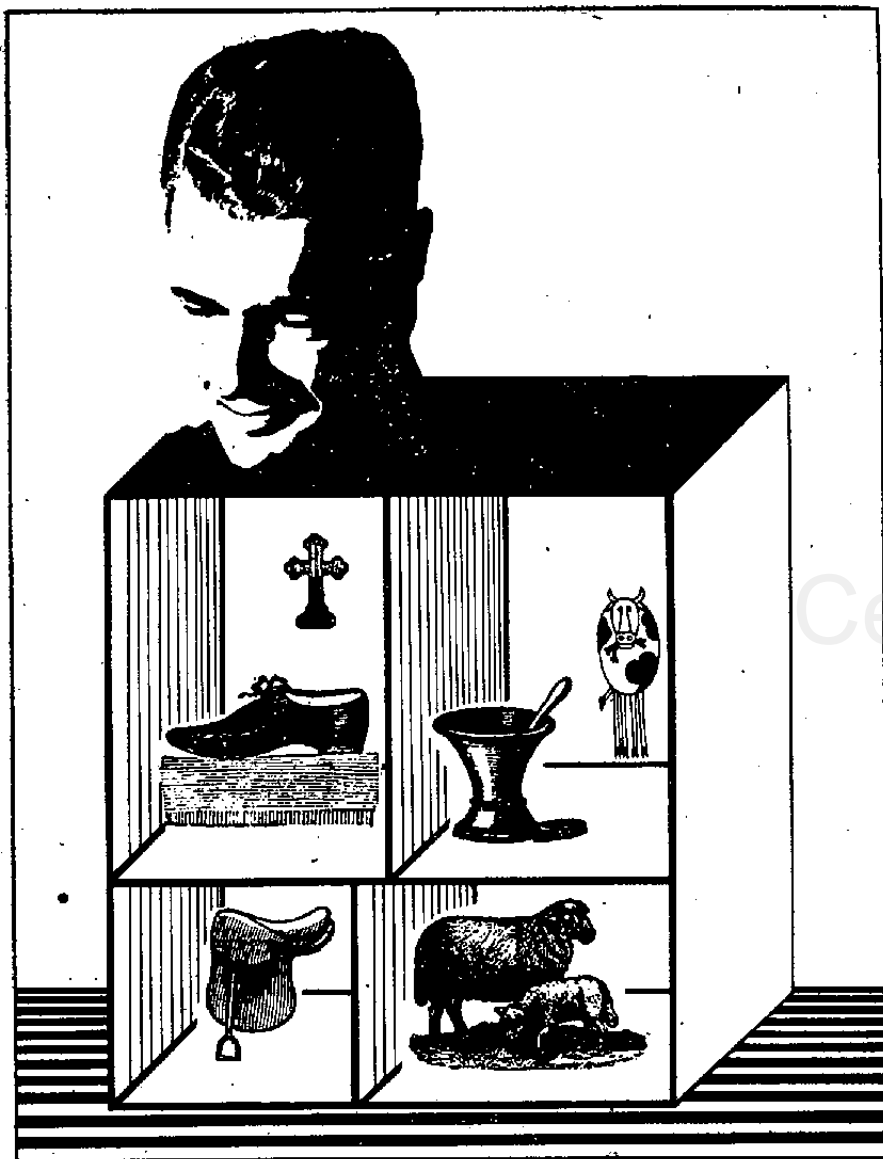
Aquí está el meollo de la manera en que Gramsci entiende la dialéctica, tal como él la había aprendido, si-

multáneamente, de su valiente experiencia de lucha y de la lección de los clásicos (obsérvese, en particular, el método con el cual Marx desarrolla la polémica contra Proudhon en *Miseria de la Filosofía*, considerada por Gramsci como un momento esencial de la formación de la «filosofía de la praxis».²³ De esta manera, la misma interpretación del marxismo como superestructura acentúa la irreductible autonomía filosófica y a la vez la historicidad (o «mundanidad» o «terrenidad») de toda exigencia absoluta puesta más allá del proceso de la experiencia humana. Al tomar nota de una afirmación de Graziadei, que presentaba a Marx «como la unión de una serie de científicos» Gramsci comenta: «Error fundamental: ninguno de los demás ha producido una concepción original e integral del mundo. Marx inicia intelectualmente una edad histórica que durará probablemente siglos; esto es, hasta la desaparición de la Sociedad política y el advenimiento de la Sociedad regulada. Sólo entonces su concepción del mundo será superada.» (p. 80)

Tomado de «Gramsci y el Marxismo».

²² La expresión «poner las bragas al mundo» retomada por Gramsci contra Croce para señalar el moderatismo de su filosofía, había sido empleada por el mismo Croce en la introducción al primer número de *La Crítica*.

²³ Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*,... ed. cit., p. 31. n.



¿Donde está la izquierda americana?

WILFRID MARTIN

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, Europa no conserva de los Estados Unidos más que una imagen política globalmente reaccionaria, ligada a una pasividad sin precedente de la clase obrera americana. Esta última, seducida por la prosperidad proverbial de un capitalismo gigante, no interviene jamás en la escena política, ni siquiera a través de los organismos liberales. La guerra de Corea constituía una prueba decisiva: mostró que el conjunto de los obreros estaban dispuestos a sostener una guerra abiertamente imperialista. Actualmente, mientras que la revuelta negra estremece las instituciones políticas de la burguesía (tanto las de los Estados Unidos policíacos del Sur

como las del Gobierno Federal), los burócratas obreros intentan cerrar de nuevo la brecha gracias a un acercamiento más estrecho con la Presidencia y el Congreso. Más aún: no sólo la revuelta negra y sus dirigentes denuncian abiertamente todo movimiento político blanco, sino que —y esto es una posición que, a primera vista, puede parecer reaccionaria— rehusa considerar que se pueda dar un paso de avance con la ayuda de los obreros blancos. Es preciso comprender, por ejemplo, que las protestas negras contra la segregación en la contratación de obreros, son contiendas dirigidas directamente contra los propios obreros blancos. Recientemente un líder negro atacaba a los diri-

gentes del CIO-AFL de Michigan, negándoles el derecho de marchar a la cabeza de la gran manifestación de Detroit. Esta agrupaba más de 100,000 personas y estaba organizada como eco a los sucesos de Birmingham. El diario sindical de la Ford respondió haciendo recordar el papel de rompedor desempeñado por la masa de parados negros en un momento en que, precisamente, durante los años 1940-1941, el sindicato combatía por organizarse en la casa Ford.

Al hacer esto, Stellato, dirigente de la sección sindical de la casa Ford, volvía a esgrimir y explotaba así, a cuenta de la política de la burocracia sindical, la división obrera que negros y blancos han estado sufriendo durante largas décadas de luchas. Se comprenderá fácilmente por qué esta división no puede sino recibir la bendición del gran capital, por qué el apoyo al Congreso y al Gobierno Federal, lejos de atenuar la competencia, la lucha entre obreros negros y blancos, no hace sino agudizarla, puesto que la contratación de negros, en la situación económica actual, no se puede hacer más que a costa de un aumento en la parte de parados blancos. Pues es efectivamente en estos términos «generosos» que el Gobierno se propone

dar a cada uno el «derecho» de trabajar.¹

El problema negro expresa, en sus aspectos esenciales, la actitud inmovilista y reaccionaria del movimiento obrero americano. Pero al mismo tiempo ha restablecido en la escena política a la izquierda americana en su conjunto.

Es a través de los medios estudiantiles y de los intelectuales que se ha emprendido una lucha organizada para la defensa de los derechos civiles. La experiencia de los «sit-ins» permitió a los liberales considerar formas de lucha práctica que tuvieron una repercusión enorme sobre la unidad de la vida política americana.

En particular contribuyó a devolver la confianza en una lucha de oposición a las diversas fuerzas de izquierda. Organizaciones tales como la SNCC fueron las chispas que pusieron en marcha una renovación de la vida política de izquierda, que prácticamente se había extinguido desde

¹ Se ha reconocido que la renta del negro es, por término medio, $\frac{1}{3}$ inferior a la del blanco. Que al negro le están prácticamente vedados los oficios que han logrado preservar privilegios y altos salarios, como es el caso de la albañilería, la plomería, la electricidad y la mayor parte de la tipografía. Es sobre todo en Nueva York y Filadelfia, donde recientemente los obreros blancos y negros del sector de la construcción han tenido sus choques. El salario de éstos es de 4 a 5 dólares por hora.

los años 50. En la hora actual no hay semana que transcurra sin alguna manifestación organizada en las principales ciudades industriales del Norte por diversos movimientos de la izquierda. No hay una revista que no comience a abrir en sus columnas discusiones sobre los movimientos radicales y las posibilidades de su desarrollo. Citemos, entre otras, la demostración del 20 de septiembre de 1963 en Nueva York, que agrupaba alrededor de seiscientas personas, para protestar contra los asesinatos de Birmingham. Una decena de organizaciones habían tomado esta iniciativa.² El hecho de que a un número relativamente elevado de organizaciones correspondiera un número efectivamente débil de participantes es muy característico de la actividad de esta izquierda: un espléndido aislamiento de las fuerzas esenciales del país. Esta constituye, al mismo tiempo, una excusa por la ausencia de lucha contra el imperialismo reaccionario.

Al fin y al cabo, este espléndido aislamiento aparece como un gesto de coraje ante la masa de las instituciones y de la ideología de la burguesía americana. Esto se ha manifestado particularmente en el momento de los incidentes raciales, acerca de los cuales escribía A. Schlessinger, en *La Nación*, que «el trabajo más signifi-

cativo y más palpable de la izquierda americana ha sido el apoyo a la lucha por los derechos civiles en los Estados Unidos».

Una izquierda aislada contra la ideología reinante del gran capital

Esta izquierda presenta en la vida política americana —sin prejuzgar su valor y su porvenir— una realidad que sería vano querer negar. Sus bases sociales son pequeño-burguesas, sobre todo entre las profesiones liberales y los intelectuales. Pero se manifiesta y tiene una cierta influencia entre la capa obrera de los «white-collar» y, tradicionalmente, entre los estudiantes. Para utilizar una mala imagen: constituye una mancha sobre la grisalla de la vida política de los aparatos burgueses, reforzados por el conformismo y la adaptación al poder de los medios de comunicación.

Toda la vida política americana se organiza siguiendo la línea general de «lo que es bueno para la General Motors es bueno para América». La prensa, la radio, la televisión constituyen órganos que hacen política.

² Entre estas organizaciones encontramos: Congress of Racial Equality, Student Non-Violent Co-ordinating Committee, National Committee for a Freedom Now Party, Young Socialist Alliance, Socialist Workers Party, Progressive Labor Movement. Esta manifestación fue brutalmente dispersada por la policía montada.

sobre la base de procedimientos publicitarios propuestos por Madison Avenue. Un gran sociólogo americano, C. W. Mills, decía en torno a esto que la política de las corporaciones carecía de imaginación, al extremo de no tener ya ningún contenido humanitario en sus pretensiones y en su expresión. Este nivel de descomposición de la vida política americana no encuentra equivalente alguno en Europa. Un lema de la compañía IBM, difundido por todos los Estados Unidos, lo resume con gran certeza:

* Este poderío de la propaganda no hace sino reemprender y prolongar la educación que da una enseñanza anquilosada y dominada por una inquietud permanente de anticomunismo de todo género. Se emplean ampliamente Biblias antirrojas en las escuelas. El reciente incidente en la universidad de Brandeis³ muestra el grado de presión y de control político sobre la universidad.

Es, de una manera general, contra la organización cada vez más totalitaria del régimen político, que se concentran las actividades y protestas de la izquierda. Esta identifica justamente ese desarrollo del régimen totalitario a las necesidades de las grandes corporaciones organizadas alrededor de Wall Street. Sobre este punto reclama un cambio social que pueda

encausar esta dominación. Sin embargo, las acciones emprendidas y la propaganda no ofrecen jamás una presentación de objetivos generales incluidos en un programa coherente.

Un término especial, en americano (N. del T.: el autor se refiere al idioma inglés hablado en los Estados Unidos propiamente), define este tipo de actividad «Single purpose movements».

Tomemos un ejemplo: movimientos de protesta, organizados por comités, hacen llamamientos a manifestaciones en las calles o delante de los edificios públicos sobre puntos precisos y limitados. Uno que otro incidente en la lucha de los negros, por ejemplo, provocará una agitación para poner en pie una protesta. El comité de apoyo agrupará, por un tiempo limitado, diversas corrientes de la izquierda. Esta izquierda ha emprendido así acciones en torno al desar-

* «World market - world peace».

³ Dos profesores, acusados de haber expresado públicamente posiciones favorables al régimen cubano y criticado la política estadounidense, fueron llevados a una situación en que tuvieron que dimitir. Otro suceso reciente, muestra del régimen policiaco en las universidades, se desarrolló en una universidad del Estado de Indiana. Tres estudiantes, miembros de la Young Socialist Alliance, fueron perseguidos bajo la acusación de haber invocado el derrocamiento del Gobierno, mediante la violencia, en el curso de una reunión de 125 personas, que tenía por tema la lucha de los negros por la igualdad.

me, contra la política exterior con respecto a Cuba y a través del Comité para la Defensa de Cuba. La misma se considera radical. Aunque existen notables divergencias entre las diversas organizaciones en cuanto al programa y a las perspectivas, esta izquierda se encuentra, en la práctica de su actividad, en las mismas posiciones ideológicas que provienen de las condiciones generales del capitalismo.

Una izquierda aislada, de las fuerzas obreras

Si se quisiera resumir en un rasgo lo histórico de la política obrera en los Estados Unidos, habría que concentrarla en torno a la explicación de una ausencia total de autonomía. Por autonomía entendemos una organización que se refuerza, y se construye, sobre la base de un programa que expresa y defiende intereses específicamente obreros.⁴

Los orígenes de esta situación se remontan al período del desarrollo de la gran industria. Marx subrayaba esta ausencia de autonomía, que explicaba por la apertura hacia el oeste y las posibilidades de triunfo ofrecidas a cada individuo. Además, la identificación del desarrollo del capitalismo con la construcción de la nación, ha contribuido a que las luchas se cristalicen a través de las diferentes capas obreras de inmigran-

tes, en formas étnicas, nacionales o religiosas. La clase obrera siempre ha estado, y permanece aún, hondamente marcada por divisiones profundas sobre puntos de intereses limitados, divisiones que siempre han beneficiado a la clase dominante, la cual supo imperar por medio de un sistema de democracia formal llevado hasta un alto grado de perfección.

Lo que llama fuertemente la atención en esta situación general es la separación de la masa obrera, organizada en el seno de los sindicatos, con respecto a la vida política de izquierda. Esta es la otra constante histórica del movimiento obrero. Desde 1880 hasta la Segunda Guerra Mundial, el movimiento obrero ha mostrado, en episodios cortos y siempre muy violentos, su capacidad de lucha por reivindicaciones que lo oponía a un Estado y un capitalismo cada vez más fuertes y más concentrados. El punto culminante fueron los años 30, durante los cuales las ideas socialistas penetraron en amplias capas obreras. Pero al mismo tiempo

⁴ Tabla según Bert Cochran en «American Labor in Mid-passage», Monthly Review Press, Nueva York, 1959.

Períodos de movilización obrera en los Sindicatos.

	Número de miembros	
1.- 1884-1886	110,000—	950,000
2.- 1897-1903	447,000—	1,914,000
3.- 1917-1920	3,061,000—	5,048,000
4.- 1934-1938	3,609,000—	8,000,000
5.- 1940-1943	8,500,000—	13,500,000

se confirmaba el descalabro de la construcción de un partido laborista capaz de concentrar y de defender los intereses generales de los obreros en la política del New Deal: el período de posguerra no fue más que una acentuación de la desmoralización creciente de la izquierda, que, no sabía hacer otra cosa que dar vueltas y más vueltas a sus descabros anteriores. C. Wright Mills fue quien mejor expresó esta situación política. En tres artículos,⁵ cuyos aspectos esenciales vamos a describir rápidamente, Mills denunció lo que él llama el feudalismo industrial, mostrando en particular la fusión entre el Estado y las Corporaciones en la constitución de «círculos dirigentes» (power elite) respaldadas por «militares metafísicos». Frente a, estas fuerzas, Mills ve una izquierda impotente que, aun cuando lograra constituir una tercera fuerza política, resultaría incapaz de efectuar un cambio cualquiera de las instituciones establecidas. Incapaz en particular de arrebatar al enemigo del pueblo un poder real en las decisiones históricas en que está comprometida la sociedad entera.

Mills cifraba grandes esperanzas en los movimientos militantes de la juventud estudiantil. El asigna a los intelectuales un papel primordial en el renacimiento de la izquierda, vién-

dolos como los únicos capaces de defender los valores de un humanismo tradicional. Sin embargo, éstos se encuentran en una situación en que son incapaces de participar directamente en la política:

«... No hay movimiento, de partido o de organización, en los Estados Unidos que tenga una oportunidad efectiva de influir en decisiones importantes y que esté al mismo tiempo abierto a los intelectuales. Siendo esto así, pienso que es una pérdida de tiempo y de talento, para los intelectuales americanos, sumirse en una política simplemente local y sin trascendencia, en nombre de la acción política independiente.»

Izquierda liberal contra izquierda radical

Esta crítica, dirigida indirectamente a toda una izquierda liberal, incluye a los dirigentes sindicales, a quienes Mills hacía violentos reproches en un libro escrito en 1948. Mostraba cómo los líderes combativos de los sindicatos industriales no practicaban más que un sindicalismo ideológico, que subordinaba los intereses de los trabajadores a intereses nacionales. Mos-

⁵ «The Decline of the Left» (contact No. 3), 1959.
«Letter of the New Left» (New Left Review, No. 5), 1960.
«On the New Left» (Studies on the Left, Vol. II, No. 1).

traba además que el sindicalismo se condensaba en tres niveles, en apariencia independientes. De un lado la fábrica o el mercado de trabajo local, del otro una economía política nacional: entre ambos, el sindicalismo en las empresas donde, desde los años 30, han tenido lugar las luchas del CIO. Las dificultades que se originan a partir del plan de la empresa o del mercado local de trabajo ya no pueden hallar eco en la organización sindical, subordinada a una colaboración con el Gobierno Federal. En la situación actual se desarrollan conflictos agudos y no encuentran otra solución que una revuelta a nivel de talleres, donde la huelga salvaje es rápidamente combatida y derrotada.

La izquierda liberal se expresa igualmente en diversas organizaciones que han recibido, tradicionalmente, el apoyo del Labor: El NACP aparece como grupo de presión y de ayuda mutua, sin estructura militante real ni programa. Asimismo la lucha por la paz, que es una de las constantes de los movimientos de izquierda, se cristalizó alrededor de una organización bajo la dirección de Norman Thoman y no agrupa menos de 30 organizaciones pacifistas: es la Turn Toward Peace.

Esta organización descansa sobre un programa de seis puntos en que cul-

minan las posiciones más derechistas y más deformes del pacifismo:

Un nuevo derecho internacional, una mejor ayuda a los países subdesarrollados, una planificación económica que haga posible el desarme, el control del armamento, un refuerzo de la ONU, el desarrollo de métodos no violentos de defensa de las libertades.

Esta izquierda liberal, que recibe el apoyo de la burocracia sindical, está constituida por toda la sección tradicionalista (N. del T.: en francés, *bienséant*) de aquellos que quieren oponer a la política de los dos grandes partidos americanos una tercera fuerza de presión, leal. Desde REUTHER hasta KING, pasando por diversos grupos de izquierda del Partido Demócrata, se encuentran los combatientes y opositores leales al régimen, que tienen necesidad de desprenderse de la política fosilizada de los dos grandes partidos.

Es así que los burócratas obreros, después de la reunificación de la antigua AFL y del CIO, constituyeron un comité de coordinación política (CIO-PAC) encargado de preparar una línea de participación en la política del Partido Demócrata, considerando el hecho de que los intereses obreros deben regirse «políticamente» y en un plano de conjunto, en

armonía con los intereses generales de la nación.

Su línea estratégica es hacer presión sobre el Congreso para el restablecimiento de la limitación de los derechos sindicales (supresión de la ley «Taft-Harley»); a pesar de la presencia en Washington del propio grupo del presidente Truman en 1947.

Esta ley reglamenta el derecho de huelga y su mira, como fue explicado en el preámbulo, era sostener «el libre movimiento del comercio» mediante el apoyo a los acuerdos patronales. La misma prohíbe a los sindicatos desarrollar el control de la contratación («closed-shop»), negarse a reconocer los sindicatos cuando otro de ellos fuere reconocido. Los sindicatos pueden ser demandados ante la Corte de Justicia por la ruptura de los contratos, el boicot ilegal o las huelgas. Otorga poder al Ministro de Justicia para suspender una huelga por ochenta días, durante los cuales el Gobierno Federal intenta lograr un compromiso. La misma comprende además toda una serie de cláusulas, entre otras la limitación de la acción política en el interior y por medio de los sindicatos. Esta derrota abrasadora y vergonzosa de la burocracia obrera no la detuvo en su colaboración política con el Gobierno, justificando su actividad ante los obreros con temas demagógicos, ta-

les como esta expresión clásica que perdura en el interior del sindicato automovilístico (UAW): «Un simple punto más y 'Lansing Washington' puede suprimir todas las ventajas adquiridas por los acuerdos de empresa o por la vía de las reivindicaciones».

Armas más inteligentes que la huelga

Esta política pretende defenderse contra las leyes antiobreras y luchar contra la influencia creciente del gran capital en el Gobierno. No ha sido más que una serie de derrotas lamentables. Citemos en particular, recientemente, bajo la administración Kennedy, la ley «Kennedy-Lundrum-Griffin», que somete los sindicatos a otros controles. Parece, en la coyuntura actual, que el Gobierno no quiere tolerar la menor huelga de importancia y contempla la toma de medidas más severas que llegan hasta la supresión pura y simple del derecho de huelga. Una conclusión del *Times* (1.º de marzo de 1963) tiene muy en cuenta esta voluntad del patronato cuando hace un llamado, bajo tolerancia, a los sindicatos, en estos términos: «... Otra solución sugerida es que el Congreso vote una legislación que restrinja el derecho de huelga; la misma puede ser peligrosa, pues un sindicalismo efectivo

es vital para el sistema americano de la libre empresa y la huelga es el arma última de los trabajadores». «El público», escribe Shultz, 'necesita un poco más de tolerancia para con las huelgas, para con los aspectos irritantes de la situación. Algunas huelgas son necesarias para un sistema económico en buen estado de salud». «Eso es cierto», concluye el *Times*, mas, como lo ha hecho ver la batalla de la prensa en Nueva York, el arte de las huelgas no debería ser utilizado por cualquier motivo. Como la tolerancia pública comienza a cansarse, el sindicalismo debe buscar y emplear armas más inteligentes, si espera recobrar su propia salud y el favor de la gente.

Es esta lección la que parece haber aprendido, comprendido y recitado Meany, en el último Congreso de la AFL-CIO, declarándose abiertamente partidario de un programa de armamento y de defensa, planteando el problema de la seguridad de los Estados Unidos como el **problema capital** y apoyando abiertamente las posiciones del Gobierno Federal.

Mas el margen de «autonomía» dejado a los burócratas americanos con relación a la política federal se reduce cada vez más, al mismo tiempo que se acrecientan los problemas planteados a la base obrera en las empresas (aceleración del rendimien-

tó —paro forzoso— automatización]. Parece claro que, en un corto término, estos «líderes obreros» serán llamados ora a devenir una agencia directa del Estado, ora a intentar la maniobra última de un reagrupamiento de las fuerzas de la izquierda liberal. Reuther ha mantenido, tradicionalmente, posiciones izquierdizantes con respecto a Meany. Podía llegar a ser una de las cabezas de fila de esta tercera fuerza política, antiguo tema político ideológico, transportado a diversos medios liberales:

De cualquier manera será preciso que los demócratas sindicales resuelvan un problema cada vez más urgente: la baja de los efectivos sindicales, baja tanto más inquietante cuanto que las tentativas muy costosas hechas para organizar los sindicatos en sectores, hasta el momento no explorados (tales como las zonas industriales del Sur y capas de obreros no calificados, lo mismo que los empleados de oficina), tuvieron por saldo un fracaso flagrante.⁶

La izquierda radical no es un competidor serio. Ella misma se halla más

⁶ El vuelco numérico de los miembros de la AFL-CIO se expresa por medio de las cifras siguientes:

1955:	15 000 000
1957:	12 800 000
1963:	12 400 000

El número de trabajadores aumenta durante el mismo período.

aislada del movimiento obrero y de organizaciones tales como la NACP, el Trade-Union Leadership Councils, que han tenido conexiones constantes con la burocracia sindical.

En lo inmediato, una especie de frente liberal podría agrupar a los defensores de las libertades democráticas, sobre la base de un programa «popular» que vincule la defensa de los derechos civiles al establecimiento de una mayoría reaccionaria en el Congreso. Se sobreentiende que esta solución no podría ser contemplada por el gran capitalismo más que si los aparatos de ambos partidos tradicionales se mostrasen incapaces de dominar las discordias internas.

La otra posibilidad reúne los afanes de una izquierda más radical. La creación de un partido laborista que expresaría los intereses propios de la clase obrera y garantizaría a ésta su autonomía política. Sin embargo esta izquierda, a causa de su aislamiento, está bien lejos de contemplar prácticamente la construcción de semejante partido. Las tendencias de la izquierda radical quieren hablar en nombre de los obreros sin haber realmente encontrado, jamás, apoyo alguno en sus organizaciones. El punto central de sus posiciones se expresa en la apreciación de las posibilidades de evolución de las direcciones sindicales: entre las posiciones más

categorías, la del Socialist Workers Party, que condena en bloque al sindicato como una fuerza reaccionaria y totalmente asimilada a los aparatos políticos del gran capital.

La del Movimiento Obrero Progresivo, relativamente favorable a los dirigentes obreros, llama a una mayor unidad de los sindicatos obreros y propone la estrategia siguiente:

1ro. El establecimiento de una segunda federación del trabajo basada en las secciones más avanzadas del movimiento obrero (hay aquí un llamado a la unidad de los sindicatos de izquierda con los sindicatos que han permanecido fuera de la AFL-CIO.⁷

2do. El desarrollo de un movimiento político independiente en el Sur en torno a los problemas de razas y de clases.

3to. La creación de un partido socialista revolucionario.

Este agrupamiento, que pretende ser marxista, está limitado a un pequeño círculo de influencia prácticamente

⁷ Estos sindicatos agrupan alrededor de 4 millones de obreros. El sindicato más poderoso es el de los camioneros, dirigidos por el célebre Jimmy Hoffa. A continuación vienen tres sindicatos que figuraban previamente en el CIO. Son:

—la United Electrical and Machine Workers of America (UE).
—the Mine, Mill y Smelter Workers Union (UMM and SWU).
—International Longshoremen and Warehousemen Union (ILWU).

nula que vive en una agitación local; su programa es un amasijo de fórmulas transportadas a la izquierda y presenta una mezcla curiosa de oportunismo y de ultraizquierdismo.

Citemos otros dos grupos de influencia, organizados en torno a dos revistas: *Monthly Review* y *Studies on the Left*. El primero busca, a través de discusiones bastante académicas, las causas y las razones del «callejón sin salida» al cual ha llegado el movimiento obrero.

El segundo se desarrolló a partir de un grupo de intelectuales de la Universidad de Wisconsin; contempla, en términos muy vagos, la construcción de una nueva izquierda.

En cuanto al propio Partido Comunista Americano, éste no tiene una posición diferente con respecto a esta izquierda liberal de la que hablabamos anteriormente.

La izquierda y el problema negro

En una entrevista concedida a la revista *Studies on the Left* en 1962, Robert F. Williams, iniciador de la autodefensa armada en el Sur, predecía, evocando el devenir del movimiento negro, que «esto va a una velocidad tal que vamos a dejar tras nosotros a todos los liberales y a los supuestos grupos radicales. Cuando

vengan a entender las cosas, estaremos ya demasiado lejos delante de ellos. En tal caso, ya lo ven ustedes, para entonces no tendrán ellos contribución alguna que aportar a nuestro movimiento».

Lo menos que se puede decir es que el movimiento negro se desarrolló, también en ese caso, al margen de todo contacto o influencia real de la izquierda. La Revolución Cubana o las revueltas negras de África han sido factores bastante más efectivos en la radicalización que todas las manifestaciones o propagandas de la izquierda. Se puede incluso anticipar que la desconfianza para con los «radicales blancos» contribuyó a mantener esta ausencia de influjo. Está del todo claro que se forman «leaders» negros a través de los movimientos de protesta y que éstos no deben nada, ni en su programa ni en su línea general, a la izquierda.

No nos extenderemos sobre las condiciones propias de la lucha de los negros, sino que nada más precisaremos por qué se orienta en la actualidad la izquierda, muy pragmáticamente, hacia dos posiciones que tienen, sin embargo, un punto común: realizar la unidad de los diferentes movimientos negros, con vistas a una lucha nacional más poderosa, para obtener resultados inmediatos. Estas dos posiciones divergen en cuanto a

las perspectivas y a los programas: la primera se expresa por la voz del TULC (Trade Unions Leadership Councils), que es un agrupamiento de alrededor de ocho mil sindicalistas negros con sede en Detroit.

Haciendo una política de reivindicaciones autónomas de los obreros negros⁸, el TULC se dirige a diversas tendencias de la izquierda para proponerles una lucha común. Más particularmente a las direcciones sindicales, sentando a las claras el problema de la competencia entre obreros blancos y obreros negros en la situación actual y proponiendo a los sindicatos batirse sobre una plataforma que exprese intereses comunes.

Una carta abierta, dirigida a Meany y a Reuther, les proponía comenzar una campaña contra las horas suplementarias y por una reducción de la jornada de trabajo, por una organización de los obreros parados; ésta concluía pidiéndoles que asumieran sus responsabilidades en lo concerniente a la clase obrera blanca, pues, en cuanto a ellos, estaban decididos a ir hasta el extremo para satisfacer los problemas obreros negros.⁹

La segunda se expresa a través de la organización de un partido, «Freedom Now», que hasta el momento no ha hecho el balance de sus fuerzas,¹⁰ pero agrupa un cierto número

de dirigentes negros en las ciudades obreras del Norte. Sus objetivos inmediatos serían la preparación de una batalla electoral contra los dos grandes partidos burgueses. Su programa sigue siendo, sin embargo, incierto y no expresa muy bien los vínculos entre las reivindicaciones negras y sus objetivos políticos generales.

La declaración de Washington (28 de agosto de 1963) presenta a este partido como «... desvinculado de los intereses creados y capaz de promover cambios económicos de base que darán a cada quien trabajo adecuado, vivienda y educación». Este se propone igualmente poner fin al racismo, «a la explotación y al colonialismo».

De hecho, este partido se resume en un intento de evitar la dispersión de las luchas negras para concentrarlas

⁸ Esta organización apoya al mismo tiempo la NAACP.

⁹ Carta abierta que ocasionó en la sección sindical de la Ford toda una campaña racista por parte de su presidente. El último trimestre de 1963 vio extenderse la discusión hasta los dirigentes sindicales, que se opusieron a esa declaración, pero no pública ni abiertamente.

¹⁰ Esta organización se denomina «National Committee for a Freedom Now Party». Tiene su sede en Nueva York, pero según parece lo esencial de su actividad tiene lugar en Detroit, a juzgar por el hecho de que el único folleto publicado hasta el presente proviene de este sitio. William Worthy, periodista negro, es su presidente.

en una oposición nacional al Gobierno Federal.

Estas dos posiciones muestran que la izquierda no se halla en condiciones de lanzar un programa que pueda unir, en una lucha coherente, intereses que son en apariencia divergentes.

El afán de alinearse en los términos inmediatos de la lucha, sin abrir perspectivas, es señal de una actitud totalmente empírica ante la realidad social. El partido Freedom Now intenta así empeñarse en una política nacional inspirada en esta idea:

Nuestros hermanos africanos nos han mostrado cómo ganar la libertad; su técnica principal: una acción política exclusivamente negra.

Está claro que, en la situación general que hemos analizado, una política nacional basada en la defensa autónoma de una capa minoritaria, no sólo no tiene oportunidad alguna de lograr conquistar ventajas, sino, lo que es más grave, que conduce a acentuar la división en el interior de las capas obreras, que se encuentran amenazadas por el mismo adversario.

Es a esta situación a la que trata de hacer frente la TULC proponiendo a las corrientes de la izquierda liberal ni más ni menos que invertir la marcha y apoyarse en las reivindicaciones comunes de los obreros; renun-

ciando a una política de apoyo al Gobierno. Puede uno preguntarse si esta perspectiva, que tiene la ventaja de mostrar puntos de apoyo precisos al refuerzo de la lucha, puede contar con las fuerzas liberales para organizar lo que sería el esbozo de una gran ola de huelgas y de reivindicaciones generales de los obreros.

El gran capital no puede tolerar semejante política y es propio del liberalismo el ser tolerado por el gran capital. Este es el punto de vista del Times, que demanda aún una nueva restricción del derecho de huelga.

En corto plazo, la lucha social plantea a la izquierda una alternativa que ésta parece incapaz de comprender: o bien vincularse de manera inmediata y empírica con las diversas revueltas y corrientes que se desarrollan actualmente, en tanto que sigue definiendo la lucha de manera limitada, o bien contemplar una propaganda activa, basada en un programa que vincule el conjunto de los intereses y proponga perspectivas comunes a los obreros, es decir que intente, por vez primera, poner en práctica un verdadero programa autónomo de la clase obrera.

Desde ese punto de vista, estos problemas no han pasado inadvertidos para un cierto número de militantes de la izquierda. En particular el Socialist Workers Party, que ha mante-

nido desde los años 40 la proposición de organizar un partido laborista, basándose en un programa que comporte reivindicaciones como la semana de treinta horas, a pagar cuarenta, susceptible de ofrecer una solución a la crisis actual.

El *Monthly Review*, por su lado, acaba de publicar un libro que abre la discusión sobre el mismo punto: reúne las notas de un obrero negro americano de la industria automovilística de Detroit. Más abajo publicamos extractos de las mismas. Hemos creído que esto es interesante en dos aspectos esenciales.

Las reflexiones de este militante de izquierda representan la «imaginación» en política, cuya ausencia deploraba Mills en la política de Kennedy. En el sentido, empero, de que su profundidad y su solidez provienen de la experiencia larga y constante a la que se ha visto enfrentado el autor. Esto lo conduce a la visión de una estrategia de la lucha de clases a partir de las insuficiencias y divisiones que se manifiestan cada vez con mayor agudeza, ligado ello a la comprensión de que es la totalidad del sistema la que se enfrenta a las aspiraciones y las reivindicaciones locales. El autor vive en el corazón de la región industrial, donde se concentran los problemas sociales de

todos los Estados Unidos. Puede decirse, en respuesta a la política del Sindicato, que la vida americana se desplaza igualmente de Washington y Dallas hacia la región de los lagos y Detroit. Como Harlem actualmente se está convirtiendo en el centro vivo de la política racial en Nueva York. El autor, obrero en la industria automovilística, se encuentra en el núcleo de la célula más viviente de la clase obrera americana, representada por el sindicato de la industria automovilística, que es para él lo que él llama, sin mayor precisión, *El Sindicato*.

Sin embargo, nos permitiremos hacer algunas reflexiones en cuanto a las perspectivas de las luchas contempladas por el autor. En particular, nos parece que un rechazo en bloque del Sindicato no toma en consideración el hecho de que éste constituye la única forma de organización existente en la actualidad. Los obreros aún no han experimentado la imposibilidad de la lucha en el interior de los sindicatos y en particular la de su política de unión y de apoyo en el seno del Partido Demócrata. La lucha de los años 30 y de la guerra no se ha borrado definitivamente de la conciencia de los obreros. La burocracia no puede ser denunciada más que en el interior de los sindicatos y por medio de sus fracasos.

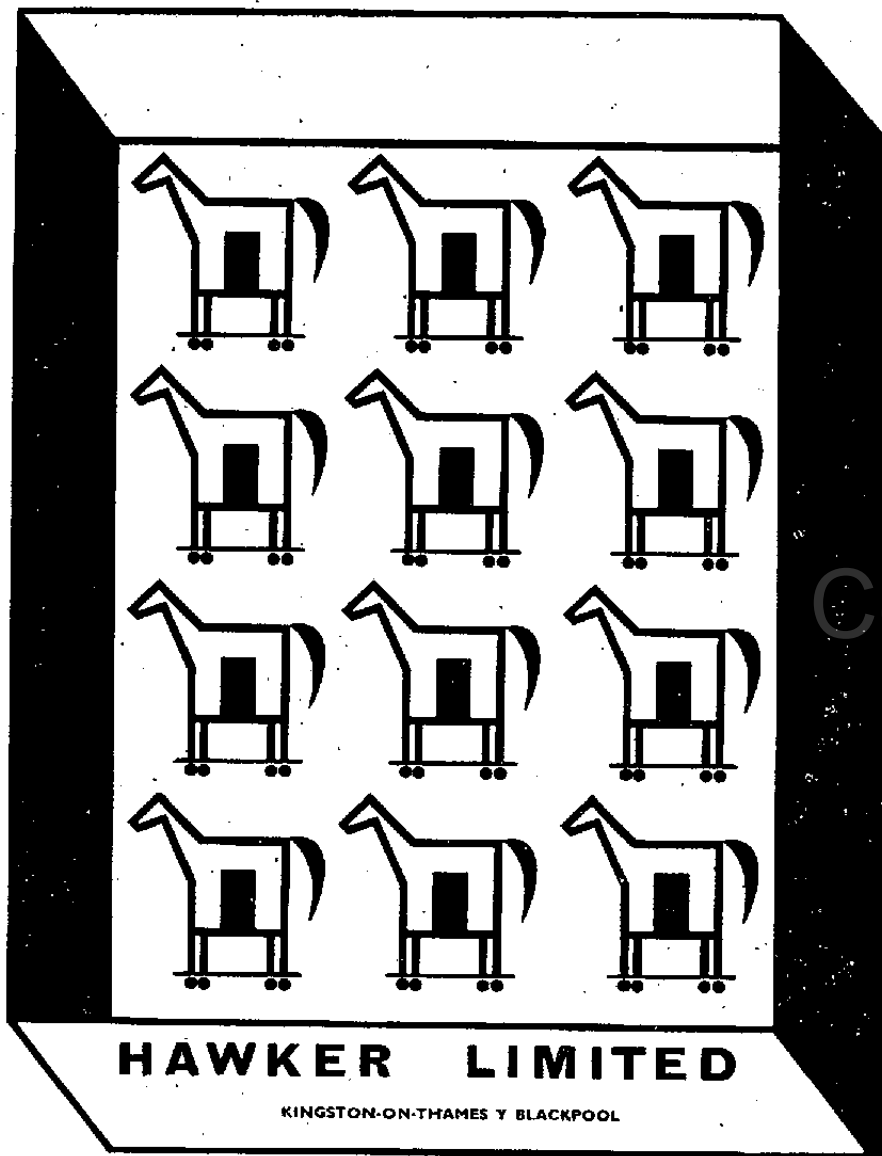
En este sentido, no hay solución alguna si ésta no parte de las condiciones actuales. La nota más utópica en esta posición proviene del hecho de que no se puede contemplar, en las condiciones actuales, forma alguna de realización efectiva de esta «democracia para *the many*». O si no, hay que ir a parar entonces a las perspectivas más idealistas, como las de C. Wright Mills, que propone «volver a dar un contenido a la democracia formal obrando en su propio marco». Lo que requiere una «crítica sin compromisos de la cultura establecida, desde el punto de vista de lo que los pretensos hombres de negocios prácticos denominan los ideales utópicos. Para Mills esta acción de los intelectuales consiste en ofrecer una «nueva definición de la realidad» y si ellos (los intelectuales) no definen de nuevo la realidad, ¿quién lo hará?

La realidad aparece con mayor claridad a través de las páginas de James Boggs. Esta aparece entre los obreros víctimas de un sistema en el cual ven, sin embargo, amplias posibilidades de desarrollo de la satisfacción de sus necesidades. Obreros, empero, impotentes asimismo para organizar una lucha contra un enemigo que dispone de fuerzas centralizadas y poderosas. El tema central del libro de Boggs reside en la

imposibilidad de establecerlo que denomina «*human relations*». De hecho, esto corresponde a la constatación de la división profunda entre las capas obreras y a la ausencia de un programa capaz de vincular las perspectivas del socialismo con las condiciones presentes, tanto políticas como materiales. Es decir, un programa que rebase cada condición particular para denunciar, por medio de estas condiciones, la naturaleza misma del sistema capitalista que demuestra ser incapaz de desarrollar, para la satisfacción de todos, formas superiores de producción. Este programa puede elaborarse mediante una expresión teórica y práctica de las luchas actuales. Mas no en un sentido empírico. Para eso, es menester que la teoría contemple su crítica del régimen actual como una totalidad que no halla expresión más que en la práctica de las luchas sociales. La teoría debe rehuir como a la peste toda tentativa de conclusión parcial que se revele como **positiva**. Este positivismo conduce a la aventura «cultural» de Mills. En ese sentido, este cuaderno permanece **inconcluso**.

Où est la gauche Americaine?
(Wilfrid Martin)

Partisans (No. 14, febrero-marzo de 1965).



La antropología estructuralista y la historia

MICHEL-PIERRE EDMOND

Se mete un poco en todas partes un gran ruido en torno al «estructuralismo». Este término quiere decir más que un medio de investigación metódica de una realidad social original. Connota una metodología e implícitamente una determinada visión (más bien que teoría) total del hombre. Sirve de base, sea como fuere, a discusiones acerca de la naturaleza propia del espíritu humano, del comportamiento global del hombre y de su situación en una organización social. Se nos puede decir —pienso en el propio Lévi-Strauss— que el estructuralismo no es más que un método limitado; pero hay que constatar que no se puede aislar un método en sí y que todo método se

ha transformado pronto en un contenido ideológico. Varias razones invitan, por demás, a este deslizamiento del concepto metodológico al concepto de realidad u ontológico.

Los límites de la historia en la interpretación de las sociedades sin textos

Desde 1949, Lévi-Strauss planteó el problema de las relaciones entre la etnología y la historia. ¿Por qué? Porque la historia, que significa, por una parte, un método dado y, por otra determinada conciencia o determinado tipo de mentalidad, parece resultar incapaz de captar la originalidad propia de determinadas formas de vida y de organización sociales.

El historiador requiere documentos escritos y puntos de orientación cronológicos. Ciertas sociedades, llamadas «primitivas», escapan a estos dos datos. Por consiguiente, hay que buscar un tipo de investigación que no sólo tenga en cuenta esta carencia, sino sobre todo que no afecte a ésta con un coeficiente de inferioridad.

Dos ciencias permiten, pues, a la etnología construir un método: la lingüística y la técnica clínica de la entrevista. El dominio de investigación se reduce a las fuentes orales y no escritas, a los documentos tecnológicos, más que técnicos, y a ciertas formas de organización social cristalizadas y consideradas en sí mismas como reveladoras de la naturaleza original de esas sociedades (formas de parentesco, de cambio, de circulación de bienes y de personas, etc.)

El «mal del siglo» y la desoccidentalización de la cultura científica

El atractivo de la etnología para ciertos jóvenes intelectuales es un fenómeno indiscutible, que merecería ser analizado en sí mismo. La explotación metódica de sociedades diferentes de la sociedad europea responde a motivaciones «científicamente impuras». Necesidad de desarraigo (N. del T.: *dépaysement*, extrañamiento

con respecto al país propio o, en sentido fig., en general) de purificación intelectual, de retorno a ciertos orígenes, afán un poco paternalista de igualitarismo, vago complejo del Blanco con respecto al No Blanco, otros tantos móviles reales. Habría que añadirles ciertas esperanzas que se proyectan sobre esta nueva «América» del siglo XX. El intelectual de Occidente (o, cuando menos, algunos de ellos) se siente un alma de nómada, nómada de las culturas que pasan, pero donde se halla implicado de la manera más íntima. La búsqueda metodológica se ve en vuelta, pues, en una desazón que revela cierto desorden en el seno de esta visión total del hombre que la sociedad europea se ha formado históricamente.

Podría encontrarse en la evolución actual del pensamiento-marxista occidental (en menor medida, es cierto, y por razones muy diferentes) cierta desazón metodológica: la investigación de los textos de Marx y de Engels sobre el modo de producción asiático, los matices aportados a la teoría de los «estadios» y a una concepción excesivamente lineal de la evolución económica y social de los países europeos y no europeos, constituyen índices sobre los cuales sería útil reflexionar. La pregunta que plantean los etnólogos a la historia

admite ciertas analogías con la que los marxistas plantean a **El capital**: ¿En qué medida es apto nuestro modo de pensamiento propiamente histórico para permitirnos comunicarnos con modos de pensamiento no históricos? ... ¿En qué medida permite el carácter histórico de **El Capital** una universalización de su contenido, no sólo para la sociedad europea de hoy, sino para las sociedades que, a excepción de Europa, han conocido un desarrollo diferente? En ambos casos, es la **diferencia** la que plantea un problema.

Ciertamente los dominios de investigación no son idénticos, pues no son tanto las sociedades arcaicas las que retienen primero el pensamiento marxista, sino las sociedades que no han tenido el mismo modo de producción que Europa y que, por ciertos aspectos, implican tales elementos arcaicos.

El método es, en fin, diferente; en el caso de la etnología, el método histórico es precisamente el que plantea el problema; según el pensamiento marxista, sólo la historia puede permitirnos comprender esos desarrollos socioeconómicos desiguales.

El proceso de la historia

La discusión sobre el método incrimina su génesis histórica. Puede afirmarse, en efecto, que la cultura occi-

dental encuentra cierto coronamiento en el método histórico y en la conciencia que la subtiende. Desde este punto de vista, puede diferenciarse las sociedades entre las que hacen su propia historia y las que no la hacen. Se me dirá que la mentalidad mágica reemplaza, si cabe, la conciencia histórica en las sociedades «arcaicas» y que esta mentalidad refleja determinado estado de equilibrio del grupo. Pero esta conciencia y este método histórico tienen una historia y la misma se ha desarrollado en un tiempo y en un lugar determinado: la historia —en el sentido científico del término— nació en Europa en el siglo XIX. Esta constatación está cargada de sentido. Significa que la historia no nació en cualquier parte, de cualquier modo, en cualquier momento; que, por consiguiente, su nacimiento no es un fenómeno arbitrario. El problema consiste en investigar el porqué de esta doble ubicación en el tiempo y en el espacio. Ahora bien, todo el espíritu del etnólogo tiende a negar el valor universal de esta aparición histórica, **relativizando de manera radical y extrema el origen temporal y geográfico de la historia**. Todo el problema de la comunicación de las mentalidades culturales se plantea aquí sobre el modelo de la comunicación de las

conciencias: la permutación de los espectadores y la simpatía son entonces la clave de bóveda del método, menos que una «ciencia de tontos», la cronología se convierte en una ciencia inútil, aun más, en un obstáculo: en breve, parte de una mentalidad, entre otras mentalidades, y no resulta en absoluto evidente que la primera, no sólo pueda comprender a la segunda, sino más aun, englobarla. La incriminación de la historia es, pues, la incriminación del pensamiento occidental y, por ende, de Occidente en carne y hueso: las ideologías implícitas o sistematizadas que remiten a las sociedades que expresan no cabe duda de que son dos universos que se enfrentan. Pero, como la investigación postula una comunicación posible entre ambos, será preciso plantear, a título de hipótesis de trabajo que devendrá muy rápidamente un postulado, un puente, un denominador común, que escape, por su propia naturaleza, al desarrollo cronológico e histórico, en resumen, un invariante extratemporal, lugar geométrico de toda cultura y de todo comportamiento colectivo: el **Inconciente**. Hemos, pues, pasado del concepto metodológico al concepto de ser. En tal perspectiva, tanto el nacimiento de la mentalidad histórica, como el de la mentalidad no-histórica, aparece como «actua-

lizaciones» relativas y parciales de un modelo extrahistórico, cuya historia se rehúsa hacer, puesto que él es toda virtualidad, toda posibilidad. La ciencia de los posibles reemplaza entonces a la historia desfalleciente.

Toda idea de progresión es rechazada, no para regresar a la de involución de las sociedades humanas: es la realidad del tiempo mismo la que es puesta entre paréntesis; las culturas son, por esencia, **yuxtapuestas**; es todo lo que se puede afirmar.

Ley del desarrollo económico desigual y «sociedades-niñas»

Universalizar el valor de la ciencia, incluida y sobre todo la ciencia histórica, es admitir el aspecto acumulativo de la historia, es reconocer la existencia de un progreso en el conocimiento y, por consiguiente, del dato¹ social que éste expresa. El pensamiento antropológico hace estallar, de hecho, la **unidad del conocimiento científico** de hoy, aceptando sin espíritu crítico ciertas de sus ramas (matemáticas, lingüística, psicología, etnología) cuyo alcance metodológico universaliza, puesto que las utiliza en el conocimiento de las sociedades «arcaicas», y relativizando de manera radical otras ramas de

¹ donné: condiciones dadas, estado actual o dado (N. del T.)

la ciencia, entre ellas la historia. Ahora bien, el desarrollo de la historia es indisoluble de la totalidad de las ciencias; ella es, además, de aparición posterior con respecto al resto de las ciencias exactas; éstas, precisamente, han **proporcionado los puntos de apoyo** indispensables a su nacimiento. Las condiciones objetivas que han permitido, poco a poco, la formación de un espíritu científico, de un utillaje mental perfeccionado, son las mismas que fueron la tierra natal de la historia y —nos es preciso agregar enseguida— de todas las «ciencias sociales» modernas, comprendidas la etnología, la antropología, etc. ¿Quién practica la antropología? Ese «salvaje» o el europeo del siglo XX. ¿Quién, asimismo, intenta «racionalizar» la mentalidad arcaica?

La antropología, también, que incrimina a la historia, comparte con ésta la misma filiación materna: la sociedad europea industrial. La antropología quiere ser ciencia de la «diferencia»; mas la diferencia fundamental reside en el hecho de que sólo la sociedad industrial ha podido engendrar la historia y la antropología. Es, por consiguiente, de la reflexión de esta sociedad sobre sí misma, de una sociedad que puede hacer su propia historia, que se toma como objeto de estudios múltiples en todos los niveles de su realidad,

de donde han nacido estas segundas reflexiones: la etnología y la antropología. Es en nombre de una racionalidad científica cuyas etapas de formación precisa la historia, que la etnología puede pretender descubrir una racionalidad salvaje. Pero esa racionalidad salvaje no puede efectuar la misma operación: es una «racionalidad» que no dice nada sobre sí misma y a **fortiori** sobre las demás.

No admitir un progreso en el conocimiento, de la mentalidad imaginativa al pensamiento categorial, es condenarse a no decir nada, a menos que se encuentre un método que permita una interpretación mítica del mite... Hipótesis absurda. Admitir un progreso en el conocimiento, ¿no es reintroducir la idea, o más bien la realidad, de una progresión en el dato² social? El problema planteado aquí puede resumirse de este modo.

¿Se puede o no disociar un progreso en la racionalización y un progreso de la racionalidad? O, dicho aun de otro modo: ¿implica el hecho de que la sociedad burguesa se racionalice mediante las ciencias su carácter racional? El pensamiento marxista, por su parte, plantea este problema relativizándolo en la historia. Marx, en **El capital**, racionaliza una sociedad que juzga irracional o, más precisa-

² Ver Nota en p. 4 (N. del T.)

mente, que considera esencialmente desequilibrada. Pero, por otra parte, este nuevo desequilibrio socioeconómico y humano marca un progreso con respecto a las realizaciones históricas anteriores y, desde este punto de vista, tanto la racionalización como la racionalidad son cumulativas.

Se piensa, seguramente, en Hegel; yo citaré más bien a Marx, en un pasaje célebre de su **Introducción a la Contribución a la crítica de la economía política**:

«Lo que se llama desarrollo histórico reposa sobre el hecho de que la última forma considera las formas pasadas como etapas que conducen a su propio grado de desarrollo... La economía política burguesa no llegó a comprender las sociedades feudales, antiguas, orientales, sino desde el día en que hubo comenzado la **autocrítica** de la sociedad burguesa... La anatomía del hombre es la clave de la anatomía del mono; así la economía burguesa nos brinda la clave de la economía antigua, etc. Pero no a la manera de los economistas que borrarán las diferencias históricas y **ven en todas las formas de sociedades las de la sociedad burguesa** (ps. 169-170)... Es una regla que hay que observar... que las categorías expresan formas de existencia, con-

diciones de existencia determinadas.»

Para hacer sentir mejor la importancia de este pasaje, comparémoslo con estas reflexiones sobre el arte (p. 175): «La dificultad no consiste en comprender que el arte griego y la epopeya están ligados a ciertas formas del desarrollo social. La dificultad reside en el hecho de que nos brindan aún un disfrute estético y que tienen aún para nosotros, desde cierto punto de vista, el valor de **normas y de modelos inaccesibles**».

Si semejante comunicación es posible, dice más adelante Marx, es porque los griegos son de cierto modo «niños» para nosotros. Normales o anormales, esos niños no lo son, no existen para los antropólogos. No hay arte adulto y arte niño, hay el arte en general o absolutamente nada.³ Todas las sociedades son mayores y la entrada a la vida adulta no tiene historia; sobre todo, no admite en absoluto estadios o etapas. En otros términos, no se puede admitir una ley de desarrollo mental desigual; vayamos más lejos: la idea de un desarrollo social y económico desigual plantea en sí misma un problema, en el caso de sociedades cuya organización cooperativa las sitúa

³ Asimismo, no hay «mentalidades» adultas y mentalidades niñas, todas son adultas y realizan o expresan un equilibrio dado.

más acá del proceso de desigualización social, límite donde debe detenerse la historia. Las relaciones de parentesco y de alianza expresan esta ausencia de actitud netamente competitiva y del deseo de ganancia. No hay «clase dominante», diríamos, en las sociedades fundadas en el trabajo cooperativo y la ausencia de propiedad privada. Semejante ausencia, que para unos traduce un equilibrio indiscutible y para otros una regresión, hace que esos grupos sociales no evolucionen; he ahí por qué la historia no tiene influencia sobre ellos; y no «progresar» no significa «esclerosis», sino traducción de un determinado equilibrio que debe tener su racionalidad propia. Por consiguiente, se instaura el debate entre el pensamiento marxista y el pensamiento etnológico de los «estructuralistas».

La idea de equilibrio y la de desequilibrio pueden proporcionar un terreno de investigación común, en la medida en que constituyen conceptos operatorios que permiten captar los **pasos** de una forma de organización social a otra. Todo paso puede considerarse la ruptura de un equilibrio del grupo; pero ¿ruptura entre qué y qué? Entre los diferentes aspectos que constituyen una sociedad, dice Lévi-Strauss; cada aspecto toma una forma sistemática, organizada, que

estructura las relaciones entre los hombres, en el plano de las actividades económicas, de los valores y de las reglas, de las creencias y de los vínculos sociales. La etnología debe analizar el contenido de cada uno de estos sistemas y, en segundo lugar, las relaciones existentes entre ellos: relaciones de yuxtaposición o de fusión. Se trata, pues, de un método, si puede decirse, **estratigráfico** de la realidad social y que revela a veces **heterogeneidades** entre esos sistemas, heterogeneidades que traducen disonancias («**dysharmonies**», N. del T.) internas en el seno de la sociedad. Se percata uno entonces de que cada sistema y la sociedad en su conjunto pueden compararse con un terreno compuesto en que las capas (o sistemas) se superponen, se entrelazan, en la medida en que parten a veces de épocas sucesivas de aparición y de formación.

La reflexión marxista también puede definirse, en un primer tiempo, como método de análisis de los desequilibrios y de las disonancias sociales. Para ella, el paso de una forma de organización social a otra forma diferente hay que buscarlo en una ruptura. Pero ¿ruptura entre qué y qué? Entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. No insiste en este aspecto conocido del

marxismo. Lo que quisiera señalar es que esta ruptura no debe esquematizarse, ni en el tiempo ni en el espacio. En el tiempo, estas rupturas son de largas maduraciones, cuyas etapas debe reconstituir la historia; admiten retrocesos, estancamientos, saltos adelante; en el espacio: en la medida en que la evolución de las sociedades ha conocido nacimientos y renacimientos en territorios diferentes, sin que se pueda siempre precisar los vínculos entre aquéllos. Habría que añadir, en fin, que el análisis marxista debe tener en cuenta, la implicación, si cabe, muy íntima y sumamente compleja en el detalle, de las realidades socioeconómicas y de las formas ideológicas; encaje, pero también desplazamientos, en el tiempo (y en el espacio).

Desde otro punto de vista, la etnología considera sociedades cuyos modelos expresan más equilibrios que rupturas y sus análisis se interesan ante todo en los mecanismos del equilibrio, más que en los del desequilibrio. Es indudable que esos grupos, como decía yo más arriba, no han conocido una diferenciación social del tipo clásico: a saber, la formación de categorías sociales que se apropian los productos del trabajo colectivo. Ahora bien, las sociedades que estudian los historiadores son las que, en su inmensa mayoría, han conocido este tipo de

desigualdad y, por ende, el fenómeno de la plusvalía. Pero, en sentido absoluto (si esto puede tener sentido), se puede imaginar que la organización cooperativa del trabajo habría muy bien podido proseguir en el tiempo y que la aparición de un proceso de acaparamiento no es en sí, quizás un fenómeno necesario al desarrollo social, económico y cultural de los hombres. La existencia contemporánea de esas sociedades sin luchas sociales puede dar, efectivamente, cierto peso a esta hipótesis. Pero hay que cuidarse de las generalizaciones.

Quizás a este nivel sea posible y deseable un diálogo. El pensamiento marxista puede aportar al etnólogo determinada técnica de investigación de la realidad socioeconómica de esas sociedades sin textos. El análisis de los intercambios corre el riesgo de ser muy incompleto si no se capta de él más que el aspecto vivido y expresado en los ritos, las creencias, etc.; debe encontrar el valor propiamente económico de esos comportamientos socioculturales cristalizados. El intercambio no es sólo un «acto de conciencia primitivo e indivisible», sino que es una solución concreta, determinada, a un problema de equilibrio económico y social. Las prácticas del intercambio mediante el trueque, mediante el don

ceremonial, deberían ser estudiadas en función de la evolución económica del grupo considerado; deberían, sobre todo, ser «desfetichizadas», con lo que quiero decir devueltas a su significación y a su valor cotidianos y no sólo excepcionales.

El pensamiento etnológico puede estimular el pensamiento marxista, en la búsqueda de modelos económicos idóneos para describir y analizar esas sociedades particulares. La utilización de los conceptos de la economía europea puede a veces resultar «anacrónica» o cuando menos, mal adaptada, en la medida en que estamos en presencia de economías que se sitúan en el límite de la producción mercantil y son esencialmente economías de despilfarro. Es a este nivel que la historia puede resultar una herramienta fundamental. Me serviría de estas pocas reflexiones de J. Berque, extraídas de su estudio sobre las tribus Seksawa del Alto Atlas: «El análisis desmiembra. Es tal vez demasiado impresionado por el estadio de arribo, que es discontinuo, no sólo para el Atlas, sino para toda el África Septentrional. Esta realidad nos llega en pedacitos ínfimos, como un cristal de auto hecho añicos.» (p. 94). Me pregunto si no se podría aplicar estas observaciones a los estudios etnológicos contemporáneos: esos modelos congelados que

descubrimos hoy, ¿lo han estado siempre? A esta pregunta sólo podría responder la historia de esos grupos sociales. Por otra parte, ¿qué acontecimientos han provocado semejante cristalización? La historia de esos rompimientos es ciertamente muy difícil de reconstruir, pero lo que hay de cierto es que las formaciones presentes tienen una historia; se han desarrollado progresivamente, en función de necesidades de orden económico; situando el análisis etnológico en esta óptica, queremos volver a colocarlo en un movimiento social que, si está detenido, no por ello deja de haber existido.

En fin, debería hacerse observar que la mayor parte de esas sociedades coexisten en el interior de conjuntos territoriales y económicos que se puede calificar de subdesarrollados.

Claro que hay que evitar toda confusión; no se puede colocar en el mismo plano, por ejemplo, la economía de las tribus neocaledonias y la del mundo musulmán del Oriente Medio a partir del siglo XI. Las causas de la involución económica de la mayoría de los países del mundo, con respecto a la Europa de fines del Medioevo, no encubren las del estancamiento económico de las sociedades arcaicas. Pero es innegable que estas últimas quedarán cada vez menos yuxtapuestas, cada vez, menos

aisladas y estarán cada vez más afectadas por el problema del subdesarrollo. Por otra parte se crea poco a poco un campo de investigación con el nacimiento de nacionalismos en regiones del mundo donde sobreviven estas tribus arcaicas; piénsen por ejemplo en los papúes, en las tribus de Kenya, etc. El estudio de la formación de corrientes nacionalistas mostraría que estos grupos sociales conocen una nueva energía que les viene de otra parte que no es su «pensamiento salvaje» propiamente.

La dislocación difícil de estas mentalidades puede considerarse una de las consecuencias de una evolución económica que hace volver a entrar a estas tribus, por así decir, en la historia.

El reproche que se puede hacer al pensamiento etnológico contemporáneo es el de considerar a estas sociedades constituidas, sin subsuelo histórico de ningún tipo. Ahora bien, el estudio de las condiciones de aparición de estas sociedades, de su evolución y de su fetichización, debería aportar una ayuda muy preciosa a las monografías etnográficas. Pero es de temer que se enfrenten a este nivel propiamente metodológico dos visiones del hombre. La clave de bóveda del pensamiento marxista reside en el hecho de que

el movimiento social es ley, y que, por consiguiente, toda forma social, todo modelo, debe mantenerse siempre en este movimiento, cuyo análisis debe descubrir los mecanismos de equilibrio y de disonancia. El antropólogo europeo rechaza esta sumisión al movimiento social, y se sitúa en la corriente «espiritualista», para la cual los actos de conciencia y de inconciencia son las génesis más o menos absolutas de sí mismos en el tiempo y en el espacio, y, si bien estos actos de conciencia son indisolubles de la realización de un cierto equilibrio del grupo, no siempre se ve muy bien la articulación entre estos actos y la estructura económica de estas sociedades.

Se trata aquí de un problema sumamente complejo, que no es más que el de las implicaciones entre las ideologías, en todas sus formas, y las realidades de orden económico y social, o, para hablar de modo menos esquemáticamente dualista, entre las producciones ideológicas y la práctica de los hombres.

En última instancia, ¿no es el inmenso mérito de los estudios de Lévi-Strauss el de cuidarse de juicios de valor preestablecidos, no pidiendo a los modelos rituales y simbólicos más que lo que ellos revelan e indican, fuera de toda otra significación, ya

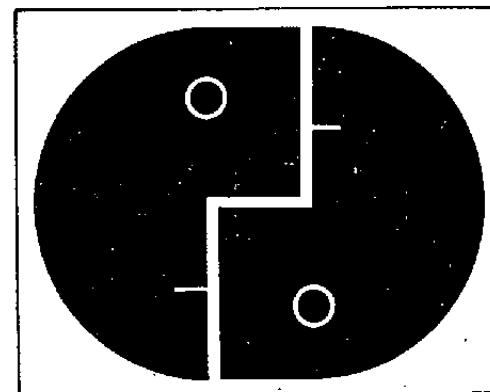
sea estética, moral o filosófica, que forzaría su estricto sentido de expresión?

Por otro lado, en cambio, puede uno preguntarse si la etnografía no es, por su aparición misma, como lo dice Claude Lévi-Strauss en su obra sobre Klee, «la ciencia de una crisis de crecimiento de la civilización», de una cultura que, a partir de la colo-

nización del siglo XIX, hace, en un sector muy limitado de su creación ideológica, su propia autocrítica, y aprende también de nuevo a sentir determinadas formas en que se reconoce gustosa.

Orán, 1.º de enero de 1964.

(Tomado de «La Pensée», No. 123, octubre de 1965).



Subdesarrollo y ganancias monopolistas

JORGE CHILD

Históricamente el proceso circular del capitalismo se ha desarrollado en forma cíclica, es decir, encadenando sucesivamente períodos de prosperidad, depresión y recuperación. En los últimos años los ciclos han sido menos profundos, pero más frecuentes. La tendencia contradictoria del capitalismo se manifiesta en la acumulación de riquezas para una clase social minoritaria (la capitalista o burguesía) y la acumulación simultánea de miseria para la otra clase social mayoritaria (el proletariado).

Sin embargo, los diversos sistemas de absorción del superávit de capital para ponerlo a marchar y distribuirlo socialmente, han contrarrestado, en parte, la profundidad de esta contradicción en el seno de las sociedades capitalistas avanzadas. Particularmente en los Estados Unidos, la absorción de este superávit por los esfuerzos en la promoción de ventas, por los gastos civiles del gobierno, por el militarismo y sus grandes empresas aeroespaciales y de energía nuclear, y por la intensificación de las operaciones imperialistas han sido factores que han permitido desembotellar la capa-

dad ociosa que instala el movimiento de una economía dominada por los monopolios capitalistas.

Con todo, como lo demuestran los profesores Paul A. Baran y Paul M. Sweezy en su último libro «Monopoly Capital» (New York, 1966), «mientras el crecimiento del sector de los servicios ha compensado parcialmente los efectos destructivos de la tecnología moderna, simultáneamente ha añadido ciertos desenvolvimientos que han precipitado una nueva dimensión de la deshumanización del trabajo, característica del capitalismo... Una gran parte del producto de la sociedad capitalista monopolista es, juzgado desde un punto de vista genuino de las necesidades humanas, inútil, puro desperdicio, o positivamente destructivo». Por otra parte, anotan Baran y Sweezy, «el superávit que no es absorbido es al mismo tiempo un superávit que no se produce: simplemente es un superávit potencial, que no deja sus rastros en las cifras estadísticas sobre inversiones y ganancias, sino en las cifras permanentes del desempleo y de la capacidad productora no utilizada».

EL «PARAISO» DE LA EXPLOTACION

Pero lo más desconcertante del capitalismo monopolista es que, paralelamente al asombroso desarrollo de la productividad del sistema, crecen la improductividad social y la pobreza absoluta y relativa —en mayor proporción que dentro del propio territorio de origen del capital industrial, en los llamados países subdesarrollados o atrasados del «Tercer Mundo», que mantienen relaciones económicas con las potencias capitalistas. La tendencia contradictoria del capitalismo aparece ahora, no tanto en el cuadro de las potencias internacionales capitalistas, sino en la relación de éstas y los países subdesarrollados o proletarios. A medida que aumentan las operaciones del capital extranjero en los tres continentes tropicales, cuyo atraso se debe al mismo capitalismo imperialista, se estrecha mucho más su margen de formación de capital por habitante. Sólo la compañía petrolera Jersey, cuyas inversiones en el exterior equivalen a la mitad de sus inversiones domésticas, obtiene ganancias de esta mitad de inversiones en el exterior, tan grandes como todas sus utilidades domésticas; esto quiere decir que su tasa de ganancia en el exterior es cuatro veces más alta que su tasa de ganancia en el territorio norteamericano.

A partir de la postguerra, y sobre todo después de la **Revolución cubana**, la Alianza para el progreso vino a acelerar la formación de empresas mixtas en todo el continente de América Latina. Ya antes, a raíz del Plan Marshall, las inversiones de las compañías americanas habían subido de US\$ 7,200 millones en 1946 a US\$ 40,600 millones en 1963 en todo el resto del mundo, es decir, que se habían multiplicado por cinco, en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Paralelamente a este crecimiento en las inversiones foráneas ha ocurrido un incremento en las ventas y en las utilidades de las operaciones internacionales de las filiales y sucursales extranjeras de esas compañías principales. En la sola industria manufacturera (excluyendo petróleo y minería) las ventas de dichas filiales sumaron US\$ 18,300 millones en 1955 contra US\$ 29,100 millones en 1962, o sea, un incremento del 54% en seis años, mientras que el total de las ventas de las industrias manufactureras en los Estados Unidos apenas aumentó en 17%. Esto nos demuestra que ya América no es la tierra de la oportunidad para hacer buenos negocios, y que este paraíso se ha transferido a los países atrasados que pueden ser explotados con mejores y más rápidos rendimientos (ver Baran y Sweezy, op. cit. págs. 194 y 55).

EL PRINCIPIO DEL MULTIPLICADOR

Todos conocemos el déficit en el movimiento de capitales, es decir, entre el flujo de inversiones extranjeras y el reflujo de pagos al exterior de los países receptores por concepto de amortizaciones, intereses, dividendos y servicios directos de las operaciones del capital extranjero. En América Latina se calcula que por cada dólar de ingreso total, esto es, por cada dólar que recibimos por concepto de empréstitos a largo plazo, y de inversiones directas y de cartera, públicos y privados, estamos remitiendo a cada momento, otro dólar para cubrir los pagos al exterior del servicio total acumulado de capitales y de las operaciones comerciales vinculadas al mismo. Si en 1966 Colombia va a recibir US\$ 170 millones, estará pagando en ese mismo año por servicio de deuda externa, de capitales privados y de fletes, otros US\$ 170 millones. Esto significa, en cifras globales, una recuperación instantánea de 100% de cada dólar norteamericano invertido en un país latinoamericano. Pero además de esta devolución o reembolso primario del capital extranjero, existe lo que podría llamarse

el «reembolso secundario» de las inversiones externas, y que consiste en el efecto multiplicador de las mismas sobre la propensión marginal a gastar en el exterior. La concepción del multiplicador del comercio exterior, debido a Machlup, permite calcular un factor expansivo de dos dólares por cada dólar de importación conexa en más instrumentos y materias primas provenientes del exterior. Por ejemplo, para cumplir un programa de ensamblaje de automóviles, se necesita determinada importación directa de elementos, y además pagar a los diferentes proveedores nacionales sumas que en parte utilizarán en la compra de materias primas y máquinas en el exterior; y el total de estos gastos en el exterior, que se reproducen en cadena para la integración del nuevo producto, multiplican por dos el valor de la importación inicial.

Tenemos que agradecerle al economista colombiano Luis Corsi Otálora (ver Gaceta Mensual «Tercer Mundo», Nos. 19 y 20, nov-dic., 1965) el habernos llamado la atención sobre el espejismo de la ayuda externa, visto a través del prisma del multiplicador de la propensión marginal a gastar en el exterior. Todo lo que esto implica es que el principio de aceleración del desarrollo cuando éste depende de imprescindibles gastos en el exterior, opera para acelerar y sostener el desarrollo de las potencias capitalistas extranjeras y proveedoras de equipos, partes y materias primas; y no para acelerar la formación de capital mediante la intensificación de la demanda interna. Lo mismo acontece con el principio del multiplicador; cuando el país receptor de inversiones o de empréstitos externos es un deudor neto de capital, no puede aprovechar los efectos dinámicos de las inversiones adicionales en su propio territorio porque tiene que desplazar al extranjero la acumulación de capital que produjo con el capital importado, y con el esfuerzo de su trabajo y de sus recursos nacionales.

PLUSVALIA-EXCEDENTE ECONOMICO

La exploración científica de estas nuevas relaciones de explotación de los países atrasados por parte de las potencias capitalistas industriales, ha impuesto la necesidad de concebir nuevos instrumentos de análisis, más precisos y flexibles que el concepto clásico de la teoría marxista de la explotación, es decir, el de la plusvalía. Con esto no se quiere decir que la plusvalía sea un concepto superado, sino todo lo contrario: que es un

concepto lo suficientemente universal y abstracto —clásico— que permite aplicaciones y desarrollos dentro de situaciones más complejas y variadas, cuyos primeros pensadores no pudieron prever en su época. Este nuevo concepto es el del **excedente económico**.

El profesor Paul A. Baran, en una de las dos o tres obras clásicas de la económica en el siglo XX, «La Economía política del crecimiento», distingue dos variantes del concepto de **acumulación de capital** que él llama **excedente económico**. La primera es el **excedente económico real** que es la diferencia entre la producción real generada por la sociedad y su consumo efectivo corriente. Este excedente económico real comprende una parte menor del producto total que la abarcada por la noción de plusvalía de Marx. Esta última —recuerda Baran—, «consiste en la diferencia entre el producto neto total y el ingreso real del trabajo». El **excedente económico real** es simplemente la parte de plusvalía que está siendo acumulada; y por eso no incluye el consumo de la clase capitalista, ni los gastos gubernamentales en administración, establecimientos militares, etc. Su otro concepto sobre el excedente económico, es el que él llama **excedente económico potencial**, que es la diferencia entre la producción que podrá obtenerse en un ambiente técnico natural dado con ayuda de los recursos productivos utilizados, y lo que pudiera considerarse como consumo esencial. También este concepto excluye de la plusvalía los gastos de los capitalistas, los de administración, políticos, militares, etc.; y por otra parte, comprende otros ingredientes que no abarca el concepto marxista de la plusvalía, es decir, la producción perdida o causa del desempleo del mal uso de los recursos productivos. Su medición es difícil porque relaciona la fotografía de lo que hay con la supuesta imagen de una sociedad ordenada en forma más racional.

F. M. I. O EL «GRAN GARROTERO»

Este concepto de excedente económico nos permite demostrar, que tanto en términos reales como potenciales, su margen de valor es absolutamente menor en los países atrasados, y que de año en año es relativamente menor, en comparación a los porcentajes de incremento que él tiene en los países industrializados del mundo capitalista y del mundo socialista. La aparición de nuevas formas operacionales del capitalismo extranjero ha venido a reforzar estas tendencias.

En la esfera de la producción agropecuaria, los programas de exportaciones de **excedentes agrícolas**, y la correspondiente aplicación de los fondos de estas ventas a préstamos destinados a compañías extranjeras que operan en los territorios receptores (Ley COOLEY) vienen a crear un monopolio financiero a favor de ciertas compañías foráneas y a deprimir la producción agropecuaria doméstica por medio de una competencia veladamente desleal; y de ahí que el ritmo actual de la producción de alimentos en la América Latina no alcance a cubrir la tasa de crecimiento de su población —y de una población insuficientemente alimentada.

En la esfera del comercio, la **imposición de derechos sobre marcas** de fábricas y procesos industriales patentados, determina una carga adicional a la producción industrial doméstica de los países atrasados. En el ramo de los transportes, la condición de prestar si se importan las mercancías por flotas norteamericanas, compite desfavorablemente con los esfuerzos de las flotas nacionales, y ocasiona otra carga adicional, por pago de estos servicios al exterior, en la balanza de pagos de los países beneficiados —y simultáneamente afectados— con tal «ayuda externa».

En el circuito de las finanzas, las **corporaciones financieras**, que obran como agencias filiales de crédito de los consorcios extranjeros, y que se valen de las garantías de las casas matrices y del capital internacional que ellas manejan, para copar los cupos de crédito del sistema bancario interno de los países en donde ellas operan, son otro medio de acaparar, en forma privilegiada, los recursos monetarios de las economías nacionales.

La dirección de la moneda nacional, a través del Fondo Monetario Internacional, cuya única política es la de recomendar hasta imponer devaluaciones de las monedas nacionales, sirve exclusivamente a los tenedores de dichas divisas, es decir, a ociosos o rentistas que convierten el esfuerzo del trabajo nacional en dinero internacional a la disposición de las grandes potencias foráneas.

DESPILFARRO DE LA PRODUCTIVIDAD

En las relaciones de **productividad**, la permanente invención de nuevos medios productivos determina una acelerada depreciación de los activos en función, no de la regla tradicional de que debe introducirse una nueva máquina para reemplazar la vieja cuando esta última está totalmente

obsoleta, sino de que hay que cambiar cualquier máquina por la otra más avanzada y de los consumos más conspicuos de los Estados Unidos, se mundial; porque lo que importa a este respecto, no es prever la duración física del equipo, sino el tiempo durante el cual se estima que no será superado por un adelanto técnico mejor y más eficaz; y esta expectativa de depreciación acelerada, que está continuamente presionada por los efectos de demostración del mercado extranjero de las invenciones, la pagan a cualquier precio los productores nacionales.

Esta carrera hacia la productividad individual —e irracional— ha determinado una enorme presión sobre las reservas internacionales de los países atrasados, y correlativamente fomenta la instalación de una capacidad ociosa productiva que no encuentra ni materias primas, ni mercados suficientes para operar dentro de sus límites óptimos de rendimientos.

Y en el plano de los efectos sociológicos de demostración, es decir, de la tendencia a imitar a todo trance los modos y modas de la producción más avanzada y de los consumos más conspicuos de los Estados Unidos, se originan inmensos reductos de despilfarro y de trabajo improductivo, que ya han sido suficientemente analizados por todos los economistas contemporáneos.

ESPEJISMO DE LA «AYUDA YANQUI»

Se ha sostenido que la inversión de capitales extranjeros constituye un elemento positivo de transmisión de técnicos y de creación de empleo.

En cuanto a lo primero, el progreso de los equipos automatizados, sellados por las fábricas inventoras en el exterior, impone su comercialización, no en la forma de ventas, sino de arrendamiento de servicios bajo el control de las firmas propietarias; y además, las utilidades selladas, sólo permiten contactos muy superficiales con las razones técnicas que esconden dichas máquinas ultramodernas, que permanecen en el misterio —como la custodia de San Ignacio— para nuestros propios operarios subalternos. En lo que se refiere a la supuesta creación de empleo que suscitan las inversiones extranjeras basta este dato: veinticinco empresas norteamericanas con capital de \$2,500 millones ocupan a 4,000 colombianos, mientras 200 empresas colombianas, con un capital total de \$200 millones, mantienen a 20,000 empleados, más o menos con los mismos niveles de salarios, en

virtud de la rigidez de nuestras leyes de prestaciones sociales. Este dato nos indica no sólo el menor margen de ocupación que le dejan al pueblo colombiano las empresas extranjeras, sino, también, el mucho menor margen de capitalización de que pueden aprovecharse las empresas nacionales.

También el efecto de demostración de los altos salarios de las firmas extranjeras despliega un falso prestigio de ellas entre la clase trabajadora y cierra una frustración objetiva, apoyada en una competencia desleal, para los empresarios nacionales que ante estas coyunturas desfavorables todavía pretende lanzarse al mal negocio de crear nuevas unidades de producción nacional.

DE LA FRUSTRACION A LA REBELDIA

La absorción del excedente económico por el imperialismo ha sido la única relación social de producción capitalista que han conocido los pueblos de América Latina desde la época de los descubrimientos hasta nuestros días. Esta realidad ha constituido, a la vez la raíz de su frustración y su nervio de rebeldía. Como lo ha demostrado André G. Frank (ver «El desarrollo y el subdesarrollo», Rev. Desarrollo, Bogotá, marzo 66, p. 13 y ss), «el subdesarrollo no se debe a la supervivencia de instituciones arcaicas, ni a la escasez de capital en regiones que permanecieron aisladas de la corriente en la historia del mundo, sino que, por el contrario, el subdesarrollo fue, y es aún, generado por el mismo proceso histórico que originó el desarrollo económico: el desarrollo del capitalismo mismo.»

La explotación industrial y/o comercial de las principales exportaciones del continente latinoamericano desde la Colina —plata, oro, platino, cobre, estaño, quina, tabaco, bananos, petróleo, y parcialmente el café— ha estado bajo el control de potencias extranjeras y de los monopolios del mercado internacional. Este monopolio de producción de nuestros recursos naturales y este control de su demanda mundial, les ha garantizado a los inversionistas y comerciantes extranjeros vinculados a estas producciones la apropiación total del excedente económico que se deriva de ellas. Aunque sea incalculable la cifra acumulativa de esta apropiación, nadie duda hoy de que ella ha sido de primera importancia para impulsar y sostener el desarrollo del capitalismo europeo y norteamericano.

BAJO EL YUGO DEL IMPERIALISMO

Desde los orígenes de América Latina, toda su economía de cambio, monetaria, capitalista, ha estado dominada por el capital extranjero; inclusive, sus sectores esclavistas y latifundistas se fundaron como empresas industriales y comerciales, que proyectaron tales instituciones para responder a la creciente demanda del mercado mundial, y en menor grado del consumo nacional, por medio de la acumulación de tierras, reservas de mano de obra y capital financiero. La superficial similitud entre las explotaciones agrícolas de América y del feudalismo, o entre ciertas formas de producción mineral o agrícola y el esclavismo, no puede hacernos perder de vista el hecho fundamental de que estas instituciones en América nacieron en función del capitalismo, desde su propio origen, y no a través de un desenvolvimiento progresivo de los medios y relaciones de producción tal como ocurrió en algunos países europeos, en los que sí se cumplió la conocida serie clásica de que hablan algunos manuales de Economía política: comunismo primitivo —esclavismo-feudalismo-capitalismo mercantil-industrial-financiero— imperialismo. En América Latina, la secuencia de su movimiento económico principia con el imperialismo y continúa en el imperialismo, aunque de paso se sirva el capitalismo imperializado de todas las formas, relaciones y regímenes dados ancestralmente, o transplantados de producción, para apropiarse el excedente económico que se deriva de todos estos procesos. Por eso, no es, ni nunca ha sido, la dualidad de economías primitivas y avanzadas, o de sociedades feudales e industriales, la contradicción que ha obstaculizado el desarrollo económico de América Latina. El obstáculo principal a este desarrollo ha sido impuesto por el propio desarrollo de un capitalismo imperialista sobre las operaciones claves de las economías latinoamericanas.

INTEGRACION DEL CAPITAL YANQUI

Únicamente en las épocas de pasajero aislamiento de la intervención del capital extranjero la América Latina ha experimentado un relativo, aunque parcial, desarrollo autónomo de un capitalismo nacional. Estas coyunturas de aislamiento temporal —según Frank— han sido originadas por cinco grandes crisis de guerra o depresión económica: la europea, y especialmente española del siglo XVII, las guerras napoleónicas, la Pri-

mera Guerra Mundial, la gran depresión de los años treinta, y la Segunda Guerra Mundial.

En el llamamiento al desarrollo, un grupo de profesores universitarios colombianos, hemos indicado la última coyuntura de desarrollo que ha recorrido la América Latina a raíz de la Segunda Guerra, en estos términos: «Para nuestra América, la Segunda Guerra Mundial le ofreció la oportunidad de iniciar una industrialización autónoma. La Guerra nos margina temporalmente de la intervención del capital extranjero y es ahí cuando nuestro crecimiento económico se diversifica, aprovecha mejor los recursos sociales y naturales, y logra tasas que hasta ahora no ha sido posible superar.

«A partir de la postguerra se lanzan los Estados Unidos a la reconquista de sus antiguos mercados latinoamericanos y chocan contra la autodefensa industrial de los empresarios nacionales surgidos de la Guerra. La ofensiva contra las industrias nacionalistas de mayor importancia, tales como la Flota Grancolombiana, provocan respuestas beligerantes en las calles y plazas de Colombia, Venezuela, Ecuador y de todos los países del continente, en donde se unen en la defensa del interés nacional, estudiantés, empresarios, obreros y todo un pueblo combatiente. Ante estas resistencias los Estados Unidos resuelven dar un gran viraje: asociarse al desarrollo industrial naciente sin abandonar sus inversiones en petróleo, minerales, plantaciones, transportes y servicios que apoyan las utilidades de sus grandes consorcios.

HASTA HOY, ¡SOLO CUBA HA TRIUNFADO!

«Sobreviene el conflicto de Corea y la «guerra fría» se convierte en Guerra. Los precios de las exportaciones latinoamericanas suben y se reanima el proceso de industrialización que ya estaba estancándose. La emergencia bélica impone el control de América Latina. Mientras tanto la industrialización impulsa la desintegración violenta de la economía campesina y el proceso acelerado de la urbanización desata nuevos enfrentamientos sociales. Gobiernos fuertes o dictaduras militares se implantaron en casi todas las repúblicas latinoamericanas para sofocar la insurgencia popular y para atender la estrategia de la guerra. Fue en Colombia en donde este conflicto de cambio social se enervó en una vieja lucha política sectaria y derramó más sangre.

«Pero estas nuevas dictaduras también servían a otro propósito: **acelerar con medios de orden público la integración continental del capital norteamericano.** Sin embargo, los militares y sus socios empezaron a desplazar a los empresarios tradicionales. Como respuesta se produjo la resistencia civil de los dirigentes, desplazados y con el apoyo de masas descontentas y rebeldes, cayeron los dictadores. El triunfo de los frentes civiles restableció en el poder a los empresarios tradicionales. Solamente en Cuba, la lucha contra las dictaduras se conformó en una guerrilla que culminó en un proceso de socialización de la economía.

LAS ANTIGUERRILLAS FRENTE A CUBA

«Desaparecida la posibilidad de una integración del capital norteamericano en América Latina a través de regímenes militarizados, y ante la influencia de la Revolución Cubana que empezaba a inspirar movimientos guerrilleros en muchos países, se impuso la necesidad de una nueva táctica: la **Alianza para el progreso.**

«La Alianza para el progreso inició un programa de asistencia financiera y técnica para el desarrollo de nuevas industrias de ensamblaje, y de los servicios públicos que sostienen su funcionamiento y su comercialización. Aseguró la creación de un mercado común latinoamericano (ALALC) para la absorción de la producción de estas nuevas industrias mixtas (capital nacional y norteamericano) y para garantizar un sistema de protecciones que le permite a los Estados Unidos exportar desde la América Latina para la América Latina, lo que antes nos exportaba desde su propio territorio bajo el riesgo de controles de cambio, de barreras aduaneras, y de otras prácticas proteccionistas nacionales.

«Cuatro años largos (cinco en agosto de 1966) después de iniciada la Alianza los países latinoamericanos comprueban ahora el estancamiento de su industria y de su agricultura, la desnacionalización de sus fuentes productivas y de sus medios financieros, la colonización de su educación y su cultura, y la imposición de un mercado común latinoamericano como instrumento que amplía el medio de los monopolios norteamericanos instalados en nuestro continente y que desmantela las últimas bases nacionales de nuestras economías».

LA AGONIA ECONOMICA EN CIFRAS

En lo que se refiere a Colombia, es el aislamiento del capital extranjero, que nos propicia la Primera Guerra Mundial, el que permite canalizar los ahorros provenientes en gran parte de los profesionales prestamistas, y sobre todo de los medios— en las exportaciones de un nuevo producto de exportación que no nace sometido al control foráneo: el café. Al principio la mayor capacidad de importar, que generan las exportaciones de café, continúa desviándose hacia la importación de mercancías de consumo; pero posteriormente —como observó Luis E. Nieto Arteta (ver «El café en la Sociedad colombiana», Bogotá, 58)— la localización de los cafetales en las zonas geográficas intermedias de vertiente, que faldean los tres ramales de nuestra cordillera, va integrando comercialmente las provincias separadas, creando, así, un mercado interno que conduce a la expansión de la economía monetaria, y al desarrollo de las industrias urbanas y de los medios de comunicación. Ya para 1957, el 50% de los recursos de impuestos de la renta se originó en los tres departamentos que producen el 50% de la producción cafetera. «El café crea una nueva Colombia». Otra vez se demuestra que mientras más débiles son los lazos que atan las economías satélites de América Latina a sus centros imperialistas, se hace más efectiva su posibilidad de un desarrollo económico sostenido. Por contraste, a partir del Fondo Monetario Internacional y de la Alianza para el progreso, que es cuando el desarrollo económico latinoamericano empieza a experimentar una interrelación más fuerte con la asistencia financiera y técnica de los Estados Unidos, comienza a desfallecer, progresivamente, su ritmo de progreso. Estas cifras de la CEPAL, sobre tasas medias de crecimiento por persona del PNB de América Latina, confirman la observación anterior:

1945-1950	4.5%
1950-1955	2.2%
1955-1960	1.7%
1960-1965	1.6%

EN LA NORIA DE LOS MONOPOLIOS

Por lo menos en un 50% los programas de ayuda externa a la América Latina se han dedicado a financiar importaciones corrientes de los Estados

Unidos, es decir, que son una extensión oficializada del crédito flotante del comercio corriente; y muchas de estas importaciones han beneficiado a las filiales, sucursales y empresas mixtas del capital norteamericano que operan en América Latina. Estas nuevas industrias que ensamblan materias primas y partes importadas, con notables privilegios tributarios y exenciones aduaneras, se han venido a establecer en forma monopolística. Estas empresas ensambladoras extranjeras se establecen como monopolios dentro del mercado colombiano y no logran una sustitución neta de importaciones, por cuanto el multiplicador de la demanda externa se acelera con ellas a precios fijados en el exterior por los monopolios de sus proveedores o casas matrices. Estos cortos están por fuera del control de un mercado de competencia nacional; y como se trata de líneas industriales más o menos automatizadas, su capacidad de empleo es prácticamente nula.

Recordemos que desde 1962 los índices de empleo de la industria manufacturera colombiana han permanecido estacionarios, a pesar del incremento de nuevas industrias. En vista de estas circunstancias algunos economistas, como el profesor Currie, rechazan la medición del bienestar social de los países atrasados en función de tasas de crecimiento económico, porque el volumen físico de la producción puede aumentar año tras año, inclusive en términos relativos de mediciones por persona, sin que correlativamente se incremente el empleo y el bienestar social de la población. Si no existe una demanda interna creciente, originada por un aumento del nivel de empleo y de los ingresos personales, el producto de estas fábricas destinado a la exportación, viene a capitalizarse en el ingreso de empresas extranjeras que lo remiten al exterior a través de las remesas de dividendos, intereses y amortizaciones de los activos exportados. Y las fábricas extranjeras ubicadas en los países latinoamericanos de menor desarrollo se sirven de estas economías como de zonas francas para exportar a los mercados continentales de mayor desarrollo a los propios mercados norteamericanos.

Algo semejante ocurre en el plano de la asistencia técnica: la financiación de la educación y capacitación de profesionales técnicos en Colombia por parte de instituciones o programas de los Estados Unidos, contribuye a exportar profesionales colombianos preparados a bajo costo. Según una investigación reciente del ICETEX (Instituto Colombiano de Especialización Técnica en el Exterior); el año pasado emigraron al extranjero 900

profesionales colombianos, y estima la misma fuente que, en los últimos cinco años, un 20% de todos los egresados universitarios emigra al exterior en busca de mejores salarios. Esta notable contribución del subdesarrollo a los países ricos se hace por dos motivos: porque a ellos les sale más barato contribuir a la preparación de los expertos que necesitan en los países pobres, y porque la oferta de éstos en su mercado les reduce a los empresarios monopolistas del exterior el costo medio de tales servicios.

FRACASO DEL CAPITALISMO NACIONAL

También las nuevas industrias mixtas que procesan materias primas nacionales se han iniciado con seguro de monopolio. Tomemos dos casos: la fábrica de papeles de la Grace y la Dow Chemical. La primera tiene el monopolio del suministro de papeles y cartones para miles de unidades productivas del país, y la segunda controla la provisión de plásticos para unas 250 manufacturas de los mismos. Antes de existir estas industrias monopolísticas, los fabricantes de los artículos que ellas les suministran ahora para procesos ulteriores, los obtenían en el mercado internacional a precios de competencia que les daban un mayor margen de capitalización interna. Entonces la acumulación de capitales de todas estas unidades fluían al sistema bancario y quedaba a disposición de inversionistas nacionales. Ahora la acumulación del capital se hace directamente por estos monopolios y se remite al exterior por los conocidos pagos directos (dividendos, derecho de patentes, intereses, amortizaciones) o, indirectamente por la compra de divisas en el mercado libre con lo cual se contribuye a la depreciación continua de la moneda nacional y a la valorización paralela de los activos de dichas empresas monopolísticas.

El alza sistemática de los elementos que suministran estos monopolios a los pequeños, medianos o grandes fabricantes nacionales, no siempre puede trasladarse por estos últimos al consumidor, no es posible, bien por tratarse de una demanda elástica o de una contracción de los ingresos personales, los consumos se reducen y las fábricas afectadas comienzan a operar improductivamente con capacidad ociosa y a ver recortados sus márgenes de ganancia, y por lo tanto, sus posibilidades de una reproducción ampliada de su capital. De nuevo nos demuestran estos procesos que la instalación del capitalismo monopolista, en el seno de las socie-

dades subdesarrolladas de América Latina, hace imposible el surgimiento y desarrollo de un capitalismo nacional.

LA DEVALUACION, ¡CLAVE DE SUMISION!

Otro de los efectos perturbadores de la capitalización directa de los monopolios por medio de reinversión de utilidades o de exportación de las mismas, es el de bloquear el flujo de fondos al sistema bancario a disposición del público. Recordemos que el crédito es un medio de pago diferido, que de por sí no crea capital, sino que tan sólo constituye un permiso para usar el capital de otros que no lo utilizan. El crédito no aumenta los medios de producción sino que los transfiere de una persona a otra, pero si quienes disponen de estos medios de producción no los ponen a disposición de otros a través de sus cuentas bancarias de ahorro o cuentas corrientes, sino que los convierten en divisas o los emplean con fines especulativos para acaparar mercancías o títulos representativos de valores, se presentará una escasez de dinero, una estrechez de liquidez, para muchas personas y empresas. Cuando esto ocurre el sistema de crédito deja de cumplir su función de transferir fondos de una unidad inactiva a un empresario y desaparece la fuente de ese dinamismo productivo que el sistema de crédito le imprime a una economía en desarrollo.

El auge del crédito extrabancario y las presiones inflacionarias, demuestran que el crédito ha venido siguiendo este recorrido de especulación y de filtración en fuga de capitales. No olvidemos que éstos factores son los que han determinado que en los últimos 25 años la moneda colombiana se haya depreciado a una séptima parte de su valor de 1950, mientras que en los 20 años anteriores apenas si se depreció en menos de una mitad de su valor de 1930. Estas continuas devaluaciones de las monedas latinoamericanas han aumentado enormemente el poder de compra interno del dólar para que gran parte de las riquezas nacionales del continente hayan ido a parar a manos extranjeras en los últimos 25 años. Al fin y al cabo la devaluación de las monedas parece ser el instrumento final para la total penetración del capital extranjero en todas las actividades económicas latinoamericanas. La agencia norteamericana de las devaluaciones, conocida con el nombre de Fondo Monetario Internacional, ha sido el instrumento supremo de este proceso superior del imperialismo.

INCAPACIDAD DE LA CLASE BURGUESA

Debemos preguntarnos, por último, si la integración o anexión económica del continente latinoamericano a los Estados Unidos podrá lograr en un futuro más o menos corto, un desarrollo económico capitalista de nuestros pueblos. Pero primero tengamos en cuenta la célebre admonición de Marx: «El país que está más desarrollado industrialmente muestra únicamente a los países menos desarrollados la imagen de su propio futuro». Esta imagen lo sabemos todos— está manchada por crueles agresiones a países débiles, por guerras internacionales, por violentos conflictos raciales, por crisis económicas que han llevado al suicidio o a la locura a muchos hombres, por un estado de miseria para grandes masas de la población humana y por una existencia llena de incertidumbres antivitales y de angustias sicopáticas. El internacionalismo capitalista de los estados imperialistas ha demostrado su incapacidad constitucional para desarrollar su propia civilización burguesa en el campo de los proletarios coloniales, y, en gran parte, hasta el mercado de sus propios proletarios nacionales. De más de la mitad de la humanidad ni siquiera puede decirse que está explotada por el capitalismo, sino que más bien el capital la ha abandonado y arrojado al margen de su industria. Se trata de una población que está fuera del alcance de la civilización burguesa; y ya, también por fuera de sus propias civilizaciones ancestrales.

COMPROMETERNOS EN LA LUCHA

Desde el punto de vista de las posibilidades concretas de integración continental capitalista, se ha comprobado que el enorme desarrollo de las economías capitalistas en los últimos años, y particularmente de la norteamericana, apenas arrisca a alimentar el combustible de su propio funcionamiento, y que por eso, sus programas de «ayuda externa» se reducen a financiaciones que sólo apoyan o complementan el nivel corriente de utilidades de las empresas norteamericanas. De ahí que si las dos terceras partes de la población del mundo esperan salir de su pobreza mediante la integración capitalista con las grandes potencias, se quedarán esperando por los siglos de los siglos. Pero esta humanidad que hoy está a la orilla del propio capitalismo y dejada por el gran progreso técnico contemporáneo comienza a despertar de su letargo: a tomar conciencia de su desas-

tre y de sus posibilidades de superación. La contradicción profundamente antihumana de estos dos mundos es el problema principal de nuestro tiempo. Analizar sus desarrollos actuales, descubrir los mecanismos concretos de su movimiento, comprende el único plan de estudios que debe preocupar en el presente y en el futuro a los jóvenes latinoamericanos.

Comprometernos en la lucha múltiple y prolongada contra la explotación imperialista es la única obligación que debe dominarnos.

«PEL», Panorama económico latinoamericano, No 218.



Los autores

Amílcar Cabral, secretario general del PAIGC, máximo dirigente revolucionario de la Guinea llamada portuguesa. El PAIGC ha liberado gran parte del territorio guineano, por medio de la lucha armada contra el colonialismo portugués sostenido por la NATO.

Djuna Mbogo, patriota ruandés, exilado en París.

Jean-Paul Sartre, notable filósofo y literato francés, máximo representante del existencialismo ateo, luchador infatigable contra el imperialismo en todas sus formas, miembro del Tribunal internacional de crímenes de guerra en Viet Nam.

Maurice Maschino, periodista y escritor francés. Rehusó someterse al servicio militar obligatorio durante la guerra de Francia contra el pueblo argelino. Tuvo participación en el movimiento liberador de este pueblo. Autor de los libros: *le refus* y *l'engagement*, Ed. Maspero.

Gérard Chaliand, periodista y ensayista francés, autor del libro *¿Es Argelia socialista?*, París, Ed. Maspero, 1964.

Cesare Luporini, ensayista, miembro del Comité central del Partido comunista italiano.

Wilfrid Martin, escritor norteamericano de izquierda, colaborador de *Partisans*.

Michel-Pierre Edmond, articulista francés, colaborador de *La pensée*.

Jorge Child, destacado economista colombiano, profesor universitario.

En el próximo número

Bertrand Russell,

Mensaje a los pueblos del Tercer Mundo.

R. A. Stratton,

Confesiones para el Proceso.

Günthers Anders,

Nüremberg y Viet Nam.

Bernard Couret,

Viet Nam: campo de ensayo de la guerra antiguerrilla.

Boris Teplinsky,

La estrategia norteamericana en Viet Nam.

Le Duan,

La economía y la defensa en la RDV.

Hamza Alavi,

Los campesinos y la revolución.

Ben Barka,

Problemas actuales de la Revolución nacional en Africa y Asia.

Para suscribirse a

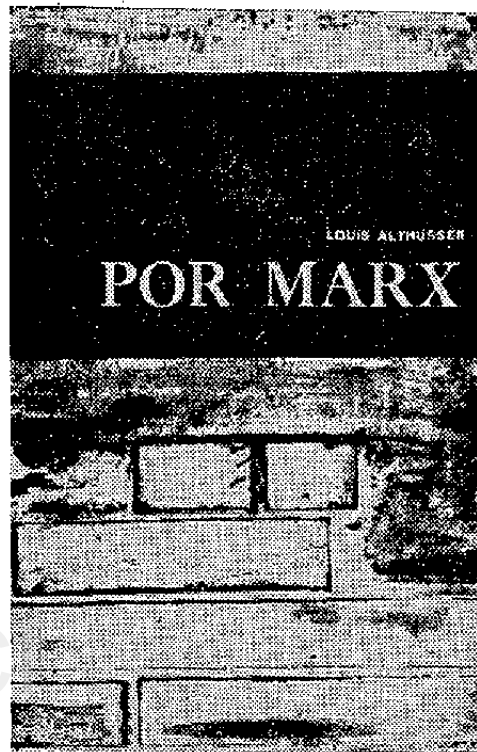
pensamiento crítico

diríjase a

Distribuidora Nacional de Publicaciones

Neptuno 674, teléfono 7-8966, La Habana

IMPRESO: FABRICA 274-05-00 - ECAG.



Por Marx. 242 págs.

Edición Revolucionaria

La Habana. 1966

Contiene, entre otros, los siguientes trabajos de Louis Althusser:

Sobre el Joven Marx

Contradicción y Superdeterminación

Sobre la Dialéctica Materialista

Marxismo y Humanismo

Puede solicitarlo por Correo a:

La Moderna Poesía. Apartado 605. La Habana.

Precio: \$1.50 (Franqueo incluido)

Una concepción crítica de
la Filosofía marxista,
producto de la investigación
seria y cuidadosa del
pensamiento de
Carlos Marx.

Nuestro próximo número
estará dedicado a los problemas
y las luchas de los
pueblos asiáticos.



CeDInCl